

CARAS y CARETAS

“LA GALLINA CIEGA”

VINOS TIRASSO

LA GRAN MARCA ARGENTINA

OFRECE SUS TRADICIONALES

CAJONES SURTIDOS

para NAVIDAD y AÑO NUEVO

Canasta N.º 1 $ 30.—

CONTIENE :

1 botella Champagne Brut
2 » Demi-Sec
1 » Sec
2 » Moscato Champ.

Canasta N.º 2 $ 20.—

CONTIENE :

1 bot. Champagne Demi-Sec
2 » Moscato Champagne
1 » Moscatel Añejo
1 » Barbera
1 » Sauternes
1 » Oporto 1 Cotes 1 Medoc
1 » Pinot tinto (viejo)
1 » Medoc Reser
1 » Clarete



Canasta N.º 3 $ 12.—

CONTIENE :

1 bot. Champ. Demi-Sec 1 botella Moscato Champ. 1 bot. Moscatel Añejo 1 Pinot tinto (viejo) 1 bot. Clarete 1 botella Sauternes.

LUIS TIRASSO

Sarmiento 847 - Bs. Aires

SUCURSALES :

ROSARIO: Sarmiento, 1023.
CORDOBA: Alvear, 125.
B. BLANCA: Zelarrayán, 302.
TUCUMAN: Las Heras, 783
PEDRO MIGLIORINI

El importe se puede remitir por giro postal o bancario. Se efectúa también la expedición contra reembolso.



EL HOMBRE INVISIBLE

POR
J. K.
CHESTERTON

En la fresca penumbra azul, una confitería de Camden Town, en la esquina de dos empinadas calles, brillaba como brilla la punta del cigarro encendido. Como la punta de un castillo de fuegos artificiales, mejor dicho, porque la iluminación era de muchos colores y de cierta complejidad, quebrada por variedad de espejos y reflejada en multitud de pastelillos y confituras doradas y de vivos tonos. Los chicos de la calle pegaban la nariz al escaparate de fuego, donde había unos bombones de chocolate envueltos en ese papel metálico, rojo, oro, verde, casi más apetitoso que el chocolate. Y la gigantesca torta de boda que aparecía en el centro era blanca, remota, edificante como un Polo Norte digno de ser engullido. Era natural que este arco iris de tentaciones atrajera a toda la gente menuda de la vecindad, que andaba entre los diez y los doce años. Pero aquel ángulo de la calle ejercía también una atracción especial sobre gente algo más crecida; en efecto: un joven, de hasta veinticuatro año al parecer, estaba también extasiado ante el escaparate. También para él la confitería ejercía un singular encanto; pero encanto que no provenía precisamente del chocolate, aunque nuestro joven estaba lejos de mirar con indiferencia esta golosina.

Era un hombre alto, corpulento, de cabellos rojizos, de cara audaz y de modales un tanto descuidados. Llevaba bajo el brazo una abultada cartera gris, y en ella dibujos en blanco y negro, que venía vendiendo con éxito vario a los editores, desde el día en que su señor tío — un almirante — lo había desheredado por razón de sus ideas socialistas, tras una conferencia pública que dió el joven contra las teorías económicas recibidas. Llamábase Juan Turnbull Angus.

Se decidió a entrar, atravesó la confitería y se dirigió al cuarto interior — especie de fonda y pastelería — y al pasar saludó, descubriéndose un poco, a la damita que atendía al público. Era ésta una muchacha elegante, vivaz, vestida de negro, morena, de lindos colores y de ojos negros. Tras el intervalo habitual, la muchacha siguió al joven al cuarto interior para ver qué deseaba.

El deseaba algo muy común y corriente:

— Favor de darme — dijo con precisión — un bollo de a medio penique y una tacita de café solo.

Y antes de que la muchacha se volviera a otra parte añadió:

— Y también quiero que se case usted conmigo.

La dama contestó, muy altiva:

— Ese es un género de burlas que yo no consiento.

El rubio joven levantó con inesperada gravedad sus ojos grises, y dijo:

— Real y verdaderamente: es en serio, tan en serio como el bollo de a medio penique; y tan costoso como el bollo: se paga por ello. Y tan indigesto como el bollo: hace daño.

La joven morena, que no había apartado de él los ojos, parecía estarlo estudiando con trágica minuciosidad. Al acabar su examen, había en su rostro una como sombra de sonrisa; se sentó en una silla.

— ¿No cree usted — observó Angus con aire distraído — que es una crueldad comerse estos bollos de a medio penique? ¡Todavía pueden llegar a bollos de a penique! Abandonaré estos brutales deportes en cuanto nos casemos.

La damita morena se levantó y se dirigió a la ventana, con evidentes señales de preocupación, pero no disgustada. Cuando al fin volvió la cara con aire resuelto, se quedó desconcertada al ver que el joven estaba poniendo cuidadosamente sobre su mesa multitud de objetos y golosinas que había en el escaparate: toda una pirámide de bombones de todos colores, varios platos de *sandwichs* y los dos frascos de ese misterioso Porto y ese misterioso Sherry que sólo se sirve en las pastelerías. Y en medio de todo ello había colocado el enorme bulto de aquella torta espolvoreada de azúcar, que era el principal ornamento del escaparate.

— Pero ¿qué hace usted?

— Mi deber, querida Laura — comenzó él.

— ¡Oh, por Dios! Páre, páre: no me hable usted así. ¿Qué significa todo esto?

— Un banquete ceremonial, señorita Hope.

— ¿Y *eso?* — dijo ella, impaciente, señalando la montaña de azúcar.

— Eso es la torta de bodas, señora Angus — contestó el joven.

La muchacha le arrebató la torta y la volvió a su sitio de honor; después volvió a donde estaba el joven, y, poniendo sobre la mesita sus elegantes codos, se quedó mirándolo cara a cara, aunque no con aire desfavorable, sí con evidente inquietud.

— Y ¿no me da usted tiempo de pensarlo? — preguntó.

— No soy tan tonto — contestó él. — ¡Tanta es mi humildad cristiana!

Ella seguía contemplándolo: pero ahora, tras la máscara de su sonrisa, había una creciente gravedad.

— Mr. Angus — dijo con firmeza; — basta de niñerías: no pase un minuto más sin que usted me oiga. Tengo que decirle algo de mí misma, aunque sea en pocas palabras.

— ¡Encantado! — replicó Angus gravemente. — Y ya que está usted en ello, también debería usted decirme algo sobre mí mismo.

— Ea, calle usted un poco y escuche. No es nada de que tenga yo que avergonzarme ni entristecerme siquiera. Pero, ¿qué diría usted si supiera que es algo que, sin ser cosa mía, es mi pesadilla constante?

— En tal caso — dijo seriamente el joven — yo le aconsejo a usted que traiga otra vez la torta de boda.

— Bueno, ante todo, escuche usted mi historia — insistió Laura. — Y, para empezar, le diré que mi padre era propietario de la posada de «El Pez Rojo», en Ludbury, y era yo quien servía en el bar a la parroquia.

— Ya decía yo — interrumpió él — que había no sé qué aire cristiano en esta confitería.

— Ludbury es un triste y soñoliento agujero de los condados del Este, y la única gente que aparecía por «El Pez Rojo» era, amén de uno que otro viajante, de lo más abominable que usted haya visto; aunque usted no ha visto de eso jamás. Quiero decir, que eran unos haraganes, bastante acomodados para no tener que ganarse la vida, y sin más quehacer que pasarse el día en las tabernas y en apuestas de caballos, mal vestidos, aunque harto bien para lo que eran. Pero aun estos jóvenes pervertidos aparecían poco por casa, salvo un par de ellos que eran habituales, en todos los sentidos de la palabra. Vivían de su dinero y eran ociosos hasta decir basta, y excesivos en el vestir. Con todo, me inspiraban alguna lástima, porque se me figuraba que sólo frecuentaban nuestro desierto establecimiento a causa de cierta deformidad que cada uno de ellos padecía; esas leves deformidades que hacen reir precisamente a los burlones. Más que verdadera deformidad, se trataba de una rareza. Uno de ellos era de muy baja estatura, casi enano, o por lo menos parecía *jockey*, aunque no en la cara y lo demás; tenía una cabezota negra y una barba negra muy cuidada, ojos brillantes, de pájaro; siempre andaba haciendo sonar las monedas en el bolsillo, usaba una gran cadena de oro, y siempre se presentaba tan ataviado a lo *gentleman*, que claro se veía que no lo era. Aunque ocioso, no era un tonto; hasta tenía un talento singular para todas las cosas inútiles: improvisaba juegos de mano, hacía arder quince cerillas a un tiempo como un castillo de artificio, cortaba un plátano o una cosa así en forma de bailarina... Se llamaba Isidoro Smythe. Todavía me parece verlo, con su carita trigueña, acercarse al mostrador y formar con cinco cigarrillos la figura de un kanguro.

El otro era más callado y menos notable, pero me alarmaba más que el pequeño Smythe. Era muy alto y ligero, de cabellos claros, nariz muy aguileña, y tenía cierta belleza, aunque una belleza espectral, y un bizqueo de lo más espantoso que pueda darse. Cuando miraba de frente, no sabía uno dónde estaba uno mismo, o qué era lo que él miraba. Yo creo que este defecto le amargaba un poco la vida al pobre hombre; porque, en tanto que Smythe siempre andaba luciendo sus habilidades de mono, Santiago Welkin (que así se llamaba el bizco) nunca hacía más que empinar el codo en el bar y pasear a grandes trancos por los cenicientos llanos del contorno. Pero creo que también a Smythe le dolía el sentirse tan pequeñín, aunque lo llevaba con mayor gracia. Así fué que me quedé verdaderamente perpleja, y del todo desconcertada y tristísima, cuando ambos, en la misma semana, me propusieron casarse conmigo.

El caso es que cometí tal vez una torpeza; al menos, eso me ha parecido a veces. Después de todo, aquellos monstruos eran mis amigos, y yo no quería por nada del mundo que se figuraran que los rehusaba por la verdadera razón del caso: su imposible fealdad. De modo que inventé un pretexto, y dije que me había prometido no casarme sino con un hombre que se hubiera abierto por sí mismo su camino en la vida, que para mí era cuestión de principios el no desposarme con hombre cuyo dinero procediera, como el de ellos, del beneficio de la herencia. Y a los dos días de haber expuesto yo mis bienintencionadas razones, comenzó el conflicto. Lo primero que supe fué que ambos se habían ido a buscar fortuna, como en el más cándido cuento de hadas.

Desde entonces no he vuelto a ver a ninguno de ellos. Pero he recibido dos cartas del hombrecillo llamado Smythe, y realmente son inquietantes.

— Y del otro, ¿no ha sabido usted nada? — preguntó Angus.

— No; nunca me ha escrito — dijo la muchacha después de dudar un instante. — La primera carta de Smythe decía simplemente que había salido en compañía de Welkin, con rumbo a Londres; pero, como Welkin es tan buen andarín, el hombrecillo se quedó atrás y tuvo que detenerse a descansar al lado del camino. Lo recogió una compañía de saltimbanquis que, casualmente, pasaba por allí; y, en parte, porque el pobre hombre era casi un enano, y en parte por sus muchas habilidades, se arregló con ellos para trabajar en la próxima feria, y lo destinaron para hacer no sé qué suertes en el Acuario. Esto decía en su primera carta. En la segunda, había ya más motivo de alarma. La recibí hace apenas una semana.

El llamado Angus apuró su taza de café, y dirigió a su amiga una mirada cariñosa y paciente. Ella, al continuar, torció un poco la boca, como esbozando una sonrisa:

— Supongo que en los anuncios habrá usted leído lo del «Servicio Silencioso de Smythe», o será usted la única persona que no lo haya leído. Por mi parte, no estoy muy enterada; sólo sé que se trata de la invención de algún mecanismo de relojería para hacer mecánicamente todo el trabajo de la casa. Ya conoce usted el estilo de esos reclamos: «Oprime usted un botón, y ya tiene a sus órdenes un mayordomo que nunca se emborracha». «Da usted vuelta a una manivela, y eso equivale a una docena de criadas que nunca pierden el tiempo en flirtear, etc.» Ya habrá usted visto los anuncios. Bueno: las dichosas máquinas, sean lo que fueren, están produciendo montones de dinero, y lo están produciendo para los purísimos bolsillos del mismísimo duende con quien trabé conocimiento en Ludbury. No puedo menos de celebrar que el triste sujeto tenga éxito; pero el caso es que me aterra la idea de que, en todo momento, pueda presentárseme aquí y decirme que ya ha logrado abrirse un camino, como es la verdad.

— ¿Y el otro? — preguntó Angus con cierta obstinada quietud.

Laura Hope se puso en pie de un salto.

— Amigo mío — dijo — usted es un brujo. Sí, tiene usted razón. Del otro no he llegado a recibir una sola línea. Y no tengo la menor idea de lo que será de él, o dónde habrá ido a parar. Pero es de él de quien tengo miedo; es él quien se atraviesa en mi camino; él quien me ha vuelto ya medio loca. No; lo cierto es que ya me tiene loca del todo; porque figúrese usted que me parece encon-

trármelo donde estoy segura de que no puede estar, y creo oirlo hablar donde es de todo punto imposible que él esté hablando.

— Bueno, querida amiga — dijo alegremente el joven; — aun cuando sea el mismo Satanás, desde el momento en que usted le ha contado a alguien el caso, su poder se disipa. Lo que más enloquece, criatura, es estarse devanando a solas. Pero, dígame, ¿dónde y cuándo le ha parecido a usted ver u oir a su famoso bizco?

— Sepa usted que he oído reirse a Santiago Welkin tan claramente como le oigo hablar a usted — dijo la muchacha con firmeza. — ¡Y no había un alma! Porque yo estaba allí, afuera, en la esquina, y podía ver a la vez las dos calles. Además, y aunque su risa era tan extraña como su bizqueo, ya se me había olvidado su risa. Y hacía como un año que ni siquiera pensaba en él. Y lo curioso es que la primera carta de su rival (verdad absoluta) me llegó un instante después.

— Y ¿alguna vez ha hablado el espectro, o chillado o hecho alguna cosa? — preguntó Angus con interés.

Laura se estremeció, y después dijo tranquilamente:

— Sí. Precisamente cuando acabé de leer la segunda carta de Isidoro Smythe en que me anunciaba su éxito, en ese mismo instante oí a Welkin decir: «Con todo, no será él quien se la gane a usted». Tan claro como si hubiera hablado aquí dentro de la habitación. Es horrible: yo debo de estar loca.



"Desde entonces no he vuelto a ver a ninguno de ellos. Pero he recibido dos cartas del hombrecillo llamado Smythe, y realmente son inquietantes."

— Si usted estuviera loca realmente — contestó el joven — creería usted estar cuerda. Pero, en todo caso, la historia de este caballero invisible me resulta un tanto extravagante. Dos cabezas valen más que una (y ahorrémonos alusiones a los demás órganos), y así, si usted me permite que, en categoría de hombre robusto y práctico, vuelva a traer la torta de boda que está en el escaparate...

Pero al decir esto, se oyó en la calle un rechinido metálico, y un motorcito, que traía una velocidad diabólica, llegó disparado hasta la puerta de la pastelería, y paró. Casi al mismo tiempo, un hombrecito con un deslumbrante sombrero de copa saltó del motor, y entró con ruidosa impaciencia.

Angus, que hasta aquí había conservado una fácil hilaridad, por razón de higiene interior, desahogó la inquietud de su alma, saliendo a grandes pasos hacia la otra sala, al encuentro del recién venido. La sospecha del enamorado joven quedó confirmada a primera vista. Aquel sujeto elegante, pero diminuto, con la barbilla negra, insolentemente erguida, los ojos vivaces y penetrantes, los dedos finos y nerviosos, no podía ser otro que el hombre a quien acababan de describirle: Isidoro Smythe, en suma, el hombre que hacía muñecos con cáscara de plátano y cajas de fósforos; Isidoro Smythe, el hombre que hacía millones con mayordomos metálicos que no se embriagaban y criadas metálicas que no flirtean. Por un instante, los dos hombres, comprendiendo instintivamente el aire de posesión con que cada uno de ellos estaba en aquél sitio, permanecieron contemplándose con esa generosidad fría y extraña, que es la esencia de la vanidad.

Pero Mr. Smythe, sin hacer la menor alusión a los motivos de antagonismo que podía haber entre ambos, dijo, sencillamente, en una explosión:

— ¿Ha visto Miss Hope lo que hay en el escaparate?

— ¿En el escaparate? — preguntó Angus asombrado.

— No hay tiempo para entrar en explicaciones — dijo con presteza el pequeño millonario. — Aquí sucede algo extraño, y hay que proceder a averiguarlo.

Señaló con su pulida caña al escaparate recientemente saqueado por los preparativos nupciales de Mr. Angus, y éste pudo ver con asombro una larga tira de papel de sellos postales pegada en la vidriera, que con toda certeza no estaba allí cuando él estuvo asomado al escaparate, minutos antes. Siguiendo al enérgico Smythe a la calle, vió que una tira de papel engomada, como de un metro, había sido cuidadosamente pegada a la vidriera, y que en el papel se leía, con caracteres irregulares: «*Si se casa usted con Smythe, Smythe morirá*».

— Laura — dijo Angus, asomando al interior de la tienda su carota roja. — No está usted loca, no.

— Es la letra de ese tal Welkin — dijo Smythe con aspereza. — Hace años que no lo veo, pero no por eso ha dejado de molestarme. En sólo estos quince días, cinco veces me ha estado echando cartas amenazadoras, sin que sepa yo quién las trae, como no sea Welkin en persona. El portero jura que no ha visto a ninguna persona sospechosa; y aquí ha estado pegando esta tira de papel en un escaparate público mientras que la gente de la confitería...

— Exactamente — concluyó Angus con modestia — mientras que la gente de la confitería se entretiene en tomar el te. Pues, bien, señor mío: permítame declararle que admiro su buen sentido en atacar tan directamente lo único que por ahora importaba. De lo demás, ya tendremos tiempo de hablar. Nuestro hombre no puede estar muy lejos, porque le aseguro a usted que no había papel alguno hace unos diez o quince minutos, cuando me acerqué por última vez al escaparate. Por otra parte,

tampoco es fácil darle caza, puesto que ignoramos el rumbo que habrá tomado. Si usted, Mr. Smythe, quisiera seguir mi consejo, yo pondría ahora mismo el asunto en manos de un investigador experto, y mejor de un investigador privado, que no de persona perteneciente a la policía pública. Yo conozco a un hombre inteligentísimo, que está establecido a cinco minutos de aquí, yendo en el auto de usted. Su nombre es Flambeau, y aunque su juventud fué algo tormentosa, ahora es un hombre honrado a carta cabal, y tiene un cerebro que vale oro. Vive en la casa Lucknow, que está por Hampstead.

— ¡Qué coincidencia! — dijo el hombrecillo frunciendo el ceño. — Yo vivo en la casa Himalaya, al volver la esquina. Supongo que usted no tendrá inconveniente en venir conmigo. Así, mientras yo subo a mi cuarto por los extravagantes documentos de Welkin, usted puede ir a llamar a su amigo el detective.

— Es usted muy amable — dijo Angus cortésmente. — Bueno; cuanto antes, mejor.

Y ambos, con improvisada buena fe, se despidieron de la dama con la misma circunspección formal y subieron al ruidoso y pequeño auto. Mientras Smythe movía palancas y hacía doblar la esquina al vehículo, Angus se divertía en ver un gigantesco cartelón del «Servicio Silencioso de Smythe», donde estaba pintado un enorme muñeco de hierro sin cabeza, llevando una cacerola, con un letrero que decía: Un cocinero que nunca refunfuña».



— ¡Qué coincidencia! — dijo el hombrecillo frunciendo el ceño. — Yo vivo en la casa Himalaya, al volver la esquina. Supongo que usted no tendrá inconveniente en venir conmigo.

— Yo mismo los empleo en mi piso — dijo el hombrín de la barba negra, riendo. — En parte por anuncio, y en parte por comodidad. Y, hablando en plata, crea usted que esos muñecos de relojería le traen a uno el carbón o le sirven el vino con más presteza que cualquier criado, simplemente con saber bien cuál es el botón que hay que oprimir en cada caso. Pero, aquí «inter nos», no le negaré a usted que también tienen sus desventajas.

— ¿De veras? — preguntó Angus. — ¿Hay alguna cosa que no pueden hacer?

— Sí — replicó fríamente Smythe. — No pueden decirme quién me echa esas cartas amenazadoras en casa.

El auto era tan pequeño y ágil como su dueño. Y es que, lo mismo que su servicio doméstico, era un artículo inventado por él. Si aquél hombre era un charlatán de los anuncios, era un charlatán que creía en sus mercancías. Y el sentimiento de que el auto era algo frágil y volador se acentuó aún más cuando entraron por unas carreteras blancas y sinuosas, a la muerta pero difusa claridad de la tarde. Las curvas blancas del camino se fueron volviendo cada vez más bruscas y vertiginosas: formaban ya unas verdaderas «espirales ascendentes» — como dicen las religiones modernas. Trepaban ahora por un rincón de Londres, casi tan escarpado como Edimburgo, cuando no sea tan pintoresco. Las terrazas aparecían como encaramadas unas sobre otras, y la torre de pisos a que ellos se dirigían, se levantaba sobre todas a una altura egipcia, dorada por el último sol. Al volver la esquina y entrar en la placita de casas conocida por el nombre de Himalaya, el cambio fué tan súbito como el abrir una ventana de pronto: la torre de pisos se alzaba sobre Londres como sobre un verdemar de pizarra. Frente a las casas, al otro lado de la placeta de guijas, había una herbosa tapia que más parecía un vallado de zarzas o un dique, que no un jardín, y abajo corría un arroyo artificial, un como canal, foso de aquella hirsuta fortaleza. Cuando el auto cruzó la plaza, pasó junto al puesto de un vendedor de castañas, y al otro extremo de la curva, Angus pudo ver el bulto azul obscuro de un policía que paseaba tranquilamente. En la soledad de aquel apartado barrio, no se veía más alma viviente. A Angus le pareció que expresaban toda la inexplicable poesía de Londres: le pareció que eran las estampas de un cuento.

El auto llegó, lanzado como una bala, a la casa en cuestión, y allí echó de sí a su dueño como una bomba que estalla. Smythe preguntó inmediatamente, a un alto conserje lleno de deslumbrantes galones, y a un criado diminuto en mangas de camisa, si alguien había venido a buscarlo. Le aseguraron que nadie ni nada había pasado desde la salida del señor. Entonces, en compañía de Angus, que estaba un poco desconcertado, entró en el ascensor que los transportó de un salto, como un cohete, hasta el último piso.

— Entre usted un instante — dijo Smythe casi sin resuello. — Voy a mostrarle a usted las cartas de Welkin. Después irá usted, en una carrera, a traer a su amigo

Oprimió un botón disimulado en el muro, y la puerta se abrió sola.

Abrióse sobre una antesala larga y cómoda, cuyos únicos rasgos salientes, ordinariamente hablando, eran las filas de enormes muñecos mecánicos semihumanos, que se veían a ambos lados como maniquíes de sastres. Como los maniquíes, que no tenían cabeza, y al igual de ellos, tenían en la espalda una gibosidad tan hermosa como innecesaria, y en el pecho una hinchazón de buche de paloma. Fuera de esto, no tenían nada más de humanos que esas máquinas automáticas de la altura de un hombre que suele haber en las estaciones. Dos ganchos les servían de brazos, adecuados para llevar una bandeja. Estaban pintados de verde claro, bermellón o negro, a fin de distinguirlos unos de otros. En lo demás eran como todas las máquinas,

y no había para qué mirarlos dos veces. Al menos, nadie lo hizo entonces. Porque, entre las dos filas de maniquíes domésticos, había algo más interesante que la mayor parte de los mecanismos que hay en el mundo: había un papel garrapateado con tinta roja, y el ágil inventor lo había percibido al instante. Lo recogió y se lo mostró a Angus sin decir palabra. La tinta todavía estaba fresca. El mensaje decía así: «Si has ido hoy a verla, te mataré».

Tras un instante de silencio, Isidoro Smythe dijo tranquilamente:

— ¿Quiere usted un poco de whisky? Yo tengo antojo de tomar una copita.

— Gracias. Prefiero un poco de Flambeau — dijo Angus poniéndose tétrico. — Me parece que esto se pone grave. Ahora mismo voy por mi hombre.

— Tiene usted razón — dijo el otro con admirable animación. — Tráigale usted lo más pronto posible.

Al tiempo de cerrar la puerta tras de sí, Angus vió que Smythe oprimía un botón, y uno de los muñecos se destacaba de la fila y, deslizándose por una ranura del piso, volvía con una bandeja en que se veía un sifón y un frasco. Esto de abandonar a aquel hombrecillo solo en medio de aquellos criados muertos, que habían de comenzar a animarse en cuanto Angus cerrara la puerta, no dejaba de ser algo funambulesco.

Unas seis gradas más abajo del piso de Smythe, el hombre en mangas de camisa estaba haciendo algo con un cubo. Angus se detuvo un instante para pedirle — fortificando la petición con la perspectiva de una buena propina — que permaneciera allí hasta que él regresara acompañado del detective, y cuidara de no dejar pasar a ningún desconocido. Al pasar por el vestíbulo de la casa hizo el mismo encargo al conserje, y supo de labios de éste que la casa no tenía puerta posterior, lo cual simplificaba mucho las cosas. No contento con semejantes precauciones, dió alcance al errabundo policía, y le encargó que se apostara frente a la casa, en la otra acera, y vigilara desde allí la entrada. Y, finalmente, se detuvo un instante a comprar castañas, y le preguntó al vendedor hasta qué hora pensaba quedarse en aquella esquina.

El castañero, alzándose el cuello del gabán, le dijo que no tardaría mucho en marcharse, porque parecía que iba a nevar. Y, en efecto, la tarde se iba poniendo cada vez más obscura y triste. Pero Angus, apelando a toda su elocuencia, trató de clavar al vendedor en aquél sitio.

— Caliéntese usted con sus propias castañas — le dijo con la mayor convicción. — Cómaselas todas, yo se las pagaré. Le daré a usted una libra esterlina si no se mueve de aquí hasta que yo vuelva, y si me dice si ha entrado en aquella casa donde está aquel conserje de librea algún hombre, mujer o niño.

Y echó un último vistazo a la torre sitiada.

— Como quiera, le he puesto un cerco al piso de ese hombre — pensó. — No es posible que los cuatro sean cómplices de Welkin.

La casa «Lucknow» estaba en un plano más bajo de aquella colina de casas en que la «Himalaya» representaba la cumbre.

El domicilio semioficial de Flambeau estaba en un bajo, y, en todos sentidos, ofrecía el mayor contraste con aquella maquinaria americana y lujo frío de hotel del «Servicio Silencioso». Flambeau, que era amigo de Angus, recibió a éste en un riconcillo artístico y abigarrado que estaba junto a su estudio, cuyo adorno eran multitud de espadas, arcabuces, curiosidades orientales, botellas de vino italiano, cacharros de cocina salvaje, un peludo gato persa y un pequeño sacerdote católico romano de modesto aspecto, que parecía singularmente inadecuado para aquél sitio.



— Yo—dijo aquel gigante de los deslumbradores lazos— tengo derecho de preguntar a todo el mundo, sea duque o barrendero, qué busca en esta casa, y aseguro que nadie ha aparecido por aquí durante la ausencia de este señor.

— Mi amigo el padre Brown — dijo Flambeau. — Tenía muchos deseos de presentárselo a usted. Un tiempo excelente, ¿eh? Algo fresco para los meridionales, como yo.

— Sí, creo que va a aclarar — dijo Angus sentándose en una otomana de rayas violetas.

— No — dijo el sacerdote. — Ha comenzado a nevar.

Y, en efecto, como lo había previsto el castañero, a través de la nublada vidriera se podían ver ya los primeros copos.

— Bueno — dijo Angus con aplomo. — El caso es que yo he venido a negocios, y a negocios de suma urgencia. El hecho es, Flambeau, que a una pedrada de esta casa hay en este instante un individuo que necesita absolutamente los auxilios de usted. Un invisible enemigo lo amenaza y persigue constantemente, un bribón a quien nadie ha logrado sorprender.

Y Angus procedió a contar todo el asunto de Smythe y Welkin, comenzando con la historia de Laura y continuando con la suya propia, sin omitir lo de la carcajada sobrenatural que se oyó en la esquina de las dos calles solitarias, y las extrañas y distintas palabras que se oyeron en el cuarto desierto. Flambeau se fué poniendo más y más preocupado, y el curita pareció irse quedando fuera de la conversación, como un mueble. Al llegar al punto de la banda de papel pegada en la vidriera del escaparate, Flambeau se puso de pie y pareció llenar la salita con su corpulencia.

— Si le da a usted lo mismo — dijo — prefiero

que me lo acabe de contar por el camino. Creo que no debemos perder un instante.

— Perfectamente — dijo Angus, también levantándose. — Aunque, por ahora, mi amigo está completamente seguro, porque tengo a cuatro hombres vigilando el único agujero de su madriguera.

Salieron a la calle seguidos del curita, que trotaba en pos de ellos con la docilidad de un perro faldero. Como quien trata de provocar la charla, el curita decía:

— Parece mentira cómo va subiendo la capa de nieve, ¿eh?

Al entrar en la pendiente calle vecina, ya toda espolvoreada de plata, Angus dió al fin término a su relato. Al llegar a la placita donde se alzaba la torre de habitaciones, Angus examinó atentamente a sus centinelas. El castañero, antes y después de recibir la libra esterlina, aseguró que había vigilado atentamente la puerta y no había visto entrar a nadie. El policía fué todavía más elocuente: dijo que tenía mucha experiencia de toda clase de trampistas y pícaros, ya disfrazados con sombrero de copa o ya disimulados entre harapos, y que no era tan bisoño para figurarse que la gente sospechosa se presentase con apariencias sospechosas; que había vigilado atentamente, y no había visto entrar un alma. Esta declaración quedó rotundamente confirmada cuando los tres llegaron adonde estaba el conserje de los galones.

— Yo — dijo aquel gigante de los deslumbradores lazos — tengo derecho de preguntar a todo el mundo, sea duque o barrendero, qué busca en esta casa, y aseguro que nadie ha aparecido por aquí durante la ausencia de este señor.

El insignificante padre Brown, que estaba vuelto de espaldas y contemplando el pavimento modestamente, se atrevió a decir con timidez:

— ¿De modo que nadie ha subido y bajado la escalera desde que empezó a nevar? La nieve comenzó cuando estábamos los tres en casa de Flambeau.

— Nadie ha entrado aquí, señor, puede usted confiar — dijo el conserje, con una cara radiante de autoridad.

— Entonces, ¿qué puede ser ésto? — preguntó el sacerdote, mirando con absorta mirada el suelo.

Los otros hicieron lo mismo, y Flambeau lanzó un juramento e hizo un gesto francés. Era incuestionable que, por mitad de la entrada, que custodiaba el de los lazos de oro, y pasando precisamente por entre las arrogantes piernas de este coloso, corría la huella gris de unos pies, estampados sobre la nieve.

— ¡Dios mío! — gritó Angus sin poder contenerse. — ¡El hombre Invisible!

Y, sin decir más, se lanzó hacia la escalera, seguido de Flambeau. Pero el Padre Brown, como si hubiera perdido todo interés en aquella investigación, se quedó mirando la calle cubierta de nieve.

Flambeau se disponía ya a derribar la puerta con los hombros; pero el escocés, con mayor razón, si bien con menos intuición, buscó por el marco de la puerta el botón escondido. Y la puerta se abrió lentamente.

Y apareció el mismo interior atestado de muñecos. El vestíbulo estaba algo más obscuro, aunque aquí y allá brillaban las últimas flechas del crepúsculo, y una o dos de las máquinas acéfalas habían cambiado de sitio, para realizar algún servicio, y estaban por ahí, dispersas en la penumbra. Apenas se distinguía el verde y rojo de sus casacas, y por lo mismo que los muñecos eran menos visibles, era mayor su aspecto humano. Pero en medio de todas, justamente en el sitio donde antes había aparecido el papel escrito con tinta roja, había algo como una mancha de tinta roja caída del tintero. Pero no era tinta roja.

Con una mezcla, muy francesa, de reflexión y violencia, Flambeau dijo simplemente:

— ¡Asesinato!

Y entrando decididamente a las habitaciones, en menos de cinco minutos exploró todo rincón y armario. Pero, si esperaba dar con el cadáver, su esperanza salió fallida. Lo único evidente era que allí no estaba Isidoro Smythe, ni muerto ni vivo. Tras laboriosas pesquisas, los dos se encontraron otra vez en el vestíbulo, con caras llameantes y ojos espantados.

— Amigo mío — dijo Flambeau, sin darse cuenta de que, en su excitación, se había puesto a hablar en francés. — El asesino no sólo es invisible, sino que hace invisibles a los hombres que mata.

Angus paseó la mirada por el penumbroso vestíbulo, lleno de muñecos, y en algún repliegue céltico de su alma escocesa hubo un estremecimiento de pánico. Uno de aquellos aparatos de «tamaño natural» estaba cerca de la mancha de sangre, como si el hombre atacado lo hubiera hecho venir en su auxilio un instante antes de caer. Uno de los ganchos que le servían de brazos estaba algo levantado, y por la cabeza de Angus pasó la fantástica y espeluznante idea de que el pobre Smythe había muerto a manos de su hijo de hierro. La materia se había sublevado, y las máquinas habían matado a su dueño. Pero aun en este absurdo supuesto, ¿qué habían hecho del cadáver?

— ¿Se lo habrán comido? — murmuró a su oído la pesadilla.

Y Angus se sintió desfallecer ante la imagen de aquellos despojos humanos desgarrados, triturados y absorbidos por aquellas relojerías sin cabeza.

Con gran esfuerzo logró recobrar su equilibrio, y dijo a Flambeau:

— Bueno; esto es hecho. El pobre hombre se ha evaporado como un nube, dejando en el suelo una raya roja. Esto es cosa del otro mundo.

— Sea de éste o del otro — dijo Flambeau — sólo una cosa puedo hacer: bajemos a llamar a mi amigo.

Bajaron y el hombre del cubo les aseguró, al pasar, que no había dejado subir a nadie, y lo mismo volvieron a asegurar el conserje y el errabundo castañero. Pero cuando Angus buscó la confirmación del cuarto vigilante, no pudo encontrarlo, y preguntó con inquietud:

— ¿Dónde está el policía?

— Mil perdones; es culpa mía — dijo el Padre Brown. — Acabo de enviarlo a la carretera para averiguar una cosa... una cosa que me parece que vale la pena averiguar.

— Pues necesitamos que regrese pronto — dijo Angus con rudeza — porque aquel desdichado no sólo ha sido asesinado, sino que su cadáver ha desaparecido.

— ¿Cómo? — preguntó el sacerdote.

— Padre — dijo Flambeau tras una pausa. — Creo realmente que esto le corresponde a usted más que a mí. Aquí no ha entrado ni amigo ni enemigo, pero Smythe se ha eclipsado, lo han robado los fantasmas. Si no es ésto cosa sobrenatural, y...

Pero aquí llamó la atención de todos un hecho extraño; el robusto policía azul acababa de aparecer en la esquina, y venía corriendo. Se dirigió a Brown y le dijo jadeante:

— Tenía usted razón, señor. Acaban de encontrar el cuerpo del pobre Mr. Smythe en el canal.

Angus se llevó las manos a la cabeza.

— ¿Bajó él mismo? ¿Se echó al agua? — preguntó,

— No, señor; no ha bajado, se lo juro a usted — dijo el policía. — Tampoco ha sido ahogado, sino que murió de una enorme herida en el corazón.

— ¿Y nadie ha entrado aquí? — preguntó Flambeau con voz grave.

— Vamos a la carretera — dijo el cura.

Y al llegar al extremo de la plaza, exclamó de pronto:

— ¡Necio de mí! Me he olvidado de preguntarle una cosa al policía: si encontraron también un saco gris.

— ¿Por qué un saco gris? — preguntó sorprendido Angus.

— Porque si era un saco de otro color, hay que comenzar otra vez — dijo el Padre Brown. — Pero si era un saco gris, entonces lo hemos hallado ya.

— ¡Hombre, me alegro de saberlo! — dijo Angus con acerba ironía. — Yo creí que ni siquiera habíamos comenzado, por lo que a mí toca al menos.

— Cuéntenos usted todo — dijo Flambeau con toda la candidez de un niño.

Inconscientemente, habían apresurado el paso al bajar a la carretera, y seguían al Padre Brown, que los conducía rápidamente y sin decir palabra. Al fin abrió los labios, y dijo con una vaguedad casi conmovedora:

— Me temo que les resulte a ustedes muy prosaico. Siempre comienza uno por lo más abstracto, y aquí, como en todo, hay que comenzar por abstracciones.

«Habrán ustedes notado que la gente nunca contesta a lo que se le dice. Contesta siempre a lo que uno piensa al hacer la pregunta, o a lo que se figura que está uno pensando. Supongan ustedes que una dama le dice a otra, en una casa de campo: «¿Hay alguien contigo?». La otra no contesta: «Sí: el mayordomo, los tres criados, la doncella, etcétera», aun cuando la camarera esté en el otro cuarto y el mayordomo detrás de la silla de la señora, sino que contesta: «No; no hay *nadie* conmigo», con lo cual quiere decir: «no hay nadie de la clase social a que tú te refieres». Pero si es el doctor el que hace la pregunta, en un caso de epidemia: «¿Quién más hay aquí?», entonces la señora recordará sin duda al mayordomo, a la camarera, etc. Y así se habla siempre. Nunca son literales las respuestas, sin que dejen por eso de ser verídicas. Cuando estos cuatro hombres honrados aseguraron que nadie había entrado en la casa, no quisieron decir que ningún ser de la especie humana, sino que ninguno de quien se pudiera sospechar que era el hombre en quien pensábamos. Porque lo cierto es que un hombre entró y salió, aunque ellos no repararon en él.»

— ¿Un hombre invisible? — preguntó Angus, arqueando las cejas rojas.

— Mentalmente invisible — dijo el Padre Brown.

Y uno o dos minutos después continuó en el mismo tono, como quien medita en voz alta.:

— Es un hombre en quien no se piensa, como no sea premeditadamente. En esto está su talento. A mí se me ocurrió pensar en él por dos o tres circunstancias del relato de Mr. Angus. La primera, que Welkin era un andarín. La segunda, la tira de papel pegada al escaparate. Después (y es lo principal), las dos cosas que contó la joven, y que pudieran no ser absolutamente exactas... No se incomode usted — añadió advirtiendo un movimiento de disgusto del escocés. — Ella creyó que eran verdad, pero no era posible que fueran verdad. Un instante después de haber recibido una carta en la calle, no se está completamente solo. Ella no estaba completamente sola en la calle al detenerse a leer una carta recién recibida. Alguien estaba a su lado, aunque ese alguien fuera mentalmente invisible.

— Y ¿por qué había de estar alguien junto a ella? — preguntó Angus.

— Porque — dijo el Padre Brown — excepto las palomas mensajeras, alguien tiene que haberle llevado la carta.

— ¿Quiere usted decir — preguntó Flambeau precisando — que Welkin le llevaba a la joven las cartas de su rival?

— Sí — dijo el sacerdote. — Welkin le llevaba a su dama las cartas de su rival. No puede haber sido de otro modo.

—No lo entiendo — estalló Flambeau. — ¿Quién es ese sujeto? ¿Cómo es? ¿Cuál es el disfraz o apariencia habitual de un hombre mentalmente invisible?

— Su disfraz es muy bonito: rojo, azul y oro — dijo al instante el sacerdote. — Y con este disfraz notable y hasta llamativo, nuestro hombre invisible logró penetrar en la casa «Himalaya», burlando la vigilancia de ocho ojos humanos; mató a Smythe con toda tranquilidad, y salió otra vez llevando a cuestas el cadáver...

— Reverendo Padre — exclamó Angus, deteniéndose. — ¿Se ha vuelto usted loco, o soy yo el loco?

— No, no está usted loco — explicó Brown. — Simplemente, no es usted muy observador. Usted nunca se ha fijado en hombres como éste, por ejemplo.

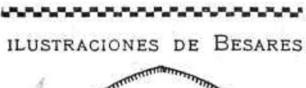
Y diciendo esto, dió tres largos pasos y puso la mano sobre el hombro de un cartero que, a la sombra de los árboles, había pasado junto a ellos sin ser notado.

— Sí — continuó el sacerdote reflexionando — nadie se fija en los carteros y, sin embargo, tienen pasiones como los demás hombres, y a veces llevan a cuestas unos sacos enormes donde cabe muy bien el cadáver de un hombre de pequeña estatura.

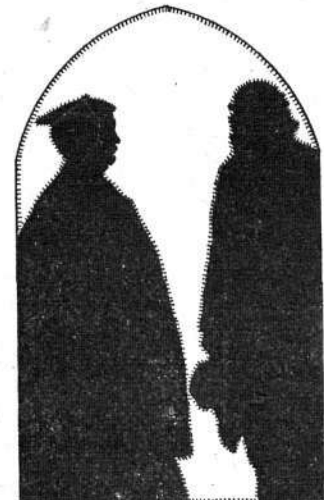
El cartero, en lugar de volverse, como hubiera sido lo natural, se había metido, chapuzando y dando traspiés, en la zanja que corría junto al jardín. Era un hombre flaco, rubio, de apariencia ordinaria; pero al volver a ellos el azorado rostro, los tres vieron que era más bizco que un demonio.

....

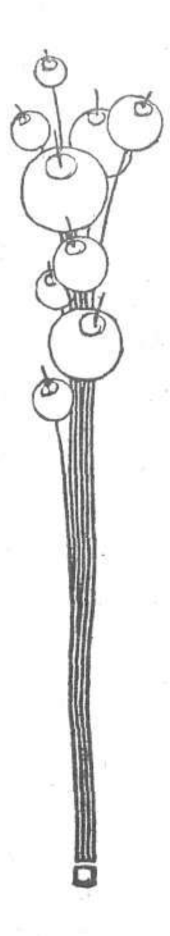
Flambeau volvió a sus espadas, a sus tapices rojos y a su gato persa, porque tenía muchos negocios pendientes. Juan Turnbull Angus volvió al lado de la confitera, con quien el imprudente joven logró arreglárselas muy bien. Pero el Padre Brown siguió recorriendo durante varias horas aquellas colinas llenas de nieve, a la luz de las estrellas y en compañía de un asesino. Y lo que aquellos dos hombres hablaron nunca se sabrá.



ILUSTRACIONES DE BESARES



DEVOCIONARIO LIRICO



COLOQUIO DEL BIENESTAR

—Todo está conseguido, cuanto buscaste tienes.
Se colmó tu ambición, alma ayer insaciable.
—Pero son tan menguados, son tan pobres mis bienes...
¿No podría alcanzar tal vez lo inalcanzable?

—Alma jamás saciada, alma hambrienta y sedienta:
¿serás como el avaro que en su ruin soledad
el estéril tesoro sin límite acrecienta?
¿Con quién partes el oro de tu felicidad?

Tienes cuanto anhelaste; ¿para qué nuevos bienes?
¿Por qué desde tu cima miras a la más alta?
Disfruta tu tesoro, goza de lo que tienes.
No pienses en lo que todavía te falta.

—Y ¿para qué esta larga fatiga de la vida
no teniendo en el mundo nada que ambicionar?
¡Déjame mi ambición, mi ambición sin medida,
y líbrame del negro tedio del bienestar!

CADA DIA QUE PASA...

Cada día que pasa, cada sol que agoniza
es más hondo mi tedio y es mi fe más escasa.
Cada día que pasa mi desdén profundiza
por las cosas terrenas. Cada día que pasa...

Cada día que pasa más y más me parece
necedad todo anhelo, vanidad todo empeño.
Cada nueva alborada mi vivir ensombrece;
cada día que pasa me arrebata un ensueño.

Barre mis ilusiones una ráfaga impía;
las agosta y dispersa, pertinaz y nefasta.
El edén de mis sueños, que hasta ayer florecía,
cada día que pasa más y más se devasta.

—Vendaval que mis rosas interiores deshojas,
¿hasta cuándo mis cármenes seguirás asolando?—
Por si acaso pudiera duplicar mis congojas,
sólo el eco implacable me contesta: «¿Hasta cuándo?»

Cada día se afloja más y más la atadura
que me aferra a la cárcel de esta vida tediosa;
y anhelando el reposo que el no ser asegura,
vivo ya por costumbre. (No sé hacer otra cosa).

Cada día que pasa más inerme me deja;
y aunque el alma no ignore que el estrago la arrasa,
cada día es más débil el clamor de su queja;
cada día que pasa...

ENRIQUE MENDEZ CALZADA

LA ESCALA AZUL

Stipendia enim peccati mors. — ROMANOS.

¡Gestos de mal y orgullo, gestos vanos!,
despótica actitud de vida fuerte,
como explicara Pablo a los romanos:
el fin de aquellas cosas es la Muerte.

En el desorden de un fatal destino,
llevamos el deseo de la mano,
y al cosechar las rosas del camino,
vemos que eran vivienda del gusano.



Vivir es esperar; lejos del ruido,
que propaga la acción por el sendero,
está el secreto, nunca desmentido
ni traicionado: el puro, el verdadero.

En su clara armonía silenciosa,
que no tiene palabras en la voz,
se nos muestra, accesible y cariñosa,
la escala azul que va del hombre a Dios.

FERNAN FELIX DE AMADOR

DICHO Y HECHO, por Alvarez

EL VOLATIL VENTUROSO

Cierto Gallo muy serio,
en su afán de subir constantemente,
trataba de elevarse inútilmente.
Y ¡por fin! se instaló en un ministerio
Hay Gallos con fortuna,
capaces de subir hasta la luna.



JUBILACION FORZOSA

—¿Qué significa eso?
—Así es como jubilamos a los periodistas en San Juan.



LOS REFRESCOS DE GALLARDO

—¿Y para qué pone tantas pajitas en el refresco?
—Una me sirve como ministro de Relaciones Exteriores, y las otras las utilizo como interino. ¿No ve que soy interino de todas las carteras?

Nuevos Bachilleres



Bachilleres egresados del Colegio Nacional Mariano Moreno, correspondientes a 5.º año, 2.ª división del turno de la mañana; acompañados con su profesor doctor Juan Busco. 1.ª fila, sentados, de izquierda a derecha: J. Noguera, L. Bracco, E. Siperman, E. Eguías Seguí, (celador J. M. Guerci), D. Pescuma, O. Da Rin, R. Salomone, J. P. Chiaravalle, H. Carabba. Parados, 1.ª fila: N. Scalone, E. Rueda, J. Raggio, J. Peragallo, D. Schiffrin, P. Varán, O. Caviglia, A. Battana, J. M. Villadesau, A. Vittori, J. Iches, O. Lonardi. 2.ª fila: E. A. Portatadino, J. Ametlla, R. Secondo, J. Wencemblat, L. Nosotti, G. E. Michelucci. 3.ª fila: C. Romero, J. M. Julien, B. Escriban, R. A. Ruiz, A. Pumarino, H. J. Mancini, O. Espinosa y J. M. Stefler.



MALESCI

Tónico Reconstituyente

Estimulante de los nervios

Estimulante de los músculos

Estimulante del cerebro

La IPERBIOTINA MALESCI es un elemento de reparación del organismo; favorece la modificación de la sangre; tonifica y ayuda a conservar la vida, resistiendo a las enfermedades.

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

Preparación patentada del Establecimiento Quimico Dr. Malesci. - Firenze (Italia).
Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

Unico Concesionario - Importador en la República Argentina:

VIAMONTE, 871 - M. C. de MONACO - BUENOS AIRES

Nuevos Bachilleres



Alumnos de 6.° año, 2.ª división, del Colegio Nacional de Buenos Aires, egresados en 1923.

LA CARAVANA

Todos nosotros, los que vivimos en este globo, formamos una inmensa caravana que marcha confusamente hacia la nada.

Rodéamos una naturaleza inconsciente, impasible, mortal como nosotros, que no nos entiende, ni siquiera nos ve, y de la que no podemos esperar ni socorro ni consuelo.

Sólo nos queda para orientarnos en la ráfaga que nos lleva, este secular precepto, suma divina de toda experiencia humana

«Ayudáos unos a otros».

Por tanto, que en la tumultuosa caminata donde se mezclan los pasos sin cuento, cada uno ceda la mitad de su pan a aquél que tiene hambre, extienda la mitad de su manto a aquél que tiene frío, acuda con su brazo a aquél que va a tropezar, levante el cuerpo del que cayó, y si alguno más bien provisto y seguro para el camino necesita no más que las simpatías de las almas, que las almas se le abran demostrando simpatía.

Sólo así lograremos dar alguna dignidad y alguna belleza a esta lúgubre desbandada hacia la muerte que se llama la vida...

EÇA DE QUEIROZ.

El arte de enseñar no es sino el arte de despertar la curiosidad de los jóvenes espíritus para satisfacerla en seguida, y la curiosidad no es viva, eficaz y sana sino en los seres felices. Los conocimientos que se incrustan a la fuerza en las inteligencias, las obstruyen y ahogan. Para digerir el saber, es preciso haberlo ingerido con gusto. — ANATOLE FRANCE.



¡Señora, Vd. tiene canas!

No faltará un insolente que la trate de vieja y desde ese día dejará Vd. de ser la hermosa o la simpática señora Fulana; ya nadie le hará caso; los hombres no suspirarán más a su lado.

¿Por qué deja Vd. que las canas invadan su cabellera?

¿No sabe Vd. que sus amigas, Zutana y Mengana, sin decirlo a nadie emplean la famosa

AGUA SALLES

que devuelve al cabelllo canoso su color primitivo?

¡Haga Vd. como ellas! Son tan naturales los colores del pelo regenerado por el AGUA SALLES, que nadie puede sospechar que no sean naturales.

El AGUA SALLES existe en dos tipos: progresiva e instantánea, elija Vd. la que quiera; úsela de acuerdo con las instrucciones y volverá a ser joven. ¿No es esto deseable y agradable?

El AGUA SALLES, no es difícil de emplear; no ofrece peligro y no necesita ser usada cada día.

VENTA EN FARMACIAS, PERFUMERIAS Y TIENDAS.

LOURTAU y Cía. - PARANA, 182 BUENOS AIRES

AQUEL CHARLATAN...

Era de mágico parlar aquel charlatán de feria. A fe de Dios que era un colmenar la plaza y en éxtasis escuchábale la multitud: ¡Venid! ¡Venid! oidme vosotros los apáticos: mi verbo os hará vehementes: y vosotros los escépticos, mi palabra os hará optimistas; no temáis por vuestro oro, genovés avaro; ni cuidéis vuestra escarcela, blanco judío; poseo el milagroso ungüento de la felicidad; quien sintiere su contacto gozará de dicha eterna y de calor perenne. Soy Merlín el encantador; a mi influjo la selva es una orquesta eólica en la que el viento al pasar ensaya aires galanos; doy armonía al ruiseñor en la noche queda, y templo en los amaneceres la guzla de plata de las alondras. ¡Venid! poseo la Lámpara de Aladino y la alfombra que viaja, las botas de mil leguas y el filtro del Doctor Fausto; ¿queréis el pájaro azul de la leyenda? ¿ver danzar ante vosotros a Bilitis, a Sapho, de Lesbos? ¿que Belkiss, la Reina de Saba, llegue con la magnificencia de sus presentes, la riqueza de sus palacios de mármol, de cedros del Líbano, de sándalo y de oliva? ¿que Salomé implore a Herodes por la cabeza de San Juan Bautista? ¿que la Sulamita aliente a manzanas ante David?

¡Yo todo lo puedo! Escuchadme: le doy al Sol cada mañana su manto de fuego y en cada despedida su capa de púrpura; blancos celajes a Selene cada noche y prendo en plata las mil estrellas que titilan bajo su negro capuz; le doy ánimo al riacho y vuelco azogue en los estanques — para que como Narciso, — los sauces y los álamos se enamoren de su propia belleza; arrullo a los turpiales, alegría pagana en los caramillos, febril inquietud en las abejas y una indecible dulzura en los panales...

Yo soy el gnomo Noel; para la Nochebuena y para Reyes tendré repletos mil arzones de muñecos parlantes; yo soy el palafrenero del retablo de Belén y llevo cada año, cabalgando en las estrellas, a Melchor, Gaspar y Baltasar...

II

Las mozas llegaron hacia él, presas de angustia incontenida, afiebradas de rostro y en cerezas transformadas sus bocas plañideras: — ¿Qué hicísteis de vuestros corazones? ¿qué comezón pusísteis en vuestras venas? ¿qué panoramas de ilusión en vuestras pupilas? ¿qué palabra de sugestión en todos los labios varoniles?

Mientras atendíalas la muchedumbre, un anciano inquirió de una pequeñuela: ¿Pero qué le reclamáis?

Y las mozas dijeron al unísono: — ¡Pero si es el Amor!

Cuando hubieron de buscarle no le hallaron, y el anciano dijo: — Oyéndole sentíame remozado. — Y el jovenzuelo que a su vera estaba, repitió: — Padre: ¡quiero ser héroe. — Y la madre del niño de los rizos de oro díjole a su rubio infante: — Le sentí antes palpitar en mis entrañas como otro corazón, y luego hacerse carne en tu cuerpo, hijo mío.

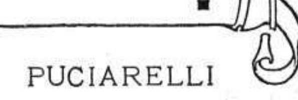
III

¡Ay! yo también, ¡malhaya mi infantilismo! de aquel biendecir quedé prendado, y a la flor más hermosa que el abril produjera, en vasallaje entregué cuerpo y alma.

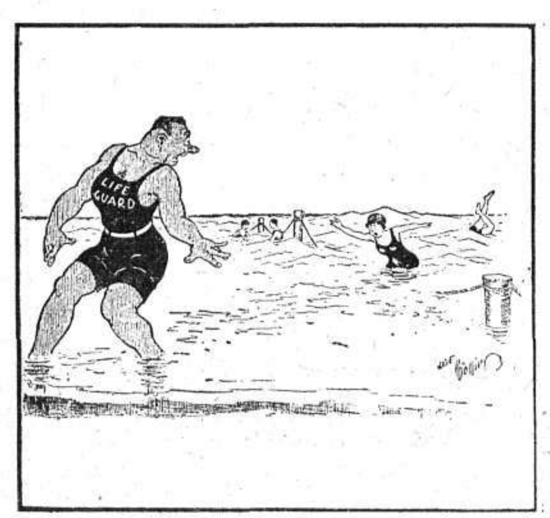
La rosa, rosa es, y en razón de su feminidad, espinas lleva en su seno. De incauto, claváronseme agudas en mi carne y sangrando quedó mi corazón maltrecho.

IV

¿Siento el tamboril que anuncia a la farsa? Allí corre presuroso mi espíritu, y otra vez, y ciento, ávido escucho la vocinglería, y como el parlanchín de siempre repito: —¡Venid! Venid! Os daré el secreto de la buena ventura; yo soy Merlín, el encantador . . .



CARMELO PUCIARELLI



— ¡Guarda! ¡Guarda! ¡Socorro! Sálvela usted pronto... Se ha hundido con sus aros de brillantes...



— ¿Está muy lejos la estación?
— Aquí no más...


DISCOS DOBLES NACIONAL
LOS ULTIMOS GRANDES EXITOS
DUO GARDEL-RAZZANO
(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)
Discos dobles «NACIONAL», de 25 ctms., a $ 3.25
18081 (Rosal Viejo. Dúo. Cristino Tapia.
(EL ARROYITO. Tango. Solo Gardel. Castriota-Flores.
18083 (Nerón. Shimmy. Solo Gardel. Millán-Iribarne Valdez.
(Tierrita. Tango. Solo Gardel. Caruso-Bardi.
IGNACIO CORSINI
(Con acompañamiento de ORQUESTA TIPICA ROBERTO FIRPO)
18408 (Practicante. Tango. Antonio de Bassi.
(Nostalgia. Shimmy. Antonio de Bassi.
ROBERTO FIRPO
ORQUESTA TIPICA y JAZZ-BAND
Discos dobles «NACIONAL», de 25 ctms., a $ 3.00
6221 (Es la Canción del Amor. Shimmy. Jazz-Band E. Delfino.
(Dumbell. Fox Trot. Jazz-Band. E. Confrey.
6222 (Sacate la Caretita. Tango. Orquesta típica. Cosenza-Schumaker.
(Para Siempre. Tango. Orquesta típica. Cosenza-Schumaker.
FRANCISCO CANARO
ORQUESTA TIPICA y JAZZ-BAND
6937 (Don Padilla. Tango. Orquesta típica. Alfredo Seghini.
(La Milonga te llevó. Tango. Orquesta típica. Alfredo Seghini.
6939 (El Acomodo. Tango. Orquesta típica. José Martínez.
(My Sweetheart's Song. Shimmy. (La canción de mi novia). Jazz-Band con serrucho. Haimo-González.
ORQUESTA TIPICA "PACHO" (Juan Maglio)
7406 (El Flechazo. Tango. P. V. Lambertucci.
(El Taita. Tango. C. Maglio.
ELEUTERIO YRIBARREN AMERICAN JAZZ-BAND
8001 (Mister Gallagher and Mister Shean. Fox Trot. L. Terry.
(Ba-La-Ba. Shimmy. L. Hillier.
8006 (Sonia. Fox Trot. Cappenberg-Partos.
(Gitanería. Pasodoble. A. G. del Barrio.
MICHIGAN JAZZ-BAND
9161 (Arco Iris. Fox Trot persa. Auli-Benlloch.
(Arco Iris. Two Step. Auli-Benlloch.
MARIO A. PARDO (Tenor con acompañamiento de guitarra
6572 (La Mariposa. Canto. Zamba. Cuadros-Pardo.
(Mi Refugio. Tango. Solo de guitarra. J. C. Cobian.
Nuevo Catálogo general de DISCOS DOBLES "Nacional". Se remite gratis.
EL ARROYITO
TANGO
SOLO POR C. GARDEL
DISCO Nº 18081

Federación de Empleados y Obreros Civiles Nacionales



Grupo de delegados designados por la F. de E. y O. C. N. para gestionar ante el Primer Magistrado de la Nación la adopción de una justa serie de medidas que beneficien a los numerosos asociados de esa entidad.

LA PERSEVERANCIA

En 1528, a los diez y ocho años de edad, salió Bernardo Palissy de su casa, diciendo: «No tengo más libros que el cielo y la tierra, abiertos para todo el mundo». Entró en un taller de vidriería, y aunque su ocupación era pintar cristales tenía alma de artista. Acertó a ver una hermosa vasija italiana, y desde aquel punto se convirtió su existencia al firmísimo propóstio de descubrir la composición del esmalte de porcelana, que le apasionó violentamente. Durante años hizo variados experimentos de análisis y construyó un horno sin resultado alguno, por lo que mudó la disposición en otro distinto tipo, donde consumió tal cantidad de leña, drogas y cacharros, con pérdida de tiempo y trabajo, que muy luego se le entró la pobreza en casa. Convencido por último de su falta de habilidad en la colocación y quema del combustible, quiso proseguir sus experimentos en horno ordinario, pero fracasó tan por completo como en sus anteriores tentativas. Sin embargo, fué perseverante hasta la obstinación, y reanudando con mayor afán la empresa, obtuvo por fin, de trescientas piezas puestas al horno, una recubierta de hermosísimo esmalte.

La mente es la que hace al hombre, y nuestro vigor está en nuestra alma inmortal. — OVIDIO.

Lo que Toda Mujer Ansía

Una linda cabellera es lo que da mayor realce a la Belleza femenina y esto se consigue empleando

Stallax



Déjese que el stallax produzca bastante espuma y luego frótese bien para que toda la caspa se separe.



Al enjuagarse se notará con qué intensidad habrá quedado el pelo sedoso, suave y delicadamente perfumado.



Una vez completamente limpio el pelo, al tocarlo produce una agradable sensación de frescura, verdaderamente deliciosa.

La Naturaleza ha dotado a toda mujer de una hermosa cabellera, suave y sedosa, llena de bellos tonos y colores, cabellera que debe ser la gloria de toda hija de Eva y el encanto seductor, capaz de rendir a todos los componentes del sexo feo.

Y cuando una mujer ha perdido ese magnífico dote natural, que es su derecho, es siempre porque ha descuidado su conservación o porque ha seguido procedimientos errados, empleando jabones fuertemente cargados de álcalis, o shampoos ya preparados y no apropiados a su clase de cabello, haciendo que éste pierda su brillo, su ondulación, su vida... y sin que ninguna forma de peinado logre disfrazar su manifiesta fealdad.

No ha mucho, un celebrado "coiffeur pour dames", de París, descubrió que el stallax granulado forma la base de un shampoo ideal — lavado de cabeza — cuya fuerza puede ser graduada de acuerdo con la distinta naturaleza de cada clase de cabello, y que

El stallax resulta aún más conveniente por su fácil preparación.

Al efecto se echa una cucharada de stallax granulado en una taza de agua caliente, dejando que se disuelva perfectamente. La exacta cantidad necesaria para cada clase de pelo es fácil de averiguar después de una o dos pruebas.



Se aplica al cabello con un paño, esponja o cepillo.

Luego se frota muy bien con la punta de los dedos hasta obtener una espuma blanca que deja al cabello libre de polvo, tierra, caspa, sudor, grasitud y demás substancias extrañas, tan nocivas para la salud y el aspecto del pelo. Finalmente se seca la cabeza con una toalla caliente.

En cualquier farmacia, perfumería o peluquería de cierta reputación, se vende el stallax, sea en pequeños paquetes del valor de 25 centavos, cantidad suficiente como para hacer dos abundantes shampoos, o en cajas del precio de $ 3.50, que contienen tanto stallax como para 35 o 40 lavados de cabeza o shampoos.

Cómo conseguir un cutis que los hombres admiren.

"Un hombre podrá admitir, con ciertas reservas, que los polvos, cremas y demás afeites constituyan una ayuda necesaria para la conservación de la belleza", escribe una mujer profundamente observadora, "pero en el fondo de su corazón él seguirá soñando con una hermosura que no necesite de esos recursos para el realce de sus dotes naturales". Las mujeres, que saben tener en cuenta esto y que dan importancia a la opinión de los hombres, evitan el uso de cualquier substancia que denuncie que su belleza no es completamente natural. Y es por esto que dichas mujeres, en número siempre mayor, están adquiriendo la costumbre del empleo de la cera mercolizada (en inglés: "pure mercolized wax"), que puede hallarse en cualquier farmacia. Aplicando la cera mercolizada por la noche y retirándola por la mañana, ellas obtienen y conservan un cutis completamente natural, pues la cera nada agrega al cutis viejo, sino que, por lo contrario, procede a la extirpación de este último, absorbiendo, gradualmente y en forma imperceptible, las células muertas, y haciendo que aparezca la fresca, clara y aterciopelada tez que se halla inmediatamente debajo, y cuya sana y juvenil apariencia nunca podrá confundirse con la de una piel rígida y artificial.

De Avellaneda



ELECCIONES MUNICIPALES

El concejal señor Juan Carobe, rodeado por un núcleo de correligionarios frente al Comité Radical "Sarmiento".

Representantes de los diversos partidos que intervinieron en la elección municipal, presidiendo una de las mesas, en que se depositaron mayor número de votos.

LA LEY SECA A LOS PIES DE UN CABALLO

Incitatus, el célebre caballo a quien Calígula elevara al consulado, cuenta desde ahora con un émulo de su gloria en los fastos históricos; éste es *Papyrus*, el famoso vencedor del Derby, cuyo viaje a los Estados Unidos constituye un caso curiosísimo en los anales hípicos, pues hubo de cruzar el Atlántico con el exclusivo objeto de medir sus fuerzas contra las de *My Own*, para la conquista de la «Copa internacional» de oro a la que acompañaban 100.000 dólares, premio establecido por el Jockey Club Americano

Son tan delicados estos finísimos caballos de carrera, que hubo necesidad de ejecutar una serie de arreglos especiales en el *Aquitania* para acomodar debida y dignamente al aristocrático pingo. Sobre el mejor puente del barco se construyeron dos amplios camarotes, uno para *Papyrus* y el segundo para su compañero de pesebre y amigo íntimo, del cual no consiente separarse, *Bar Gold*.

Para que no se resintiera su paladar delicado por el cambio de alimentos, en Inglaterra se embarcó suficiente cantidad de forrajes y hasta agua para el consumo de la travesía y de su calculada estancia en los Estados Unidos. Pero aquí viene lo estupendo: *Papyrus* es un aficionado incorregible a la buena cerveza, sólo que en vez de un doble consume un balde de la refrescante y nutritiva bebida en cada comida. ¿Cómo hacer ante la prohibición terminante de la famosa Ley Volstead? Los amigos de *Papyrus* pusieron en campaña sus influencias y la ley seca ha sido violada en su favor concediéndose el permiso de la importación de toda la cerveza inglesa que necesite el distinguido huésped mientras resida en el país. El caso es inaudito, increíble, pero cierto, exacto. A un caballo se le han otorgado los mismos privilegios de que gozan los diplomáticos. Después de ello no hay derecho a tomar en serio el rigor con que se aplica la famosa ley en los Estados de la Unión.

LA PERFIDIA DE LA ILUSION



AQUEL día sintió Guillermo el dolor mayor de su vida. Nunca sus amarguras, ocasionadas por la desilusión a que su alma de poeta parecía condenada, habíanle producido aquella opresión en la garganta, pegándole la lengua al paladar, ni aquel martirio en el corazón, semejante a un desgarramiento.

Por momento, creyó perder la cabeza; la sangre se le agolpó a los ojos, enceguecíéndole. Estrujó, entre sus manos, la carta que acababa de leer, la arrojó al suelo y, temblando de ira y despecho púsose a pasear, agitadamente, de un extremo a otro de la habitación. La crisis aumentó: por un instante, le pareció faltarle las fuerzas y cayó al suelo; allí, tirado como un pobre andrajo, su cuerpo convulsionóse en violentos espasmos; luego, sosteniendo su cabeza entre las manos, empezó a llorar como un niño. Las lágrimas corrieron copiosas por su rostro. Fuerte languidez entorpeció sus miembros; invadido por el sopor, quedó adormecido con el extraño sueño en que el espíritu sigue sufriendo y el cuerpo no descansa.

Cuando se despertó, la obscuridad le envolvía. Se levantó del suelo y vió que era de noche. Consultó su reloj: las ocho. Habían transcurrido cinco horas desde que leyó aquella carta fatal.

Durante unos minutos permaneció pensativo. Luego, arregló un poco su desordenado traje y salió a la calle.

Aquella noche Guillermo no pensó en cenar; pero, en cambio, bebió excesivamente. Los compañeros de bohemia, que habitualmente se reunían en una taberna de la calle Fuencarral, observaron que el poeta estaba más nervioso que de costumbre y bebía sin descanso. En aquellos momentos la inteligencia de Guillermo chispeaba como un precioso diamante. Recitaba poesías de sus poetas favoritos: Hugo, Musset, Verlaine, Teodoro de Banville, que el poeta sabía expresar con todas sus bellezas, plagando el aire de musicales notas y haciendo vibrar las almas de emoción con los divinos ensueños de la lírica francesa.

Los amigos le felicitaban y aplaudían y, varias veces, repitió las célebres composiciones. Pasaban las horas; los bohemios, entorpecidos por la bebida, iban desapareciendo uno tras de otro. Cuando quedó solo, el silencio le sobrecogió. Volvió a sentir su alma huérfana y llena de la angustia que le había dominado algunas horas antes. El enérgico conjuro producido por el alcohol, la poesía y la conversación de los bohemios, había desaparecido. Guillermo salió de la taberna y regresó a su casa con las primeras claridades de la aurora.

A la tarde siguiente, cuando se levantó del lecho, con el cuerpo cansado por los excesos de la noche anterior y el espíritu decaído, rehizo sus ideas, ¿Era un sueño o realidad lo que el día anterior le había hecho sufrir como en una pesadilla? Su mirada vagó, azorada, dolorida, por la habitación y de pronto, se detuvo. Allí, en el suelo, estaba la carta que él había estrujado y tirado como un papel inútil. Sí, desgraciadamente era cierto; su ruptura con Inocencia, la amada de su corazón, la mujer deseada hasta el delirio, era un hecho, al parecer irreparable.

Ella se lo comunicaba de manera que no ofrecía dudas, que no admitía esperanza de reparación. Los padres la obligaban a romper aquellas relaciones que, durante cuatro años, los dos consideraron la propia razón de su existencia; no podía desobedecerlos y necesitaba acatar circunstancias más poderosas que su voluntad. Le pedía perdón por su acto y rogaba a la Providencia le concediera la posible felicidad en esta vida.

¡Qué sarcasmo! ¡Pedir la felicidad para el mismo ser que se abruma de desgracia, que se martiriza fríamente, intencionadamente!

Un rictus de intensa amargura se dibujó en los labios del poeta.

¿Con que todo había concluído entre ellos? Sí, sin duda alguna. Esta vez no era aquello una riña de novics, que se repara, que se arregla con cuatro frases y se olvida la ofensa, cuando la ha habido. El amor perdona fácilmente. Pero, precisamente, ahora sucedía todo lo contrario; no había habido ofensa no hubo riña; pero tampoco había amor. El motivo que ella exponía era sólo un pretexto. En realidad ella había dejado de amarle; tal vez no le amó nunca. Sin duda soñó ser la mujer de un gran artista, de un hombre célebre, y al ver pasar los años inútilmente, sin que el matrimonio se realizara, sin vislumbrar probabilidades para él mismo, la impaciencia se había trocado, poco a poco, en indiferencia. El amor, la ilusión había muerto en ella. Era, pues, inútil todo intento de conciliación.

Y Guillermo recordaba los cuatro años transcurridos desde que conoció a Inocencia.

Fué en Córdoba. El tenía veinte años; ella quince. El poeta, con su carácter de meridional, sensible y de imaginación ardiente, quedó a su vista embargado de un dulce estupor que fué el aviso de lo que más tarde había de ser la pasión que tanta influencia tendría en su vida. Ella era plenamente bella, con la belleza ardiente y sensual de las hijas de Andalucía, descendientes de aquellas cabezas, que, siglos atrás, hicieron de Córdoba la nueva Damasco de Occidente.

Inocencia era morena, con grandes ojos negros de mirada turbadora. De toda ella emanaba el poder seductor de la juventud y la belleza.

Guillermo, al conocerla y enamorarse de ella, creyó encontrar la mujer que había de ser su inspiración, su numen. Recordó a los poetas Dante y Petrarca, divinizados por el amor a una mujer. El también, con el fuego de su pasión, dió a sus poesías cadencias que hasta entonces ignoraba; sensibilidades y emociones que no hubiera podido expresar sin conocerlas. Y la cantó en estrofas plenas de sentimiento, desbordantes de vida. Creyó ser un nuevo elegido de los dioses para elevar al Amor un santuario, en una época en que el posi-

tivismo y el materialismo reíanse de Psiquis para cortejar solamente a Venus Afrodita.

Ambos se amaron; fueron aquellos años de intensa emoción que el poeta vivió como en un delicioso ensueño. El anhelaba la gloria y el bienestar económico para ofrecerlos a la amada.

Escribía en *El Diario*, periódico de la localidad, y ya había publicado dos tomos de poesías; pero la vida en provincia era precaria y no había en ella ambiente propicio para crearse, en poco tiempo, una posición aceptable y, mucho menos, para llegar al triunfo definitivo.

Entonces pensó en Madrid. Allí triunfaban los que valían; era una palabra digna de su talento. El tenía fe en la estrella y vencería; en dos o tres años esperaba lograr en la Prensa, en el teatro, una situación desahogada que le permitiera solucionar las dificultades económicas y contraer matrimonio con Inocencia.

Le expuso a ella su propósito y ambos quedaron de acuerdo. Marcharía a Madrid a crearse un porvenir y cada año, una vez por lo menos, hasta que se casaran, volvería para verla a ella.

Y así fué, pero Guillermo llegó a Madrid sin más influencias ni amistades que su talento y, durante el primer año de su permanencia en la capital, sólo consiguió entrar en la redacción de un modesto periódico donde ganaba lo indispensable para ir viviendo.

Soñaba con estrenar en el teatro y escribió un sainete de costumbres andaluzas. Su obra pasó por las manos de casi todos los empresarios y en todas partes le decían lo mismo: era necesario tener antes un nombre conocido en el periodismo o en el libro para estrenar con probabilidades de éxito.

El tiempo pasaba. Un año, dos. Al principio, su correspondencia con Inocencia era frecuente, casi diaria, y en ella encontraba el poeta el acicate necesario para continuar la reñida lucha con la vida. Más tarde las relaciones se fueron enfriando. La separación es mortal para los enamorados.

Al cumplir los dos años de su estancia en Madrid, Guillermo sólo había conseguido vivir con dificultad.

Su obra para el teatro fué rechazada definitivamente. De un libro de poesías que le había editado el periódico en que escribía, apenas se vendieron algunos ejemplares entre sus conocidos.

En los dos años, ni una sola vez pudo regresar a Córdoba para ver a Inocencia, y el poeta, en su angustiosa lucha de decepciones, sentía el martirio del alma que hace perder la fe en los demás y, lo que es peor, en sí mismo.

Y llegó el temido desenlace. Ella le abandonaba. Le había escrito la carta que le llenó de pena y desesperación. ¡Todo había terminado! ¡Todo! Estaba fracasado, vencido; sin ideal ni fe en la vida. ¿Para qué querría ya vivir?

Por un momento, pensó en volver a Córdoba, recuperar su puesto en *El Diario* y reanudar sus relaciones con Inocencia; pero no tardó en comprender que el sufrimiento le hacía divagar. A su regreso sólo encontraría el mayor de los ridículos y el desprecio de la mujer que amaba. ¡Todo sería inútil! Su destino cruel le ofrecía una vida de torturas que no podía evitar. Era necesario, pues, vivir, o mejor, morir sin la esperanza de cuanto hace a la existencia digna de ser vivida y deseada...

II

— ¿Cuándo se estrena tu obra, Guillermo?

— Se está en los ensayos; probablemente dentro de un mes.

— ¿Será un éxito, verdad?

— Tenemos esperanzas, naturalmente. Pero la seguridad, ¿quién es capaz de tenerla, Carlota?

— Yo creo en tu talento, Guillermo; tendrás un triunfo, te lo aseguro. Es un presentimiento.

— Yo también espero triunfar; ahora o más adelante; pero, en estas cosas, nunca se está seguro de nada; esperemos...

La mujer que sostenía este diálogo con el poeta era una joven de veinte años, morena, algo delgada, de bellos ojos negros que sabían sonreir con cierta deliciosa ingenuidad no exenta de malicia. Era madrileña y tenía la gracia y simpatía peculiares de las mujeres del pueblo de Madrid.

Cuando hablaba, miraba al poeta poniendo en sus ojos toda la intensa alegría de la mujer que ama. Veíase, fácilmente, que su alma estaba estrechamente ligada a la de Guillermo con un lazo irrompible; la pasión amorosa engendrada en la admiración. Carlota admiraba a Guillermo y por eso le amaba fuertemente, sinceramente. ¡Le veía tan superior a los hombres que, hasta entonces, ella había conocido! Ella se lo había dicho y era verdad: creía en el talento de él y esperaba compartir su triunfo entre el amor y las comodidades materiales que el éxito proporciona al artista.

El no parecía menos enamorado y estaba convencido de que a ella debería cuanto pensaba lograr en su vida.

Cuando la conoció, hacía ya un año largo, él era un pobre bohemio, llevando una vida de desorden y vicio.

Lo recordaba y bendecía la hora en que la había encontrado. A raíz de romper su noviazgo con Inocencia, el poeta sintió desaparecer en su alma el misterioso resorte que hace poner tensa la voluntad para la lucha, para lograr algún propósito. Vivió; pero, más que vivir, lo que hizo fué dejarse arrastrar por la vida. Trabajaba lo estrictamente necesario para no morirse de hambre. Entregado a la bebida, buscando olvidar los recuerdos que le atormentaban, el alcohol iba minando su naturaleza robusta, y él esperaba, con vesánico placer, el momento en que la enfermedad le avisaría que había que abandonar la existencia. Pero su cuerpo resistió todos los excesos y no enfermó.

Una tarde, al pasar por la Puerta del Sol, a la hora del crepúsculo, una gentil muchacha, arrebujada en el típico mantón de seda que usan las modistas madrileñas, marchaba delante de él. Su paso era cadencioso, armónico. Su cara morena y sus ojos negros y grandes le recordaron un rostro que, en otro tiempo, le había hecho desear el vivir.

Adelantó unos pasos y, al llegar a su altura le dirigió un requiebro. Uno de esos piropos que en Andalucía llaman una flor. El, poeta y andaluz, sabía, en ocasiones, decir frases que sintetizaban la armonía de la música y los efluvios de los naranjos en flor.

Ella le respondió con el donaire y casticismo madrileños. El le replicó. Se entabló el diálogo. Cuando menos lo pensaba, Guillermo se encontró en la puerta de una casa del barrio Lavapiés. Había andado dos o tres kilómetros sin darse cuenta.

Al día siguiente volvieron a verse y el noviazgo quedó formalizado.

Carlota tenía un fondo de ternura y bondad que encantaba a Guillermo.

Poco a poco, ella le devolvió el deseo de vivir y la afición al trabajo. El poeta fué formalizando su vida, abandonando sus costumbres bohemias. Asistió con regularidad al periódico en que escribía, *El Eco de Madrid*, colaboró en algunas revistas y sus ganancias fueron aumentando hasta el punto de poder vivir con cierta comodidad.

Algunos meses después de su conocimiento, Carlota y Guillermo vivían en un tercer piso del Paseo San Vicente, desde cuyo balcón se divisaba la Casa de Campo, la Moncloa, El Pardo con sus bellos atardeceres que hacían vibrar de emoción al poeta.

La nota de ternura que, en su nueva vida, supo poner ella, serenó el espíritu de Guillermo, tan atormentado hasta entonces. Pudo volver a trabajar con fe y constancia. En colaboración con el director de *El Eco de Madrid*, escribió *Los celos*, obra de género chico que se estrenaría en Eslava, un teatro de tercer orden; pero era empezar. Los ensayos hacían tener esperanzas halagüeñas.

III

El estreno de *Los celos* fué un éxito. A petición del público, los autores salieron a escena varias veces. Los periódicos daban, al día siguiente, la noticia, insertando, algunos de ellos, los retratos de los dos escritores que habían colaborado en la obra.

Días después, Guillermo recibió una carta, cuyo carácter de letra reconoció en seguida, causándole súbita emoción. Era de Inocencia. Le felicitaba por su triunfo y le aseguraba que ella no le había olvidado, deplorando que sus padres fueron los únicos culpables de su separación. ¡Cómo había sentido dejarse arrebatar la voluntad en un asunto en que ella sola debía haber decidido!

— Es demasiado tarde — se dijo el poeta, rompiendo la carta.

Desde hacia tiempo, había resuelto vivir sólo para Carlota. A ésta debía cuanto era y tenía y a ella pensaba dedicar su vida.

Pero, a pesar de sus firmes propósitos, Guillermo, a partir del momento en que recibió aquella carta, no dejó de estar nervioso e intranquilo.

Ciertamente reconocía la deuda de gratitud que había contraído con Carlota, y más aún, se confesaba que sentía por ella un gran cariño; no obstante, ahora veía que el recuerdo de Inocencia no se le había borrado enteramente.

¿Acaso amaba a dos mujeres? Así le parecía; pero ¡qué diferencia había entre ambas! Una fué para él injusta, cruel; la otra era toda abnegación y cariño, como una madre que le había ayudado a triunfar. No podía pues, dudar de que se debía a Carlota.

Pero gustoso hubiera querido volver a ver a su prometida de otro tiempo, y convencerse de que aquella mujer que fué su propia vida y por la que sufrió tanto, nunca le había amado ni menos le amaba ahora.

Así podría comprobar que el recuerdo de Inocencia era una absurda obsesión que sufría. Una enfermedad moral que debía extirpar, en sí mismo, recurriendo a toda su voluntad.

Sin duda, para lograrlo, el mejor remedio era verla, cerciorarse, con sus propios ojos, del error que estaba padeciendo.

Pensó, meditó unos momentos y creyó encontrar lo que buscaba. Sí, lo que había imaginado era un excelente medio para alcanzar de una vez para siempre la paz de su espíritu.

La prueba a que iba a someter a Inocencia, ésta no la resistiría, y si la resistía, él, para no llevar las cosas demasiado lejos, le haría saber que, entre ellos, se interponía Carlota, separándolos para toda la vida.

Le gustó su plan. En la noche del mismo día en que recibió la carta de Inocencia, marchó a Córdoba.

No avisó a Carlota que su viaje duraría tan solo veinticuatro horas. Por lo demás, desde Córdoba le pondría un telegrama.

Guillermo volvió a ver la ventana donde, en otro tiempo, había pasado horas tan felices y cuyo recuerdo le martirizó tanto también hacía tiempo.

Ahora no había en ella flores; era a principio de diciembre, en un atardecer bastante frío.

Los dos antiguos enamorados se encontraron. Inocencia estaba hermosa como siempre. Se hablaron: en un principio, confusamente, precipitadamente. Ella le pedía perdón por lo que había hecho. El, en aquellos momentos, se olvidó de todo. Los años pasados en Madrid se borraron en su imaginación por un instante, y creyó que aquel intervalo de tiempo no había existido y se hallaba al lado de la amada como en otra época.

La cogió las manos, la besó en la frente y una lágrima de emoción se deslizó por la mejilla del poeta.

Después, recordó el propósito que, realmente, le había llevado allí y dijo:

— Esta noche, en el expreso, necesito regresar, sin falta, a Madrid y he venido, por ti, Inocencia.

Ella pareció no comprender y preguntó:

— ¿Qué quieres decir? ¿Qué precipitación es esa?

— Sí, Inocencia; si me amas, vente conmigo esta misma noche a Madrid. Allí, dentro de dos días, nos casaremos. Desde hoy, si quieres, nunca hemos de separarnos...

El rostro de ella reflejó gran asombro, luego habló:

— Eso no puede ser, Guillermo. Lo que me propones es imposible. Sería un escándalo. Yo no me atrevería después a mirar a la gente cara a cara.

— Inocencia, tú no me has amado nunca y por eso no eres capaz de hacer por mí ningún sacrificio. Acompáñame, y pasado mañana nos casaremos en Madrid.

— Eso es imposible, Guillermo — volvió a repetir ella con energía.

— ¿Es tu última palabra?...

— Durante unos segundos, la joven pareció titubear.

— Sí — contestó, al fin — es mi última palabra.

— Bien, entonces tenías razón cuando, hace tres años, me escribiste que todo había terminado entre nosotros,. Adiós; acabo de comprender, definitivamente, el error que he padecido en mi vida. Adiós.

Y así, fríamente, silenciosamente, se separaron lo que, por un momento, pareció ser un idilio que se reanudaba; sólo fué la última palada de tierra que se arroja sobre un cadáver. Guillermo regresó a Madrid satisfecho del paso que había dado. Su intención no fué otra sino poner a prueba a su antigua novia. No pensaba llevar a cabo lo que le propuso; sólo deseaba saber hasta qué punto ella era capaz de sacrificarse por él. Entre Carlota e Inocencia, no era ya posible la duda. Además, como había esperado, ahora se sentía enteramente libre de aquella ilusión que había

sic) el martirio de toda su infortunada vida.

¡Con qué ansiedad, con qué pasión aguardaba el momento de llegar a su casa para estrechar en sus brazos a la mujer que, verdaderamente, era digna de todo su amor!

Ella, hija del pueblo, le había dado su vida sin restricciones de ninguna clase; le había alentado en las horas de duda y de amargura; le había animado, confiando en su talento, hasta llegar al triunfo. ¡Qué gozoso estaba de cuanto acababa de aprender en las últimas horas transcurridas!

Cerca del mediodía llegó a su casa. Entonces recordó que, en su precipitado viaje, no había telegrafiado a Carlota. ¿Qué habría sucedido? La pobre amiga debía estar muy impaciente.

Cuando entró en su piso encontró a Carlota en la cama y a una mujer que la atendía, una vecina. Al llegar él, la mujer se marchó, y quedaron solos.

— ¿Qué es esto? ¿Qué sucede aquí? — preguntó emocionado.

Carlota respiraba difícilmente. Tenía la cara muy pálida. Hizo un esfuerzo para hablar y dijo:

— ¿Qué te ha ocurrido, Guillermo? Yo estoy muy enferma...

— ¿Pero, qué te pasa? — insistió él. — ¿Por qué estás así?...

Entonces ella contó:

La otra noche llegó la hora de cenar y no venías. Dieron las diez, las once, las doce. Mi impaciencia no me dejaba estar aquí sola. Salí a la calle a buscarte.

Te busqué por todas partes donde tú acostumbrabas a ir antes. Nada; no te encontraba por ningún sitio ni nadie me daba razón de ti. Regresé a casa por la madrugada. Pero yo no me quería convencer de que tú no volverías y salí al balcón; en él te esperé varias horas. Fué una noche terrible de nieve. Cuando me acosté, ya bien entrado el día, empecé a toser; luego me dió fiebre. Ya ha venido el médico y ha recetado. Yo creo que tengo una pulmonía.

* * *

A pesar de cuantos esfuerzos se intentaron para salvarla, Carlota murió al tercer día de su enfermedad. Tan intensamente fué interesado su organismo en aquella noche terrible de nieve, como ella había dicho. Guillermo quedó en un estado de estupor del que nada ni nadie le sacaba. Por fin, transcurrida una semana del fallecimiento de su amiga, decidió trasladarse de casa. Vendió todos sus muebles y se fué a vivir a una fonda. El poeta parecía haber perdido la inteligencia y la memoria. Cuando, algunos meses después, quiso escribir un trabajo literario, no le fué posible. Se abandonó. Por las noches, los amigos encontrábanle de taberna en taberna. El, con mayor obsesión que nunca, buscaba la última copa de alcohol que había de terminar con sus dolores...

JAVIER NÚÑEZ DE PRADO

De Avellaneda



Parte de los concurrentes a la concentración de fuerzas, organizada por las autoridades del Partido Provincial, que preside el diputado señor Barceló.

ETIMOLOGÍA

La palabra «telegrama», procedente de las griegas «tele», lejos, y «gramma», escrito, es más moderna de lo que pudiera creerse. Inventada en los Estados Unidos, no apareció, según parece, hasta el año 1852. El día 6 de abril de dicho año, un diario de aquel país, el «Albani Evening Journal», publicó el siguiente suelto: «Un amigo nuestro nos participa que desearía una oportunidad para introducir una nueva palabra en el vocabulario. Esta palabra es «telegrama», en vez de despacho telegráfico o comunicación telegráfica. El vocablo está formado conforme a las más estrictas leyes del lenguaje de donde procede su raíz. «Telégrafo» significa escribir desde cierta distancia; «telegrama», el escrito mismo, enviado desde cierta distancia.

Cualquiera que sea vuestra necesidad más apremiante, confiadla a las manos de la fe. Nunca preguntéis cómo, ni porqué, ni cuándo. Desplegad vuestros mejores esfuerzos y tened fe, pues siempre ha sido ésta la gran hacedora de los milagros.



MALTA URANO IMPORTADA

LA PREFERIDA POR LOS MEDICOS PARA SU CONSUMO PROPIO

De sabor agradable, sin ser dulce.
Estimula el apetito.
No es la más barata.
De esmerada fabricación.

Para las madres que crían, para los niños, ancianos, personas débiles y convalecientes, es lo mejor.

Venta en los almacenes y farmacias. Si encuentra dificultad para adquirirla, diríjase a sus únicos importadores:

1170 - BARTOLOMÉ MITRE - 1174

TELÉFONOS:

U. T., Rivadavia, 1990 — Coop. T., Central, 133

De Lomas de Zamora



Grupo de socios del "Centro Lucero Argentino" que concurrieron al lunch ofrecido por la C. D. de esa entidad en el "Salón Unión Stella de Italia".

EL ARTE

Arte es contemplación. Es el placer del espíritu que penetra la naturaleza y resiente el espíritu que a ella misma anima. Es la alegría de la inteligencia que ve claro en el universo y lo recrea iluminándolo de conciencia. El arte es la más sublime misión del hombre, puesto que se ejercita tratando de comprender el mundo y de hacerlo comprender.

La humanidad cree poder pasarse sin el arte. No quiere meditar, contemplar, soñar: quiere disfrutar físicamente. Las altas y profundas verdades le son en general indiferentes; le basta con el contentamiento de sus apetitos corporales.

El arte es también gusto. Es el reflejo del corazón del artista sobre todos los objetos que construye. Es la sonrisa del alma humana sobre el hogar. Es la gracia del pensamiento y del sentimiento incorporados a todo lo que sirve a los hombres. Pero ¿cuántos son aquéllos de nuestros contemporáneos que siente la necesidad de alhajar, de amueblar su casa con verdadero gusto? Antes, en la vieja Francia, el arte estaba en todas partes. Los más humildes burgueses, hasta los mismos paisanos no usaban sino objetos amables a la vista.

Sus sillas, sus mesas, sus marmitas eran graciosas. Hoy el arte ha sido arrojado de la vida cotidiana. Lo que es útil se dice, no necesita ser bello. Todo es feo, todo está fabricado a la ligera y sin gracia por máquinas estúpidas. — Augusto Rodín.

Nuestro siglo, acaso esté demasiado enfermo de tanto leer y sobre todo de leer mal. Sin una reacción voluntaria del lector sobre el pensamiento del autor, la lectura resulta más un mal positivo que un bien.

Empajarse no es nada, si no se digiere. Leed, pero pensad; y no leáis si no queréis pensar leyendo, y pensar además después de haber leído. — Alejandro Vinet.



Se ha dicho que el alma de los hombres como la de los pueblos, se dan por entero en la canción que cantan; y ya se trate de la copla doliente o picaresca que entona un individuo aislado, o bien del canto epinicio o del romance que vocean las muchedumbres, no cabe duda que la música y la poesía popular son los signos indicativos del espíritu que anima a un país o una raza.

Y bien, he aquí una trova de tierra adentro que nos dará la clave para estudiar eso que es tan propio de las provincias del interior, y que hemos de llamar la emoción territorial.

Querencia de mi querencia,
Donde aprendí a querer,
Donde sembré mi cariño
Y nació mi padecer...
Caminito de mi madre
Mañana yo i de volver...

Estos versos sencillos, incorrectos por cierto, pero con la virtud de ser antiacadémicos, traducen fielmente el cariño y el apego que sienten los moradores del valle y de la selva hacia el terruño donde nacieron.

No importa que a veces la tierra sea ingrata y dura y rompa las manos de quien la cultiva. No importa, tampoco, si «se siembra cariño y se recoge padecer»; el nativo está tan espiritualmente adherido a su terrazgo, que puede muy bien ausentarse en busca de algo mejor, que no ha de tardar, apenado por la nostalgia, en regresar a su querencia, como se dice en la copla:

Caminito de mi madre
Mañana yo i de volver...

Sin embargo, no es tan sólo en el *gay saber* popular donde se transparenta la emoción del suelo nativo. También en los grandes hechos colectivos; y admírese el lector: en las andanzas y malandanzas de la política.

Veamos. Hace apenas unos días que, en una provincia, las fuerzas populares derrotaron al partido oficial, no obstante tener éste «hondas raíces en el poder y en la tradición política de la provincia». Y lo batieron en los «propios cuarteles», lo que trajo el regocijo de unos y la torturante sorpresa de los otros.

¿Cómo ha podido ocurrir esto? ¿A qué se debe este fenómeno políticosocial? Y, ¿cómo, una masa sin mayores luces ni independencia económica, ni menos esa gimnasia de la libertad en que se ejercitan los pueblos del Plata, ha podido romper su apatía y dar una prueba fehaciente de su soberanía y de los latidos de su corazón?

Ocurrió que el candidato sostenido por el partido oficial era un joven abogado con sólo dos años de residencia en la provincia, pero ajeno a ella; en cambio el otro, el de las fuerzas opositoras, era un hijo de la tierra, un hombre que sabía de los dolores e ideales de su pueblo. Y claro está: se quiso herir, desconocer la emoción territorial y al punto se alzaron en masa los arrieros y peones, los pastores y labriegos, los mendigos y señores, los niños y mujeres, los que parten el granito en el fondo de las minas y los que trazan y cavan hondos surcos en las huertas y rastrojos. Y todos, en fin, se pusieron de parte del representante genuino del terruño.

Quizá hayan mediado otras razones para que ocurriera lo que ha ocurrido; pero a nosotros nos interesa solamente la emoción territorial.

II

En verdad, sienten los pueblos del interior un sentimiento terruñero que no se sabe si va de la naturaleza al espíritu del hombre, o viene del espíritu del hombre a fortificarse en la naturaleza. Lo cierto es que esa emoción territorial tiene frescura de agua y raíces de árbol bien plantado. No es el egoísmo lugareño que alguien pudiera creer, ni la huraňía de pueblos primitivos, encorvados sobre sus duras tierras y bajo un gravamen de pobreza y de prejuicios. Fácil nos sería demostrar cómo, a las aldeas, la miseria no les ha llegado al corazón; y que hay más egoísmo disimulado en las grandes urbes que en los villorrios humildes. Y es proverbial que así como las puertas están siempre abiertas al forastero, lo están las almas en esos dulces y pequeños pueblecitos de provincia.

Entonces: ¿qué es a lo que llamamos emoción territorial? Podríamos respondernos diciendo que es el humilde orgullo de quienes poseen las llaves de la casa y mantienen viva la lumbre del hogar, ya se trate del solar o de la alquería de «pirca» enclavada sobre la falda de los cerros.

Y esta emoción viene desde el misterio de América, desde las tribus abolidas. Se acentúa en la Colonia, en torno de los Cabildos y municipios; y el régimen de las Encomiendas — aunque pareciera ir en su contra — no hace sino tonificarla. Después la emoción se forja a fuego vivo en la hoguera de las montoneras, y se acendra, se purifica en el federalismo como sistema de gobierno.

Ella no es sino la llama interior, la brasa que crepitó en el alma de los caudillos, que, malhaya el fallo condenatorio de la Historia oficial, sintieron a su manera el culto de la tierra, el mismo que profesaban las hordas gauchas o las multitudes urba-





nas que los seguían. Porque es sabido que los caudillos de poncho o de frac no fueron sino la síntesis de la época y del pueblo en que actuaron, y algo así como los prismas morales que unieron en un solo haz de llama o de luz el espectro solar de las pasiones e ideales de sus respectivos tiempos. Creer lo contrario sería llegar al absurdo, que si está bien en geometría plana, cuando tomamos el absurdo como un recurso para la solución de tal o cual teorema menor, no cuadra en los problemas de la Historia.

Y la emoción territorial fué en los hombres representativos el fuego interior que mantuvo viva su fe democrática. Bastará un somero recuerdo de los espíritus dirigentes, de los espíritus heroicos — según el concepto que Carlyle tiene del heroísmo — para afirmar nuestra tesis.

Pruebas al canto. ¿Qué significa Güemes; qué sueñan sus ojos meridionales, qué vibra en su temple sino la emoción territorial, que luego — por antonomasia — es el sentimiento de la patria? Y Pancho Ramírez, esa grande alma, donde estuvo encarnado un caballero medioval: ¿no tuvo por credo político el culto de su tierra?

Y Facundo y el Chacho: ¿no defendieron a botes de lanza y en pruebas de bravura inaudita las montañas y los «barriales» del terruño? Y toda esa falange, en fin, de su laya y de su casta: ¿no montaba a caballo, con la lanza en ristre, las tercerolas prontas, los «chifles» en el arzón del recado, la guitarra a la espalda, y bien alto el ¡ahijuna!, cuando un intruso transponía los límites de la provincia?

Pero es el caso que hemos de ejemplificar con el propio Sarmiento, el terrible lampadario de los caudillos. ¿No mantuvo bien alto el nombre y el orgullo de su terruño, y no lo evocó y cantó en el más peregrino y vernáculo de sus libros : «Recuerdos de Provincia»?

El cariño a las cosas y a las almas, a las costumbres, a los errores y tradiciones, a lo que fué y a lo que es; el sentimiento del honor y de la libertad — para decirlo de una vez — lo sintieron muy hondo los caudillos, que a fuer de almas representativas no fueron sino la cifra espiritual y la expresión de una gran conciencia colectiva.

Mas, he aquí que pasaron los años; el progreso arreó a los hombres — hechos en la carne y en el temple de las multitudes. Se fueron con sus prendas de amor y sus arreos bélicos, o mejor dicho, cayeron en la línea de fuego, al frente de sus caballerías.

Después vinieron los representantes legales, elegidos, — no por el alma de las masas — sino por la ley que manda votar so pena de prisión o multa.

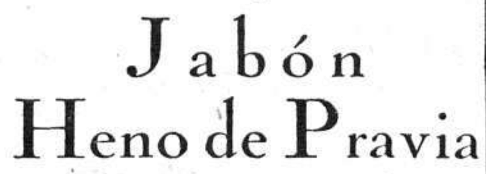
La emoción territorial — fuente del sentimiento nacional — volvió entonces al pueblo, y en su alma buena y ruda está, acaso, escondida pero no muerta, y pronta a vibrar en la copla de amor y dolor, y en los grandes hechos de la multitud.

C É S A R   C A R R I Z O





no aparece en el rostro de las personas que cumplen con las prácticas exigidas por la higiene del cutis, y se lavan siempre con





Sus propiedades emolientes y detersivas estimulan la cohesión de los tejidos y embellecen la piel, comunicándola blancura, suavidad y fragancia exquisitas.

Perfumería Gal
MADRID

DE VENTA EN LOS PRINCIPALES
ESTABLECIMIENTOS DE AMÉRICA
REPRESENTANTE GENERAL
PARA ARGENTINA Y URUGUAY:
JORGE E. CHADWICK
ESMERALDA, 132
BUENOS AIRES

De San Isidro

Elecciones municipales

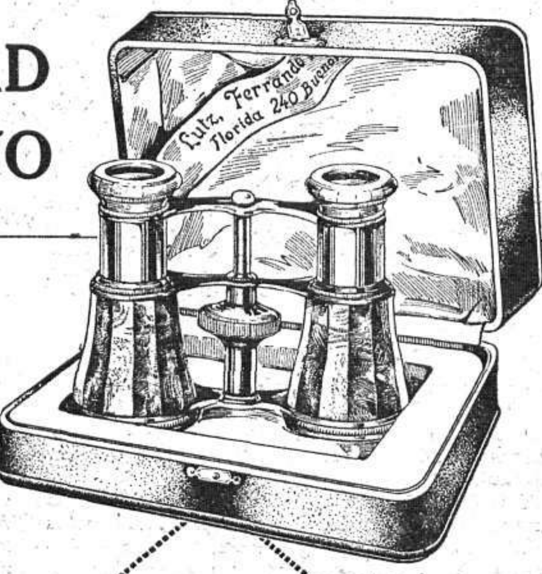


El concejal municipal señor Carrera, acompañado por un núcleo de correligionarios en el Comité Independiente.

El diputado nacional señor José M. Verduga, y destacados miembros de su partido reunidos en asamblea permanente el día de las elecciones.

TRES REGALOS

para NAVIDAD y AÑO NUEVO



Un gemelo, es un obsequio delicado y grato para las personas de buen gusto.

GEMELOS DE NACAR LEMAIRE París. Gran luminosidad, óptica superior. En estuche de cuero fino, interior de seda, desde .... $ 90.—



GEMELOS DE NACAR con mango, LYS París. Optica superior. Co: bolsa de felpa; precio excepcional ...... $ 45.—

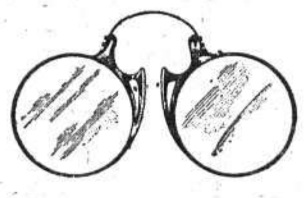
KODAK AUTOGRAFICA

No. 3 A.

A pesar de ser una máquina muy perfeccionada, su mecanismo es tan sencillo que cualquier principiante obtiene buenos resultados desde el principio. Se carga a la luz del día. Tamaño de las fotos: 8 × 14 centímetros.

Al precio de $ m/n

90.—



ANTEOJOS y LENTES

Exactamente los que su médico receta.

Primer Instituto Optico Oculístico.

LUTZ, FERRANDO Y C^IA.

FLORIDA, 240. — BUENOS AIRES

CABILDO, 1916. Belgrano. ALMIRANTE BROWN, 1067. Boca.

Rosario. Córdoba. Tucumán. La Plata. Santa Fe. Mar del Plata.

BAILARINES DE RESTORÁN

En los comedores de los grandes hoteles y en los restoranes de los balnearios se ha difundido la costumbre de bailar entre plato y plato. Supongo que la moda de estas comidas danzantes, o de estas danzas alimenticias, se habrá transmitido también a Buenos Aires, ciudad siempre atenta a las evoluciones de la elegancia europea, imitadoras unas veces e imitada otras, como ha sucedido con la exportación de su tango. En materia coreográfica, Buenos Aires y Nueva York se disputan la hegemonía sobre Europa.

Se baila, pues, en todas partes durante la comida. Así como en edades remotas los judíos danzaban alrededor del becerro de oro, los cristianos de nuestros días bailan en torno de los platos. Las antiguas danzas sagradas se han convertido en bailoteo gastronómico.

Y el éxito de un restorán ya no depende de la excelencia de su cocina, sino de la animación de su baile. Para lograr esta animación, los grandes hoteles y lujosos restoranes contratan parejas de baile, que constituyen el estimulante o incitación para que los comensales se lancen a danzar.

No es fácil la misión de bailarín de restorán. Como esta misión consiste en bailar, no sólo con su pareja, sino también con las señoras y señoritas que concurren al restorán, requiérese que sea galante, discreto, fino de maneras, conversador ingenioso, gentil, un verdadero hombre de mundo, en una palabra. El bailarín de teatro no necesita ninguna de estas condiciones de caballero de sociedad. Después de realizar sus piruetas en el escenario, nada tiene que ver con el mundo y sus pompas y vanidades.

Por su parte la pareja del bailarín de restorán, que nunca fué una recoleta ni aspiró a eclipsar las virtudes de Santa Teresa, está a la disposición de las expansiones danzantes de huéspedes y comensales. El bailarín y la bailarina, la pareja danzante, son originarios de distintas latitudes planetarias y no existe entre él y ella, por lo regular, otro vínculo que el muy transitorio, deleznable y frágil, del primer *fox-trot*. Después, él baila a otras, y otros la bailan a ella.

En cada restorán suele haber varios bailarines profesionales, que ejecutan con singular elegancia los modernos bailes de sociedad, el *one-step*, el *fox-trot*, el *two-step*, el *shimmy* y el tango argentino que, en medio de las creaciones más recientes, sigue teniendo apasionados cultores en toda Europa.

Es difícil hallar concomitancia o relación alguna entre los bailes antiguos y los modernos. En todas las manifestaciones de la civilización puede seguirse, a través de las centurias, la línea evolutiva, nunca tan radical que no se distingan en las normas actuales restos y reliquias de las normas preexistentes, conservando, a pesar de las variaciones, el rasgo esencial. Sólo en el baile se quebranta esta regla universal, puesto que, habiendo nacido sus movimientos a compás de la música, se ha transformado en nuestros días en un absurdo ejercicio a contracompás.

Recorramos ligeremente, a paso de vals, la historia danzante de la humanidad. Cuando ésta no había salido aún de su estado salvaje, el baile era una imitación del movimiento de los animales. Ello se ha observado en las pinturas y dibujos rupestres. Se imitaban los saltos y piruetas de los bisontes, de los corzos, de los zorros y de otros representantes de la fauna que tuviesen cierta gracia en sus andanzas. Parece que el animal más imitado fué el canguro, sin duda por lo pintorescos que son sus movimientos. La costumbre dura aún en algunas comarcas. Chateaubriand cuenta que los salvajes de ciertas regiones de Norteamérica imitan en sus danzas a los animales perseguidos en sus cacerías.

Salgamos de un salto del obscuro fondo de la prehistoria. Nacen las danzas sagradas y las danzas guerreras. El Antiguo Testamento alude frecuentemente al baile, sobre todo en el «Exodo» y los «Reyes». Grecia inventa dos formas de danza: la «orquéstica» (baile de uno solo), y la «corística» (varios en círculo). Baila Sócrates, ora como orquéstico ora como corístico. Bailan los héroes de la «Ilíada». A Héctor se le entierra danzando. Se celebran bailando las grandes batallas; David baila delante del arca; Salomón, con toda su sabiduría, es una peonza. El baile sirve para todo: lo mismo se consagra a los dioses inmortales que a Volupia, diosa del placer.

Pero siempre obedece a reglas rítmicas, al compás de la música, o de alaridos, antes de que naciera la armonía.

Durante mucho tiempo ejerció Francia la hegemonía del baile; contando con maestros tan gloriosos como Beauchamps, profesor de Luis XIV; Pécour, el amigo dilecto de Ninón de Lenclos, inventor de los bailes galantes; el gran Neverre Salle, Prevost, etc. Todos ellos se horrorizarían ante lo que ahora ocurre, en que la música va por un lado y el baile por otro, mandándose mutuamente al cuerno. Ni cuando el baile degeneró en Francia con el cancán, se vió un divorcio tan grande entre los sonidos y las piruetas. Metida en el torbellino cancanesco, Terpsícore conservaba el oído, y al echar las patas por alto guardaba cierto compás, aunque los brincos tuviesen más relación con el ímpetu indómito del bagual que con el pasito reverencioso de un minué bailado por la pálida princesa Eulalia...

* * *

Pero tornemos a nuestro asunto. Los bailarines recorren toda Europa, de restorán en restorán. Ellos animan los comedores. Antes los dueños buscaban con afán el cocinero que supiera condimentar un nuevo plato, crear un nuevo sabor, que, según cierto filósofo, tiene más importancia que el descubrimiento de una nueva estrella. Ahora, en vez de un maestro de la culinaria, se busca un profesor de *fox-trot* y de *one-step*, de *shimmy* y de tango. Los cocineros están fulos y apunta ya una nueva guerra social entre danzantes y marmitones.

Los bailarines de restorán son jóvenes elegantes que dan la impresión de concurrentes espontáneos a estos centros de lujo. Como va dicho, proceden de todos los países: los hay norteamericanos, franceses, ingleses, rusos, españoles; pero, sin que pueda ofrecer una estadística precisa, cabe asegurar que se cuentan en mayor número los argentinos y los alemanes.

Y debo agregar, para satisfacción del país, que

los mejores son los criollos. Esta superioridad no consiste solamente en ser bailarines más perfectos, sino en cierto aire señoril que excluye el concepto profesional, la idea de que han sido contratados para bailar. Los bailarines argentinos dan la impresión de ser comensales, turistas, hombres de mundo, que llegan al restorán de lujo en calidad de potentados. Y a esta cualidad se debe que sean preferidos en todas partes. Es necesario verlos varias noches para advertir que son profesionales del baile. En los alemanes se descubre en seguida esta condición.

He realizado algunas indagaciones para averiguar a qué obedece la existencia de estos bailarines criollos en los restoranes europeos. Pueden dividirse en dos grupos. Unos vinieron, cuando el furor del tango, a poner escuelas de baile; son los verdaderos profesionales. Otros son muchachos, de limitados recursos, que vinieron de farra a Europa, y al quedarse fundidos han hallado este medio de vida, que es, a la vez, honesto y divertido. Y así han logrado llevar casi la misma vida que cuando tenían plata. Los profesionales, además de bailar en los restoranes, dan luego lecciones particulares.

Los otros, que no son profesionales sino por accidente — por el accidente de haberse quedado sin medio — no dan lecciones, limitándose al baile nocturno de los comedores de los grandes hoteles donde viven como príncipes, aunque un poco cortados, o un tanto águilas.



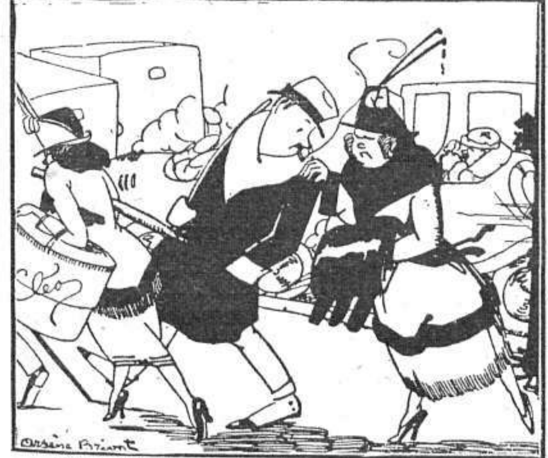
Unos y otros bailan maravillosamente. Insuperables en el tango, dan igualmente bola vista en el *two-step*, el *shimmy* y demás bailes ultramodernos. En casinos y restoranes, las niñas bien los prefieren por compañeros, y las medio bien no digamos. Los bailarines por accidente, sobre todo, que no han perdido el humor, a pesar del accidente, obtienen todos los sufragios, pues su manera de hablar no tiene aquel carácter mecánico que imprime a sus danzas el verdadero profesional. Es más humano y variado, fruto de inspiraciones repentinas.

Según un proverbio de Salomón — las citas deben ser apabullantes, — «el ánimo gozoso hace florida la vida; el espíritu triste marchita los sucesos». Los bailarines criollos que se quedaron cortados en Europa realizan el axioma salomónico, bailando sobre su propia ruina. Lo que se perdió con la cabeza se salva con los pies.

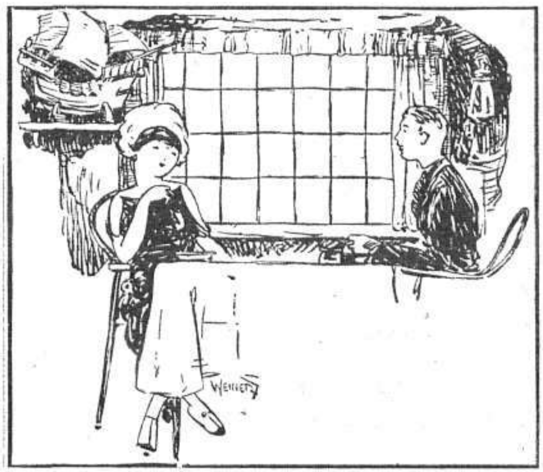
Suele ser ideal de la clase media, tanto en Europa como en América, que los hijos cultiven algún arte, además de la carrera o profesión que hayan elegido; generalmente se les pone profesores de música para que aprendan a tocar algún instrumento. «Aunque nunca lo necesiten — dicen los padres — es bueno que aprendan, porque ¿quién sabe lo que puede ocurrir en la vida?»

Por lo que pueda ocurrir es mejor aprender a bailar. Entre un músico de restorán y un bailarín también de restorán, la diferencia es notoria en favor del segundo. El músico es un desdichado proletario del arte, mientras el bailarín convive con los comensales, hace casi su misma vida, vive abrazado a las niñas bien y medio bien, es objeto de la contemplación de todo el mundo, se comenta su elegancia y gallardía, hace conquistas, luce y triunfa, en fin, a la par de los mimados de la fortuna..

FRANCISCO GRANDMONTAGNE



— ¡Miserable! Ahora no lo podrás negar: tú sigues a esa...
— ¡Naturalmente! Como que por esta calle no se puede ir sino en un sentido...



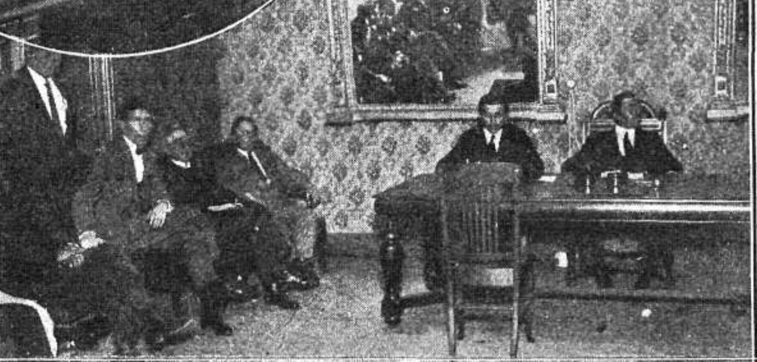
Jaime: — Tú eres afectuosa sólo cuando necesitas plata.
Inés: — ¿Y no te parece muy frecuente?

De Olivos y San Fernando
Elecciones municipales

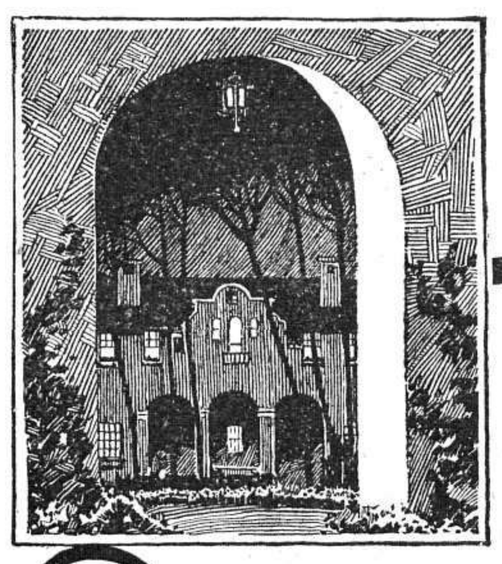


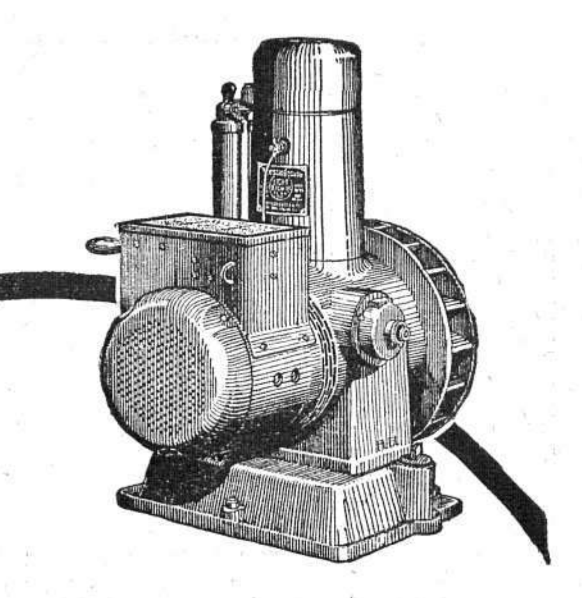
Grupos de electores, esperando su turno para votar.

OLIVOS.— El intendente municipal, doctor Jacinto J. Pineda, depositando su voto en la mesa N.º 2 presidida por el señor Leandro A. Gandulfo.



San Fernando.— Miembros del Concejo Deliberante reunidos para proceder al escrutinio.







El Equipo Westinghouse.

Es la última palabra en equipos eléctricos para estancias. Es de funcionamiento sencillo, de tal modo que cualquiera puede manejarlo y es fácil de instalarlo.

Fabricado por la Westinghouse y garantizado como el mejor que puede adquirirse. Completo, con batería de 16 acumuladores de mayor capacidad.

Dos tamaños: 750 Watts y 1500 Watts.

Con el mayor agrado daremos toda clase de detalles a quienes nos lo solicite.

Motores, Ventiladores *y* Artículos *de* Calefacción *para* 32, 110 *y* 220 Volts.

46

Westinghouse

Cía. Westinghouse Electric Internacional S. A.

Córdoba: Colón, 59. Bs. Aires: Av. de Mayo. 1035. Tucumán: Junín, 66.







LOS OBSEQUIOS MÁS INDICADOS PARA NAVIDAD y Año Nuevo

Mandolines finos, modelos de Catania.

A PESOS

11.—
14.—
17.—
20.—
y 24.—

Otros modelos hasta

$ 350.—

Solicite Catálogo N.° 25.

ALEGRIA PARA

NUESTRAS OFER

N.° 3005. — **Regia Guitarra VALENCIANA,** legítima, construída con todo esmero en nogal de los Pirineos, tapa armónica con cuádruple filete alrededor. Con método AMERICA para aprender sin maestro y embalaje gratis, a........ $ **39.—**

Otros modelos de Guitarras Españolas, Nacionales e Italianas, desde $ 9.50 hasta $ 500.—. Solicite catálogo N.° 23 enviando $ 0.20 en estampillas. Fabricación esmerada, voces incomparables.

VIOLINES FINOS modelos STRADIVARIUS

N.° 4100 bis. — **VIOLIN Tipo Conservatorio.** Completo con estuche, arco, pez y embalaje gratis, a	**33.—**
N.° 4101 bis. — **VIOLIN de Orquesta.** completo, con estuche, arco, pez y embalaje gratis............ $	**38.—**
N.° 4102 bis. — **VIOLIN de Salón.** Completo, con estuche, arco, pez y embalaje gratis............. $	**45.50**
N.° 4103 bis. — **VIOLIN de Gran Orquesta.** Completo, con estuche, arco, pez y embalaje gratis............. $	**53.—**

Otros modelos de Violines, desde $ 25.— hasta $ 2.500.—. Solicite catálogo N.° 24 enviando $ 0.20 en estampillas.

ACORDEONES de las afamadas marcas "AMERICA" y "PIEMONTE"

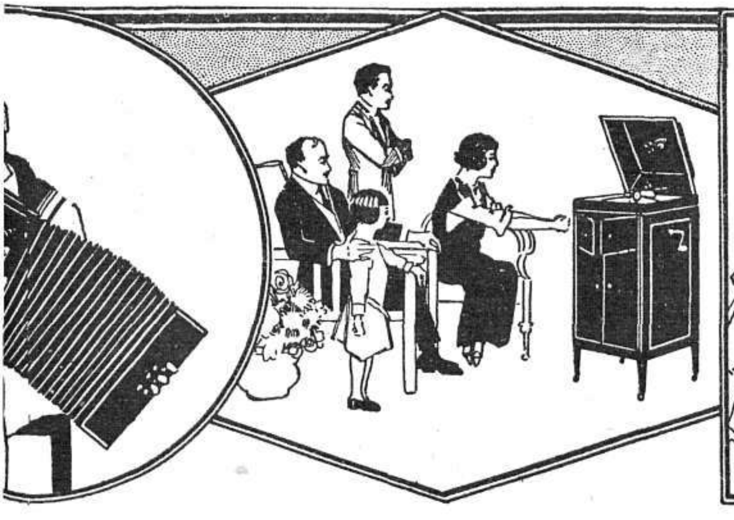
La superioridad y conveniencia de estos instrumentos, se manifiesta elocuentemente en el sonido fuerte, vibrante y armonioso, construcción esmerada en todo sentido y precios verdaderamente reducidos y al alcance de todos.

N.° 6012. — **Acordeón AMERICA,** 8 bajos y 19 voces, con método para aprender sin maestro.............. $	**21.—**
N.° 6014. — **Acordeón AMERICA,** 8 bajos y 19 voces, con método para aprender sin maestro... $	**26.—**
N.° 6015. — **Acordeón PIEMONTE,** 8 bajos y 19 voces de acero, método para aprender sin maestro, $	**30.—**
N.° 6017. — **Regio Acordeón PIEMONTE,** 8 bajos y 21 voces de acero. Con método.............. $	**67.50**
N.° 6013. — **Acordeón PIEMONTE,** 12 bajos y 21 voces de acero.......................... $	**62.50**
N.° 6001.—**Acordeón PIEMONTE,** 16 bajos y 31 voces de acero.......................... $	**85.—**
N.° 6037.—**Acordeón PIEMONTE** a PIANO, 36 bajos y 34 voces. Con sólido estuche........ $	**170.—**
N.° 6038. — **Acordeón PIEMONTE** a PIANO. 48 bajos y 34 voces. Con sólido estuche............................ $	**185.—**

Grandioso surtido en Acordeones a Piano, Semitonados, Cromáticos y Bandoneones. Solicite gran catálogo ilustrado N.° 26 enviando $ 0.20 en estampillas.

CASA AM

STAHLBERG &





A LAS FIESTAS

TAS AGUINALDO

CONCERTOLA

es el instrumento musical que usted debe comprar para obsequiar a su familia en el día de NAVIDAD, es la máquina parlante perfecta que toca toda clase de discos CON y SIN PUA y que alegrará su hogar con las notas alegres de la música de su predilección.

N.° 451 bis. — **Bonita CONCERTOLA,** mueble en roble con persianitas delanteras. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.................................... $ **55.—**

N.° 341. — **Rica CONCERTOLA** para mesa, mueble en nogal de Italia o terminación caoba, tapa con cerradura. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis....... $ **99.50**

N.° 4. — **Hermosa CONCERTOLA** para mesa, modelo igual al dibujo, mueble en madera de roble o terminación caoba. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis $ **125.—**

N.° 4 bis. — **Espléndida CONCERTOLA** para mesa, mueble fino en roble o terminación caoba. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis........................ $ **150.—**

N.° 5. — **Regia CONCERTOLA** de salón, mueble fino en roble *o terminación caoba, con armario guarda discos.* Poderoso motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis........................ $ **250.—**

N.° 5 bis. — **Magnífica CONCERTOLA** de salón, modelo igual al dibujo, mueble en roble o caoba con finos adornos de marquetería. Gran motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis.......... $ **330.—**

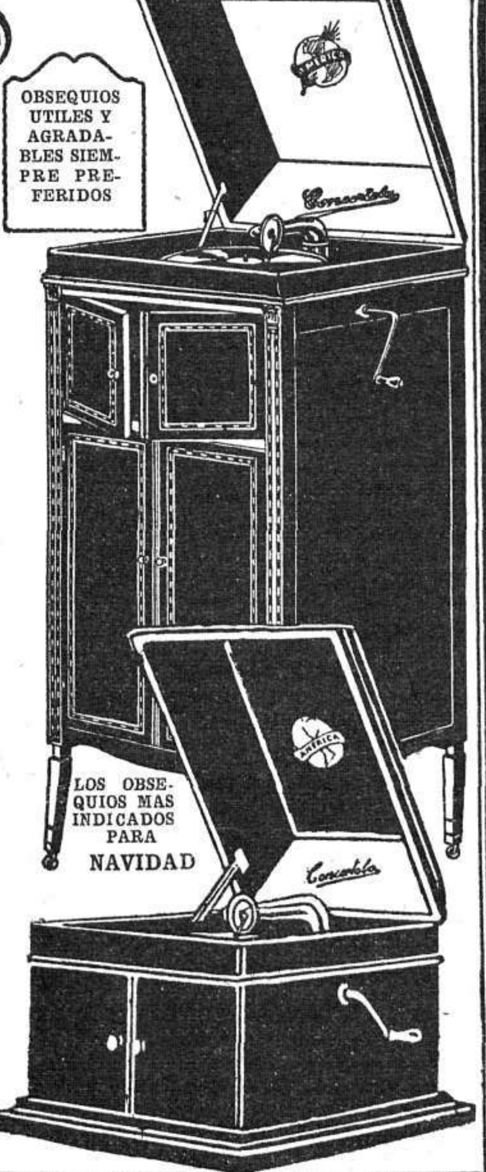
N.° 9. — **Gran CONCERTOLA** de lujo, estilo Luis XV, regio mueble en roble o caoba, membrana, brazo y demás accesorios dorados a fuego. Regio motor Suizo de dos cuerdas de amplio desarrollo. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis.................................... $ **380.—**

Otros modelos de CONCERTOLAS y GRAFOFONOS "AMERICA" con corneta amplificadora, desde $ 45.—. Solicite gran catálogo ilustrado N.° 21 enviando $ 0.20 en estampillas.

DISCOS

El surtido más extenso y selecto en todas las mejores marcas del mundo. Agentes de los afamados discos PATHE "SIN PUA". Solicite catálogo general de discos N.° 22 enviando $ 0.20 en estampillas.

Ya apareció el Suplemento de NAVIDAD incluyendo los discos de música y canto tradicionales de estas fiestas, más las últimas novedades en bailables nacionales y extranjeros. Solicítelo. Se remite gratis.



MERICA & RIGOTTI

NO TENEMOS SUCURSALES
NO CERRAMOS LOS SABADOS

Av. DE MAYO, 979
Buenos Aires

EL MEJOR JUGADOR

POR

FÉLIX ESTEBAN CICHERO

Sebastián Muñoz era una excepción entre el fuerte sector de jugadores del barrio; allí en Monserrat, por lo menos, todos los barajadores de naipes y de suerte tenían una protesta, débil o enérgica, contra lo que llamaban «el maldito vicio». Se habían hecho mil «martingalas» para quebrar la banca, pero ésta seguía imperturbable la tarea de su rastrillo avaro, insaciable como si fuera humano... Las más diversas e ilógicas ilusiones morían sobre el paño verde, símbolo de esperanza... Pero Muñoz no blasfemaba jamás. «¡Hay que dar con la martingala!», era su respuesta a las burlas de los amigos; y era esta contestación una frase pronunciada con voz tranquila, segura. Ganara o perdiese, el diseño de una sonrisa descuidada ponía una nota más bien triste en sus labios. Por ella, en el concepto de aquella farándula de individuos perspicaces, sutiles, astutos, Sebastián Muñoz era una víctima mal calificada de su amigo Ernesto Pesate, quien, con mal disimulada satisfacción, se refería a las continuas zonceras de su secretario Muñoz, que empezaba a inspirarle lástima.

— Francamente, no sé para qué juega este individuo — decía Ernesto Pesate a varios amigos, en presencia del mismo Muñoz; y continuaba: — Toda la vida anda «pato»; lo «pelan» por ahí, en cuanto sale de mi lado, y para peor, por cábala apunta en mi contra. ¡Si será zonzo!

Sebastián Muñoz no protestaba y permitía que le tuvieran lástima. Lejos de rebelarse, siempre daba razón al «protector», que era Pesate. En cierta manera no tenía derecho a protestar, pues Pesate era quien le llenaba los bolsillos de fichas cuando ganaba y quien nunca pedía cuando perdía. Rico, de una fortuna cuantiosa heredada hacía algunos años, con el desprendimiento criollo de quienes se ven un día con grandes sumas de dinero y sin la vigilante autoridad del padre que regula los gastos, Pesate empezó su carrera de despilfarro sin darse la preocupación de pensar un solo minuto acerca de la merma que sufrían diariamente sus caudales. Asoció a sus trasnochadas a Muñoz, muchacho simplote según su apariencia, paciente a los rezongos, sufrido para soportar todas las «malas noches» que le imponía su arbitrario amigo Pesate. Este, por el contrario, poseía el humor de los ricos improvisados y sin cultura: díscolo, majadero, autoritario, imprudente, pero generoso. Era soportable, pues, por esta última circunstancia.

Sentado junto a una mesa donde se «tiraba» al monte, por ejemplo, Pesate perdía el juicio. Impresionable de suyo, su carácter variaba según la emoción que producían en él las ganancias o las pérdidas. Su temperamento se manifestaba, si perdía, blasfemando; si ganaba, aturdiendo con sus bromas siempre poco felices. Siguiendo su costumbre, una noche Sebastián Muñoz llevaba el apunte contra su amigo Pesate. Este ganaba. Las fichas adquiridas ya le molestaban amontonadas contra su pecho, entre ambos brazos. Muñoz había terminado las suyas.

— ¿Y? ¿Ya estás «pato»? — le increpó Pesate.— ¡Si serás zonzo!

— Es cierto, soy un zonzo y debía seguir tu juego porque jugás mejor... ¡Pero qué querés; no te sigo por no pegarte la «jetta»!

Esta generosa defensa de Muñoz llenó de gozo a Pesate, quien proclamó la fidelidad y resignación de su secretario, y echando hacia su amigo la pila de fichas le dijo lleno de alborozo:

— Adminístrame, y vas al veinte.

Era el veinte por ciento de las ganancias.

La escena se repetía. En todos los casos, Sebastián Muñoz recobraba las pérdidas, pues apuntando siempre contra Pesate — y no jugaba si no era contra éste — perdía sólo cuando Pesate ganaba y a cambio de la restitución de los pesos sufría nuevas impertinencias y bromas pesadas.

□ □

Al cabo de algunos años las suertes habían cambiado. El rico era Sebastián Muñoz, y el pobre, Ernesto Pesate. Muñoz no sentía ninguna necesidad de odiar a éste por los pasados malos tratos que le infiriera, porque en eso estaba, precisamente, su martingala... Llamado a sincerar un día que Pesate le pedía con urgencia cierta cantidad de dinero para salvar las últimas cuadras del campo hipotecado, donde quería levantar, como él dijo, un rancho en el que muriera tranquila su anciana madre, Sebastián Muñoz explicó su situación:

— Tendrás tu dinero, pero has de reconocerme mejor jugador que vos — le había dicho, con tono suave, de amable reconvención. —Tenés que aprender a jugar... Para estos trabajos uno necesita tener cara de zonzo y un amigo con cara de vivo... Que el zonzo sepa guardar y el vivo gastar; que el zonzo se resigne a la suerte de ser secretario del vivo, que será todo lo contrario al zonzo: exaltado, imprudente, con la insolencia de los ricos sin educación... Que el vivo parezca un buen jugador, con grandes martingalas y cábalas, y que el zonzo, por zonzo, juegue siempre en contra del vivo... Con esto, si lo aprendes, habrás conseguido recuperar tu dinero cuando lo pierdas y guardarlo cuando lo ganes...

— Entonces me has estado tomando de zonzo...

— No; permití simplemente que hicieras eso conmigo. Pero terminemos, amigo Ernesto, que hay que levantar la hipoteca... No te he tomado jamás un centavo del dinero administrado en el juego ni contra tu voluntad, ni todo lo que tengo es todo lo que has perdido... Ahora agregá a eso que guardé todo lo que gané y podrás ver cuál de los dos fué el que jugó mejor...

NADA...

I

La encontré con los ojos
arrasados de lágrimas,
y temblando de miedo
como la hoja en la rama,
la pregunté: — ¿Qué tienes?
y me dijo ella: — Nada.

Si nada la ocurría
¿porqué entonces lloraba?...

Me aparté de su lado
con la duda en el alma:
— ¿Llorará porque sabe
que mi vida se acaba
sin remedio, que acaso
ya no viva mañana?...

II

Y soñé aquella noche
que la audaz Descarnada
la clavaba iracunda
sus manos como garras;
¡y yo me volví loco
viendo cómo expiraba!...

Luego vino a mi encuentro
toda ojerosa y pálida,
tal como si en efecto
la muerte la rondara,
y viendo que corría
por mi rostro una lágrima,
me preguntó:—¿Qué tienes?
y yo le dije: — Nada.

JOSÉ M. BRAÑA



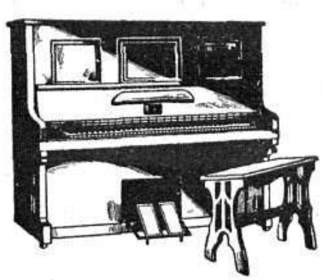
La primera comunión y nuestro interesante concurso.

BIXIO & CASTIGLIONI tienen bien cimentado su prestigio como especialistas en retratos de Primera Comunión, y la preferencia con que se los distingue, es la mejor sanción al valor técnico y artístico de sus producciones.

Su grandioso edificio les permite ofrecer toda clase de comodidades, y su organización comercial los pone en condiciones de fijar los precios más razonables y convenientes.

El grato deber de conservar un artístico recuerdo del acto más importante de la niñez religiosa, se cumple así en la mejor forma, encargando esa tarea a BIXIO & CASTIGLIONI.

Como de costumbre, obsequiamos con una artística ampliación pintada en colores, con cada docena de retratos; y además, en los actuales momentos, nuestros favorecedores pueden tomar parte en nuestro concurso, cuyas bases consisten en lo siguiente:



1ER. PREMIO. Valor: $ 2.600.—
Gran Piano con Pianola "Augusto Roth" de la casa Breyer Hnos.

Se trata de acertar qué día, de los comprendidos entre el 20 y el 31 de Enero de 1924, será el de temperatura más elevada en la Capital Federal.

SOLICITE BASES PERSONALMENTE, POR CARTA O POR TELEFONO



2o. PREMIO. Valor: $ 380
Concertola de la casa "América".

3ER. PREMIO. Valor: $ 135.—

FOTOGRAFIA

Bixio & Castiglioni

C. Pellegrini 760

De Campo de Mayo



Grupo de tamilias que concurrieron al pic nic organizado por los Suboficiales de guarnición en esta localidad.

FUERZA DE LA VOLUNTAD

El hombre tiene siempre un gran caudal de fuerzas sin emplear; y el secreto de hacer mucho, es acertar a explotarse a sí mismo. Para convencerse de esta verdad basta considerar cuánto se multiplican las fuerzas del hombre que se halla en aprieto: su entendimiento es más capaz y penetrante, su corazón más osado y emprendedor, su cuerpo más vigoroso; ¿y esto por qué? se crean acaso nuevas fuerzas no, ciertamente; sólo se despiertan, se ponen en acción; se aplican a un objeto determinado. ¿Y cómo se logra ésto? El aprieto aguijonea la voluntad, y ésta despliega, por decirlo así, toda la plenitud de su poder; quiere el fin con intensidad y viveza, manda con energía a todas las facultades que trabajen por encontrar los medios a propósito, y por emplearlos, una vez encontrados; y el hombre se asombra de sentirse otro, de ser capaz de llevar a cabo lo que en circunstancias ordinarias le pareciera del todo imposible.

Lo que sucede en extremos apurados debe enseñarnos el modo de aprovechar y multiplicar nuestras fuerzas en el curso de los negocios comunes; regularmente, para lograr un fin, lo que se necesita es *voluntad;* voluntad decidida, resuelta, firme, que marche a su objeto sin arredrarse por obstáculos ni fatigas. Las más de las veces no tenemos verdadera voluntad, sino veleidad; quisiéramos, mas no queremos; quisiéramos, si no fuese preciso salir de nuestra habitual pereza, arrostrar tal trabajo, superar tales obstáculos, pero no queremos alcanzar el fin a tanta costa; empleamos con flojedad nuestras facultades, y desfallecemos a la mitad del camino.

Una empresa es un hijo sagrado, que es criminal no hacer que nazca. — Emilio Zola.



MATIENZO TAMBIEN

— Le Breton, esto es raro
— Loza, esto es sorprendente.
— Se lo repito, caro
amigo, he procurado inútilmente
averiguar la causa misteriosa,
la causa misteriosa y poderosa,
que ha obligado a Matienzo
a marcharse. Y la ignoro. Me avergüenzo
de esta atroz ignorancia
que es más propia de un niño en la lactancia.
— A mí, querido Loza,
igual que a usted, el pecho me destroza
el terrible misterio
que tiene acongojado al ministerio.
La oposición, en cambio, ¡cómo goza!
— Pero, ¿hay oposición?
— Loza inaudito,
es usted un bendito.
— Soy, para comprender, un poco tardo
y el asunto es obscuro...
— Aquí viene Gallardo.
El estará enterado, de seguro.
— ¿Ya saben lo que pasa?
¿Qué demonios ocurre en esta casa?
Herrera Vegas se escurrió el primero.
Era un buen compañero.
— ¿Y por qué se marchó?
— ¿Soy adivino?
Lo quiso así el destino.
— ¡El infame destino traicionero!
— Después se fué Marcó.
— ¡Marcó admirable!
— ¿Y por qué?
— Otro misterio indescifrable.
— ¡Y aquí se está tan bien! ¡Quién le dijera
que iba a dejar tan pronto la cartera!
— Pues se trata de un hecho incuestionable.
Herrera Vegas y Marcó se han ido
y yo estoy aturdido.
¿Qué ocurre aquí Dios santo?
¿Por qué se apuran tanto?
¿Por qué se van con aire decidido?
— Podían aguantar como yo aguanto.
— Esto produce horror.
— Miedo.
— ¡Y espanto!
— ¡Y yo no me convenzo
de que se fué Matienzo!
— ¡Y se fué!
— Es alarmante.
Dió un alarido y se marchó al instante.
— ¿De modo que resulta
que hay una mano oculta
que quiere dirigirnos?
— ¡Cuerno!
— ¡Atiza!
— Colegas, el cabello se me eriza.
— Pero ¿existe esa mano?
— No lo dude.
— ¡Tres!
— ¡Tres!
— ¡Tres!
— ¡Tres!
— ¡Tres!
— ¡Tres! Dios nos ayude.
— ¡Caramba! ¿Y hasta cuándo
seguiremos, señores renunciando?
— ¿Y el señor presidente no protesta?
— No; se está preparando
para ir, según presumo, a alguna fiesta.
— Y el cuarto, ¿quién será?
— No hablemos de eso.
Me dan escalofríos, lo confieso.

Y se van murmurando: — ¡Dios piadoso! —
Le Breton, muy sombrío,
Gallardo tembloroso,
y Loza hecho un helado por lo frío.

LUIS GARCÍA.

DIBUJO DE MACAYA.

De Junín



Artístico monumento erigido por la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos en memoria de los compatriotas caídos en la última guerra.



Vista parcial del numeroso público que se congregó en la Plaza, el día en que fué inaugurado dicho monumento.

YO SOY PARA TI COMO LA NOCHE...

Yo soy para ti como la noche, florecilla. Sólo puedo darte mi paz y mi silencio desvelado, oculto en mi obscuridad.

Cuando abras tus ojos, por la mañana, te entregaré a un mundo lleno de zumbidos de abejas y de cantos de pájaros.

Lo último que te daré será una lágrima mía caída en lo más hondo de tu juventud. Ella te hará sonreír más dulcemente aún, y te velará la visión de la risa despiadada del día. — RABINDRANATH TAGORE.

No hay quien tanto mal enrede como una airada mujer. — *Cristóbal Pérez de Herrera.*

La actriz francesa Denis representó la «Zaira» de Voltaire.

Elogiábala un caballero por lo bien que había desempeñado su papel y ella respondió:

— No: Para eso era menester ser joven y hermosa.

— Oh, no — replicó inocentemente el caballero — usted misma nos ha probado lo contrario.

LOS BOHEMIOS

Este es el tranvía, y ahí va un señor de largas melenas y aludo sombrero, acompañado de un adolescente. Es un hombre joven, pero le oigo llamar hijo suyo al adolescente.

He aquí, me digo, un hombre que en edad temprana se sintió seducido por la burguesa placidez de la vida del hogar.

Sin embargo, y en época en que sus hijos deben haber cursado ya la mitad del Nacional, lleva todavía las largas melenas y el aludo sombrero de los bohemios clásicos.

¡Será un poeta! — me diréis.

No señor. Yo distingo a primera vista a un poeta de un procurador con melenas, y yo os digo: Este es un procurador.

Sólo que un procurador con veleidades oratorias y que se tiene a sí mismo por un bohemio.

A mi diestra va un amigo que también se tiene a sí mismo por un bohemio. Es empleado de un banco oficial, y viste elgantemente, y se peina y afeita con cuidado. Pero es un bohemio porque se pasa las noches en blanco y porque siempre debe un pico en todas partes.

— Ignora él — me dice por el otro — que hoy los bohemios tenemos abono en el salón de lustrar y en la peluquería.

Ya veis qué dos conceptos tan diferentes de la bohemia. Para unos la bohemia consiste en llevar largas melenas y en calar sombrero aludo, que los clásicos llamaban haldudo. Para otros consiste en los hábitos nocturnos y en las papeletas de empeño.

— ¡Es ridículo! — oigo que exclama un colega mío. — Los bohemios somos los hombres de letras y los artistas, ya llevemos corto el cabello, ya lo llevemos largo.

Todos somos bohemios en Buenos Aires; unos por razón de la melena; otros, de la papeleta de empeño; otros, de la calidad de escritor o artista. Y también hay una bohemia aristocrática, formada por los jóvenes disipados de familias ricas, y una bohemia colindante del bajo fondo, formada por los jóvenes de dudosas costumbres, de familias pobres.

No hace mucho conocí, en un figón donde el plato de puchero vale exactamente veinte centavos, a un intelectual francés que por espacio de seis meses tuvo por habitación el hueco de un ombú de Villa Urquiza. A los pocos días concurrió a una comida que tres o cuatro docenas de nosotros celebrábamos en un restaurante pintoresco. El compañero francés, habiendo sido invitado a hablar, quiso ocuparse seriamente de un tema de arte. Ninguno de nosotros había osado semejamte cosa. El era al único. No le hicimos caso, y tuvo que callarse a las pocas palabras.

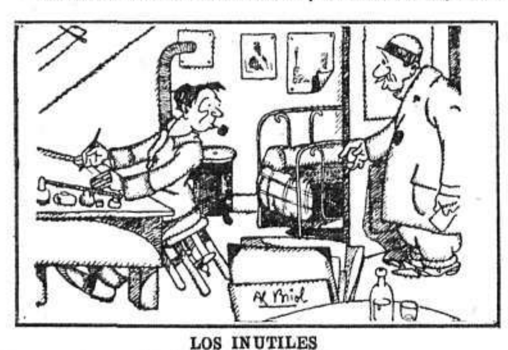
— De todos los que aquí estamos y que tal vez frecuentan el inexplicable puchero de veinte centavos — oí decir a mi lado, — ¿cuántos no son los que se tienen a sí mismos por bohemios? Sin embargo, si hay entre nosotros un solo bohemio, es este francés cuyo fervor artístico nos tiene tan sin cuidado. Los demás, todos somos burgueses de poco o ningún dinero. Podría contar yo un edificante episodio de la vida bohemia que aquí acaso nos dejase asombrados.

Y lo contó a ruego mío.

Erase una vez en París y en el rigor del invierno.

E N R I Q U E

— No veo la manera de salvarlo... ¡Ha caído tan bajo!...



LOS INUTILES

— Aquí estoy de nuevo por la cuentita.
— Pero, che, ¿Eso es todo lo que hace usted?

DE BUENOS AIRES

Un escultor pobre estaba modelando una estatua para presentarse en el Salón. Había sacrificado a esto todos sus escasos recursos. El frío era horrible, y, desde luego, él no tenía con qué encender fuego. Llegó la noche. El agua de que estaba impregnada la arcilla iba a helarse, y su trabajo iba a quedar perdido. ¿Qué haría el pobre artista? Arropó la estatua con las deshilachadas mantas de su cama, y hasta con sus ropas exteriores, y él se acostó descubierto y medio desnudo...

— ¿Y salvó la estatua?

— La salvó, y ella se conserva en un museo del mediodía de Francia. Pero él murió de frío aquella noche.

— ¿Y a quién llamaría Vd. un bohemio? — le pregunté después.

—Así como las carreras universitarias tienen un período estudiantil, las nuestras tienen uno que dura desde los primeros votos hasta los primeros éxitos. Durante ese período, ni el arte ni las letras pueden producir para el sustento. Y si el neófito es pobre, deberá someterse a privaciones más o menos duras. Si se come la tela y los colores, no podrá presentarse en el salón. Si se come la tinta, el papel, y, sobre todo, el tiempo, en páginas productivas para la prensa, se irán arrinconando en la imaginación el famoso drama o el famoso libro de versos. Es el mismo caso del inventor pobre, que sacrifica su bienestar a sus ensayos. Pero las privaciones de hoy son el precio de la gloria de mañana. Y este período de la vida del artista o del escritor pobre es el período bohemio.

— Pero generalmente llamamos bohemia a la vida pintoresca de los hombres de letras y los artistas.

— ¿Cómo no comprender que el taller de un pintor bohemio o el cuarto de un escritor bohemio sean un ambiente especial, y que la colectividad de los bohemios forme también un ambiente especial? ¿Y cómo no comprender también que al lado de las privaciones de la bohemia existan las alegrías de los bohemios y que esa vida de dificultades sea fecunda en lances cómicos?

— Recuerdo ahora a uno de los pocos bohemios que conocí, y que, por cierto, murió tuberculoso, al cabo de pasar muchas hambres. Lo encontré una noche a deshora, con un envoltorio bajo el brazo.

«¿Qué llevas ahí?», le pregunté.

«Me mudo», me respondió con tonada provinciana, pues él era provinciano.

«Pero, ¿qué llevas ahí?»

«¿Y qué quieres que sea? Llevo mis bienes.»

Le revisé el envoltorio. Un libro, un cuello usado, un par de zapatos. Eran las dos o las tres de la madrugada, y estaba de mudanza.

«¿Y ahora adónde vas?», le pregunté.

«Voy a ver dónde me meto.

— En efecto, es chistoso. Pero, a lo que iba. Le llamamos bohemia a la sola faz pintoresca de la bohemia misma, y como eso no es difícil de imitar, o, si Vd. quiere, de adoptar, todos somos bohemios, unos por el pelo, otros por el sombrero, otros porque frecuentamos el puchero de veinte centavos, otros porque nos reunimos en estos ágapes. Pero si cae entre nosotros un bohemio auténtico, lo primero que se nos ocurre es tomarle el pelo.

M. RUAS



— Y... ¿qué esperas para hacer que salga el sol?



— Me dicen que el Club Literario ha sido un fracaso...
— ¡Claro! ¡Como que han establecido que nadie puede hablar de libros que no haya leído!

De Carlos Tejedor



Miembros de la C. D. y de Fiestas a cuyo celo débese el éxito obtenido en las últimas romerías realizadas bajo el auspicio de la Sociedad Española de S. M.

LA MEDICINA EN EL ANTIGUO EGIPTO

En lo que pudiéramos llamar prehistoria de la medicina, Egipto ocupa el primer lugar. Existe un templo en la isla de File dedicado a uno de los primeros médicos que debió vivir más de 4.000 años a. C. Existen dibujos esculpidos en piedras que datan de más de tres mil años, en que se describen varias operaciones quirúrgicas. Los médicos egipcios, según Homero, se distinguían principalmente en la preparación de drogas compuestas. Entre otras cosas usaron el opio, y el aceite de castor. Los famosos libros de Hermes que tanta influencia ejercieron en las generaciones posteriores durante la Edad Media y en el desenvolvimiento de la magia negra, son libros en gran parte de prescripciones medicinales y originados en Egipto. Los laxativos estuvieron en mucho uso entre los egipcios; y era costumbre general de purgarse cada mes durante tres días consecutivos.

Si la mente de un hombre contiene malos pensamientos, el dolor le sigue como sigue la rueda tras el buey.

Si uno persevera en la pureza de pensamiento, la alegría le sigue tan seguramente como su propia sombra.

Aquellos que se imaginan ver la verdad en lo falso, y en lo verdadero hallan las falsedades, estos jamás obtienen el conocimiento de la sabiduría: agotan su vida yendo tras de vanos deseos.

Aquellos que descubren en la verdad lo verdadero y ven lo falso en la falsedad, estos obtienen el conocimiento de la sabiduría: su vida con semejante aspiración producirá frutos ópimos. — EL DHAMMAPADA.



Tome Vd. una copita de

Oporto DOM LUIZ

lentamente, con fruición, y sentirá congregarse, consolidarse todas sus fuerzas; su efecto inmediato es como una esencia de sol que vivifica y alegra el corazón.

BUENOS AIRES, 8 DE DICIEMBRE DE 1923

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.º 1314

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



LA FIESTA ESCOCESA DE SAN ANDRÉS

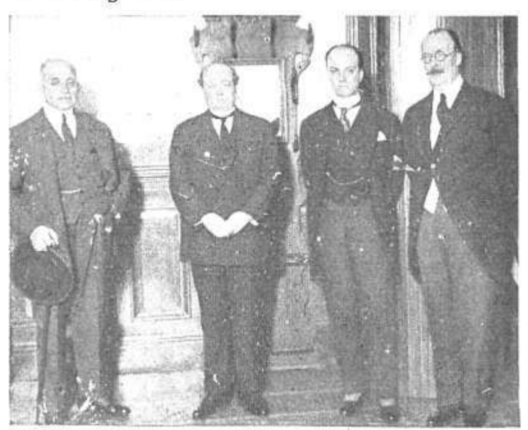
SU TRADICIONAL CONMEMORACION

El Embajador de Norte América, Mr. John Wallace Riddle; el ministro inglés, Sir Francis Bailby Alston y su señora; el ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Gallardo y su esposa, y el presidente de la importante agrupación, Mr. Walter F. Walker, que asistieron, en el salón Adam's, del Plaza Hotel, a la celebración del día de San Andrés, Patrón de Escocia, fiesta que reunió a más de 200 comensales y en la que pronunciaron discursos alusivos varios personajes. — En la parte inferior: Vista parcial del banquete en que se tocaron, coreados por la distinguida concurrencia, el «Himno Nacional» y el «God Save the King».

Altas designaciones en la Magistratura

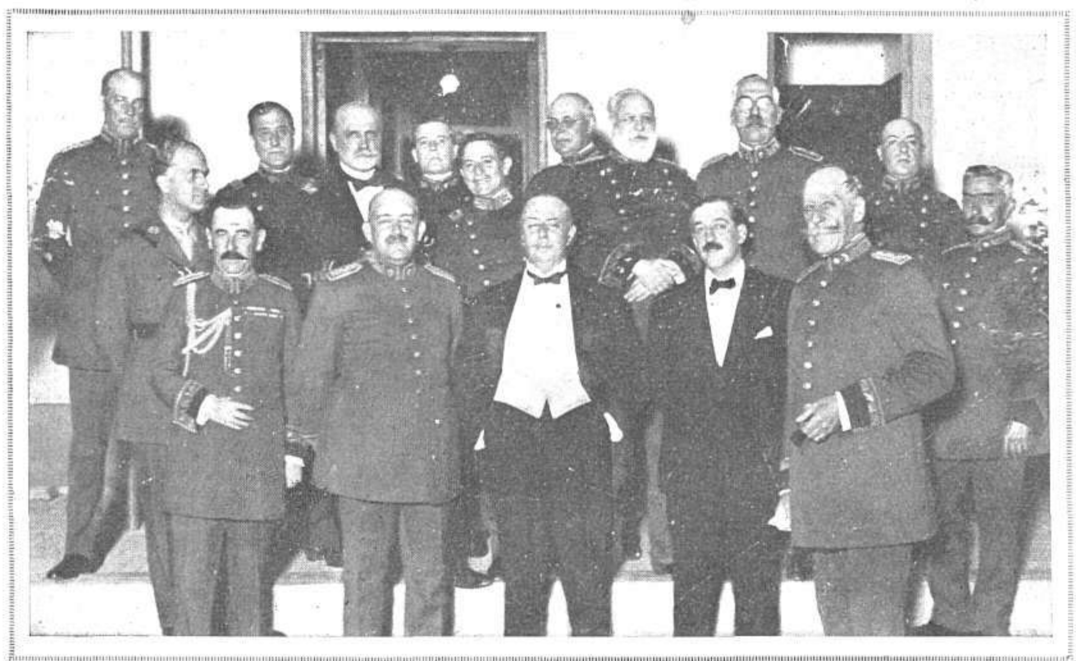


De izquierda a derecha: Doctor Manuel B. de Anchorena después de haber prestado juramento como nuevo fiscal de la Cámara federal y los doctores Benito Nazar Anchorena, Marcelino Escalada, Tomás Arias y Justo P. Luna.



El doctor Roberto Bunge, recientemente ascendido a miembro de la Cámara civil 1.ª y los doctores Juan Luis Ferraroti y Gastón Federico Tobal, nombrados jueces en lo civil, con el jefe de Policía, señor Jacinto Fernández, al terminar el acto del juramento.

En honor del Dr. Fernando Jardón



El doctor Fernando Jardón, excónsul general en Madrid, el embajador de España, marqués de Amposta, el ministro de Guerra, general Justo, altos jefes del Ejército y de la Armada y el coronel Francisco R. Vélez, que ofreció una comida al primero para retribuir atenciones y con motivo de su regreso para aquel país.

Fiesta del Patronato Español







Diversos aspectos del te-danzante organizado por la comisión de festejos del Patronato y celebrado en el local de la Sociedad Rural de Palermo, al que asistieron gran número de familias, constituyendo un brillante éxito.

Centro de Estudios Religiosos



El Nuncio Apostólico y el obispo auxiliar de Guatemala rodeados de los prelados que forman el Cuerpo docente de la institución y de las señoras y señoritas que tomaron parte en el hermoso festival conmemorativo del 5.º aniversario de la fundación y como clausura del año escolar.

Asociación "Progenie D'Italia"



Grupo de conocidas familias de la colectividad italiana en uno de los salones del vapor "Conte Verde" donde se verificó una amena reunión social a beneficio de las escuelas que sostiene esa asociación. La concurrencia fué gentilmente atendida por el capitán y oficiales del gran trasatlántico.

En la Escuela de enfermeras de la Cruz Roja



Delegados a la primera Conferencia Internacional visitando las dependencias de la humanitaria entidad, para cuya importante y vasta obra de positivo valor social tuvieron frases de encomio y elogio.

Sr. Alberto Tena



Periodista de brillante talento y cultivador de la literatura nacional en la que alcanzó merecida reputación merced a sus sobresalientes cualidades, fué colaborador de "Caras y Caretas" y deja una abundante y notable producción intelectual, constituyendo su fallecimiento una sentida y verdadera pérdida por las dotes de carácter y de inteligencia que le adornaban.

Fotos de Arroyo, Bell y Vargas

GRAN CONCURSO LITERARIO DE "CARAS Y CARETAS"

LOS PREMIADOS



Jorge Farias Gómez, estudiante de Derecho, argentino, de 23 años de edad, autor del cuento titulado "Alila", que mereció el 2.° premio de $ 1.000.— y medalla de oro. Su primera colaboración literaria apareció no hace mucho en nuestra revista.



V. Ruiz de Galarreta, estudiante de Medicina, argentino, de 21 años de edad, a quien correspondió el primer premio de $ 2.000.— y medalla de oro por su cuento "El Rengo". Puede considerársele autor inédito, pues, a excepción de una monografía acerca de Menéndez y Pelayo, en colaboracion, premiada por el Ateneo Hispanoamericano, nada ha publicado.



Manuel Rojas, argentino, linotipista, al que se le otorgó el 3.er premio de $ 500 y medalla de oro por su cuento "Leyendas de la Patagonia: El hombre de los ojos azules". Se inició como escritor en la revista chilena "Los Diez" y colaboró en algunas publicaciones argentinas.

NOTAS GRAFICAS DE ROSARIO



"Una reunión social 1810", cuadro artístico interpretado por niñas y niños de la escuela Olegario Andrade en un lucido festival que se celebró ,a beneficio de la caja escolar, en el cine Buckingham Palace bajo los auspicios del personal docente de dicho establecimiento y con el concurso de las familias de los escolares.



Una mesa electoral verificando su escrutinio en las votaciones para miembros del Concejo Deliberante, resultando triunfante por mayoría el partido demócrata progresista.



El diputado nacional, doctor Pablo Saravia, presidiendo la mesa directiva de la Junta Unificadora, en la que resultó electo presidente del comité el señor Francisco Elizalde.

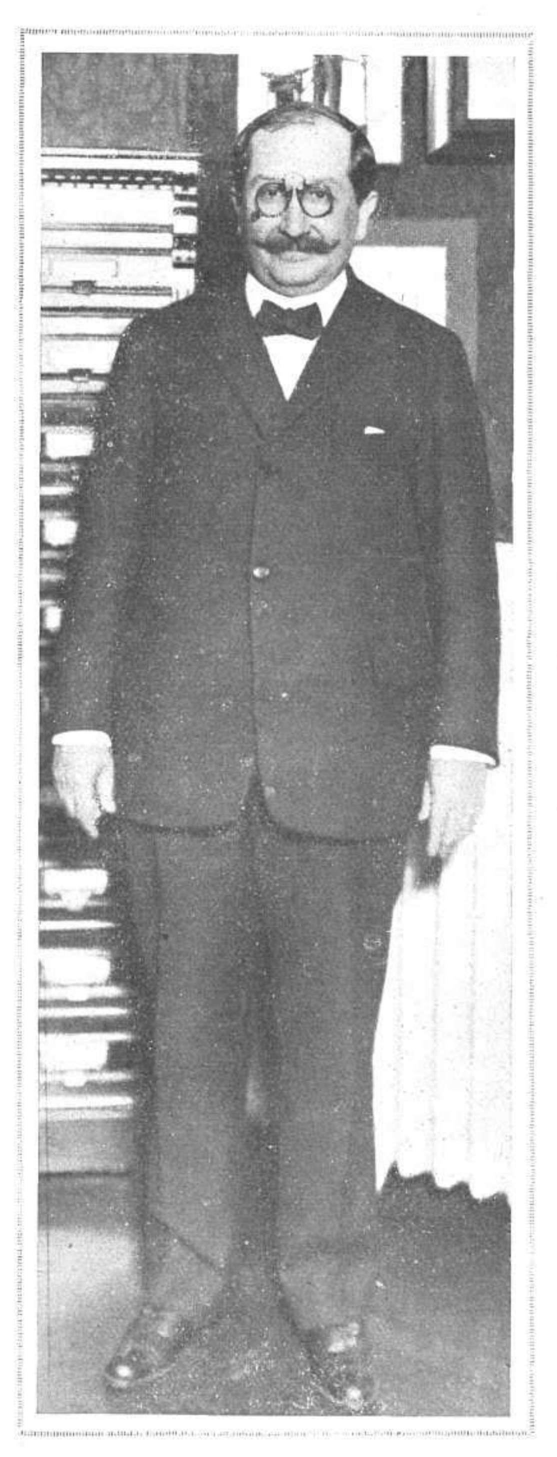


Animada y juvenil concurrencia femenina perteneciente a la escuela Carlos María T. Alvear, que festejó con un picnic la terminación de los cursos escolares en la villa Paganini. Las alumnas rodeando a la directora, señorita Frigeiro.

CON EL NUEVO MINISTRO DEL INTERIOR

DOCTOR

VICENTE C. GALLO



Me complazco en recordar, escribiendo estas líneas para CARAS Y CARETAS, *que mi último discurso en el Senado, como Presidente de la Comisión de Legislación, ha sido en apoyo y defensa del proyecto de ley de jubilación de periodistas, propiciada y votada en concepto de consagrar un justo estímulo a estos obreros del pensamiento y de la cultura nacionales.*

Buenos Aires, noviembre 29/923.

Vicente C. Gallo

DESDE que el senador nacional doctor Vicente C. Gallo ha sido nombrado jefe del Gabinete, su popularidad misma ha comenzado a sustraerle paulatinamente del alcance de las gentes. Parecerá un rasgo poco democrático, pero el abuso impone que a los funcionarios se les deje más tiempo para pensar, se les acose menos, se les respete su derecho a consultarse consigo mismos. Hemos recargado las tintas hasta lo sombrío en esto de cumplimentar, dar un apretón de manos, llevar una sonrisita para cada nuevo ministro; y, sino sale al camino cualquier portero, poco nos costaría echar varios párrafos y hasta querer café sobre la misma mesa ministerial.

El flamante secretario de Estado, siempre dispuesto a otorgar con su gentileza innata, se ve ahora ultratorpedeado por las *atenciones* de cuanta buena persona concibe un motivo para celebrar la designación. Y es claro, la hurgadora mirada del cronista comienza a tropezar con el cerco que ponen las circunstancias.

—*¿El doctor Gallo está ahí?*

—*¡Ni vendrá!... Pierde usted el tiempo* — palabras sacramentales del ujier, que suda a fuerza de sentirse acorralado a interrogaciones.

—*Sin embargo* — afirmo como lo haría un hombre de Gabinete — *el señor ministro ha tenido a bien fijarme las 16 como hora para vernos...* Aquí, nuevos chorros de sudor por la frente del empleado. Nuevas evasivas. Un poco de ironía, merecedora de cualquier cruz de mérito, y nuevos ataques de mi parte: — *Lo aguardaré. El doctor no ha podido, de ninguna manera, engañarme.*

Pudo estallar el primer trueno de la borrasca, cuando los inefables ruidos del ascensor, ajustándose al descanso, hacen que Damocles no corte el hilo de su espada. El hombre que atrae sobre sí las miradas del país, pasa, cauteloso, casi como una sombra, y se engolfa en ese estudio tan lleno de cosas originales, acomodado a una modalidad artística; fragua en que, desde hace rato, han venido a la vida cívica multitudes de ideas. Un hombre público de la envergadura de Gallo, en otros países más protocolares, causaría temblores a los periodistas. Nosotros, que comenzamos a deducir el positivo sentido de la democracia, sabemos ya que nuestros políticos se prestan con facilidad a las solicitaciones de la prensa, y cuando estrechamos esas manos, nos ocurre lo que sugiere la alegría de ver viejos amigos que suben, suben mucho, suben a la cumbre de la esperanza y del éxito.

—*¿Quiere usted, doctor, que nos hagamos una entrevista recíproca? Se lo pregunto, puesto que un ministro reciente no formula declaraciones, ni un hábil político hace confidencias, ni un batallador, que mantuvo su nombre para una candidatura presidencial, cedería a las arremetidas del periodista: lo seguro será, entonces, que nos "reporteemos" paralelamente...*

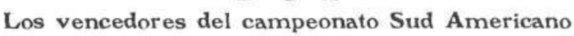
La sonrisa suave que va formando la experiencia y la reflexión, asiente con muda elocuencia.

—*Sí, doctor* — prosigo mientras el objetivo busca la talla física del hombre cuya mirada ya me dió la medida intelectual. — *Porque, si usted no me hace declaraciones, nuestra entrevista resultaría glacial.*

En esto, el gracejo sereno y eficaz del alma tucumana brota espontáneo, como un manantial, de los labios del profesor, del parlamentario, del que tanto ha sustantivado en el tráfago de las contiendas cívicas: — *Vea, mi amigo. Si usted me preguntara qué cosa me place más, entre la cátedra, la tribuna o el gabinete, le diría que es lo mismo que presentarme las tres Gracias: no hay duda en la elección.* A esto sigue un fogonazo. El fotógrafo me impide seguir hablando.

— Pero — continúa el doctor Gallo — *ahí va mi pensamiento sobre la merecida jubilación de periodistas.* Yo me apresuro a guardar el autógrafo: es mi éxito en este momento de sensación, en el que, por lo demás, ridículo sería biografiar a quien ha forjado temperamentos, ha consagrado una vida al ideal republicano, y lleva como haber, al elevado cargo, una obra importante y un caudal de condiciones intelectuales.

SANTIAGO FUSTER CASTRESOY



BOX

Los vencedores del campeonato Sud Americano



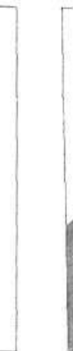
Osvaldo Morel, argentino.
Campeón peso mosca.



Carlos Uzabeaga, chileno.
Campeón peso mosca.



Aurelio Casella, uruguayo.
Campeón peso gallo.



Julio Mocoroa, argentino.
Campeón peso pluma.



Emilio Godoy, chileno.
Campeón peso mediano.



Héctor J. Méndez, argentino.
Campeón medio mediano.



Luis Correa, chileno.
Campeón peso medio pesado.



Alfredo Copello, argentino.
Campeón peso liviano.



Alfredo Porzio, argentino.
Campeón peso pesado.



Yachting. — Fiesta inaugural de la



Familias de Ochoa, Kullensechmidt, Hecken y Boggio presenciando las regatas desde la casilla del Club.



El yate "Timbó" del C. N. S. I., tripulado por el señor C. Bove y su señora, que llegó tercero en la Copa Presidente Alvear.



El yate "Alamo" del C. N. S. I. tripulado por los señores Claudio Bincaz, Ismael de Arroyo y V. Ortuño González Reura.

Partido internacional de football

TEAM BRASILEÑO

TEAM ARGENTINO

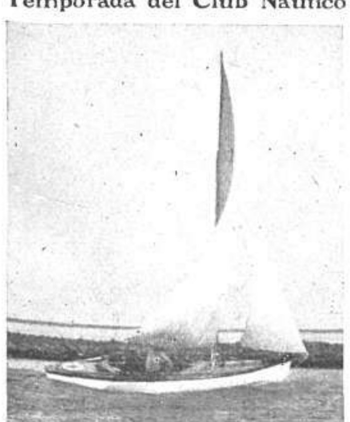
El guardavalla brasileño y la defensa empeñados en desbaratar un peligroso avance argentino, durante el interesante partido ganado por los visitantes por 2 goals a 0.

Nelson, goalkeeper brasileño, luciéndose en la atajada de un tiro alto.

Los capitanes de ambos teams, cambiándose grandes ramos de flores, entusiastamente ovacionados por el público.

Forward argentino encabezando un ataque a la valla contraria.

Temporada del Club Náutico San Isidro



"Tala", la embarcación del C. N. S. I. que fué timoneada por el señor Francisco L. Buschiazzo.



El yate número 4, de la clase "Olivos", tripulado por el señor N. Cafferata, que se clasificó primero en la última carrera.



Distinguida concurrencia rodeando al señor E. E. Hossman, piloto del yate "Junco", ganador de la copa Presidente Alvear.

Dr. Sergio García Uriburu



Después de treinta años de carrera consular durante los cuales se desempeñó con celo y patriotismo, el Ejecutivo lo acaba de nombrar ministro plenipotenciario en el Japón.

Sr. E. Fernández Guerrico



Promovido al cargo de Cónsul general de primera clase en Copenhague (Dinamarca) habiendo ingresado en el Cuerpo consular en 1915 y representado a la patria en varias países europeos.

Dr. Ricardo Olivera



Exministro plenipotenciario en Suecia y Noruega, abandonó por algún tiempo la carrera diplomática para dedicarse a la enseñanza, siendo ahora nombrado nuestro representante en el Ecuador.

De Montevideo



Grupo de conocidas señoritas que dieron realce con su presencia a la fiesta social dada en la residencia del doctor Rachetti en obsequio de sus numerosas amistades.



El doctor Serrato y altos personajes presenciando las pruebas de los nuevos aparatos adquiridos por el Cuerpo de Bomberos.



Asistentes a la demostración ofrecida por la Asociación de Escribanos al consocio señor Arcos Ferrán, a su regreso de Europa.

Nuevos inspectores generales de policía



Vicente Gallone, jefe de la división central, de destacada actuación profesional, que ha sido ascendido a inspector general.



Eduardo I. Santiago, el destacado y hábil jefe de la división de investigaciones, a quien tan merecidamente correspondió igual ascenso.



Alfredo Horton Fernández, jefe de la división judicial, también elevado a igual puesto por sus buenos servicios.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

JOSÉ I. LEFÈVRE

NUEVO MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE PANAMÁ

POR MACAYA

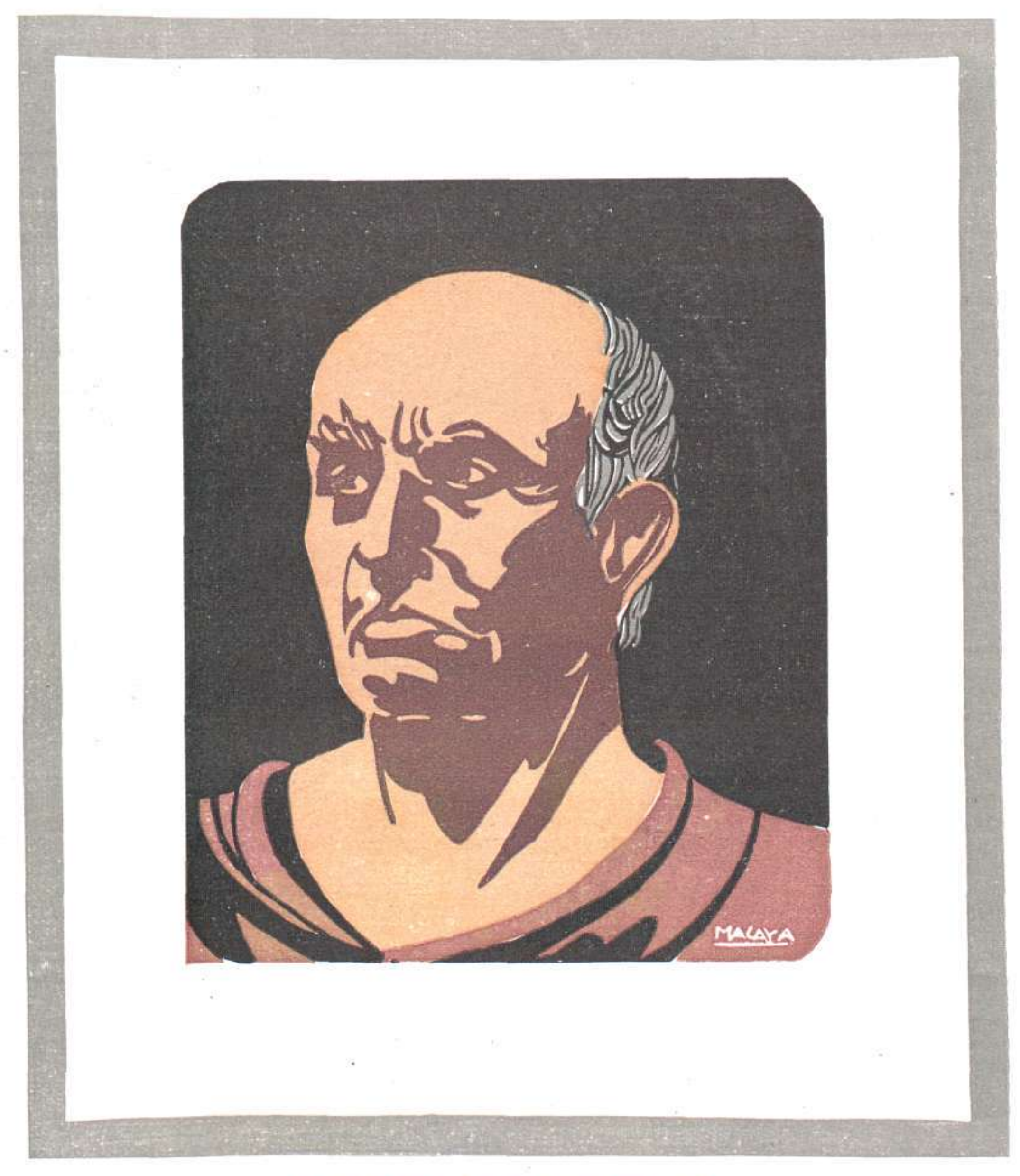
POLÍTICO de destacada actuación en su patria, donde ocupó puestos de alta responsabilidad, el nuevo diplomático ha desempeñado últimamente las funciones de Encargado de Negocios en los Estados Unidos durante diez años, siendo su misión merecedora de elogiosos comentarios. Poseedor de amplia cultura, el doctor Lefèvre piensa establecer, en sus primeras gestiones, un activo intercambio intelectual entre los dos países, con el fin de estrechar aun más los vínculos que los unen.



Original y vaporoso vestido blanco de gran lucimiento.

Modelo de tul gris perla haciendo juego con sombrero negro.

Sombrero de amplias alas y vestido negro, gran novedad.



HOMBRES CÉLEBRES

CATON

El sobrenombre, apellido o apodo romano Catón, proviene de *catus*, palabra latina que significa: avisado, cauto, prudente, astuto. De ahí que a los gatos y los Catones se les llamara casi de la misma manera. En Roma se le reconocían al gato todas sus virtudes y no se empleaba su nombre para insultar a la gente.

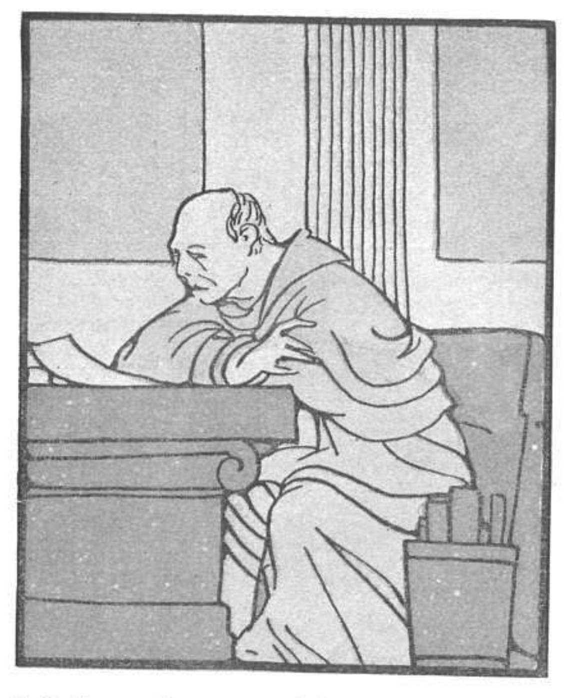
Hay unos cuantos Catones famosos; pero lo fueron más, Dionisio Catón, Mario Porcio Catón, el Censor, y su bisnieto y tocayo Marco Porcio Catón de Utica. Los otros Catones son menos célebres.

El primero era poeta y se le atribuye una colección de máximas en verso, usada por los pedagogos para instruír y moralizar a los estudiantes del idioma latino. Hasta en la Edad Moderna estuvo de texto, ya traducido, y después le salieron competidores, a los cuales, por costumbre, se les siguió llamando catones. Los catones eran algo así como libros de lectura graduada. Todavía me acuerdo del catón metódico en el que aprendí trabajo-

samente a leer.

Catón, el Censor, fué un modelo de ciudadanos honrados y morales. Lo mismo cultivaba la tierra que mandaba un ejército o hacía discursos, etc.

Su bisnieto, llamado Catón de Utica, porque murió en esa ciudad, había nacido en Roma el año 95 antes de J. C. Demostró ser un niño-hombre, de firme carácter, uno de esos chiquilines serios y prudentes, de entrecejo fruncido, que ni para jugar dejan su seriedad.



También es cierto que aquella época no se prestaba a la risa. Las feroces luchas civiles tenían revuelto y ensangrentado todo el país. Los mazorqueros de entonces iban degollando a domicilio. La primera anécdota de Catón se refiere a este espantoso estado de terrorismo. Dícese que tenía catorce años cuando, al pasar frente a la casa del dictador Sila, vió un montón de cabezas recién cortadas. El joven no pudo contenerse y gritó: «Dadme una espada para matar al tirano». Téngase en cuenta que su padre estaba afiliado al partido de Sila, de quien hablaría elogiosamente al niño.

Terminados sus estudios ingresó en el ejército a la edad de veintitrés años. La campaña contra el pobre Espartaco le dió ocasiones donde lucirse en la guerra. Poco después pasaba a Macedonia como tribuno militar, grado que equivalía al de coronel. Allí tuvo la fortuna de conocer a dos filósofos notables: Antípater de Tiro y Atendoro. Ambos pertenecían a la escuela estoica. El estoicismo, fruta filosófica muy rara en estos tiempos, sostiene que la verdadera felicidad híllase en el rígido cumplimiento del deber y la práctica de la virtud. Todo estoico debía manifestarse insensible ante los dolores espirituales y materiales, y vivir austeramente. Catón, que había practicado desde pequeño el estoicismo sin saber en qué consistía esa doctrina moral, se hizo estoico al oir las prédicas de Antípater y Atenodoro. Y lo fué siempre, excepto en una ocasión.

El quería ciegamente a su hermano Cepia, con el cual vivió sin separarse hasta la edad de veinte años. Hallándose Catón en Macedonia, llególe la noticia de que Cepia estaba gravísimo. Entonces, loco de dolor, emprendió el viaje para Enos, ciudad de Tracia, donde agonizaba el hermano querido. Le fué dificilísimo encontrar un barco co que se atreviera a desafiar el terrible temporal que reinaba en aquellos días. Por fin llegó, pero cuando su hermano estaba muerto. Dicen que se arrojó sobre el cadáver llorando y gritando. Para mitigar esta pena dedicóse al estudio de la filosofía y de la elocuencia.

Veía en Julio César un enemigo de la república al cual se le debía combatir.

En el Senado romano apoyó la campaña de Cicerón contra Catilina, demostrando elocuentemente la falsedad de los argumentos de César. También se opuso a que éste fuese nombrado por cinco años gobernador de las Galias, diciendo a los senadores que habían elegido un futuro tirano.

César, que le tenía miedo, le hizo nombrar jefe de las tropas que fueron a Chipre para combatir contra Tolomeo. El cumplió admirablemente su misión, regresando a Roma con los tesoros arrebatados, los cuales puso en poder del gobierno.

Combatió ardientemente las cadidaturas de Pompeyo y Craso para el consulado, apoyando la de Domicio Enobarbo. Esto le valió ser herido durante las elecciones. Cuando comenzó la guerra civil entre César y Pompeyo, Catón hízose partidario de éste último por creerle menos peligroso para el republicanismo. Hizo mucho por la causa pompeyana y ganó algunos combates; pero fué derrotado definitivamente en la batalla de Tapso y refugióse en Utica.

Entonces, para no caer vivo en manos de sus adversarios, atravesóse el pecho con la espada. Su médico le hizo las curas necesarias; pero Catón se quitó las vendas, muriendo desangrado el 8 de abril del año 46 a de J. C.



EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA



Si usted penetra en su negocio y, con tono perfectamente evangélico, interroga: «¿Es éste el salón de belleza de miss Kenny?», ella inclinará la cabeza y con voz que jamás podrá olvidarse, os responderá: «Entre usted; este es el salón de belleza de Miss Kenny».

Como se ve, hay una diferencia entre un salón de peinados y un «Instituto de Belleza», como ella dijera a una amiga.

«Yo no peino solamente, niña; yo embellezco: soy una cultora de lo hermoso. ¡Hay tantas peinadoras de a dos centavos en este Brooklyn, niña! Quiero establecer un verdadero instituto de belleza, y es por eso que usted me ve luchar tan fieramente con esas mucamas. Quiero desterrarlas completamente de este barrio.

— Por cierto — agregará miss Kenny — que ellas forman una pequeña parte de mi clientela. Puedo citar entre mis clientes a la esposa del reverendo Brown, a la señora Downing, a la señorita Jáckson de la Asociación Cristiana de Mujeres, a la sobrina del doctor Jones...

— Usted lo ve; yo no necesito usar las mercaderías que gasta la señora Walker en su negocio; las otras peinadoras son las que vienen aquí a buscar mis artículos para usarlos y quedar bien con sus respectivas clientes. Le puedo proporcionar el preparado de Miss Kenny para hacer crecer el cabello.

En la iglesia Baptista donde concurría miss Kenny, gozaba de una reputación de soprano capaz de hacer palidecer de envidia a cualquier otra mujer que no fuera de su color. Cuando alguien intentaba organizar una fiesta o un concierto coral en los que se cantaran canciones populares de los negros, debía contarse antes con el concurso de Miss Kenny, si es que se quería que el acto fuera «representativo». En una ocasión, una joven acólita de New Jersey, preparó un programa sin incluír en él a Miss Kenny. Este coro debía cantar en la convención anual de las sociedades de iniciativas cristianas. Un día antes de celebrarse el acto apareció en las columnas de «The Negro Press» una nota en que se sostenía que el coro era «inartístico» y de no «representar la cultura del sur de los Estados Unidos.»

o o

El sol brillaba alegremente en el destartalado edificio de la Avenida Atlantic, de Brooklyn. Si algunas de las clientes de alto tono le hacían notar el contraste que significaba un «Instituto de Belleza» en semejante lugar, ella respondía al punto: «le diré, querida niña: cuando vine a Brooklyn, la Avenida Atlantic tenía una excelente reputación. Sólo después de que comenzaron a introducirse por aquí judíos e italianos, es cuando comenzó a adquirir la mala reputación de hoy en día. Por cierto, es tan difícil en estos tiempos hallar un sitio decente donde mudarse, que he creído que lo mejor que puedo hacer es quedarme aquí desafiando el ridículo que mis amigas podrían hacerme.»

En realidad, conforme con su forma de ser, miss Kenny sólo contaba una parte, muy pequeña, de la verdad. En el fondo de su ánimo temía de que al trasladar los chirimbolos a un local de la Avenida Myrthe, la clientela se le fuera. Sobre todo, a despecho de las escalas cañerías y del hecho de estar situado en el centro del barrio de la «camorra», ella amaba el lugar, y pocos semanas antes había iniciado negociaciones para adquirir la propiedad de la casa. Esta le gustaba. Los amigos que la conocían íntimamente aseguraban que tenía un hábito difícil de olvidar. No es que Miss Kenny fuera una correvedile en el sentido ordinario de la palabra. ¡Cielos, no! Ella simplemente se deleitaba en conversar por los alrededores y desorientar a las gentes acerca de sus negocios.

En asuntos monetarios, por ejemplo, tenía por costumbre decir ruidosamente en su «salón» lleno de parroquianas, que nunca «guardaran en casa el dinero».

— ¡Es tan peligroso guardar plata — murmuraba — con tantos bandidos rondando constantemente alrededor de la miel! Hoy mismo, esta tarde, un hombre — un hombre blanco — lo he visto dar vueltas sospechosamente. Yo estoy enferma de verlo por aquí. No sé de dónde lo he sacado, pero se lo pude notar en la forma de respirar. Tuve suerte de que estuviera presente la señora Daniels cuando entró aquí y me preguntó por unos polvos para el rostro. Lo mandé a la farmacia de la esquina, diciéndole que yo no tenía polvos de esa clase. Hay que tener cuidado, niña, pero mucho cuidado.»

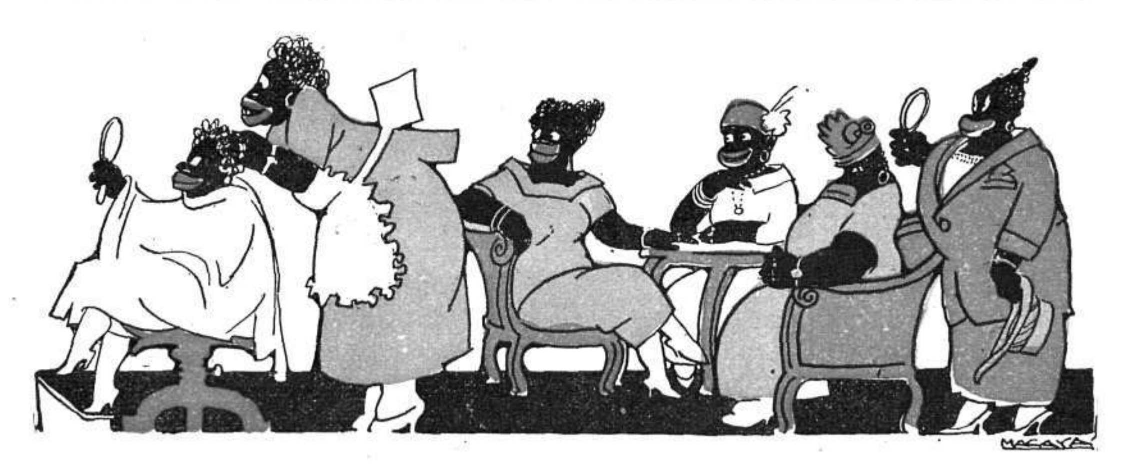
Claro está; esto era sólo una parte de la verdad. Tan regularmente como marca un reloj, antes de acostarse cada noche hacía un nudo con las ganan-

cias del día en una vieja media negra para esconderla luego en uno de los baúles sobre los que dormía. No es que fuera una miserable a quien vivificara el olor del dinero. Pero le gustaba, cada vez que se dirigía al banco para efectuar un depósito, inscribir en su cuenta doscientos o trescientos dólares nuevos. Le gustaba, como ella decía, hacer una «cosa decente». Sobre todo si se tiene en cuenta que el empleado de la ventanilla de depósitos era un simpático joven blondo, con el cabello peinado justamente al medio. A ella le gustaba mirar sus mejillas juveniles: ¡eran tan redondas y bellas!

Siempre que hacía una «cosa decente», el empleado sonreía y enseñaba sus dientes blancos como perlas, y, metafóricamente hablando, a Miss Kenny le parecía oirle decir en tono imperceptible: «Vamos bien; usted pronto tendrá los diez mil dólares». Sí; miss Kenny tenía dinerito, aunque jamás admitía semejante cosa. Ella siempre hacía hincapié para el trabajo y me vine aquí a contarlas. De cinco mil hojas que pagué sólo me habían dado dos mil seis cientas cuarenta y tres. ¡Cómo si yo no supiera contar!

En una ocasión un activo corredor de libros la encontró en la calle y ofreció venderle la colección de volúmenes de la enciclopedia Británica. Miss Kenny lo escuchó con la sonrisa en los labios y sin comprometerse demasiado le concedió permiso para visitarla en su «Salón». Cuando el joven corredor le habló en este lugar acerca de firmar tal o cual contrato y de pagar tanto al mes, convino en que ya era el momento de pararle los pies y elevándose a una altura habitual en ella, prorrumpió con esta pregunta: ¿Es que todavía no hemos perdido bastante tiempo? Y le volvió la espalda.

Ella tenía interesantes razones para realizar todos sus negocios en el «salón». Si alguna vez existió alguna verdadera psicóloga, ésta era Miss Kenny. Ella se sentía segura de su habilidad para discutir



impresionar a los extraños (y a los amigos) sobre lo crítico de su situación.

Hasta bien entrada la noche trabajaba miss Kenny. Sólo Dios sabe cómo se mantenía en pie. A pesar de esto, se levantaba al cacareo matutino de las gallinas. Por lo general, una cantidad de gentes esperaban su aparición, como si se tratara de una adivina. Cualquiera se sentiría tentado a forjarse en la imaginación las más absurdas suposiciones sobre su poder mágico. Pero era realmente su específico para los cabellos el que realizaba semejante milagro. Desde los tiempos de la señora Walker no se conocía éxito semejante. Se vendía como pan caliente entre mujeres jóvenes y ancianas feministas, esposas de clérigos, y otras damas de color. Decididamente era un fenómeno. Pero cuando se acercaba un corredor de avisos proponiéndole gastar unos dólares en propaganda, refunfuñaba entre dientes. ¡Avisos! ¡Propaganda! ¿Dónde se ha visto semejante cosa? Muchas gracias; mis clientes hacen la propaganda por mis artículos. Si una cliente está satisfecha de mi trabajo y de mis específicos, ya volverá y hará venir a sus amigas. Yo no puedo hacer lo que haría cualquier otra. ¿Quién ha visto jamás anunciar en periódicos a un gran médico? Solamente los curanderos se anuncian.»

Una de sus peculiaridades era la de no realizar ningún trato fuera de su negocio. Como se ve, tenía ideas definitivas sobre el comercio.

— Ya le digo, niña; nuestra gente produce desolación. Ayer fuí a la imprenta del señor Daniels a fin de conseguir papel timbrado. Mi deseo era de sentarme y contar las hojas que me daban. Pero estaba presente miss Murray King, la novia de Salomón Lodge, y no quise que me tomara por una cargosa. Le pagué lo que me dijo que importaba con cualquier hombre y apabullarlo con contestaciones definitivas, ante la mirada atónita y admirada de sus clientes. Y es que rodeado por sus parroquianas se sentía defendida por una suerte de muralla, detrás de la cual podía hacer lo que le venía en gana, y esto nadie lo sabía mejor que ella.

En el fondo de su alma jamás deseaba nada que fuera muy repetido. Su lengua se extenuaba los lunes contando lo ocurrido el día anterior en la iglesia. Unas veces tenía algo que decir sobre las mujeres que acostumbraban charlar con hombres que no eran sus maridos e idéntica cosa sobre hombres casados que hacían lo mismo con quienes no eran sus esposas. En otras ocasiones el tema se circunscribía a la señora fulana de tal, que vestía de tal o cual manera, o el acento de voz de cualquier vecino nuevo. El martes se expansionaba sobre el caso del sepulturero Williams, recientemente casado y cuya mujer ¡repetina y misteriosamente acababa de dar a luz un niño!

Miércoles y jueves eran días que miss Kenny los dedicaba a la discusión de sus rivales. Le placía hablar en la forma que ella sabía hacerlo del «preparado de miss Kenny para hacer crecer el cabello», y del uso que hacían personalmente de este específico quienes se dedicaban a la venta de otros.

— No me importa — decía — que quiten la marca a los frascos de mis preparaciones, y la substituyan con etiquetas de papel con otra marca; no: lo que me subleva es que luego se dedican a difamar mis artículos.»

Alguien, a veces, le sugería la conveniencia de enjuiciar a quienes tales cosas hacían, preguntándole también porqué no patentaba sus marcas; pero ella replicaba invariablemente con tono y gesto magnánimo: «Yo no soy tan baja para hacer

semejante cosa. Deseo que todo el mundo trabaje y pueda ganarse la vida. En eso yo no tengo nada de los negros, querida mía.»

o o

Un día los visitantes del «salón» de Miss Kenny tuvieron la mayor sorpresa de su vida. Por cierto no era la primera vez que recibía un llamado telefónico, pero ¡qué llamado! Como de costumbre, el local estaba repleto de concurrentes. Tres de sus «niñitas» esperaban ocupar el viejo sillón de barbería donde deberían someterse a los aderezos de Miss Kenny. Encima del piano medioval, la más respetable de las piezas de mueblería del salón, se sentaban dos obesas matronas del tamaño de dos enormes Budhas, mientras en el extremo opuesto otras dos personas esperaban pacientemente el turno de ser atendidas por Miss Kenny.

— Sí, sí; pero no sé nada sobre eso... más bien no. ¿No podría ser el domingo? ¿No vendrás a la hora del desayuno el domingo? ¡Oh! Ya sé. Se lo diré a Antonio. Todo va bien, querido. Yo también estoy muy ocupada; el local está lleno de gente. Hasta pronto.»

Era cierto; miss Kenny, como todas las mujeres de su tiempo, tenía un amante. Aunque también tenía un modo delicioso de contar que ella había sido pertinazmente cortejada por un sinnúmero de jóvenes casaderos. Siempre que hablaba a sus clientes le era bastante fácil hacer bambolla sobre sus atractivos personales y su belleza. Pero la realidad de las cosas no condecía tanto con sus palabras. Miss Kenny no tenía ningún atractivo ni belleza visible. Personas de probada amplitud de gusto y criterio se espantaban ante la sola idea de poder ser favorecidos por el amor de esa montaña de carne color de bronce sucio. Alguien podría imaginarse que se trataba de una gran idea desde el punto de vista financiero. Pero desde el punto de vista estético era algo difícil convenir con miss Kenny en lo que decía. Otras «cultoras de la belleza» habían tenido el tino de ponerse a la altura de los tiempos. Se habían recortado el cabello, adoptando vestidos calificados un tanto de licenciosos y modos de conducirse nada monásticos. Pero miss Kenny, con todos sus sesos, no los tenía suficientes para darse a ella misma un masaje facial. Por ejemplo, si miss Kenny hubiera podido acostumbrarse a un uso un poco más liberal del agua, en las partes altas y bajas de la garganta y de los hombros, no podría decirse ni oirse respecto a ella lo que se decía y lo que se escuchaba. Pero era verdad, odiaba el agua, como se odia el veneno.

Cuando se apartó del aparato del teléfono y todas las clientes la miraron, pudieron notarla radiante de satisfacción y mágicamente transformada.

— «Os lo diré, niñas — dijo rápidamente. — He recibido un rápido llamado de mi asesor legal, y él quiere que lo abandone todo ahora mismo y me vaya al juzgado, puesto que tengo que actuar como testigo en el caso del robo de la cortina de la que ya les hablé. Dos negros me robaron un par de cortinas que me costaron más de cuarenta dólares. Pero ese es el único medio por el que se puede dar a la gente negra una lección que les sirva. Por eso debo ir hoy a las dos al juzgado.»

Después de atender a su última cliente, miss Kenny elevó su vista al cielo en señal de agradecimiento y clausuró la puerta. Uno podría creerse que se encontraba terriblemente apurada; pero con gran calma lo que hizo fué envolver la hornalla del gas y las tenacillas para rizar el cabello y esconderlas debajo de un lavabo. Luego extrajo de un cajón un enorme pollo asado y se puso a dar buena cuenta de él. Después de un buen rato y de acabar con el volátil y algunas golosinas, se dirigió hacia una puerta que daba al corredor y gritó: ¡Antonia! Al instante apareció una pequeña niña italiana.

— Corre hacia la esquina y cómprame diez centavos de lechuga; corre querida. — Utilizaba esta hortaliza para embellecerse la cara y al terminar esa tarea, sólo pudo notarse que el color de la nariz era menos obscuro que el resto del rostro: la había llenado de polvos.

o o

Cinco minutos después miss Kenny oyó a alguien golpear con los nudillos de los dedos en la puerta. Abriendo rápidamente la puerta dejó pasar a Elías Ramsey.

Miss Kenny era una mujer cuya edad no bajaría de los cuarenta y ocho años. El señor Ramsey no pasaría de los 25. Lo que pudo inducir a este hombre a rendirse ante una mujer que pudo haber sido su madre, y peinadora al mismo tiempo, es un misterio que no está en nuestro propósito aclarar. Nos bastará con decir que el señor Ramsey era un joven nacido y criado en Brooklyn. Se podía afirmar con seguridad que no había cursado sus estudios en la Universidad de Berlín y que de ninguna manera había estado nunca bajo la influencia germánica. Los alemanes, después de todo, son gente con sensibilidad perfectamente humana. Nuestro héroe era completamente insensible y sordo a todo lo que había en su derredor. En él podía verse un caso típico del negro colocado en una comunidad donde los seres de su color no eran mayoría. Toda su vida la había pasado entre gente blanca, habiendo siempre sido lo que era: ignorante, pedante y arrogante. El se creía no sólo superior a la mayoría de los hombres: puesto que hasta Napoleón había parado de conquistar y el hecho de que Ramsey había condescendido en comer con miss Kenny, era una prueba que a éste le estaba ocurriendo algo parecido. Como era natural, toleró que toda la conversación estuviera a cargo de míster Ramsey. Los abogados tienen tantas cosas en qué pensar. (Ramsey era abogado) que no se permitía distraer sus hondas preocupaciones en ningún instante y mucho menos cuando estaba al lado de una mujer que no pertenecía como él a las viejas familias de Brooklyn. Cuando rara vez se dignaba decir unas cuantas palabras lo hacía secamente, sin animación y en tono jurídico. Para él era lo mismo cenar en un restaurante cualquiera con un cliente, que cenar con miss Kenny. Pero ésta interpretaba cada una de sus palabras, cada mirada, cada rozamiento de la mano como dirigidas a vencer su corazón. Contrastando

con su característica «cultura del embellecimiento», de natural frío y astuta, había perdido su negra cabeza. Estaba completamente a la merced del abogado negro. ¡Y había que ver cómo se manejaba Ramsey en esta ocasión! Se conocía fácilmente lo acostumbrado que estaba a pasar por trances idénticos. El no era que digamos un efebo apolíneo, pero ella no paraba mientes en nimiedades. El era un hombre y era lo que ella quería. Toda su vida no había deseado otra cosa que contraer matrimonio y no era cosa fácil de contar la emoción que le produjo la solicitud de Ramsey.

«¡Oh, Elías! — exclamó — si supieras lo feliz que me siento. Al fin mis plegarias han sido escuchadas. Ahora ocuparé mi lugar en la sociedad, me retiraré a mi casa y no lavaré más los cabellos de nadie en el resto de mi vida. ¡Esposa de un gran

Evidentemente estas pequeñeces no podían entrar en el universo en que vivía abismado Ramsey. Mientras hablaba ella y se derretían sus ojos ante el abogado, éste permanecía silencioso y preocupado.

«Está muy bien, Catalina — eso es lo que un hombre admira en una mujer. Pero ahora tengo la idea de colocarme a trabajar de noche en un ascensor o bien de portero. No me importa el trabajo; la cuestión es el dinero a cobrarse. O quizás saque nuevamente mi trombón; lo único malo es que he perdido un poco la práctica. De todas maneras me emplearé de noche por ahí, a fin de poder mantenernos ambos».

Miss Kenny estaba horrorizada con semejante idea. ¡Un abogado trabajando de noche de portero! ¡Increíble! ¡Esta era precisamente la clase de hombres con quienes ella no quería tener nada que ver!



abogado! Es lo suficiente para descomponerme la cabeza.

«Pero — susurró la voz de su asesor legal. — Como te dije el otro día, Catalina, todavía me falta un largo trecho. Recién me he establecido y aun se pasará algún tiempo antes que uno pueda desenvolverse por completo.

«Como si yo no lo supiera — respondió rápida miss Kenny — yo nunca toleraría que cayera sobre ti solo todo el peso de nuestro amor, y estoy dispuesta a enterrarme toda la vida en este sitio con tal que con esto pueda ayudarte. Y no creas que no he ahorrado dinero, queridito mío».

Desapareció detrás de las cortinas y volvió rápidamente con la agilidad de una chiquilla, trayendo la libreta de depósitos del banco, descuidando mirar los ojos del joven abogado.

«Mira, esto todo hasta hoy».

Ramsay miró. Lo que vió le subió toda su sangre... a las mejillas, pero él era un abogado, y un abogado incommovible de Brooklyn. ¡Nueve mil quinientos ochenta y seis dólares!»

«Y esto no incluye lo depositado ayer» — díjole miss Kenny, — ayer solo deposité 34 dólares. Estuve recontando mi trabajo del día hasta hoy a las dos de la madrugada. ¡Hasta la una estuve arreglando cabelleras! En cuanto al edificio no me queda mucho por pagar. Déjame ver, creo que sólo me resta cancelar una hipoteca por unos mil doscientos dólares. No lo he hecho tan mal en los tres años que llevó aquí».

— ¿Por qué, Elías? ¿Cómo te has puesto semejante idea en la cabeza? ¿O te imaginas que yo permitiré semejante sacrificio de tu parte? No permitiré de ninguna manera que sacrifiques tu magnífico futuro haciendo trabajos de semejante clase. No, querido; quítate esa idea de la cabeza. Lo que es mío también es tuyo.

— Como tú quieras — musitó Ramsey, — pero lo que yo deseo es no imponerte mi voluntad en forma ninguna.

— Niño querido; no puedo entender lo que tú sientes. Lo que yo quiero es que me ames y confíes en mí. Lo demás ya saldrá por sí solo como debe salir. Cuando dos seres se aman como nosotros, deben de ser como uno solo; son la misma carne y la misma sangre.

— Bien — volvió a dignarse musitar Ramsey; — me siento satisfecho de volver a ver las cosas por su lado claro. Yo, ciertamente...

— No hables así, querido — interrumpió miss Kenny, — estampándole un rvidcso beso en sus labios: no pronuncies una sola palabra más. ¿No te entiendo totalmente? Confía en mí, querido; recuesta tu cabeza en mi pecho y cesa de pensar en cosas tristes. Soy demasiado experta en la vida, ya tú verás.

o o

Hasta la víspera de sus esponsales trabajó miss Kenny. Una ola de parroquianas se sucedía en el local al solo objeto de desearle buena suerte. Esa

era una ocasión en que se ponía a prueba la popularidad de una persona. Aunque miss Kenny no podía ser considerada en ninguna forma como perteneciente a la aristocracia «color oliva madura» de Brooklyn, supo abundantemente el grado de aprecio de que gozaba. Regalos de todo género fueron recibidos durante esa tarde, y en tanto atendía a su clientela, se desvivía para agradecer las congratulaciones de sus amigas. Hasta la señora Kennedy, una peinadora rival, tuvo la idea de enviarle un hermoso ramillete de geranios.

Miss Kenny se sintió tan conmovida por esta delicadeza, que rogó a una de sus «niñas» que se sentara y escribiera por ella una carta de agradecimiento. Estaba demasiado ocupada para detenerse ella misma en lavarse las manos y ponerse a escribir una esquela. Entre todos los regalos recibidos uno habíale causado una impresión insuperable: eran unas artísticas porcelanas enviadas por el Club de Cooperadores Voluntarios de la iglesia Baptista de Tutioch.

El día de la boda surgió sereno y lleno de sol, mientras miss Kenny se preparaba para celebrar el acto más transcendental de su vida. Ella tenía una amiga que vivía en la vereda de enfrente a su salón, la señora Williams, la que le ayudaba en los quehaceres propios del trance.

Cuando se acercó la hora, una multitud de curiosos se agolpaba en las puertas del «salón», adornado con motivo del acontecimiento. El hecho de haber resuelto miss Kenny celebrar la ceremonia nupcial en el negocio, no parecía molestar a nadie. Afortunadamente la hora fijada para la ceremonia a la caída del sol, permitiría la ayuda de la señora Bryan, quien estaba ocupada gran parte del día en tareas domésticas. El abogado Ramsey estaba acompañado de un colega, el señor Blake. El casamiento fué sencillo. Nada de excitaciones o escenas dramáticas. La novia y el novio estaban juntos. La cena fué servida en la magnífica mesa de miss Kenny, presidiendo el pastor, que se hallaba sentado en la silla giratoria de barbería, uno de los enseres preciosos del salón. Todos pasaron un buen rato. A media noche la pareja partió para Atlantic City, donde el semanario local de la gente de color informó, unos días después, que los recién casados habían pasado momentos inolvidables en ese lugar.

Durante su ausencia, miss Kenny dejó a la señora Bryan a cargo de sus negocios, quien, por no ser miss Kenny, tenía la virtud de espantar a la antigua clientela. Estas esperaban el regreso de la pareja de su luna de miel para reanudar su concurrencia al «salón».

Miss Kenny volvió sana y salva de su luna de miel.

— Niña; jamás supe lo que era amor hasta ahora. Es un sentimiento que lo podéis disfrutar a vuestro antojo siempre. Es como el hambre y la sed. Pero, «niña», ¡es una cosa tremenda! Os toma de la garganta y os dice: ¡Ahora eres mía para toda la vida «como yo os lo estoy haciendo ahora!»

Repentinamente sonó el teléfono.

— ¡Oh, Elías, vente en seguida, te tengo que ver en seguida, mi cabeza está por reventar de dolor. Vente en seguida, queridito. Me estoy muriendo por hallarme en tus brazos de nuevo».

Era cierto; miss Kenny era feliz con su casamiento. Y si alguno, fuera en la calle, le interrogaba con acento de leve sorna, si continuaba arreglando cabelleras, contestaba irritada y ofendida: «Esas preguntas se hacen sólo entre nosotros, los negros».

Y se revolvía furiosa entre sus amigas.

«Así es, niña, ya os lo he dicho más de una vez; unos cientos de dólares no son nada para mí, como cree esa tropa de negros que anda por aquí».

«Decidles que hasta que no junte el primer millón de dólares no paro. No me gusta verme jamás en la vida en la situación de pedirle dinero prestado a nadie».

Y así se sentía tan fuerte en su filosofía actual como en la antigua; con igual orgullo primitivo que antes, llena de alegría y todo lo adorable y feliz que debe ser toda recién casada.

o o

Llegó un tiempo, asimismo, en que la fatalidad soplaba violentamente en las puertas del «salón» de la señora de Ramsey. Eran justo tres meses después de la boda. Poco a poco comenzaron a circular, en los alrededores de la Avenida Atlantic, versiones intranquilizadoras sobre la felicidad conyugal de la hoy señora de Ramsey.

Poco a poco, la historia hizo su camino. La «cultora del embellecimiento» se mostraba reticente a este respecto, y se hubiera necesitado procedimientos excesivamente compulsivos. Pero ella misma salió de su situación misteriosa una noche. Tiró un obscuro mantón sobre sus espaldas, hizo su camino hacia el domicilio de su amiga, la señora Bryan, en Douring Street. Cuando sonó la campanilla y penetró en la casa, la señora Bryan azoróse ante los enormes anillos negros que colgaban de los párpados de la ex miss Kenny. Pintados o no pintados, era cierto que la recién casada había llorado, y había llorado mucho.

¡Oh, Teresa, Teresa! ¡Pensad que mi matrimonio es un completo fracaso! ¡Qué hacer, Dios mío!

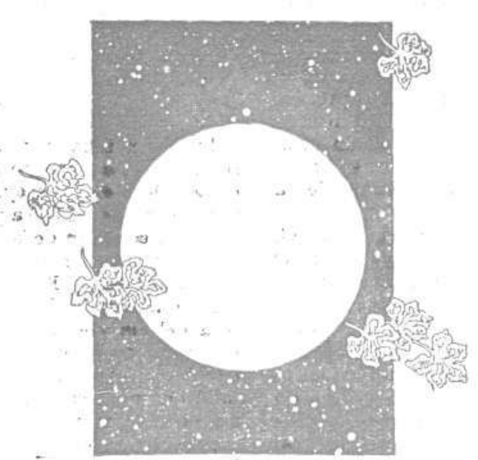
— ¿Qué te pasa? Cuenta, no delires así — exclamó la señora Bryan.

— No, yo no deliro, querida amiga. Estoy completamente normal. ¡Oh! Dios mío ¿qué es lo que me ha tocado? ¡Todos mis ahorros perdidos como se suele perder un diente! Eso ocurrió hace unas tres noches, el miércoles a la noche. Yo tenía un horrible dolor de cabeza, y estaba acostada en el centro de la cama. Elías había llegado recientemente de su trabajo, y después de comer se había sentado fuera para fumar. Mi cabeza me dolía tanto que le rogué que me alcanzara el agua de Colonia. ¡Oh! amiga de mi alma, él se levantó y me trajo la Colonia. Yo le pedí que me humedeciera la toalla y me la colocara en la frente. En la habitación se percibía un fuerte olor a cloroformo, pero no recuerdo mucho porque caí en sueño; lo único que sé es que anduvo dando vueltas en mi derredor con la toalla en la mano. Esta mañana he ido al Banco y he sido sorprendida con esta noticia. ¡Toda mi cuenta ha sido retirada! ¿Puede imaginarse semejante cosa? Más de nueve mil dólares fueron retirados. Yo me reí, y le dije al empleado que debía ser algún error, pero él sostuvo que no, enseñándome un cheque pagado. Estaba al pie mi firma. No se podía negar eso.

— ¿Pero qué se ha hecho del dinero? — preguntó la señora Bryan,

— Elías, querida amiga, Elías Ramsey — dijo llorando la señora Ramsey,— no sé dónde podría encontrarlo.





FANTASIA DE OTOÑO

por MIGUEL DE UNAMUNO

«¿Pero duerme usted ocho horas seguidas?» — me preguntó, y como le contestase que es lo que procuro, y de ordinario lo consigo, me replicó: «Pues se pasa usted, hombre de Dios, la tercera parte de la vida durmiendo...» A lo que le repliqué: «Con que las otras dos terceras partes esté tres veces más despierto que usted, salgo ganando, porque la cosa no es, señor mío, estar mucho tiempo despierto, sino estar muy despierto el tiempo que se esté y, se ha observado que los que duermen poco no suelen estar muy despiertos» Y se me calló.

Claro que lo que es una tontería, y de marca mayor, es que el día se haya hecho para velar y la noche para dormir, por que ¿qué harán los hombres en medio del verano y en medio del invierno en los países más lejanos del Ecuador? El oso polar se pasa el invierno durmiendo. Ni está puesto en claro si el hombre es animal diurno o nocturno.

Pero lo más dulce del año, la época más espiritual, más depuradora del ánimo, es lo que se llama el veranillo de San Martín. En este hemisferio boreal, el de la Osa Mayor y la Osa Menor, quiero decir. El día de San Martín, papa, es el 12 de noviembre. También suele llamársele el veranillo de San Miguel, siendo San Miguel el 29 de septiembre. Y el 21 de éste, de septiembre, es el equinoccio de otoño, en que el sol se pone casi a las doce horas de haber salido. Del 29 de septiembre al 12 de noviembre van días.

El veranillo de San Martín, el *Ko-Haru* de los japoneses, — donde se usa como nombre de mujer, y bien poético — en medio del otoño oficial, del otoño de la terminología astronómica, es algo profundamente significativo. En estos días serenos del otoño lánguido, cuando la noche ampara a los campos con lenta demora, hay que ir a las riberas del río que, después de la desolación del estiaje, recibe las primeras aguas de plenitud. Y están cayendo las primeras hojas. Las primeras que caen. Unas hojas conservan el verdor del verano, el de la primavera casi, otras amarillean, otras están rojas. Y toda esta policromía se refleja en el haz de las aguas del río, que han cubierto ya a las piedras del cauce, que han vestido las lleras.

En el rigor del verano, en la canícula, no se goza los crepúsculos. El veraneo no es una época de descanso, de verdadero descanso. Lo es acaso de siesta, de dormir bajo el sol. El descanso, pero descanso activo, descanso fecundo, es el del otoño.

Los utilitaristas, los materialistas, no ven que el fruto, propio del otoño, es también flor; no ven que una naranja, una granada, un racimo de uvas, son tan vistosos y perfumados como las flores, que el fruto puede tener otra finalidad que la de ser comido.

¡Qué tardes éstas del otoño! ¡Tardes, éstas son tardes! Por algo en catalán al otoño se le llama *la tardor*. *La tardor* es el otoño, o mejor la otoñada. Porque esta denominación de la otoñada, como aquella otra de la invernada, nos place entrañadamente.

¡La otoñada! Es la tarde, la tarde dulce en que el sol baja y no sube — aunque por la mañana suba — es la edad del año en que se siente el amor que el sol tiene a la noche, su anhelo de arrebujarse en el negro manto recamado de estrellas para dormir. Y para soñar.

Ya nos han dejado los vencejos y las golondrinas y con su marcha ha quedado en silencio el cielo sereno. La naturaleza parece meditar.

Es la época ésta, más que la primavera, en que se me hincha el pecho de anhelos indefinibles y en que acuden a mi mente más larvas de ideas. Y es, en general, la época acaso en que han llegado a cumplimiento los hechos más trascendentales.

En la otoñada de 1492 fué descubierta la América, y primera en su región ártica. Los descubridores de América apenas si vieron surgir del fondo del océano estrellas nuevas, como dice José María de Heredia, en su famoso soneto de los *Conquerants*, de los conquistadores. Colón y su gente no perdieron de vista a la Polar, al rabo de la Osa Menor—o a la boquilla de la Bocina, ya que este es su nombre popular — en su largo viaje. Y en uno de esos dulces días de la otoñada, en que el sol se empereza bajo el manto de la noche y remolonea en la noche resistiéndose a madrugar, en un día de otoñada, de veranillo de San Martín, descubrieron un nuevo mundo. Y es que es en el otoño cuando se descubre nuevos mundos.

La otra tarde veíamos salir la luna llena sobre el fondo de la ciudad — ciudad de otoño — y reflejarse en el escaso caudal quieto del río medio seco. Iluminaba los pedruscos de su lecho puestos a su luz. Un sentimiento de fatiga subía de las riberas.

Diríase que el campo le pedía agua a la luna. Y en el fondo del alma sentía yo el anhelo de las primeras crecidas otoñales del agua del espíritu. Y me decía a mí mismo: «¡En otoño naciste, Miguel, en el veranillo de tu santo; vas a estrujar el zumo de tu sexágimo otoño!»

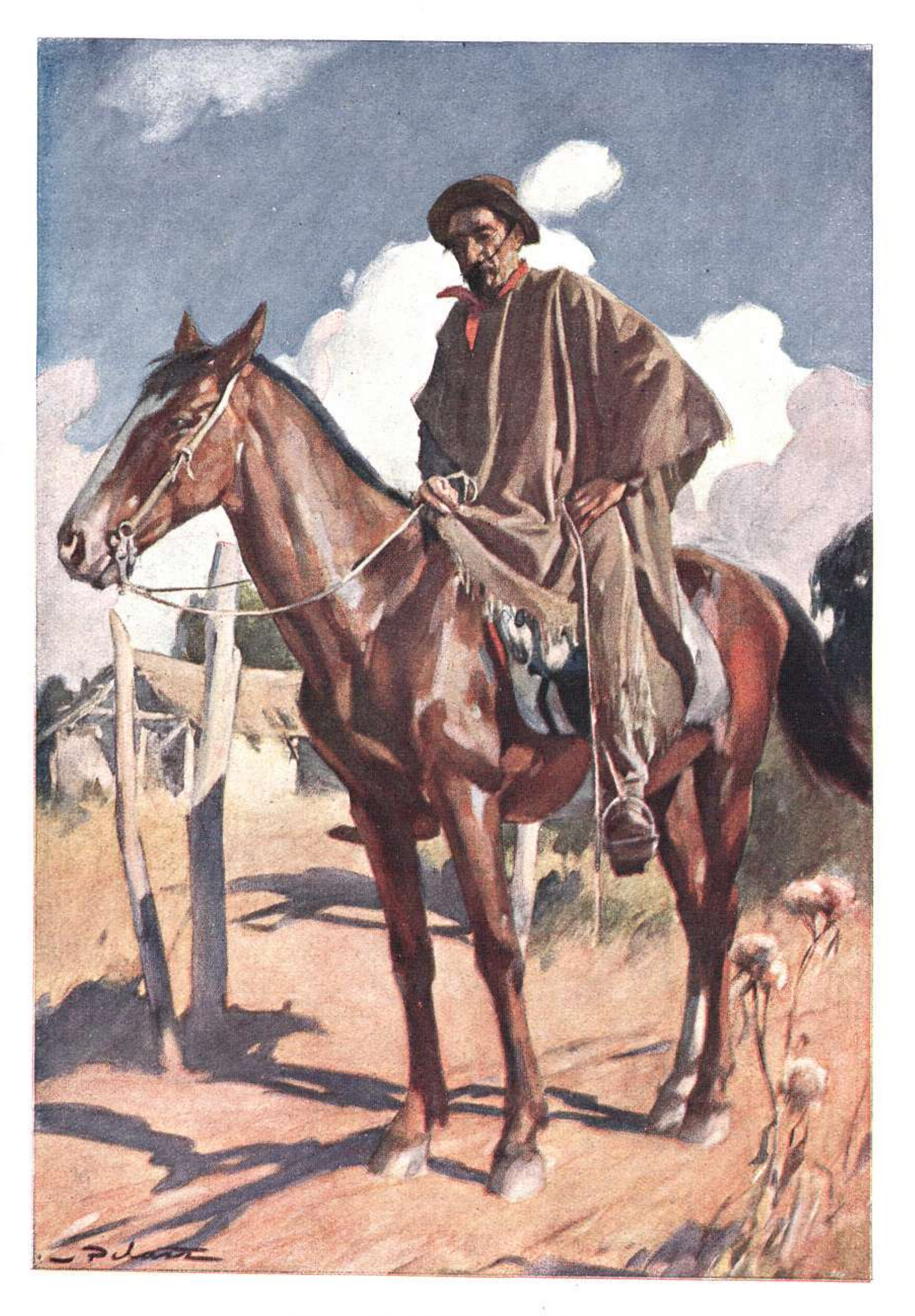
Página Infantil

Niñita de Attwell Ocantos





Alicia ...



"EL RASTREADOR"

GOUACHE DE PELÁEZ

ENLACES





Señorita Herminia Díaz con el doctor Arturo F. González, en la capilla de Nuestra Señora de las Victorias.

Señorita Anita Gerino con el señor Eduardo Guillermo Dowley, en la iglesia de San Miguel Arcángel.



Señorita Amelia Estrogamou con el doctor David Prando, en la Basílica del Rosario.

ITALIA





Original baile italiano que viene exhibiéndose con gran éxito en el teatro Constanzi, de Roma, por el ritmo y la plasticidad de sus movimientos.



Pareja de elegantes que fueron premiadas en el Concurso de la Moda, de Torino.

Dos bellas figuras femeninas que también merecieron distinciones en dicho torneo.

Los "mosqueteros" del Hon. Mussolini, que forman la guardia de honor agregada a la persona del Presidente del Consejo.

ALEMANiA



El potentado alemán Hugo Stinnes, acompañado del industrial señor Vogler, saliendo de la Conferencia de Luisenschule.



El jefe separatista Mr. Mathes, con gorra vasca, y los miembros del improvisado gobierno de la república renana, en la población de Coblenza, frente al edificio Schloss y a raiz de su golpe de audacia.

ESPAÑA



El general Primo de Rivera, marqués de Estella, Presidente del Directorio, y el Embajador de Italia, a quienes ofreció un banquete la Misión italiana que ha venido a Madrid para concertar un tratado de comercio entre ambas potencias, el que se llevó a feliz término.



Concurrentes al banquete dado por el embajador de Norte América, Mr. Moore, en honor del general Primo de Rivera, al que asistió, especialmente invitado, el representante diplomático de Italia, marqués Paolucci di Calboli.

La señora de William R. Hearst, notable escritora, esposa del famoso editor norteamericano, que fué recibida en la estación por el Nuncio y por el Ministro de su país y que piensa hacer una amplia información de la vida española.

FRANCIA

Honores militares tributados a los restos mortales del malogrado aviador Maneyrot a su llegada en avión a Bourget.



El señor Von Hoesch, encargado de negocios de Alemania en París, saliendo de visitar en el Elíseo a M. Poincaré.

Llegada de los presidentes de Francia y Checoeslovaquia a una de las principales estaciones inalámbricas francesas.

LOS PROGRESOS DE UNA PRESTIGIOSA INSTITUCION SOCIAL

LA BIBLIOTECA DEL CONSEJO NACIONAL DE MUJERES

LA Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres ha llegado a la conquista de su positivo prestigio en mérito a una labor amplia y ordenada, en el terreno de la cultura y el bien, extendiendo de manera prodigiosa su alto espíritu en el ánimo de la sociedad argentina y esparciendo ese mismo influjo como un haz de luz sobre millares de seres a los que ha dado lo que podría llamarse conformación espiritual.

Consecuente con esa noble



Señora Carolina Lena de Argerich, presidenta de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres de la República Argentina.

sus actividades pudiesen, como va a ocurrir, ensanchar su radio de acción según las crecientes necesidades de la gran obra y ya que el número de las alumnas inscriptas pasa de 300. En la nueva casa recién adquirida se instalará un Club de Señoras, siendo ésta una feliz iniciativa. Serán clasificados en ella los cursos de 1924, y se harán los arreglos para dotarla de un magnífico salón de conferencias, donde ahora se halla el amplio jardín de la mansión.



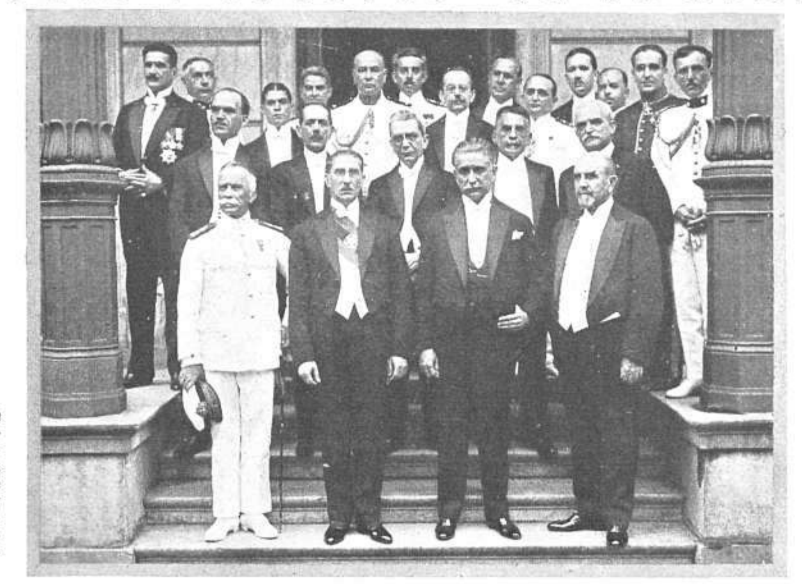
La Sra. Lena de Argerich con la tesorera de la institución, Sra. Filomena Devoto de Devoto, y la secretaria señorita Mercedes Moreno.

doctrina que constituye su fibra, dicha entidad, cuya nómina de afiliadas implica un blasón de nobleza y distinción, viene realizando consecutivamente muchas obras de provecho, largas de mencionar y que son otros tantos motivos para despertar el aplauso público. Entre aquéllas, y de una indiscutible trascendencia, se cuenta hoy la reciente adquisición del palacio Guerrico, situado en la calle Charcas 1155, al que será trasladada la Biblioteca del Consejo N. de Mujeres, con sus dependencias: Ayuda Social, La Prensa y Propaganda, la Oficina de Informaciones y la Liga de Templanza. La compra se hizo en 355.000 pesos con la contribución de las socias y ayuda oficial, pues era urgente situar a la institución en

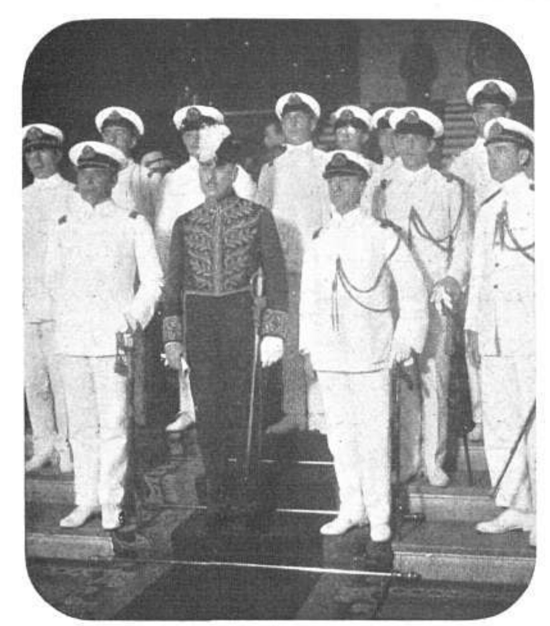


Es de notar que el paso dado comporta un positivo beneficio para los fines que se buscan, es decir, para que el pensamiento de filantropía, de cultura y de humanismo, alcance toda la extensión a que se hace acreedor por lo mucho que interesa a nuestro medio ambiente el crecimiento de actividades como la que comentamos.

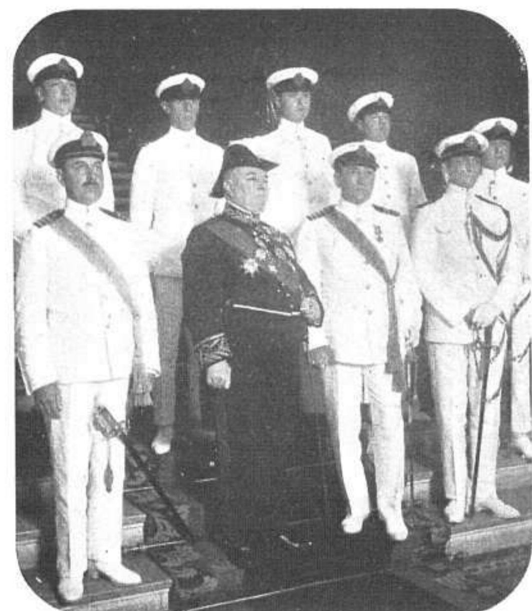
Olvidábamos agregar, como justo corolario a esta breve reseña, que la comisión de la Biblioteca, presidida por doña Carolina Lena de Argerich y secundada por conocidas y distinguidas damas, ha desarrollado en este momento una extraordinaria actividad para resolver este problema de la casa, en la que hallarán firme hogar las múltiples ramas de esta obra de previsión, solidaridad social y cultura.



El Presidente de la República, doctor Bernardes, con los miembros de su Gobierno y otros altos funcionarios esperando en la escalinata del Palacio Catette a las embajadas extranjeras que concurrieron a la recepción conmemorativa del 15 de Noviembre.



El Embajador de la Argentina, señor Mora y Araujo, y la oficialidad del crucero "Buenos Aires" después de haber sido cordialmente recibidos por el Primer Mandatario.



El representante diplomático del Uruguay y los jefes y oficiales del crucero uruguayo, a la salida de la entrevista presidencial en el Palacio Catette.



El ex-presidente de la República, Dr. Epitacio Pessoa, rodeado de destacadas personalidades luego de la ceremonia religiosa celebrada en la Catedral con motivo de sus bodas de plata.

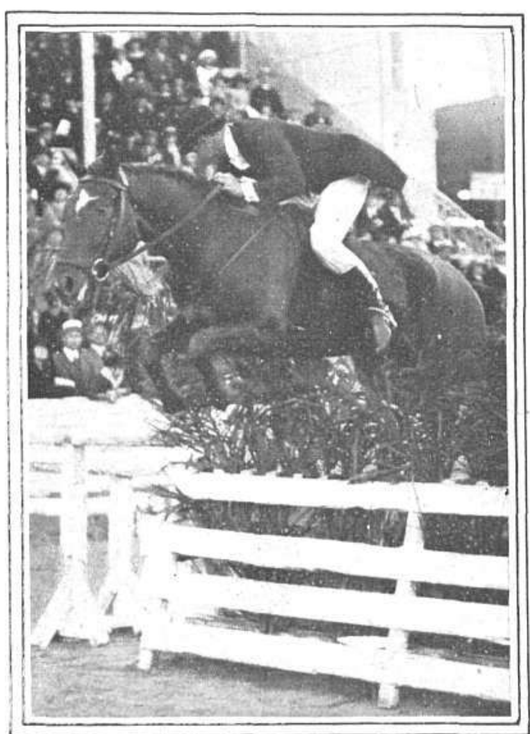
FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL

Concursos Hípicos

Organizados por

Una gentil amazona: la señorita Olga Erichsen.

La señorita Margarita Groeger y el señor Rodolfo Walser salvando uno de los obstáculos de las pruebas.



Notable salto del caballo "Turbión" montado por el teniente A. Bergallo.



El señor S. Marengo, primer lugar y copa de plata del premio "Bandera Argentina", y el señor H. Capdevilla, clasificado segundo.

en la Sociedad Rural
el Club Alemán

Señora E. de Villamil y señor Alfredo Pass, pareja de competidores cuya habilidad en estas carreras fué muy celebrada.

Señorita Margarita Groeger, que compitió hábilmente en las pruebas.



Señora E. de Villamil y señor Alfredo Pass que obtuvieron el primer premio del Club Alemán de Equitación.



El señor E. Hartkopf, otro de los jinetes de brillante actuación.

FOTOS DE BELL.

SERRATO EL PRUDENTE

Una buena tarde, la gente que se enracimaba en el puerto, esperando el atraque de un vapor de Ultramar, ve a un hombre alto y magro que se confunde con la multitud. En la semipenumbra del crepúsculo, no falta quien le reconozca:

— ¡El Presidente!... ¡El Presidente!...

Hay una viva curiosidad y se hace un silencio respetuoso en su torno.

Atraca el transatlántico. Ya han echado la escala y va a subir la Sanidad.

— ¿Puedo ascender? — ha preguntado el Primer Mandatario, con gesto sencillo, al médico.

— Se puede — vacila el facultativo — ...pero... hasta que no tenga el buque libre plática ¡no es prudente!

— Muy bien: aguardaré — y el ingeniero Serrato balbuce. — Yo, antes que nada, soy un hombre prudente.

Y un periodista que lo ha oído, reproduce la frase al otro día. Y varios periódicos, aun los mismos que tienen tendencia nacionalista definida, han dicho de este Presidente colorado:

«Serrato, el prudente».



La empresa de neutralidad que me he impuesto no es precisamente como fumarse un cigarrillo.



Y hay que confesar que el Gobierno, apoyado por un partido hecho pedazos, tiene sus bemoles.



El Presidente, sencillo, va a pie, sin más compañía, a veces, que la de su edecán, del domicilio particular a la Casa de Gobierno.

Nunca se le ha presentado a ningún mandatario de este país una situación más difícil. Su partido — el viejo Partido de la Defensa — está deshecho en tres grupos. Se admite la posibilidad de algún otro cisma.

El ingeniero don José Serrato, buscado por neutral, obtuvo el voto de las tres fracciones. En esa forma fué ungido Presidente de la República.

Fué relativamente fácil su exaltación. Pero, ¿quien se mantuvo equidistante abajo podrá seguir siendo neutral en el gobierno?...

He aquí lo difícil y he ahí lo que está haciendo el señor Serrato hasta el momento en que nosotros pergeñamos estas líneas, que acaso algún día cite quién sabe qué historiador.

Es indudable que los tres grupos colorados — batllistas, radicales y riveristas — cuando prestaban su apoyo a la candidatura del señor Serrato, tenían la íntima convicción de que el señor Serrato, una vez Presidente de la República, se les plegaría. Al menos, en la masa riverista y batllista debió pensarse así.

Cierto que el señor Serrato, antes de ir al Poder, había hecho declaraciones de neutralidad que aprobaron todos los grupos, pero, en política... ¡hay un abismo tan grande entre lo que se promete y lo que se suele realizar!...



Se necesita sangre fría para mirar una asamblea díscola como si fuera una copa de champagne.

IMPRESIONES PARA UNA BIOGRAFIA

Sin embargo, en el caso de este Presidente del Uruguay, promesa y actitud han guardado armonía hasta ahora.

Ya se han librado las primeras escaramuzas. Llegado al Poder, Serrato nombró Ministro del Interior a un batllista y Ministro de Relaciones Exteriores a un riverista. La secretaría de Guerra y Marina diósela a un militar, alejado de la política. Tales designaciones produjeron buen efecto.

Por acuerdo de los tres grupos, las 19 Jefaturas de Policía se distribuyeron de común acuerdo, dándosele más, naturalmente, al batllismo, fracción que arrastró la mayoría del electorado.

Pero renuncia el Prefecto de Florida, riverista, y lo substituye otro, con la misma tendencia, que pide la eliminación de los dos funcionarios principales de la Jefatura (batllistas).

El señor Serrato, pensando que negarles a los Jefes de Policía subalternos que les satisfagan, es relajar la administración, accede. El Ministro del Interior batllista, refrenda el decreto, por el que cesan dos empleados de su grupo.



Pero con calma, uno ve pasar todos las tormentas. Quiero ser en el Río de la Plata el segundo Alvear.

Hay un movimiento de protesta en la fracción que acaudilla el señor Batlle y Ordóñez. El Ministro renuncia en vísperas de la asamblea del Royal, que promete ser tumultuosa.

Esa renuncia aplaca un tanto la cólera del batllismo. De todos modos: se votan unas conclusiones desfavorables para el señor Serrato.

— ¡Viene la ruptura! — dice la gente.

Entonces el señor Serrato, con una gran calma, sin aspavientos, nombra Ministro del Interior a un radical, Jiménez de Aréchaga, abogado eminente, que es enemigo acérrimo del señor Batlle.

— ¡Viene la ruptura! — siguen vaticinando los espectadores.

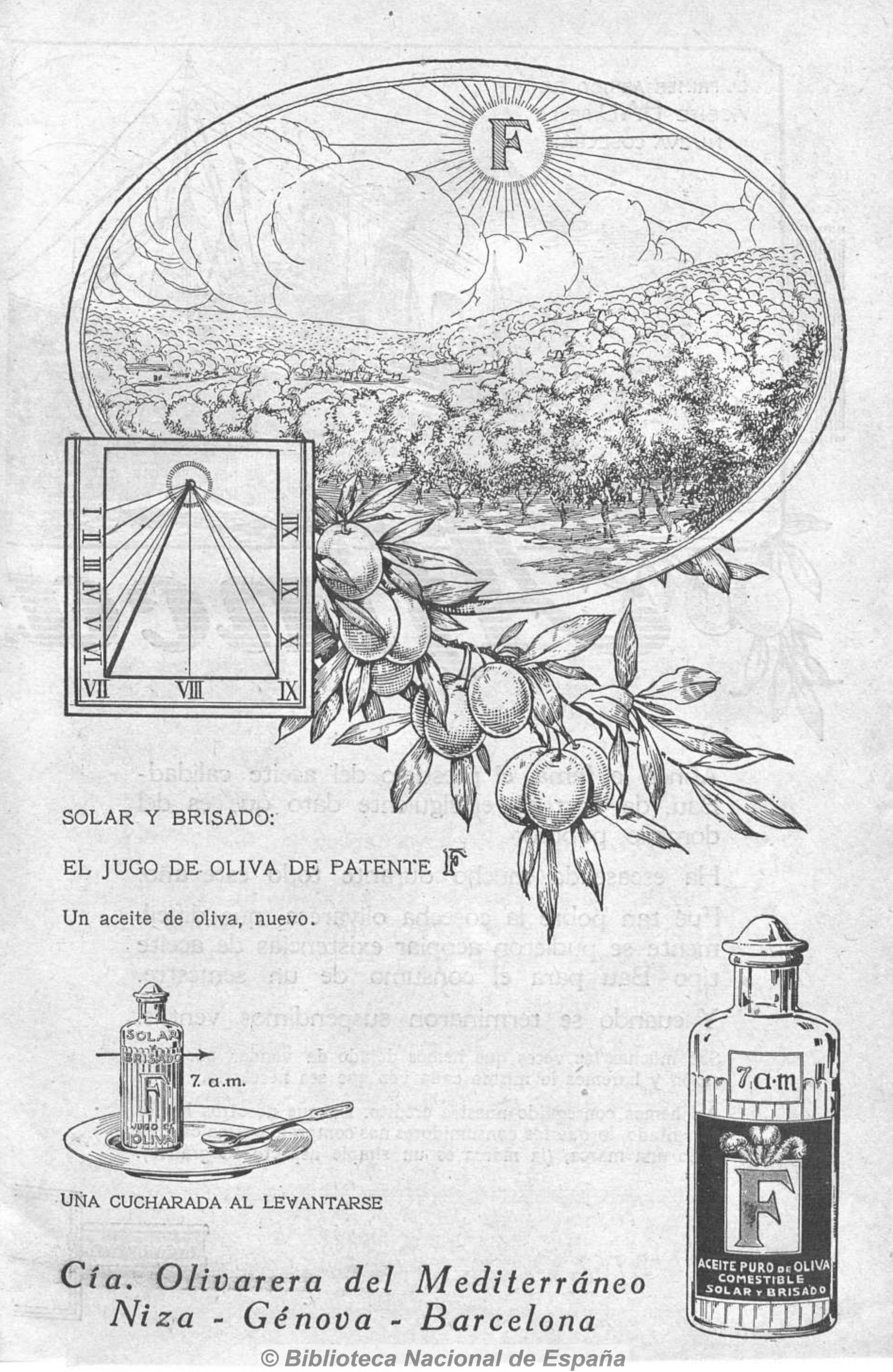
Se espera que el nuevo Ministro persiga a los batllistas que son empleados policiales. Pero no hay nada de eso. El señor Serrato sigue su política neutral.

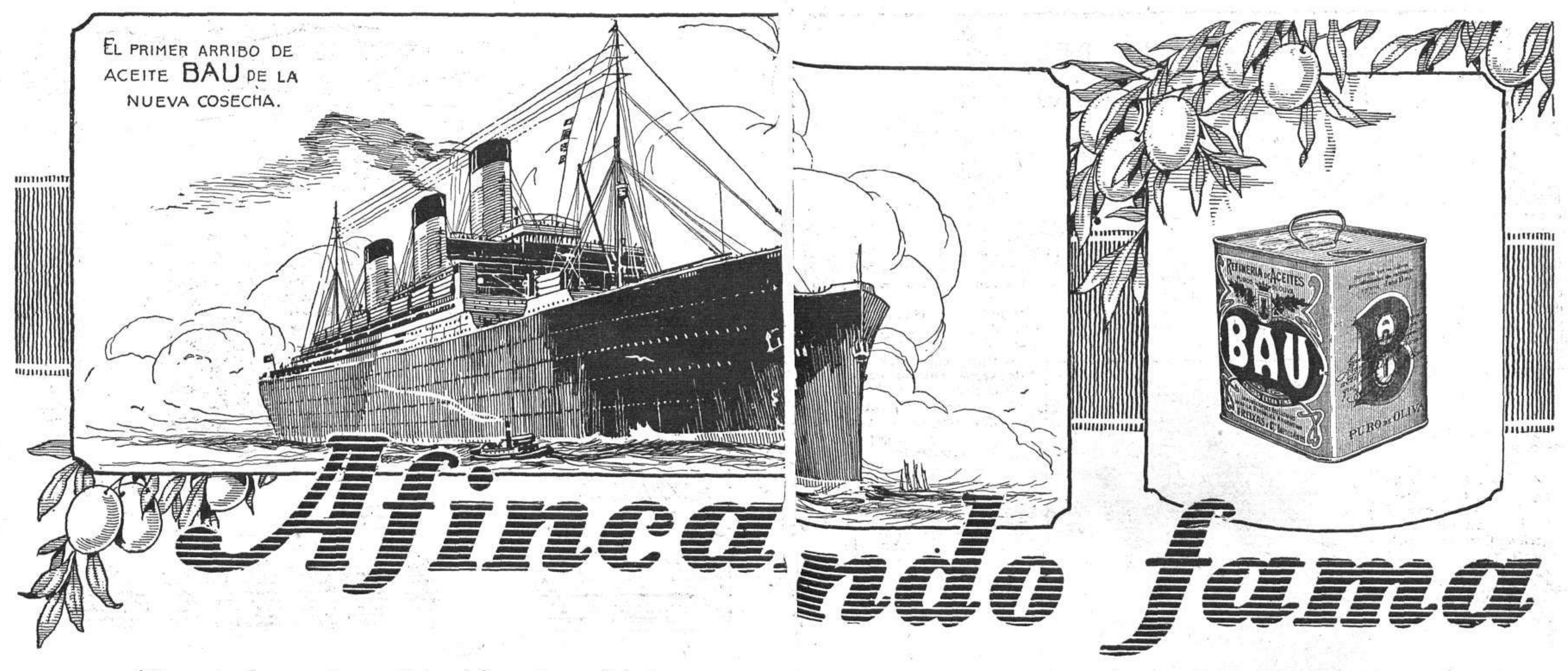
Alguien ve al batllismo como un boxeador, que ha dado un golpe ilícito, excesivo, a otro boxeador: el señor Serrato, quien devuelve la trompada.

Y en seguida viene el juego lícito, tal como se había reglamentado.

Sin duda alguna se requiere un gran carácter para no ceder ante insinuaciones, ni vacilar por amenazas, poniéndose por encima de la pequeña política.

E. LORIDOR


F
I
II
III
IIII
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
SOLAR Y BRISADO:
EL JUGO DE OLIVA DE PATENTE F
Un aceite de oliva, nuevo.
SOLAR Y BRISADO
F
JUGO DE OLIVA
7. a.m.
UNA CUCHARADA AL LEVANTARSE
7 a·m
F
ACEITE PURO DE OLIVA
COMESTIBLE
SOLAR Y BRISADO
Cía. Olivarera del Mediterráneo
Niza - Génova - Barcelona



Afincando fama

Afinca la fama, el prestigio del aceite calidad-Bau, de Tortosa, el siguiente dato que es del dominio público:

Ha escaseado mucho durante todo este año.

Fué tan pobre la cosecha olivarera, que difícilmente se pudieron acopiar existencias de aceite tipo-Bau para el consumo de un semestre.

Y cuando se terminaron suspendimos ventas.

Son muchas las veces que hemos dejado de vender por esta razón y haremos lo mismo cada vez que sea necesario.

Así hemos conseguido nuestro crédito. Lo que nosotros hemos acreditado, lo que los consumidores nos compran, es una calidad y no una marca, (la marca es un simple aspecto litográfico).

NORMALIDAD

Ha dejado de escasear el aceite calidad-Bau.

La cosecha olivarera de este año es de calidad inmejorable, y por lo tanto, la exportación abundante de aceite Bau queda normalizada desde la fecha.

Pídase aceite Bau de la nueva cosecha en todos los almacenes de la República.

Hay existencias.

FREIXAS & Cía.

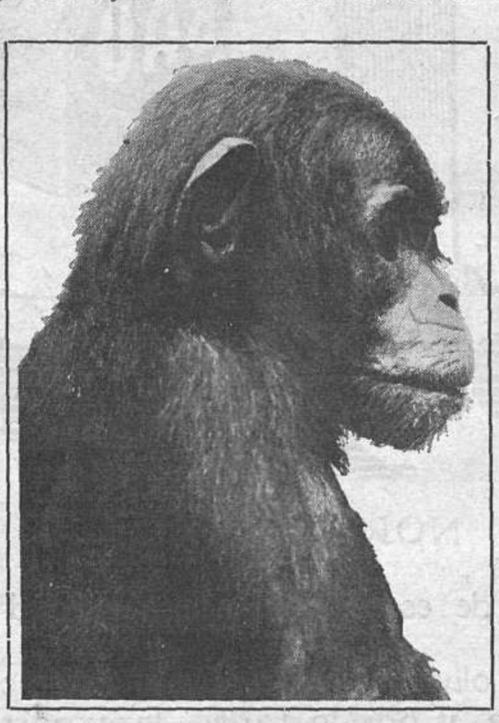
Los consumidores saben por experiencia que jamás se ha variado la calidad del aceite Bau.

El Problema del Rejuvenecimiento Humano

No sería justo envolver en la misma sonrisa de incredulidad al iluso alquimista que anhelaba, mezclando en su retorta infinidad de substancias, heterogéneas, descubrir un elixir de larga vida, al moderno investigador de nuestros días, que basándose en el inmenso caudal de conocimientos biológicos adquiridos, sospecha la posibilidad de privar al hombre de los más crueles achaques con que la vejez nos condena.



Para poder comprender los hechos y teorías en que se fundan los trabajos de Steinach y Voronoff (para no citar sino los más populares) es preciso hacer una pequeña excursión por los terrenos de esa nueva rama de la Medicina, que crearon los estudios de *Berthold*, *Claudio Bernard* y *Brown Sequard*, y que una serie de investigaciones cuya sola cita, llenaría esta página, han llevado al brillante puesto que hoy ocupa en el terreno de los conocimientos humanos.



Hay en el organismo una serie de glándulas, (tiroides, suprarrenales, glándulas genitales de ambos sexos, hipofisis, páncreas, paratiroideas, etc.) llamadas glándulas endocrinas o de secreción interna, que vierten en el torrente sanguíneo el producto de su función, productos que como verdaderos «mensajeros químicos» según la acertada comparación de Starling, llevan excitaciones e inhibiciones entre los diversos órganos y sistemas del cuerpo humano, produciendo o dirigiendo el desarrollo armónico y normal del individuo.

Se podría comparar el sistema glandular al sistema nervioso, con el cual tiene múltiples correlaciones y del que sólo se diferencia en que, en vez de comunicarse por medio de los nervios, lo hace usando la corriente sanguínea.

Esto es en grandes rasgos y esquematizando en un alto grado el concepto de la correlación «humoral» concepto que, a pesar de su aparente sencillez, representa un paso gigantesco en el conocimiento de la vida de los seres superiores.

Ahora bien, cuando debido a cualquiera de las múltiples causas que pueden alterar estas glándulas, alguna de ellas o varias juntas, dejan de funcionar, lo hacen de una manera deficiente, o por lo contrario exageran la producción de su secreción, el organismo sufre inmediatamente las consecuencias y aparecen una serie de enfermedades bien conocidas, hoy día, por los clínicos, la enfermedad de Addison, de Graves Basedow, la acromegalia, el idiotismo, el enanismo, el gigantismo, el eunucoidismo, y una infinidad más de alteraciones cuyo conocimiento aumenta día por día.

Las glándulas endocrinas tienen también un importantísimo papel en la esfera sexual, siendo las glándulas intersticiales, la hipófisis y la tiroides las que ocupan un papel primario.

Ahora bien, con el problema de la función sexual, se liga directamente el del envejecimiento, pues un «cierto número de hechos bien establecidos demuestran de una manera indiscutible que muchos de los síntomas de la senilidad dependen de trastornos de las glándulas endocrinas y que la cronología de la vejez es gran parte supeditada a la cronología de las glándulas sexuales». Por ejemplo: la calvicie, la canicie, la piel seca, arrugada y con manchas, la caída de los dientes y todos los rasgos de la morfología y de la psiquis de los ancianos, se puede observar en personas jóvenes que sufren enfermedades de su sistema glandular.

Pero son sobre todo las influencias glandulares sexuales en el advenimiento de la vejez las que se han comprobado, por los estudios experimentales de varios autores, entre los que descuellan Voronoff y Steinach. Estos autores empezaron por tomar animales envejecidos e injertarles las glándulas intersticiales de animales jóvenes de la misma especie, comprobando que la apariencia lacia y caduca se torna vivaz y fresca y que el amortiguamiento general de las actividades físicas y psíquicas (incluyendo la sexual) desaparece y es substituída por nuevos impulsos juveniles.

Alentado por el resultado de estos experimentos, el doctor Voronoff ha intentado extender a la especie humana estas operaciones, injertando al individuo decrépito las glándulas sexuales del animal más cercano a la especie, es decir, al mono chimpancé, ya que no es posible tomarlas de otro hombre. Steinach, ha substituído esta operación por otros medios menos cruentos, pero que persiguen el mismo fin.

¿Qué resultados se han obtenido? No es posible adelantar nada.

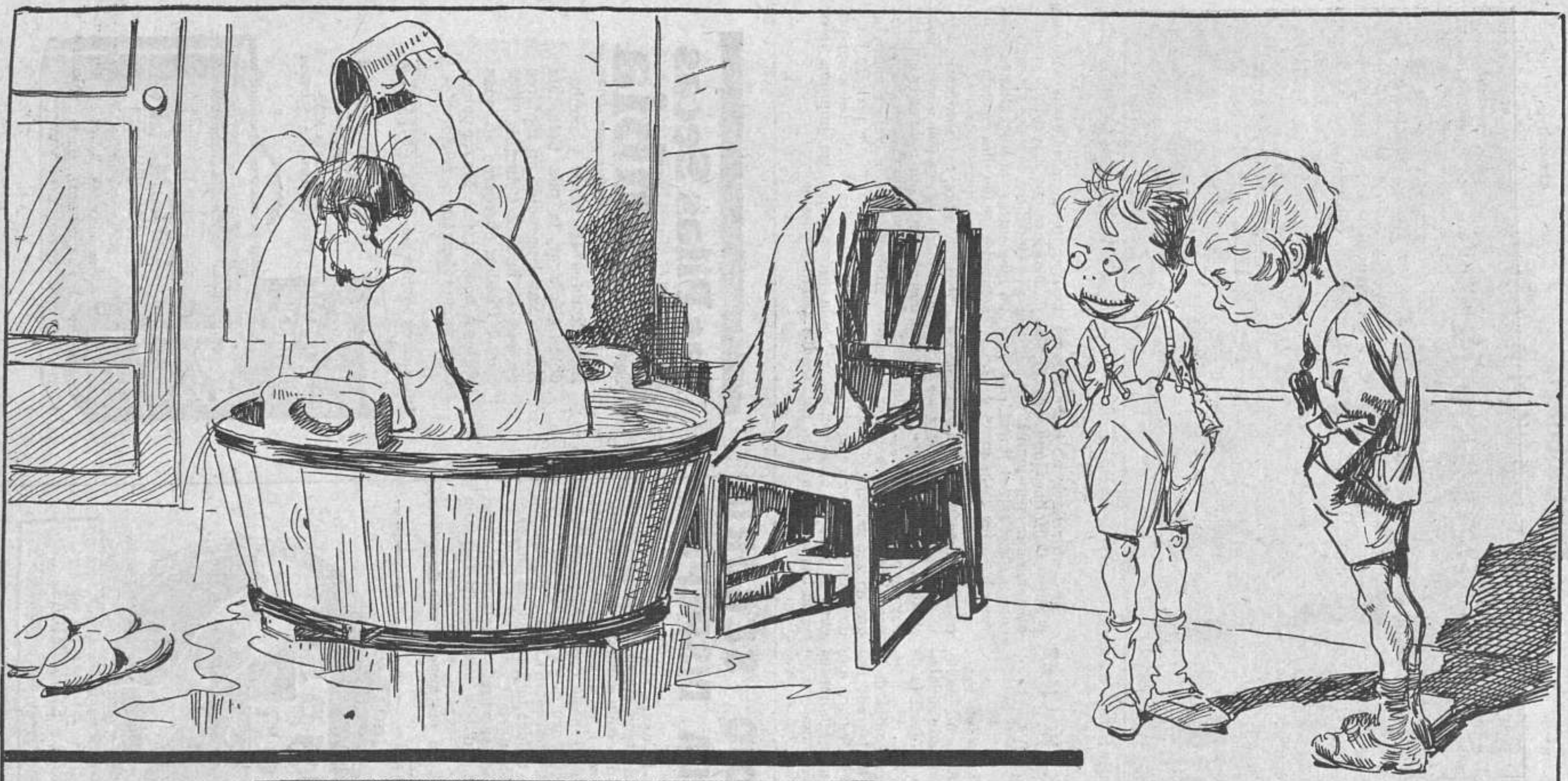
Voronoff, guarda en secreto el resultado de sus trabajos, esperando poder reunir un suficiente número de casos para sacar conclusiones.

Steinach habla de una «mejora orgánica y de un aumento de energías» con aumento de peso, crecimiento del cabello, aumento de la fuerza muscular, aumento de la potencia visual, aumento de apetito...

Contra esta clase de operaciones y contra los resultados de las mismas, háse levantado la voz de muchas autoridades médicas, que no ven justificados los optimismos de estos autores, calificando los resultados de nulos y de peligrosos.

El tiempo, dirá pues, si han sido justas estas generalizaciones a la especie humana de hechos observados en los animales, o si sólo ha sido un fantástico paso dado en el vacío.

Dr. Razvael.



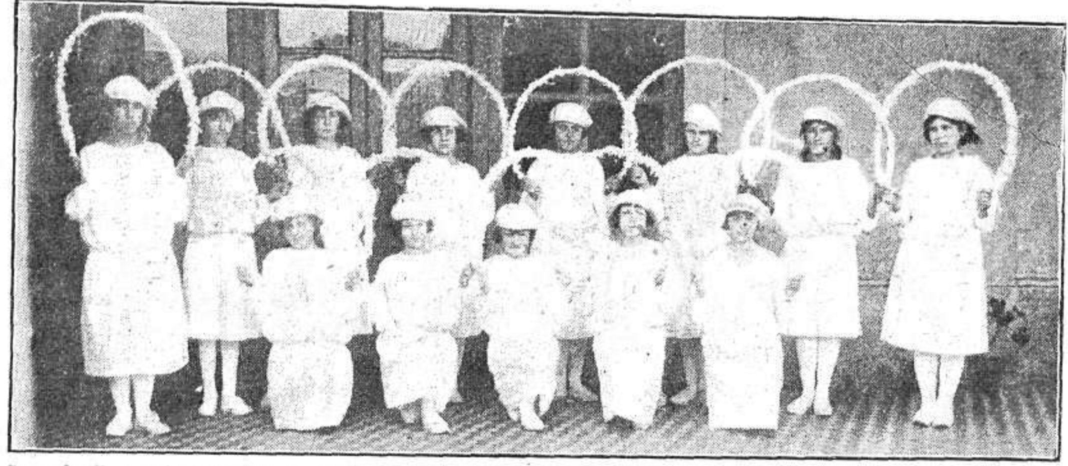
NOTA COMICA DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

—¿Y tú nadas también?

—Sí; pero no resisto dentro del agua tanto como mi padre. Para que te des cuenta de lo que es, esta tarde se metió en el agua a la una y aun no ha salido!

—¡Qué bárbaro! ¡Qué resistencia!



Grupo de niñas que tomaron parte en el hermoso festival realizado últimamente bajo el patrocinio de las autoridades del Colegio "Notre Dame".

EL SHERLOCK HOLMES DE FRANCIA

El detective más famoso de Francia es actualmente Edmond Bayle, químico, que tiene instalado su laboratorio en el Palacio de Justicia de París.

Es jefe de la Oficina técnica de la Policía parisiense, y ha logrado tan resonantes éxitos en su cargo, que hasta los criminales más ignorantes lo consideran como un brujo.

El doctor Bayle no trabaja como el Sherlock Holmes inglés. No presta atención a la personalidad ni la psicología del criminal; limítase exclusivamente a las cosas materiales.

Su gabinete de trabajo está equipado en consonancia con esto, y los numerosos aparatos que posee se destinan a fines especiales, tales como reconocimiento de moneda falsa, descubrimiento de manchas de sangre, en una palabra, el análisis de todo cuanto recogen los agentes que siguen la pista del criminal.

En sus archivos están registrados los nombres de más de ocho millones de personas que han estado complicados en delitos de todas clases, y en un momento se puede hallar la ficha con todos los detalles de cada una de ellas.

Este hombre extraordinario asegura que no hay crimen que no pueda descubrirse, y que todo criminal, por listo que sea, deja rastros acusadores.

El doctor Bayle emplea ahora un nuevo método que le permite fotografiar huellas de los dedos aunque la persona que las imprima lleve guantes puestos.







Si usted abandona
su cutis,
señora, renuncia de hecho a la belleza física. Cuide, pues, la piel del rostro usando diariamente el
POLVO GRASEOSO
LEICHNER
y así podrá ostentar con una tez nívea, sedosa y delicada, el más llamativo encanto de la cara femenina.
(Precio en la Capital Federal: $ 1.50 la caja).
MENDEL y Cía.
En Buenos Aires:
Calle Guardia Vieja, 4439.
En Montevideo:
Calle Cerrito, 673.

De Coronel Pringles

Concurrentes al banquete ofrecido por las autoridades del Partido Liberal Georgista a los delegados de Buenos Aires, Bahía Blanca y Tres Arroyos, celebrando la acertada elección de candidatos para las próximas elecciones municipales.

Bodas de Plata



Los esposos Zorzoli, rodeados por los miembros de su familia, el día que celebraron sus bodas de plata. — Quilmes



Los esposos Disciascio acompañados por sus descendientes, el día en que conmemoraron el 25.° aniversario de su enlace. — Agustina



El señor Pedro Lettieri y señora Teresa Grandinetti que han conmemorado recientemente sus bodas de plata matrimoniales. — Passo



El señor Bautista Layardoy y su esposa señora Jorgelina Lobarda, cuyas bodas de plata han celebrado últimamente — Las Marianas.

ANTES QUE TE CASES MIRA LO QUE HACES

La escena pasa en un hotelito muy lindo situado en la costa de Cantabria, cerca de un acantilado, desierto siempre, que tiene ante sí *la inmensa llanura del mar* con panorama espléndido, asombroso; pero un poco triste.

En el hotel viven, Luis, hombre joven y rico, un tanto hastiado de la vida; Concha y Clara, tipos antitéticos, la personificación del bien y el mal. Concha rica y hermosa, Clara pobre, prima de Concha, ni fea ni hermosa; Cristeta y Ramón padres de Concha.

Son las diez de la mañana y acaba de llegar Pablo, prometido de Clara, el cual espera en el salón a que los señores le reciban: y mientras llega el momento, se entretiene en hacer un monólogo mental sobre su situación.

— A la verdad — pensaba — tengo una gran impaciencia por conocer a mi futura. ¡Tiene mi padre un empeño en esta boda! Yo, sea dicho de paso, no tengo gran prisa por casarme; pero no hallo pretexto racional para oponerme a sus deseos.

Aquí llegaba él en sus reflexiones cuando se abrió la puerta del salón y apareció Concha, con una *toilette* elegantísima que realzaba sus encantos.

— Hermosa criatura — pensó Pablo, mientras se cruzaban los saludos y cumplidos de rúbrica.

— ¿Si será ella?

— ¡Sí, debe ser ella, me lo dice el corazón!

— ¡Qué ojos! ¡Qué cara! ¡Qué talle! La seducción misma.

— ¡Señorita! ¡Caballero! Usted será...

— El mismo; mi padre no ha podido acompañarme.

En este momento entran en la sala Cristeta y Clara.

— Querido Pablo — dice la primera al reconocerlo; —estás desconocido; siéntate. ¿Está bueno tu padre?

— Sí, señora — contesta él muy distraído, pues la entrada de Clara le deja perplejo.

— ¿Cuál de las dos será? — Y como siempre nos inclinamos a lo más agradable, pensó que no podía ser otra que Concha la que le tenían destinada.

Todos hablan de cosas indiferentes, porque a Cristeta no se le ocurre presentar a Clara. Y como ésta es naturalmente tímida, al poco rato Pablo y Concha comparten amigablemente hasta que el joven, cada vez más entusiasmado, la dice, por lo bajo:

— ¡Cuánto he ansiado este momento!

Concha, *muy sorprendida*, le mira, pensando:

— ¿Si me irá a hacer el amor delante de su futura?

— No podía soñar dicha semejante — continúa diciendo Pablo.

— ¿Se ríe usted?

Ella calla y le mira, pensando para sus adentros:

— Me toma por la novia, y a mí no me desagrada. No tiene poca suerte esa Clara. Yo creí que el famoso pretendiente sería algún palurdo, algún señorito de aldea; y salimos con que es un joven tan elegante y simpático.

Cristeta repara en las coqueterías de su hija, y dirigiéndose a Pablo, le dice:

— ¿Conque usted viene

decidido a dar gusto a su papá y a encadenar su libertad? Eso prueba que es usted un joven juicioso y un hijo obediente.

—Es muy fácil obedecer cuando no se contraría nuestro gusto.

—Me parece muy bien, y sólo me resta presentarle a mi sobrina Clara.

Todos se levantan. Pablo mira a Concha, que se sonríe con malicia, y a Clara, que está avergonzadísima.

—¡Qué inoportuna ha sido mi mamá! — piensa Concha; y ésta mirando a su hija, con serenidad, parece decirle: «No me gustan esta clase de quid pro-cuos».

Pablo, por fin, se decide a saludar a Clara.

— Señorita, tengo tanto gusto; mi mayor dicha será...

Clara se sofoca de tal manera, que con un «dispensen ustedes» desaparece de la sala.

Pablo se dirige entonces a Cristeta y le dice:

—Me ha colocado usted en un trance. ¿A quién le ocurre semejante broma? La pobre niña se puso como un tomate y yo no sabía que hacer.

—¿Qué galimatías está usted armando? La que acaba de salir de aqui es Clara, su prometida de usted.

—¿Sí?—contesta Pablo.—Pues yo le digo a usted que Clara es ésta y no pienso casarme con la otra.

—Esa es harina de otro costal — dice Cristeta; —yo no me meto en eso; pero conste que ésta no es Clara.

—Pues lo dicho dicho; no recojo mi palabra.

—¿Pero qué dirán mi marido y su padre de usted?

—Dirán lo que quieran; pero yo soy el más interesado en este asunto.

—¿Me toca hablar? — saltó Concha. — Eso de que se casará usted conmigo está por ver, pues me parece usted hombre muy voluble y que se decide demasiado pronto en asuntos tan graves, que requieren larga meditación.

—Me desahucia usted, — dijo Pablo. — ¿Está usted comprometida?

—Nada de eso, hombre. ¡Qué vivo de genio es usted! Desenrede usted primero la madeja en que está enredado, y cuando sea usted libre hablaremos.

—¿Me autoriza usted para romper mis compromisos? Pues yo le juro que el sentimiento que usted me inspira es muy serio y profundo y que haré cuanto de mí dependa por conquistar su cariño.

—Sí; sí, — dijo Cristeta: — todo esto está muy bien; pero bonito papel le reservamos a esa pobre muchacha. Y luego que mi marido se va a poner furioso en cuanto se entere, pues la quiere como a las niñas de sus ojos. Aquí no se hace nada bien si no lo hace ella; y, en honor a la verdad, es una perla. Yo misma no sabré como reemplazarla; todo lo precave. Una cosa tengo que rogarle, y es que nos dé algún tiempo para preparar a mi marido, Quizá entretanto se nos ocurra el medio de evitar un disgusto.

Con esto se separaron y él se fué al cuarto que le tenían destinado.

—¡Vaya un caso raro! — iba pensando. — Pero no sé por qué me preocupo; la novia no me ha gustado y no me caso con ella. Eso es muy natural y se ve todos los días. Creo que no le hago ninguna ofensa al amigo de mi padre con preferir a su hija y dejar a su sobrina.

Dos golpecitos dados en la puerta de su cuarto interrumpieron sus reflexiones. Abrióse ésta y se presentó Clara. Traía en la mano unas toallas limpias que colocó en su sitio; dió una vuelta por el cuarto como si quisiera cerciorarse de que estaba todo en regla, y después, de una tirada, como si llevara un discurso aprendido:

—¡Amigo Pablo! — dijo — aquí todos somos amigos. Su padre de usted, teniendo de mí una idea que no merezco, y mis tíos, con las mejores intenciones, concertaron nuestra boda; fué una imprudencia, remediable por fortuna; ya veo que mi papel es un poco desairado, pero como conozco a mi tío y sé que tomaría a ofensa que usted me desairase, he decidido ser yo la que renuncie al matrimonio proyectado.

Quedósela él mirando de hito en hito, y así, ruborosa y muy emocionada, rebosando bondad y nobles sentimientos en su simpática fisonomía, le pareció seductora.

No sabía qué decir; una simpatía violenta le produjo aquel rasgo de abnegación. Conocía algo el mundo y sabía que no es común en una mujer desairada portarse de aquella manera.

¿En aquel corazón no había hiel?

De pronto le dió pena renunciar a ella.

¿Dónde estaría su felicidad?

Luego quería desagraviarla, y no sabía qué hacer.

— Perdóneme usted, Clara — le dijo; — he sido un poco ligero; pero ya que con este motivo he conocido la nobleza de sus sentimientos, yo le suplico no me retire su estimación, yo le ruego suspenda su juicio, por ahora, pues me sería muy doloroso que me mirase con indiferencia...

Callóse de pronto Pablo, viendo que casi estaba hablando como enamorado, y muy aturdido le estrechó la mano, comprendiendo, por la mirada que le dirigió, que no se iba enojada con él.

—¡Bonito caso! — pensó Pablo cuando se quedó solo.—Llego, y me deslumbra una; armo un enredo, me decido a romper el compromiso, y me encanta la otra. He venido aquí para complacer a todo el mundo, y me encuentro que en pocos momentos he quedado mal con todos. Creo que lo más prudente sería marcharse; pero tampoco sería eso muy correcto. No sirvo yo para estas cosas. Estoy portándome como el último de los calaveras; yo, un muchacho cuya reputación de formalidad es axiomática. Pero ¡señor! ¿qué hubiera hecho cualquiera en mi lugar? Tomo a Concha por Clara; me encanta, me seduce, y me decido por ella, porque la verdad, ¡que es para gustar a cualquiera! Pero no bastaba esto, sino que la otra me deja al descubierto sus méritos y también me agrada.

¿Tengo yo la culpa de haber dado con dos verdaderos prodigios? Si no fuera un absurdo diría que me gustan las dos. Y la verdad es que me gustan.

Ahora de lo que se trata es de no hacer aquí un mal papel.

Prudente sería no decidirme por ninguna; pero este es un remedio heroico que no debe usarse más que en caso extremo. Lo que sí debo aprovechar es el tiempo que me resta de lucidez para escoger bien, porque si llego a interesarme de veras por una o por otra, soy perdido y ya no veré claro.

Concha me parece un poco fría y coqueta. ¡Clara! ¡Clara no es, vamos, que no es de estas mujeres de lucimiento, con las que uno va tan orgulloso por la calle, pues la gente le mira a uno con cierta envidia; pero esto no es serio: una compañera para toda la vida debe ser sobre todo bondadosa y abnegada, como debe serlo Clara. Yo no soy de esos hombres que no dan importancia alguna a las cualidades morales y de carácter. Las mujeres frías y necias que no piensan más que en su palmito me atacan los nervios. A mí deme usted una mujer con la que se pueda hablar y razonar; ¡veo que me voy inclinando a Clara! Tengo el presentimiento de que sería dichoso casándome con ella.

Lo mejor será que el tiem-

po lo decida todo. No basta que a mí me gusten; es preciso que les guste yo. Decididamente, la que yo vea más prendada de mis méritos será la que incline la balanza a su favor. Yo las estudiaré, aquí, en el seno de la familia, que es donde se ven de relieve los defectos y las buenas cualidades; y ya temo de antemano quien ha de perder en este análisis.

Mucho sería fiar a la memoria todas estas impresiones. ¿Por qué no escribirlas, para con más detenimiento y calma estudiarlas?

En este pleito mi corazón ha de fallar; pero bueno es que la cabeza arguya y ejerza de fiscal.

Veremos quien gana el pleito.

Escribiré un diario para consignar lo más importante de lo que vea y de lo que sienta.

Página primera del diario.

«Salimos por la tarde a dar un paseo a caballo por estos bosques. Fué un paseo delicioso. Concha estaba bellísima con su amazona verde y su sombrero hongo: su cabello rubio brillaba como el oro, y toda ella resultaba interesante. ¡Cómo corría por aquellas praderas y subía y bajaba y me atraía con su charla insubstancial de coqueta consumada!...

Yo me ocupaba en mirarla y no en oirla, y pasé la tarde muy agradablemente. Al regresar me apercibí de que no había fijado mi atención en Clara, que nos había seguido como una sombra, recomendándonos a cada momento prudencia, pues el camino que seguíamos era por demás accidentado.

¿Se habría disgustado con nosotros?

No; la miré con ese temor, y vi que me sonrió fraternalmente, con ese aire especial suyo que me la hace tan querida, tan mía, como si fuera una hermana; pero la otra me deslumbra. ¡Qué arrojo para lanzarse por aquellos precipicios, qué arrogancia en toda su persona! Cuando la miro me domina por completo, me atrae como un abismo.»

Día...

«Tengo un competidor, un tal Luisito, que se ha presentado, como en las comedias, cuando menos falta hacía. Ya no es mi situación tan agradable. Por de pronto Concha coquetea con él de una manera feroz, y me hace sufrir cruelmente. La otra no; la otra es el tipo de la mujer leal y honrada, a quien a ciegas confía uno su honor y su porvenir; pero ¡ay! que este corazón loco y absurdo se va por donde no le conviene y se interesa por la coqueta y desleal, por más que le arguyo para que la desprecie, poniéndole por delante que es del último que llega; que prodiga sus gracias y monadas a todo el mundo; que no es mujer de fijarse en un hombre y sujetarse a él para siempre; que ese hábito de coqueteo no lo cura el matrimonio. ¡Nada! Más que nunca deseo verla y hablarla. ¡Feliz si consigo que me sonría o me conceda el más mínimo favor!»

Día...

«Odio a Luis. Ese hombre se burla de mí; me mira de una manera especial. Hoy le sorprendí en gran coloquio con la doncella de Concha y se me figuró, no estoy seguro, que le dió una carta. Esto no es correcto. Por fin tendré que entenderme con él. Y el caso es que es tan coqueto como ella; pues le veo otras veces tras de Clara con un airecito manso, ¡el muy hipócrita! ¡Como si nunca hubiera roto un plato!

Esto no puede seguir así; yo le pido explicaciones.

Ha sucedido un caso muy gracioso. Tuve mi explicación con Luis. Este había pedido a Clara que saliera al balcón por la noche para hablar con ella desde el jardín. Propio es de los dos este medio de comunicarse. Este tal Luis me parece un buen pez. ¡Me hizo la confidencia con una serenidad! Si se fijaran un poco las mujeres en quien confían sus secretos no recibirían tantos chascos. El mozo convino conmigo en que acudiríamos los dos a la cita, y le preguntaríamos a cual de los dos escogía.

Yo gozaba de antemano en abochornarla; pues veía que su preferencia se marcaba por Luis, y quería que viese que aprecio hacía el tal Luis de sus favores.

Llegó la noche y esperamos a que saliese al balcón la ingrata. Vimos que se apagó la luz de su cuarto, se abrió la ventana y una forma blanca se destacó en el centro. Preciosa escena, digna del más refinado romanticismo. Era una escena como la del jardín de Fausto, pero con dos Faustos; porque ninguno de los dos tratábamos de hacer de Mefistófeles.

Nos acercamos de pronto. Nunca olvidaré la serenidad con que nos recibió: como si estuviera en un salón y se tratara de la cosa más sencilla del mundo.

Luis tomó la palabra, porque yo no hubiera podido hacerlo, y le dijo:

— Venimos a que escoja usted entre los dos.

La vi vacilar y cambiar un poco de expresión. Casi me dió lástima, pues estaba mil veces más avergonzado que ella; pero volviendo a su calma, contestó:

— A ninguno de los dos.

Y haciendo una graciosa reverencia se retiró, cerró su ventana y nos dejó plantados.

Luis se echó a reir inmediatamente; yo me quedé como alelado, sin saber si alegrarme o entristecerme.

Estoy, pues, de regreso en mi cuarto, completamente decidido a no pensar más en Concha ni ocuparme de ella, cosa que no será muy fácil viéndola y oyéndola.»

Día...

«La niña ha pretextado una jaqueca y no ha salido de su cuarto; la casa está triste; nos hace falta a todos; ¡su animación es tan comunicativa! Sólo Luis parece no echarla de menos, y parece decidido a seguir los pasos de Clara. Lo más bonito es que parece que ésta admite sus galanteos. ¡Nueva mortificación! ¿Acabaré por echarlo todo a rodar y marcharme?

Don Ramón sigue creyéndome interesado por Clara, y doña Cristeta, que no tiene ganas de quebraderos de cabeza, deja correr la bola y se hace la tonta; y digo yo: ¿Qué tendría de particular que Clara admitiera los galanteos de Luis? ¿No es libre?... ¿No la he despreciado?...

Vea usted cómo cambian los tiempos; ahora me toca a mí hacer el ridículo. Me quedo sin ninguna. Hay que hacer el equipaje y marcharse. ¡Bonito papel he compuesto! Y estas dos muchachas se burlarán de mí toda la vida. Y mi amor propio queda por los suelos, pues ninguna de ellas se ha dignado ocuparse de mí ni para despreciarme. Indiferencia completa, y como de la indiferencia rara vez se pasa al amor, todo ha concluído.»

Día...

«Luis y Clara se entienden perfectamente; deploro haber perdido por mi necedad una mujer como ella. Cuando pienso que de mí ha dependido ser dueño de tal tesoro me desespero; ahora hasta bonita me parece: es una naturaleza tan fina y suave, con unos pies y unas manos de niña. Nunca he podido soportar los pies grandes en una mujer ¡Y tan pulcra! Siempre parece un armiño, como su alma, que debe ser la misma blancura. Nunca la ví irritada; jamás oí una palabra que mereciese censura en sus labios.»

Día...

«Nueva complicación; esa coquetuela de Concha se ha propuesto cautivar de nuevo a Luis; por lo visto se propone aca-

parar todos los novios de su prima. Esto ha retardado mi resolución de marcharme, o no sé si un resto de esperanza al ver esta nueva faz del asunto.

¿Vencerá Concha? Entonces queda libre Clara. ¡Vuelta a las andadas! Con una ventaja por mi parte: que no me importan nada las coqueterías de Concha; ¿será que me inclino a Clara o será que no amo a ninguna de las dos?

Veo que Clara desmejora a ojos vistas y está muy preocupada. Sin duda se enamoró de Luis, y a mí me mira con aquella franqueza que era todo mi encanto. Me puedo vanagloriar de dirigir mis asuntos detestablemente. Mañana me marcho. No quiero presenciar este idilio ni hacer tales papeles. ¡Dichosas primitas! ¡Y cuánto me han mareado!

Tendré una explicación con don Ramón y doña Cristeta; les diré que... ¿Qué les diré?... No es fácil dar con lo que les he de decir. Mejor será huir... y salga el sol por Antequera!

De buena gana tendría una explicación con Clara. Me gustaría conservar su aprecio. Quisiera decirle que deseo su felicidad. Sólo que se me figura que esto no lo agradecen mucho las mujeres. Generalmente los rompimientos acaban con esa frase: «!Deseo su felcidad!» ¿Será mejor no hablarla?»

Día...

«Una de las cosas más tristes es no saber leer en nuestro corazón, ni mucho menos en el ajeno. ¡Cuando pienso!...

Vamos por orden. Ayer por la tarde encontré a Clara en el Parque; iba sola y tan preocupada que no me vió hasta que estuve a su lado. Yo supuse que esperaba a Luis; pero ella me aseguró que no, y la creí.

Empezamos a hablar de cosas indiferentes, hasta que yo le dije de pronto que me marchaba, y se emocionó de tal modo que creí que se ponía mala. La miré con atención, y la pobre criatura se ruborizó.

Aquello no era comedia. La verdad se impone de una manera tal que no es posible dudar.

Sí, señores; yo era el preferido, se me amaba con todo el corazón desde hacía mucho tiempo; desde que los tíos dieron en imaginar el proyecto y hablar de él. Esto es lo que ella me dijo cuando yo le confesé mis culpas y el amor que su desmayo, o casi desmayo, me había descubierto.

Le dije el aprecio en que la tenía por sus cualidades, mi corta veleidad por su prima, mi resolución de unir mi suerte a la suya. Y ella, confiando y perdonando, descubrió su secreto: sus penas al ver mi indiferencia; su alegría al escucharme; su fe absoluta en mis palabras. Y los dos hablando hablando, tan dichosos, que no hay como ponderarlo. Olvidamos la hora y llegamos tarde a la comida.

Escena final. Nos esperaba en la puerta de la casa el tribunal de familia. Don Ramón muy alegre, todos los demás con cara de pocos amigos.

Yo avancé hacia el grupo afectando gran solemnidad, y dije dirigiéndome a don Ramón:

—Esperamos su venia para realizar sus deseos y los de mi padre.

Todos callaron menos don Ramón, que comenzó a bromear con unos y con otros, sin esperar a que nadie le contestara.

Aquella noche Concha tuvo también jaqueca. Y al día siguiente se fué Luis.»



DIBUJO DE MACAYA.

Los Perfumes de Moda

Bouquet de Papillons

Lacdor

Douce France

Magda

LUBIN

PARIS

Con sólo un pequeño desembolso inmediato

puede usted adquirir una práctica

NAUMANN

MAQUINA

PARA COSER Y BORDAR



El resto, hasta completar el importe de la misma, nos lo paga usted en cómodas y pequeñas cuotas mensuales, en condiciones liberales, sin mayores exigencias ni trámites molestos.

Ponemos así esta famosa máquina, cuyo precio es ya bastante moderado al alcance de todos los bolsillos. ¿Dejará usted pasar esta oportunidad excepcional que le ofrecemos?



PIDA INFORMES HOY MISMO a sus Agentes y Vendedores en cualquier punto de la República, o en los siguientes locales de venta: BUENOS AIRES, C. Pellegrini, 326, San Juan, 3653, Corrientes, 4615 y Montes de Oca, 819; BELGRANO, Mendoza, 2468; FLORES, Rivadavia, 8326; AVELLANEDA: Mitre, 933; PIÑEIRO, Galicia, 735; LANUS, J. C. Paz, 263; LOMAS, Laprida, 257; QUILMES, Rivadavia 311; SAN ISIDRO, Centenario y Alsina; TIGRE, "La Numancia"; LA PLATA, calle 6 N.º 876,

o a sus UNICOS INTRODUCTORES

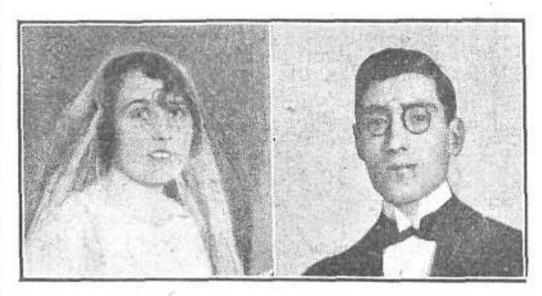
KIRSCHBAUM & Cía. — Independencia, 401/37.

Unión Telefónica 0293, Avenida. — BUENOS AIRES

Enlaces



Enlace Durand - Rodríguez. — Lobería.



Señorita Elvira Paguape con el señor Ramón Ceñal. — Ayacucho.



Señorita Rosa M. Dunne con el señor Santiago Mac Kenna. — Arribeños.



Señorita María Elvira Robinsón con el señor Constantino S. Talamazzi. — Tucumán.



Señorita Lucrecia Franctovich con el señor Antonio Ostoich. — Benítez.



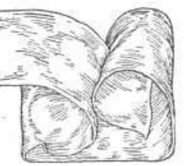
¿Hay un descote, en el baile,
que por blanco, suave y fino,
pueda igualarse al divino
descote de Venus? — ¡Hayle!

Y, según, lector, ahí ves,
hay tres, adorables, bellos,
y no los comparo entre ellos,
pues son hermosos los tres.

¿De tan igual condición,
a qué se debe la causa?
No es necesaria una pausa
para decir que al jabón.

El **REUTER** da a esas tres bellas
cutis aterciopelados,
y hace que, de todos lados
las miradas vayan a ellas.





CORTESÍA



Tan solícita y cariñosa estuvo Loló con su hermano, que éste no podía disfrutar de la lectura de una de las más hermosas aventuras de *Pinocchio* sin sentir dentro de sí una cosa molesta, molestísima, parecida a eso que llaman remordimiento. A medida que pasaban los minutos, sentía crecer una especie de aversión hacia aquel libro de bella apariencia que lo había cautivado desde el primer momento. La abuela observaba atenta a los niños y sonreía complacida.

Llegó la hora del almuerzo y Loló y Javier dejaron de leer para sentarse a la mesa en unión de la anciana. Nada se dijo que pudiera recordar la escena que ya conocen nuestros lectorcitos, pero Javier, se sentía desasosegado. No obstante, recuperó su calma al atardecer y cuando se despidió de la «yayita» para regresar a su casa en compañía de su hermanita, el asunto que lo inquietara, estaba completamente olvidado.

Pero, al ir a tomar su sombrero se sorprendió de encontrar una carta dentro del mismo. ¿Quién la habrá puesto? — pensó. Dominado por la curiosidad desgarró el sobre, desdobló una perfumada hojita de papel, y leyó lo siguiente:

«Querido nieto:

» Todo lo he visto. Constato con »pesar que tú tienes muy en cuenta las apariencias. En cambio, se »debe cuidar más a la substancia. »Verdad que ahora eres un niño, »pero es preciso que te modifiques »a tiempo para saber comportarte »bien en la vida cuando seas »hombre.

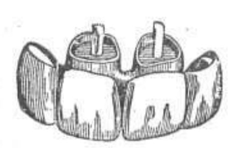
»He observado también otra »cosa desagradable: eres poco cortés con tu hermanita. Y ésta, en »cambio, se ha mostrado muy »gentil contigo. Es necesario que »en adelante seas complaciente y »cortés, no sólo con tu hermanita »sino con todos. Debes aplicar tu »inteligencia a ser gentil y educado »siempre, porque esto es lo único »que tiene gran valor a los ojos »del mundo.

»Pero, con las hermanitas especialmente, ser gentil es un deber »que no se debe olvidar jamás. Espero que seas mejor en lo futuro!»

«Tu Yaya.»

ADELIA DI CARLO





LAS SEDAS

POR

LUZ Y SOMBRA



Vestido de estilo para joven señorita, en crepé de fondo negro y dibujos de colores varios. Unos botones colorados simulan los cierres. Un cuello de linetta cubre los hombros.



Crepé estampado amarillo y colorado, con organdina en la terminación de las mangas y capita rematando en franjas cortas.

Toda una orgía de colores — fuertes contrastes y vistosas armonías; — un sucederse y un entremezclarse de azules, rojos, amarillos, verdes, cuya confusa imagen quedará en la retina de nuestros ojos cuando todo haya desaparecido con el volver de los días invernales; una fiesta de colores que terminará por hartarnos, pero que por ahora nos subyuga. Como si la pobre civilización moderna hubiese de repente retrocedido hasta los esplendores de otros tiempos en que el alma de los hombres, más tosca, se alimentaba de ingenuidades, hemos visto los vestidos de las mujeres sembrados de figuritas, de flores, de dibujos de niños. Esto ha sido para el alma de nuestra generación como una zambullida en las aguas de Lete. Hemos visto — y vemos — desfilar ejércitos egipcios. Hay mujeres que parecen haber venido a nuestro puerto desde las lejanas ciudades que ciclópeas murallas encierran. Hay mujeres que parecen nuevas Mateldas esperando a Dante, con sus regazos llenos de flores. Las sedas Primavera, sembradas de céspedes, de ramos de flores, de florecitas sueltas, gozan todavía de mayor favor que las egipcias, de las que quizás se haya abusado un poco. El Miiply, con sus nubes y sus efectos de blanco y negro, ha cosechado tributos... Y todas estas cosas bellas y nuevas van este año acompañadas de los saquitos sueltos de tela de Jouy, de las capas de crepé y los abrigos de alpaca, en consideración de las frecuentes amenazas atmosféricas. En el fondo, no tendríamos porqué quejarnos — desde el punto de vista de la estética. Estos saquitos, esos abrigos obscuros arrojados con negligencia sobre los vestidos pintarrajeados, ofrecen un descanso a los ojos.

Capa de crepé blanco estampado de grandes motivos negros.



Para las elegantes siluetas esbeltas que aman la línea derecha y mórbida, nada mejor que este vestido de crepé rojo antiguo, cuyo cinturón se cierra con una gruesa torsada y las mangas son abiertas hasta el codo.

Los colores que la moda ha impuesto en la presente temporada, son el citrón, el rojo y el amarillo, y el bois de rose para el crepé Georgette; el ceniza para la sarga. Y para los demás, los colores definidos por productos de la Naturaleza: banana, verde-petróleo, maíz, azufre. He visto acertadas combinaciones en azul marino y rojo antiguo, arena y negro, rosa antiguo y bleu fuerte, pain brulé y blanco, azul marino y arena, ciclamen y blanco, marfil-beige y colorado.

En una cancha de tennis he visto una graciosa silueta con un vestido derecho; en serge marfil la pollera y el cuerpo en crepé de chine estampado orange y verde sauce. Un bolsillo de forma triangular, en el mismo crepé, terminaba sobre la pollera y un galoncito de crepé, desde el extremo del bolsillo, corría hasta el borde de aquélla.

Con los vestidos de crepé y de fular estampados, es indicio de buen gusto el sombrero grande y negro. Algunas veces se ve una paja negra, muy ancha, adornada de un echarpe de fular estampado. Es una nota atrevida y bonita, pero hay que tener mucho cuidado, pues los géneros estampados modernos son muy difíciles de llevar. La apreciable ventaja de esos géneros multicolores es que en las reuniones numerosas ofrecen a veces el conjunto pintoresco de un cuadro antiguo holandés, y nunca desentonan uno con otro. En un picnic en pleno veraneo se encontraron — días ha — unas veinte muchachas, además de los niños, algunas señoras y los caballeros. He aquí el detalle de algunos de los vestidos que más llamaban la atención: Un vestido de fular blanco estampado en negro y rojo antiguo, con una capita a volados angostos, del mismo. Un vestido de organdina y valenciennes sobre forro de lamé plateado. Otro en muselina a florecitas amarillo pálido, fruncido en el talle, y acompañado por un ancho fichú en la espalda, del mismo género, ribeteado de cinta violeta. Un vestido de crepé blanco decorado de dibujos negros, y guarnecido en las mangas y en el borde por unos cuadrillés de cinta cereza. Una larga túnica de fular estampada estilo cachemire sobre forro blanco y colorado, y un vestido de crepé fantasía bordado en soutache y guarnecido de tiras derechas y festoneadas de piel.

Dentro del marco verde de la Naturaleza, la bella reunión ofrecía tema para una acuarela o composición pastoral.



Este abrigo cubre, sin esconderlo, el vestido de noche, pues es en muselina de seda de dos tonos de gris, con bordado plateado. La parte superior lleva incrustaciones de tiras de lutre



CUANDO alguien dice: ¿quién tiene un lápiz?, los hombres de acción sacan del bolsillo su Eversharp.

Hay Eversharps en una gran variedad de tamaños, estilos y precios. Todos llevan una amplia dotación de puntillas y un borrador protegido por la corona. ¿Ya tiene usted el suyo?

De venta en los mejores establecimientos de todas partes.

El legítimo lleva el nombre grabado.
Eso lo garantiza.

THE WAHL COMPANY
Nueva York E. U. de A.

EVERSHARP

Compañero de la

WAHL PEN



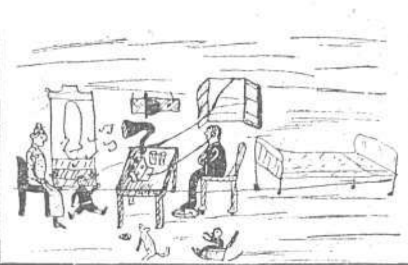
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



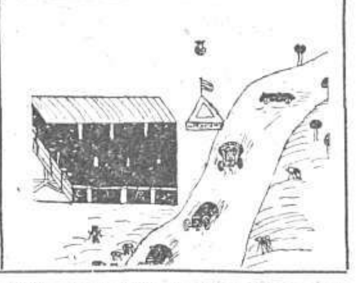
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



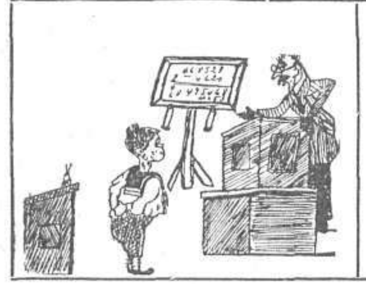
1571 — Tomando un vaso de leche.
PASTOR CHAONON.



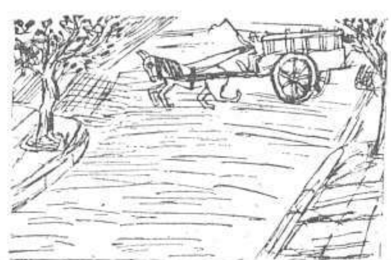
1572 — Escuchando radiotelefonía.
ALBERTO FERNÁNDEZ.



1573 — La llegada de una carrera automovilística.
ELIAS LEVITE.



1574 — Dando un examen.
JUAN A. DIAZ VÉLEZ.



1575 — El caballo enojado.
ROBERTO G. STHOTTA.



1576 — Acostando a las muñecas.
PAULINA GOUBAT.

Notas varias



Doctor Norberto G. Torre presidente de la comuna, bajo cuya administración se han realizado importantes obras. — General Pico.



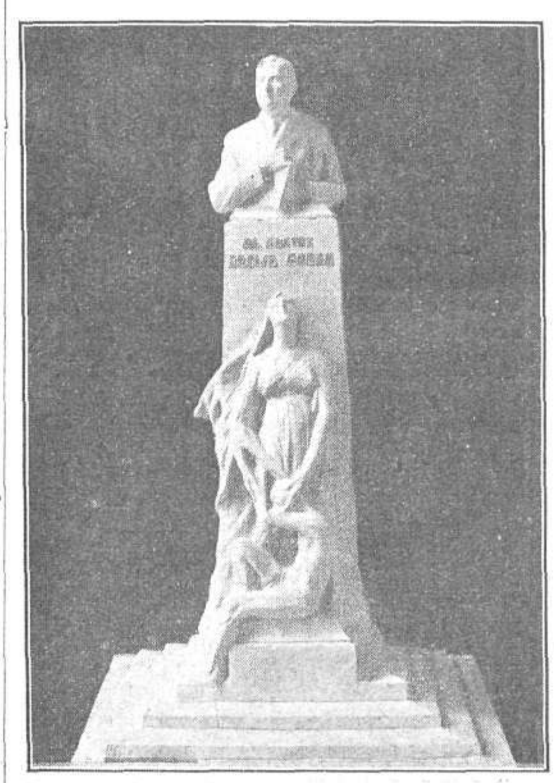
Señor Andrés C. Campero inspector nacional de escuelas, a cuyas gestiones se debe el actual impulso educacional en Sampacho (Córdoba).



Doctor Nicolás Rapoport, que marcha a Europa en viaje de estudio profesional.



Doctor Demetrio de Toledo, cónsul del Brasil en "Paso de los libres".



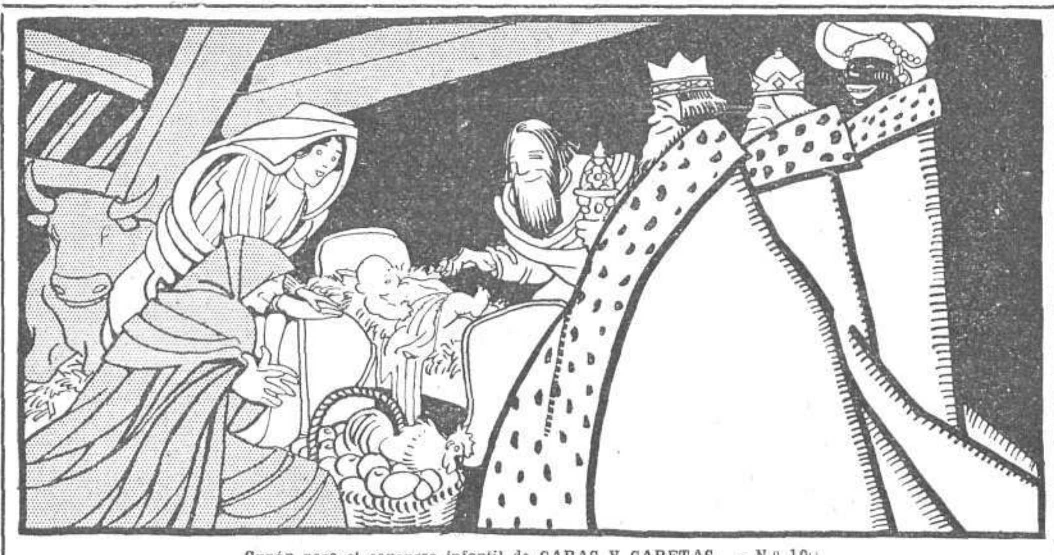
Monumento al doctor Adolfo Rueda en el Hospital Centenario, de Rosario. Obra del laureado escultor Luis Bruninx.


Vino
Arizu
EL ORGULLO
DE LA PRO-
DUCCION
NACIO-
NAL
RESERVA
PINOT BLANCO
VOLUMEN NETO 700
BODEGAS ARIZU
SOCIEDAD ANÓNIMA
MENDOZA
RESERVA
PINOT BLANCO
VOLUMEN NETO 700
BODEGAS ARIZU
SOCIEDAD ANÓNIMA
MENDOZA

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 10

Nombre y dirección...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.



Frente a un micrófono

INVITADO a tomar parte en una audición radiotelefónica, un mi amigo ha resuelto leer dos de sus narraciones provincianas más breves. Con ellas en un bolsillo, la otra noche salió de su casa y púsose a buscar el rincón de ciudad desde donde se lanzan al espacio los ruidos y las voces que maravillosamente recogen luego en toda la república, y más allá de sus límites, unos hilos, unos aparatitos para él inexplicables... Durante su camino ha ido pensando en esa maravilla, que, como la luz eléctrica, aprovechada, utilizada por todos, nadie ha sabido decirle *qué es*... Las ondas, las antenas, las galenas, el audión, los auditivos, se recoge, se sintoniza... Sí sí, todo eso lo va aprendiendo él, pero, ¿qué maravilla es esa de la voz humana soltada al espacio, entrándose en miles de casas, reproduciéndose instantáneamente en los oídos de tantos?

«Mi voz — pensaba — mi voz que apenas oyen los que me rodean, va esta noche a galopar con una velocidad de vértigo indecible, por encima de mi ciudad, fuera de ella y a mil kilómetros de distancia; cientos de desconocidas personas a las que no veré nunca, en ciudades y pueblos a los que no llegaré jamás, la irán recogiendo, sin gastarla, sin disminuirla un ápice y la tendrán en sus oídos en el mismo instante en que yo la lance fuera de mi boca. ¡Maravilloso! Nunca la palabra «Maravilla» ha dado tantas vueltas dentro de mi cerebro, ni adquirido un valor tan fantástico, acaso ignorado hasta ahora por todos!...

Los pasos de mi amigo resuenan en las calles solitarias con un eco opaco, suficiente para hacerse comprender su pequeñez de humano. Cuando sus ojos se van hacia arriba, una enorme luna lo inunda todo con luz de una lividez sorprendente. Ha tenido la sensación fugaz de que allá arriba, bajo esa luz palidísima, un frío sutil cala las carnes y se infiltra en los huesos de una manera dolorosa...

Sigue andando. En aquella casa es. Entra. Saluda. La única persona a quien conoce le estrecha la mano. «*Ha llegado usted un poco tarde, — le dice, — ya perdió su número en el programa.*» Mi amigo lo lamenta. Es siempre una cosa sin remedio el perder el espacio de minutos que nos corresponde ocupar dentro de un programa. Mi amigo, mientras habla, recuerda que una vez, hace mucho tiempo, también perdió su ubicación en un programa. Era una fiesta de beneficencia de esas que se organizan con un discurso, dos poesías (Chocano, Amado Nervo, o Amado Nervo, Chocano) y unas cuantas piezas de música *ejecutadas* — verdaderamente ejecutadas — por unas señoritas que enseñan los brazos íntegros, todo el escote, toda la dentadura, y cuando se «inspiran», hasta la córnea de los ojos...

— En fin, no importa — dícenle a mi amigo, — en cuanto termine este número, va usted...

Mi amigo dice que sí por decir algo. Esta escena tiene lugar en un pasillo. A la izquierda hay varias puertas cerradas. A la derecha, varias puertas abiertas que dan a un gran patio cuadrado, antiguo. Por estas puertas abiertas llega el rezongo de un enorme moscardón... Inquiere mi amigo el origen de ese zumbido. Se acerca a una habitación que da al patio. Tres, cinco, seis motores en marcha. Sobre ellos un gran cartel: *peligro, Tantos miles de volts* y el dibujo, mal hecho, de una calavera...

Retorna mi amigo al pasillo. Sobre el fondo negro del patio rebrilla el acero de la luna. Obsesionado, vuelve a mirar hacia arriba, buscando en el vacío justificación a su maravillosa incomprensión de esa maravilla de la que participará dentro de unos instantes y que cualquier electricista está seguro de poder explicar... Por sobre los techos se alza una gran torre de hierro que va afinándose en dibujos elementales como una guarda trazada por un escolar aburrido.

Desde el pasillo óyese una música que parece venir de lejos. En seguida un canto. La voz del canto es femenina, una romanza antigua, cantada a gritos de una manera fría, fría, fría como la luna.

De las otras habitaciones llegan algunas risas, de los que esperan «su número» y matan el tiempo narrando y oyendo chistes. Hay un poeta con melena, un señor que toca el violón, seis o siete señoritas, el marido de una señora que toca el piano.

Abrese una puerta. «Ahora, usted — dícenle a mi amigo». Pasa a la habitación de donde venía el canto de la antiquísima romanza. Una alfombra espesa mata el ruido de los tacos; abundantes cortinas aislan de todos los murmullos posibles. Se hace un silencio. Inesperadamente un joven alto, comienza con voz recia a decir el nombre de mi amigo. Este lo escucha sin comprender.

—*¡Ya está! ¡Ahora usted!* —vuelven a decirle en falsete, y le ponen por delante una mesita que sostiene un pequeño aparato color bronce.

Alza mi amigo, a la altura de los ojos, los pliegos de papel y comienza a leer.

¿Qué se ha hecho de su voz? Posee mi amigo, desde sus tiempos de discurseador de comité y de plazuela, una voz sonora, una voz un poco ronca, de fumador empedernido, una voz de rematador. Sin embargo, frente al micrófono, durante los primeros párrafos de su narración, no la posee. La voz que en esos momentos emite es opaca, lenta.

Acércasele entonces un hombre de menor estatura que la suya, pónese de puntillas y le dice al oído: *Más fuerte, más fuerte*...

Todo aquello es desconcertante, es ridículo... ridículo efectivamente. Tiene mi amigo la absoluta seguridad de que está haciendo una cosa ridícula, que lo pone en ridículo ante sí mismo... ¿Para qué lee, para qué se esfuerza en dar a su voz la fuerza de otras veces, para qué se empeña en llenar la habitación de ruido?... Mira el micrófono. A cada instante, por encima de las cuartillas, a la terminación de cada frase, mira ese aparatito color de bronce que le han puesto por delante.

— Por ahí entra mi voz — piensa — y luego se expande, la lanzan al espacio, a la onda... ¿Y si



este aparatito no funcionara? ¿Si por un descuido ha quedado cerrado? Ridículo, ridículo; molesta, cosquilleante, insoportable sensación de inutilidad, de tontería, de instantes mal gastados.

Por fin, ya al final de la lectura, mi amigo «se oye». Su vieja voz renace de la ya convenientemente templada garganta. En la tapizada habitación la voz resuena como en una caja.

Cuando mi amigo da por terminada su lectura, cuando calla, el silencio que se hace encuéntralo tan espeso que la obsesionante sensación de haber estado haciendo una cosa ridícula le vuelve con una mayor intensidad.

Y lo confiesa, ya fuera de la habitación: — «Esto de hablar frente a un micrófono es mucho más ridículo que pronunciar un discurso frente a un espejo, estudiar posturas de lector inteligente frente a una máquina fotográfica, o hacer, frente a los futuros suegros, el novio en serio, que eran, hasta ahora, las cosas que yo valoraba como más cargadas de ridiculez — dice.

Su oyente se asombra. Va a decirle lo que ya mi amigo sabe, es decir, que su lectura la han oído en toda la república, que miles y miles de aparatos radiotelefónicos han reproducido su paladar, que en miles y miles de oídos ha resonado su voz en el mismo instante en que él la emitía frente al bronceado micrófono. Pero mi amigo no le ha dejado dar explicaciones. «Ya sé, ya sé», ha dicho apresuradamente, y en seguida ídose al patio que estaba lleno de rezongos de moscardones. Continúan su marcha los motores. La luna, derrochando su luz de acero sobre la noche. Por encima de los tejados se apila hacia arriba una torre como guarda infantilmente dibujada en una página cuadriculada.

Confiesa sinceramente mi amigo que ha vivido algunos instantes de su infancia ya lejana... Borrada la sensación de ridiculez, ha experimentado una sensación igual a la de un niño maravillado ante un juguete cuyo funcionamiento no se explica. Y deseó poder romper la noche, partir la luna, hacer astillas la torre, meterse dentro de uno de esos hilos de cobre, irse en la onda, *ver* en fin, *qué es eso*...

Vuelto en sí, mi amigo saluda, oye algunas palabras amables y sale a la calle. Busca otra vez el camino para su casa. Al llegar, los suyos le dicen que lo han oído. «Patente, patente tu voz». «Nos parecía, dícenle, que estabas aquí, a nuestro lado, leyendo, pero que no te veíamos porque habíamos cerrado los ojos...»

— ¡Qué maravilla! — repiten, lo mismo que mi amigo. Porque la maravilla sólo la han comprendido al oírle su voz...

Mi amigo se sienta. Enciende un cigarrillo. Acaballa la pierna derecha sobre la pierna izquierda. Y quédase complacido, burlándose de sí mismo, del que hace una hora deseaba averiguar tonterías, romper la noche, partir la luna, hacer astillas la torre...

B. GONZALEZ ARRILI

Elegancia y Economía.

Para los paseos, deportes, excursiones, pic-nics, etc., se necesita un zapato blanco, liviano, elegante y que, al mismo tiempo, sea fácil de limpiar y pueda conservar siempre un aspecto hermoso.

Para estos fines los zapatos **"Rueda-Sport"** son lo mejor que pueda desearse. Son higiénicos, flexibles, confortables y mantienen los pies siempre frescos; calzarlos es como tener los pies en un guante. En su contextura no hay ningún punto que ofrezca la menor dureza.



Son de fina lona blanca de la mejor calidad, **cosida** a una suela de cáñamo, y son terminados de una manera perfecta. Los hay de todos los tamaños, para Hombres, Señoras y Niños. Se los encuentra en todas las buenas zapaterías, donde se les debe pedir por su nombre.

ZAPATOS
"RUEDA SPORT"



Alumnos egresados de la Escuela Industrial de la Nación, reunidos en fraternal ágape, festejando la terminación de sus estudios.



Núcleo de distinguidas familias de las colectividades italiana y española, que asistieron a la reunión social efectuada en los salones del Club Español.

SUEÑO PROFÉTICO

Mucho se habló aquella noche en la tertulia de presentimientos apariciones de difuntos, fenómenos telepáticos y otros sucesos maravillosos y milagrosos de esos que tanto empiezan a preocupar hoy en día a las gentes, así idóneas como profanas.

Hallábase entre los allí congregados el médico de cabecera de los dueños de la casa donde se celebraba la tertulia, hombre conocido por su escepticismo, del que solía hacer gala con la mayor ostentación.

En un momento de pausa, después que hubieron terminado otro relato, una de las señoras preguntó al escéptico doctor si jamás en su vida le había acaecido algo extraordinario, cuya explicación hubiera sido siempre un misterio para él.

— En mis mocedades — contestó el doctor — tuve un sueño o, por hablar con mayor exactitud, una serie de sueños tan singulares, que superan en portento y maravilla cuanto acabamos de oír. Si tienen ustedes interés en ello, con mucho gusto se lo puedo contar.

Y como sintieran todos grandes deseos de saber lo que al escéptico doctor había ocurrido, éste empezó en seguida a hablar con estas o parecidas palabras:

— Hará próximamente unos doce años hallábame yo en Biarritz tomando baños de mar. Pero no era ésta mi única ocupación; también estaba yo enamorado de una bella inglesa. Era una miss extremadamente original y sujeta a los más singulares caprichos.

Una vez nos tuvo hasta las tres de la madrugada — a mí y a otros de sus adoradores — en un balandro contemplando las estrellas y hablando de la posible transmigración de las almas de uno a otro planeta.

Al regresar a casa sentíame rendido de cansancio, y ni siquiera pude terminar la lectura de una carta que encontré sobre el buró, pues me quedé dormido en mi butaca.

En cuanto hube entornado los párpados, parecióme hallarme en una gran ciudad y a punto de salir de una casa desconocida, ante cuyo portal estacionaba un coche fúnebre.

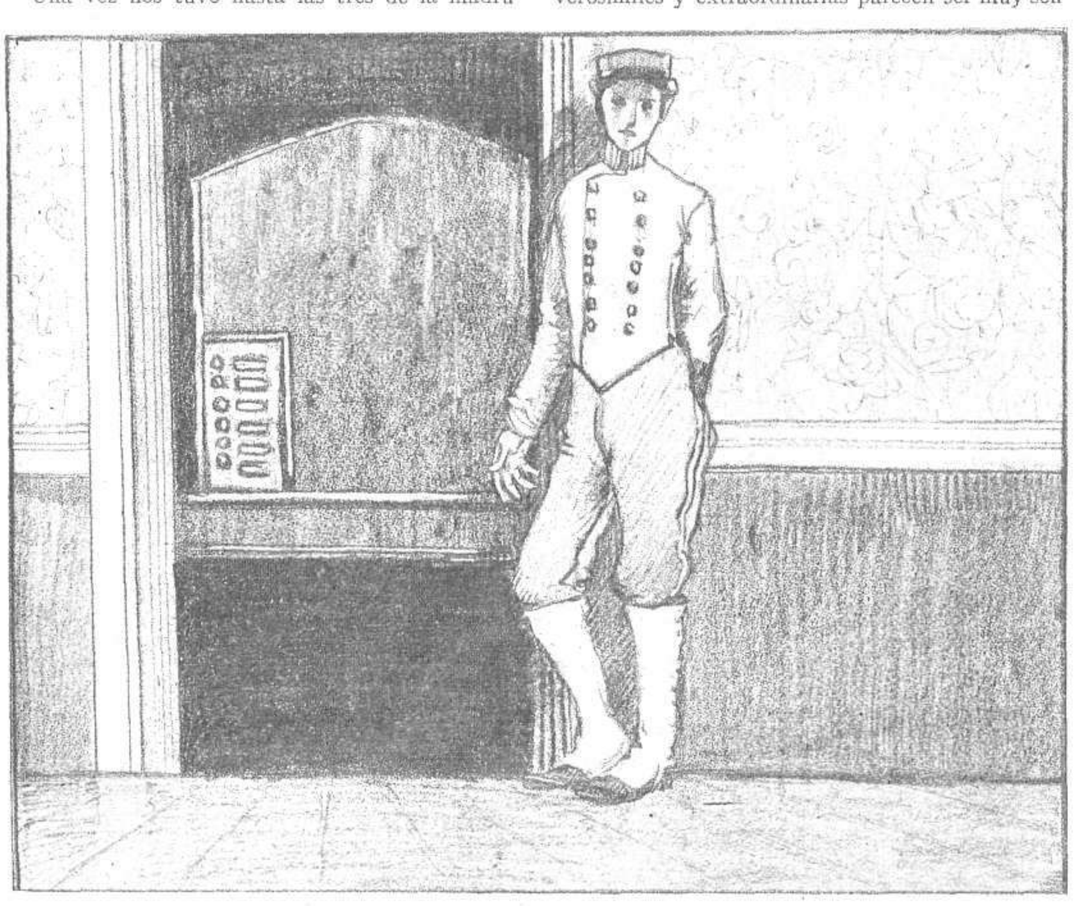
Para hacerme comprender mejor, debo advertir que allí, en aquel país extranjero, el fúnebre traslado de los difuntos no se verifica en esa especie de pirámides o catafalcos que aquí se usan, sino en un simple coche que llaman *corbillard*, y que sólo se diferencia de los demás carruajes por su forma rectangular alargada, sus adrales de cristal y la puertecita trasera, por la que se introducen los ataúdes.

Era precisamente un coche de esos el que vi en mis sueños. Pero no acaba aquí la cosa.

Junto al carro fúnebre estaba de pie un muchacho de unos quince años, vestido de negro, con la chaqueta adornada con numerosos galoncitos bordados y diminutos botones de metal.

En cuanto se hubo percatado de mi presencia, abrió la puertecita trasera del *corbillard* e, inclinándose con amable deferencia, hízome una cordial seña con la mano, como invitándome a deslizarme en el interior.

Y a pesar de que en los sueños las cosas más inverosímiles y extraordinarias parecen ser muy sen-



cillas y hacederas, recuerdo perfectamente que me sentí sobrecogido de terror; y tan brusco e impetuoso fué mi movimiento de retroceso, que dí de cabeza con gran violencia contra el respaldo de la butaca en que dormía.

Como es de suponer, desperté al instante.

Al cabo de dos días la compañía de mi bella inglesa me hizo olvidar por completo aquel sueño singular; pero a la tercera noche volvió éste a repetirse con la más sorprendente exactitud.

Y así continuó repitiéndose durante tres o cuatro noches, llegando al fin a molestarme sobremanera.

Lo que mayor extrañeza y maravilla me causaba en aquel sueño era precisamente la absoluta exactitud en la repetición de la misma cosa, del mismo carro fúnebre y, sobre todo, del mismo muchacho, vestido de idéntica manera, y del mismo gesto amable con que me invitaba a penetrar en el interior del lúgubre vehículo.

Conservo todavía fiel recuerdo de su chaqueta negra, de sus galoncitos dorados, de sus diminutos botones de metal, y también de su pelo rubio y de sus ojos grises, situados a gran distancia uno de otro, y que hacían pensar, no sé por qué, en los ojos de ciertos peces.

En fin, señores, tendrán ustedes que convenir conmigo que, en presencia de semejante persistente repetición de un mismo sueño, sobrados motivos tenía yo para sentirme profundamente inquieto.

Al cabo de unas semanas partí para París y fuí a hospedarme en el mismo hotel que mi bella inglesa.

Llegamos allí ya anochecido, aproximadamente a la hora de la cena, formando entre amigos y conocidos una asaz numerosa comitiva.

Apresuréme a quitarme los vestidos de viaje, y dirigíme acto seguido al ascensor, con objeto de bajar al comedor para tomar mi cena.

Al otro extremo del pasillo vi a algunos de mis conocidos que se dirigían también a toda prisa hacia el ascensor; pero fuí el primero en llegar a la puertecilla de la escalera, y llamé con el timbre eléctrico. A los pocos segundos oyóse el sordo ruido de la máquina que subía; luego la puertecilla se corrió y... de repente retrocedí cual si se me hubiese presentado ante los ojos la misma muerte en persona.

En el marco de la puerta estaba de pie un muchacho de unos quince años, de pelo rubio y ojos de pez, vestido de negro, con la chaqueta adornada con galoncitos bordados y diminutos botones de metal; en una palabra, el mismísimo muchacho que con tanta obstinación veía yo en mis sueños.

Estábase allí de pie, junto a la entrada del ascensor, aun vacilante y movedizo, y con un ademán lleno de gracia y de afabilidad invitábame a penetrar en él.

He de confesar que, por primera vez en mi vida, supe que verdadera, realmente, los cabellos pueden erizarse de horror en la cabeza de los más valientes.

Y entonces, como he dicho ya, retrocedí petrificado, sobrecogido de espanto, presa de pánico, y a grandes zancadas fuí bajando por los peldaños de la escalera que conducía al comedor.

Probablemente el escensor esperó todavía unos instantes a otros viajeros, mientras yo permanecía en el vestíbulo, sentado en un sillón, procurando con el periódico que tenía en la mano calmar un poco u ocultar al menos mi turbación, pues sentía que debía de estar pálido como la cera.

Y luego... no sé... Tal vez transcurrieron algunos segundos, tal vez algunos minutos... cuando, de repente, oí un horrible grito y acto seguido un formidable estruendo... y perdí el conocimiento.

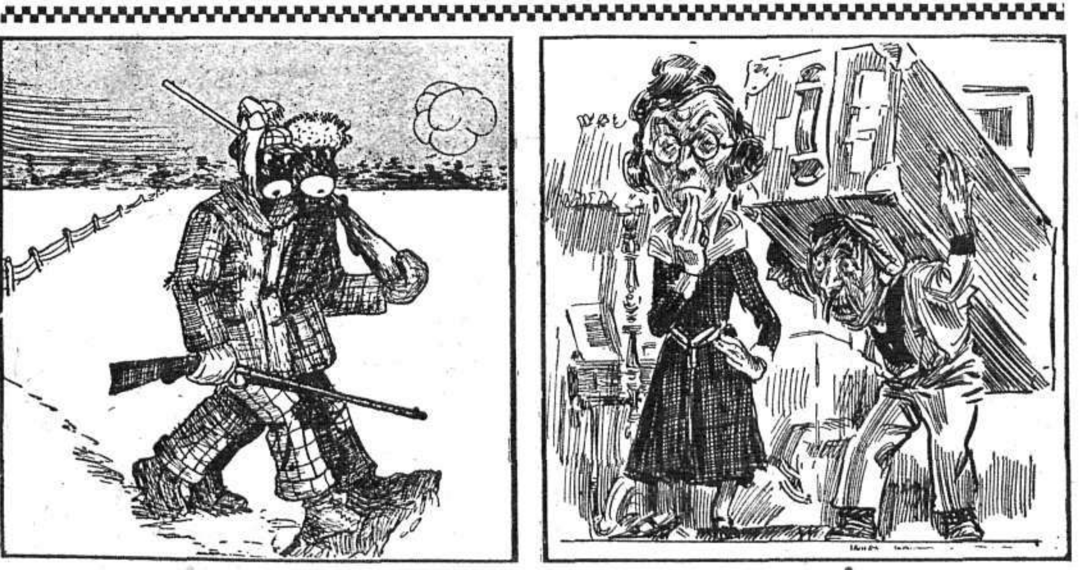
Cuando volví en mí vi tendidos en el vestíbulo varios cuerpos humanos, envueltos a toda prisa en sábanas ensangrentadas.

El muchacho también quedó muerto, según supe después. Todos aplastados por el ascensor.

Y ahora que explique el caso quien se atreva.

Con sobrada razón me tienen ustedes por un escéptico; porque, lo confieso, si a una persona cualquiera le oigo narrar lo que yo he presenciado con mis propios ojos, nada, que no hubiera yo prestado el menor crédito a sus palabras.







Sam. (después de un día de caza). — ¡Pero, che, no hemos visto ni una pantera! No creo que haya ni una por acá.

Jorge. — ¡Claro que no hay ni una! ¡Cómo que lo averigüé antes de partir!

Al llegar al séptimo piso. — Pero, hombre, qué olvido el mío... El baúl es para el segundo...

Almanaque biográfico nacional

Por J. M. BARRIA



Señor José Mármol.



Doctor Bernardo Irigoyen.



Doctor Emilio Castro.



Señor Luis Viale.

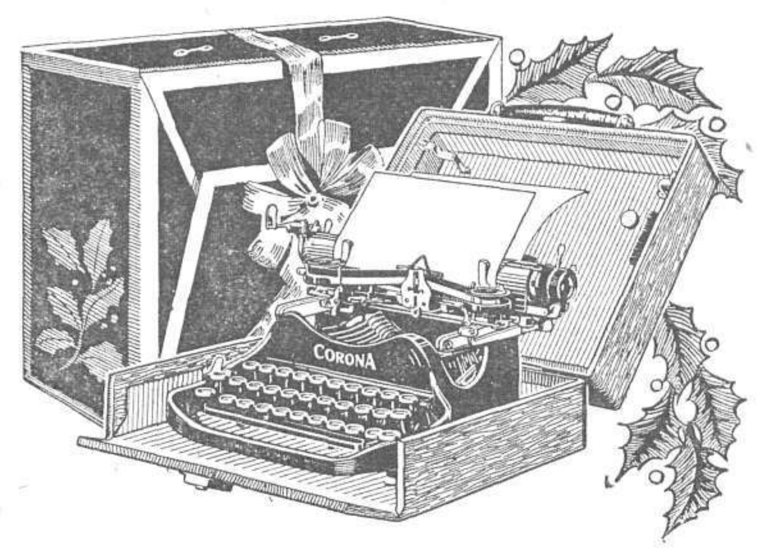


Señor Antonino Cambaceres.



Doctor Adolfo Alsina.

DIAS		AÑOS: NACIMIENTO	AÑOS: MUERTE	DICIEMBRE — PATRIOTAS, GUERREROS, HÉROES Y BENEFACTORES DE NUESTRA VIDA POLÍTICA Y SOCIAL
1	Sábado		1897	Barra, Federico de la, escritor.
2	Domingo	1817		Mármol, José, poeta.
3	Lunes		1906	Ibarguren, Federico, jurisconsulto.
4	Martes		1915	Torres, Calixto de la, jurisconsulto.
5	Miércoles		1908	Biaus, Belisario.
6	Jueves		1842	Tedesqui, Nicolás, militar, héroe.
7	Viernes		1916	Fernández, Emilio, militar.
8	Sábado		1891	Alvear, Dr. Torcuato.
9	Domingo	1837		Parejas, Antonio, hacendado.
10	Lunes		1921	Santero, Agustín, jurisconsulto.
11	Martes		1917	Cabezón, José María, cirujano.
12	Miércoles		1903	Rohde, Jorge, coronel.
13	Jueves	1836		Somoza, Juan Lucio, coronel.
14	Viernes	1816		Cantilo, José María, periodista.
15	Sábado		1917	Astorga, Domingo, vegetariano.
16	Domingo	1838		Videla, Juan, comerciante.
17	Lunes		1918	Gijena, Delfín, doctor, educacionista.
18	Martes	1822		Irigoyen, Bernardo, jurisconsulto.
19	Miércoles		1917	Robirosa, Juan E., militar.
20	Jueves		1917	Candioti, Marcial, médico, político.
21	Viernes	1821		Castro, Emilio, jurisconsulto.
22	Sábado		1922	Palavicino, Federico, G. del Paraguay.
23	Domingo		1915	Martínez, Mariano R., jurisconsulto.
24	Lunes		1871	Viale, Luis, héroe.
25	Martes	1833		Querencio, Carlos M., jurisconsulto.
26	Miércoles	1843		Tezanos Pinto, Manuel, magistrado.
27	Jueves		1888	Cambaceres, Antonio, político.
28	Viernes	1825		Guido, Eduardo, jurisconsulto.
29	Sábado		1877	Alsina, Adolfo, Pte. de la República.
30	Domingo		1918	Racedo, Eduardo, teniente general.
31	Lunes		1917	López, Cándido, militar.



En ocasión de las fiestas de Navidad y Año Nuevo entregaremos las "CORONA" artísticamente acondicionadas, como lo demuestra el grabado.

Un Novedoso y Muy Util Regalo

para las fiestas de

Navidad y Año Nuevo.



La "CORONA" es el indispensable complemento del escritorio de toda dama moderna.



¡Qué agradable resulta dactilografiar las impresiones de viaje con una "CORONA"!



La "CORONA" es la solidaria compañera del estudioso y del que trabaja.

LA "CORONA" es de lo más nuevo que se conozca en materia de máquinas de escribir, pues reune en sí todas las ventajas de las máquinas de escritorio y las de las portátiles, habiéndose introducido en ella todos los últimos perfeccionamientos: nítida escritura siempre visible, teclado universal de teclas bien separadas, cinta de dos colores automáticamente reversible, extensa línea de escritura (más grande que la de cualquier otra máquina portátil), etc.

El precio corriente de la "CORONA" es de $ 205 papel, pero a los lectores de CARAS Y CARETAS ofrecemos la oportunidad de adquirirla por sólo

$ 20.50 m/n. al contado

Y el resto en 9 mensualidades de $ 20.50 papel, o sino al contado inmediato, al precio de $ 184.50 m/n. (flete pago hasta destino).

Es más que probable que en su pueblo haya un Agente de la Máquina "CORONA": pídale que le muestre una. En caso contrario, escriba o visítenos, o telefonee a

U. T. Avenida 5075 - 6 - 7

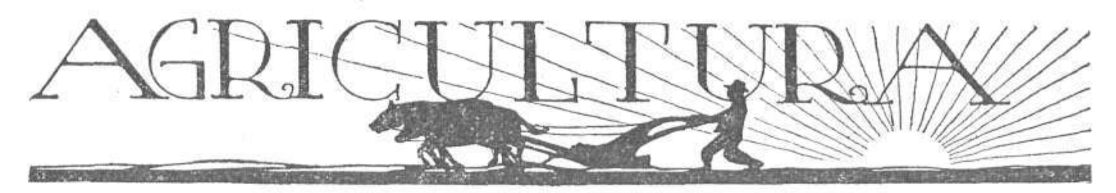
Cía. LA CAMONA - 39, Maipú, 43 - Bs. Aires

De Rosario

Miembros de la sociedad Anita Garibaldi, que celebraron con un pic nic el 13.º aniversario de la fundación de esa entidad.



Grupo de jóvenes que tomaron parte en el torneo atlético organizado por el club "Newell's Old Boys" festejando el fin del año escolar.



EL GUSANO DE SEDA

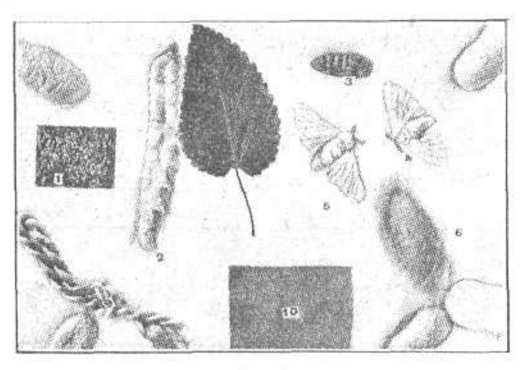
Es seguro que la mayor parte de las gentes que, por su condición social o económica, emplean en su indumentaria telas de seda, ignoran el origen y la biología del precioso insecto que provee el filamento sérico, su historia, los detalles de su cría y la importancia de su industria; para vulgarizar estos conocimientos van estas breves notas.

El gusano de seda (Bombyx mori) es un lepidóptero cuya vida se desenvuelve en cuatro estados diferentes: huevo, larva, crisálida y mariposa.

De los huevos diminutos, de un milímetro de diámetro, tan livianos que 1.400 forman un gramo, de color limón al principio y plomizo más tarde, que depone la mariposa fecundada, nacen las larvas.

Las larvas, o gusanos, de color ceniciento al principio de su vida, de 2 a 3 milímetros de largo y de medio miligramo de peso, al llegar a su estado de mayor desarrollo, adquieren un tinte blanquecino, lácteo, aperlado, tienen de 8 a 9 centímetros de largo y 4 gramos de peso; de modo que en las pocas semanas que dura este su estado, aumentan 14.000 veces su volumen y 8.000 veces su peso primitivo.

Durante su vida el gusano de seda sufre 4 *mudas*, en las cuales, durante un período de somnolencia, cambia su piel otras tantas veces; la primera muda se efectúa, más o menos, en el quinto día desde su nacimiento; el período de tiempo entre una muda y otra, se llama *edad;* la segunda edad dura 4 días; la tercera 5; la cuarta 6 y la quinta 7; entre una y otra edad se efectúa la muda que suele durar 24 horas, menos la cuarta que es más larga, de 36 a 48 horas; el período larval se cumple, pues, de 32 a 35 días, después del cual el gusano se encierra voluntariamente en su prisión que él mismo se teje, formando su capullo en dos o tres días y se transforma en crisálida.



Ciclo del gusano de seda y sus productos: 1, huevos; 2, gusanos; 3, crisálida; 4-5, mariposas; 6-7-8, capullos; 9, seda en rama; tejido de seda.

El capullo, de forma elipsoidal, estrechada en el medio, es de 3 a 4 centímetros de largo, por uno y medio de ancho, de color blanco, amarillo o verde, según las razas, de 1 ½ a 2 gramos de peso, necesitándose de 500 a 800 capullos para formar un kilogramo; está constituído por un filamento sedoso continuado, que el gusano emite por la boca y que dispone atándolo al enrame en capas sobrepuestas, describiendo con su cabeza tantas curvas en forma de 8, y cuya longitud varía de 800 a 1.000 metros; es tan delgado este filamento que tiene de 0.018 a 0.055 milímetros de diámetro y tan liviano que se necesitan 3.700 metros para formar un gramo; devanados los capullos en las hilanderas, es decir, desenvuelto el filamento que los forma, se necesitan de 8 a 10 kilogramos de capullos frescos para obtener un kilogramo de seda en rama o bruta.

Una vez concluído su capullo la larva se transforma en crisálida, y en el término de 12 a 15 días, en insecto perfecto; en este estado empieza por medio de una secreción que emite por la boca, a ablandar la extremidad del capullo, el que se rompe y se abre al empuje de la mariposa que, formada ya, busca salida.

Las mariposas, de cándida blancura, aunque provistas de 2 pares de alas, no son aptas para el vuelo lo habrán sido indudablemente en su origen, antes de haber sido domesticadas por el hombre; al salir del capullo, después de un día de descanso, las mariposas se aparean a los efectos de las funciones de reproducción; la hembra fecundada empieza al día siguiente a depositar los huevos, que emite en número variable de 500 a 600 y a los 10 ó 12 días muere; el macho se extingue a los pocos días de cumplida su misión perpetuadora de la especie. En totál, pues, la vida del precioso insecto dura de 60 a 70 días.

La cría del gusano de seda es una industria casera, doméstica, en la que, generalmente se entretienen las mujeres y los niños; se necesitan muchos, prolijos y hasta afectuosos cuidados; los huevos, o semillas, llegada la primavera, se los pone en una incubadora, donde a los pocos días, a una temperatura de 20 grados, nacen los gusanitos que se transportan a una pieza, sana y ventilada y se les cría sobre bastidores de caña o alambre tejido; con 20 de éstos, de un metro de ancho por dos de largo, sotenidos sobre soportes de madera, hay bastante espacio para una onza (30 gramos) de semilla; se les alimenta con hojas de morera, cada 2 ó 3 horas, según la edad, necesitándose cerca de 1.000 kilogramos de hojas para los gusanos de una onza de semilla; se les elimina la cama, esto es, los resíduos de hojas y excrementos, día por medio; y al llegar a su madurez, se les prepara el enrame donde tejen sus capullos, que producen en razón de 50 a 80 kilogramos por onza de semilla; éstos, una vez desecados al sol o en estufas, se venden y entregan a los industriales para su devanado, hiladot, eñido y tejido. El origen de la cría del gusano de seda y su industria, es antiquísima: Confucio refiere que el emperador de China, Hoang-tí, 2.600 años antes de nuestra Era, inició la cría del precioso insecto; recién en el siglo IV se pasó esta industria a los pueblos del Asia occidental y en Japón, donde tomó gran incremento; el año 552 dos frailes lograron llevar de Persia, escondidos en el hueco de sus bastones, semillas de morera y huevos de gusano de seda, a Constantinopla, donde el emperador Justiniano protegió y difundió la industria y de allí, en el siglo VII pasó a España, Francia e Italia, donde adquirió gran difusión, sobre todo en esta última nación; Franklin la introdujo en Norteamérica; y en Argentina, quizá no haga ni medio siglo que se conoce este insecto, aunque no se le explota.

De la importancia de la industria sérica informan las estadísticas, según las cuales de los 400 millones de capullos que produce el mundo, la mitad corresponde a Japón, una cuarta parte a China, la sexta a Italia y el resto a Persia, Turquía asiática y países meridionales de Europa.

La Argentina ha importado hasta 10 millones de pesos oro en géneros y artículos de seda; tenemos, pues, vasto campo para mercado de este producto que vale la pena tentar en su organización industrial y comercial.

H U G O M I A T E L L O

INGENIERO AGRÓNOMO.


El cupón
que le hará
ganar buen
SUELDO



PAZ (F. C. C. A.). — "La Rueca", cuadro alegórico integrado por alumnas del 2.° grado de la Escuela Fiscal N.° 183, en el festival organizado por las autoridades escolares, celebrando la llegada de las vacaciones.



Núcleo de familias que concurrieron al pic-nic organizado por la Sociedad Francesa de Socorros Mutuos celebrando el aniversario del armisticio.

De Santa Fe



MACIEL. — Grupo de niños que recibieron la primera comunión en la iglesia parroquial, organizándose con este motivo una hermosa fiesta infantil.

LA FLOR DEL CAMINO

¡Qué pura, Platero, y qué bella es esa flor del camino! Pasan a su lado todos los tropeles — los toros, las cabras, los otros, los hombres, — y ella tan tierna y tan débil, sigue enhiesta y fina, en su vallado triste, sin contaminarse de impureza alguna.

Todos los días cuando, al empezar la cuesta, tomamos el atajo, tú la has visto en su puesto verde. Ya tiene a su lado un pajarillo, que se levanta — ¿por qué? — al acercarnos está llena cual breve copa, del agua clara de una nube de verano; ya consiente el robo de una abeja o el voluble adorno de una mariposa.

Esta flor vivirá pocos días, Platero, pero su recuerdo ha de ser eterno. Será tu vivir como un día de tu primavera, como una primavera de mi vida. ¡Ay! Qué le diera yo al otoño, Platero, a cambio de esa flor divina, para que ella fuese diariamente, el ejemplo sencillo de la nuestra?

—JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.

¿Os habéis detenido alguna vez a meditar en lo mejor que es mirar hacia el porvenir, y prepararnos para recibirlo, que mirar hacia atrás y entregarnos al remordimiento?

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!

Señora: Una sola visita a la

CASA IZQUIERDO

490 = CARLOS PELLEGRINI = 490

especialista en **CORSES y FAJAS** de calidad, dará a Vd. la oportunidad de admirar la grandiosidad de nuestro surtido y la belleza de nuestros modelos.



NUESTRO REGALO

„Pictorial Review"

del mes de
Diciembre de 1923.

GRATIS

A toda señora que nos envíe $ 1.00 le mandaremos el molde de este precioso vestido de gran moda en la medida que nos indique, y como **Regalo un ejemplar** de nuestra revista de modas y literatura **"Pictorial Review"** (edición de lujo en colores) correspondiente al mes de **Diciembre de 1923.**

FAJA
Mod. "AIDA" muy cómoda y elegante. Especial para sostener y reducir el vientre. Confeccionada en coutil de seda floreado, elástico de seda en la parte delantera y 4 ligas también de seda.

$ 25.-

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

490 = CARLOS PELLEGRINI = 490
BUENOS AIRES

UNION TELEFONICA 38, MAYO 0313, LIBERTAD

SOLICITE NUESTRO NUEVO CATALOGO



DESDE ITALIA

UNA EXPERIENCIA INTERESANTE

Los recientes estudios del doctor Abrams han confirmado las teorías de aquellos que entrevieron la polaridad del cuerpo humano, cuyas propiedades serían análogas a las del imán.

Según esos observadores, en el cuerpo humano se distinguen dos polos igualmente diversos y opuestos, que pueden ser comunicados, cambiados, destruídos o reforzados como en el imán.

Ha de haber algo cierto en esto, porque por mi parte siento la acciόm del imán... hacia las personas que se ocupan de cosas raras, a las que el mundo en general no cree ni remotamente.

Y es raro el fenómeno que me pasa.

Me parece que todas estas cosas las he oído otras veces, que no son más que la repetición de conocimientos que he tenido, sin saber cuándo ni dónde, pero que los he tenido con seguridad, pues me resulta fácil aprenderlos... de nuevo, y sobre todo no encuentro dificultad en admitirlos como verdades.

Y debe ser por este poder de polarización humana que he conocido a un señor muy modesto, pero muy estudioso, con quien paso horas agradabilísimas, escuchando su conversación, que me resulta una verdadera cátedra de sabiduría. El otro día lo encontré destornillando una bombilla de luz eléctrica de 150 bujías.

—¡Ahí tiene estas benditas lámparas!... Por nada se rompren los hilos de platino, y, francamente, no resultan nada baratas. ¿No ve? ¡Esta también se fué!...

No di mayor importancia a la cosa, pues en realidad no la tenía, y después de unas recriminaciones vulgares sobre la calidad del material que se construye hoy día, creí que entraríamos a hablar de otros asuntos un poquito menos domésticos.

Pero me esperaba una sorpresa. Con mucha calma, como si se tratara de un fenómeno muy común, mi sabio amigo me dijo:

—¿Usted conoce este fenómeno? Fíjese... Venga por acá donde no hay luz... Mire la bombilla que acabo de sacar. ¿Ve? ¿Ve bien?

Por el interior de la bombilla pasaban relámpagos de luz, cuya tonalidad variaba a cada instante: amarillos, rosados, azules, verdes...

—¿Y qué es eso?

—Observe bien...

—¿Su mano?

—Mi mano...

—¿Y cómo consigue usted ese fenómeno de... fosforescencia?

—La palabra que usted emplea viene bien para dar una idea del cómo se manifiesta el fenómeno, pero no se trata de fosforescencia.

—¿Pero cómo lo consigue usted?

—Muy sencillamente: acariciando la superficie exterior de la bombilla eléctrica... Así... A veces manteniendo la bombita sobre la palma de la mano abierta, se desprende una luz intensa que es suficiente para permitir la lectura de un diario.

—¿Y cualquiera puede hacerlo?

—Yo creo que sí. En un grado mayor o menor, pero creo que todos pueden conseguir esta luz... barata, de la que, sin embargo, no deben asustarse los productores de luz y fuerza. ¿Quiere probar? Le prevengo, sin embargo, que me sucede muy a menudo no poder conseguir fenómenos de luz cuando otro ha tocado la bombilla, así que podría ser muy bien que a usted no le resultara debido a que yo acabo de tocar la superficie del vidrio. Pero no cuesta nada ensayar.

Seguí acariciando por un buen rato la bombilla, pero sin resultado... Me di por vencido y pasé otra vez la lámpara a mi amigo, que después de pocos segundos hacía brillar una luz amarilla intensa.

—¡Admirable!...

—Es cuestión de aprender el toque que hay que darle... No apriete demasiado. Así... suavemente... Mire...

—¿Y a qué atribuye usted esa luz?

—No podría afirmarlo con absoluta seguridad... El hecho es que por su brillo parece electricidad, pero lo que no se explicaría, admitiendo que se tratara de electricidad, es el cambiamente de colores, la suavidad de los mismos... Fíjese en ese anaranjado; vea, vea ahora qué azul intenso... Que del cuerpo humano se desprenden efluvios luminosos, lo sabían los antiguos, tanto es así que a los santos se les pinta rodeados por una aureola, y a Moisés se le han atribuído emanaciones luminosas en la frente... Sin embargo, no debe tratarse de una especialidad de los santos, pues ya ve: no soy ningún santo y sin embargo mis manos desprenden luz...

—¿Pero la bombilla está rota?

—Los hilos se han quebrado... Pero los hilos no tienen importancia. Lo que importa es que no se altere el vacío de la bombilla. Si entra aire, el fenómeno ya no se verifica aunque siga usted acariciando por horas y horas la lámpara...

—Raro...

—Raro no... Interesante... Raro no, porque si usted o cualquier otro se pone firmemente a experimentar para conseguir los mismos resultados que he conseguido yo, no tarda en ver coronados sus esfuerzos.

—¿Y usted no ha hablado con nadie de esta prueba?

—¡Cómo no!... Ha habido quien se ha tomado la molestia de venir a verme desde lejos para cerciorarse que no se trataba de un truco... Un señor que llegó de Venecia me hizo lavar las manos en su presencia, quiso que me las secara con una toalla elegida del montón por él mismo, me revisó, en fin, me sometió a una tortura de averiguaciones como si hubiese guardado artículos de contrabando escondidos... Y tuvo que convencerse... Llegó a hacerlo él también. Además es un sensitivo.

—¿Un qué?

—Un sensitivo.

—¿Y usted cree que el hecho de ser un sensitivo influye en la producción y percepción de esos fenómenos?

—Lo creo así, pues se trata de apreciar el efecto de fuerzas sutiles. Los sensitivos son aparatos delicados... Para hacer una comparación grosera, se podría decir que los sensitivos son instrumentos eléctricos, cuya delicadeza no se puede comparar con la de aparatos movidos por el vapor o por el agua. ¿Me entiende? No es precisamente así, pero la comparación puede dar una idea de lo que quiero decir...





— ¿Y cómo se da cuenta usted de que se halla en la presencia de un sensitivo?

— Muy fácilmente. Los sensitivos, por lo general, tienen gustos extravagantes, sueño agitado, duermen y hablan, sufren de frío a los pies, jaquecas, desarreglos digestivos que pasan rápidamente, huyen de las reuniones sociales. Prefieren el color azul y aborrecen el amarillo, experimentan impresión desagradable si siguen mirándose largo tiempo en un espejo, trabajan mejor cuando tienen el rostro vuelto hacia el norte o el oeste que cuando miran al sur o al este, no duermen sobre el lado izquierdo...

— En una palabra, serían los que vulgarmente se llaman nerviosos...

— Nada de eso... No se trata de una excitación debida a alguna enfermedad, sino de una sensibilidad mayor que en los demás individuos, sensibilidad que puede ser perfeccionada, aumentada por la costumbre, y que se modifica más o menos con la edad y el estado de salud de la persona.

— ¿Usted sería uno de esos sensitivos?

— Lo soy en grado bastante notable. Uno de los fenómenos que experimento yo, y que es bastante curioso, es la percepción de los temblores de tierra, que se verifican a distancias a veces enormes. Por ejemplo, el temblor que ha arrasado el Japón, el otro célebre de San Francisco, en fin, todos los temblores de alguna importancia que se verifican muy lejos de acá y los que a veces se hacen sentir en Europa, repercuten en mi sistema nervioso y me dan la sensación molestísima de vahídos, caídas interminables en un abismo sin fondo Le aseguro que no es nada agradable poseer esta condición de sismógrafos ambulantes... Cuando el temblor del Japón, el último, tuve que ponerme en cama.

— ¿Todos los sensitivos acusan estos fenómenos?

— No todos... El que acabo de enunciarle es algo análogo a las sensaciones que sufren los rabdomantes cuando advierten la presencia del agua.

— ¿Y no se podría inventar un aparatito que clasificara a los sensitivos?

— El aparato existe, se llama sensitivómetro y ha sido encontrado por Durville... Es éste: véalo. Se trata de una modificación al sensitivómetro fabricado por el doctor Ochorowicz, hace cosa de unos cuarenta años. El doctor Ochorovicz ideó un anillo, es decir, un imán que tenía la forma de un anillo y se aplicaba a los dedos dando lugar a ciertos efectos, que permitían apreciar en cierta medida la sensibilidad de las personas que se sometían a las experiencias. El aparato Durville, como usted ve, no es más que un imán en forma de brazalete no cerrado. Entre las extremidades del brazalete hay una distancia de unos 45 milímetros. Está hecho de acero y tiene un espesor de 6 milímetros...

— ¿Y cómo funciona?

— Se aplica como una pulsera cualquiera. A los dos o tres minutos se hacen sentir efectos bastante apreciables en los sujetos sensitivos... ¿Quiere probarlo?

Me dejé aplicar el sensitivómetro y realmente a los pocos minutos me pareció advertir un picor especial en la yema de los dedos y calor en la palma de la mano.

— Parece que siento un cierto escozor aquí...

— Exactamente: el polo negativo del aparato está en correspondencia con el pulgar, que es también negativo; luego hemos hecho una aplicación isónoma que es excitante, mientras la heterónoma es calmante. Vea ahora que colocamos el aparato en forma que el polo positivo corresponda al negativo del pulgar. Diga usted lo que siente...

— Pero... no sé si se trata de una ilusión mía... Siento como un hormigueo... la mano me parece fresca como por efecto de un soplo...

— No se trata de ilusión... Es la misma sensación que experimentan todos los sensitivos...

— ¿Así que yo también pertenezco a la categoría de los sensitivos?

— Sobre cien personas que se someten a estas experiencias, unas 60 ó 70 advierten estos fenómenos en un grado más o menos intenso... Pero usted parece que posee un organismo sensibilísimo...

— ¡Caramba!... No se diría... Debajo de unos estratos tan espesos de... tocino...

— Eso no quiere decir...

— Pero, en resumidas cuentas: ¿a qué sirve saber si uno pertenece a la categoría de los sensitivos o más bien no advierte nada de picazones y hormigueos?

— ¡Hombre, hombre!... Un sensitivo tiene unas probabilidades mucho mayores que cualquier otro de poderse restablecer si cae víctima de una enfermedad. Usted ha oído hablar sin duda de las nuevas teorías del doctor Abrams, que atribuyen a desequilibrio en las vibraciones del organismo toda causa de enfermedad. Pues, bien; es lógico que un aparato muy sensible pueda fácilmente volver a su equilibrio normal cuando por medio de otro aparato se aumenta o disminuye la intensidad de las vibraciones que han dado lugar a la enfermedad... Nosotros, a más del cuerpo físico, disponemos de un cuerpo vital formado de materia etérica. Es este cuerpo vital que tiene a su cargo las funciones de intercambio, crecimiento, reproducción, etc. Irradia afuera del cuerpo químico y lo rodea por completo, emanando en el estado normal una luz que toma el color de la flor de durazno. Estos rayos que son perpendiculares al cuerpo químico en el estado normal, aparecen caídos cuando existe una enfermedad, mas recuperan pronto su estado primitivo y su coloración especial, si vienen vitalizados por el magnetismo humano o mediante aparatos capaces de transmitir la electricidad necesaria para normalizar las vibraciones...

— Volviendo a la bombita eléctrica... ¿A qué se deben los rayos que aparecen en el interior de la lámpara cuando se le pasa la mano por la superficie exterior?

— Algunos los atribuyen a electricidad estática, lo que, sin embargo, me parece que no explicaría las suaves tonalidades de los diferentes colores que se suceden...

— ¿Y usted qué piensa?

— ¿Yo?... Por el momento me limito a comprobar el fenómeno... Ensaye, ensaye, usted también... Empiece con una lamparita de pocas bujías para luego pasar a las grandes... ¡Verá usted cómo se alegrará de poseer una fábrica interior de luz y fuerza, cuya existencia ignoraba!...

Y hace unas noches que sigo acariciando bombillas eléctricas; sin embargo, la luz no se desprende todavía. No desespero por esto del resultado final, pues quiero llegar un día a decirme con acento de profunda convicción:

— ¡Deja no más que digan, mi amigo!... ¡Tú eres una lumbrera!... ..

DOCTOR A. VACCARI.

BOLONIA, OCTUBRE 1923.





CERES. — Equipo del "Club Atlético Ceres" que jugó un interesante partido de foot ball, venciendo al "Club San Cristóbal" por 2 goals a 0.

Núcleo de caracterizadas señoritas presenciando el desarrollo del partido.

Team del "Foot Ball Club San Cristóbal" que no obstante su lucido juego, resultó vencido.

ALFA-LAVAL

ALFA-LAVAL

DESNATADORAS
Y
Máquinas de Ordeñar

INSTALACIONES ECONOMICAS
PARA CREMERIAS Y GRANJAS
INSTALACIONES para FABRICACION de CASEINA

PIDAN CATALOGOS Y PRECIOS

Goldkuhl y Brostrom Lda.
CHACABUCO, 199 — BUENOS AIRES

ALFA-LAVAL



13 días sin alimento,
3 días sin agua,
pero solamente

Tres minutos sin respirar

La consecuencia lógica es que la respiración se afecta; que los bronquios se irritan y el resfrío, más o menos intenso, sigue su proceso, degenerando en crueles dolencias si se abandona.

La Ciencia preconiza el uso del

Jarabe — Pastillas

Bronquialina
Ruxell
Regenerador de los pulmones

tanto por sus excelentes condiciones curativas como por la rapidez y eficacia de su acción contra

Tos, Asma, Catarros, Bronquitis, etc.

De venta en todas partes.

Concesionario:
FEDERICO TAUBER
Sáenz Peña, 890 - Buenos Aires

Máquinas Harrison de tejer medias
"SUN" y "SUNETTE"



Con cilindros, discos y agujas de acero
MANCHESTER — INGLATERRA

Compre una: ganará $ 5 diarios en su casa. Independícese. Hágase industrial. Le compramos su producción.

Cilindros de respuesto. Accesorios.
AGUJAS, $ 13 EL CIENTO

SOLICITE CATALOGO GRATIS

Aviso a los Señores compradores.
Mucho cuidado al comprar en otra parte las tituladas **Máquinas francesas y alemanas MODELO HARRISON** (sin marca) con cilindros, discos y agujas de hierro fundido. Es una burda imitación. Antes de comprar exijan la factura original para comprobar la procedencia, de lo contrario se lamentarán más tarde. Tenemos a disposición de los interesados muchas cartas que atestiguan que dichas máquinas son inservibles después de dos meses de uso.
Consúltenos, venga a vernos antes de efectuar una compra. No le costará nada.

Compañía "LA TEXTIL PLATENSE"
Bdo. de Irigoyen, 1122.—Bs. Aires.—U. T. 1921 (B. Orden)
Representante para la Argentina, Chile y Uruguay de THE HARRISON PATENT KNITTING MACHINE COMPANY LIMITED de MANCHESTER, INGLATERRA.

Anti-Mosquitol

le protege día y noche contra los Mosquitos, Moscas, Bichos Colorados, Insectos, etc. **Usted dormirá tranquilo. Usted no necesitará Mosquitero.** Usted evita contagio e infecciones.

Farmacia Franco-Inglesa, Gibson, Rothlin y todas las demás Farmacias y Droguerías. **Agradable, Aromático, Antiséptico** e Inofensivo. Precio: $ 2.50.



Señoritas y jóvenes que asistieron al festival benéfico realizado en la Sociedad Española, con el fin de allegar fondos para los damnificados del Japón.

NADA MUERE SIN QUE ALGO LLORE

¡Oh Véspero! ¿De cuántos bienes no te somos deudores? Tú devuelves al doméstico hogar al hombre fatigado: das la comida de la noche al hambriento; al pajarillo tierno el abrigo que le presta el ala maternal y al buey cansado del trabajo, el apetecible establo: la hora del reposo cuya llegada anuncias, reune en torno nuestro a cuanto respira paz en la casa, a cuantos amados objetos son por nuestros penates recogidos; tú, en fin, devuelves también al niño el pecho de la madre.

Hora suave, que infundes melancolía y enterneces el alma del viajero lanzado al Océano, recordándole el instante en que se separó de sus amigos queridos, tú llenas de amor el corazón del peregrino que se estremece cuando escucha a lo lejos el sonido vespertino de la campana que parece como que llora la muerte del día. ¿Es ilusión de que la razón se mofa? ¡Ay! Para mí, no hay duda alguna: nada muere sin que algo llore. — LORD BYRON.

El verdadero huérfano es el que no ha recibido educación. — PROVERBIO TURCO.

ROSA

REGALAMOS

a todo comprador por valor no menor de $ 5.—, esta hermosa pulsera en plata fina, con cualquier nombre esmaltado.

RELOJ-PULSERA enchapado en oro 18 kilates, cinta moiré, máquina fina, a......... $ **35.—**
El mismo, en oro 18 k., a $ **75.—**

RELOJ-PULSERA enchapado en oro 18 k., con cinta moiré, máquina garantida, a..... $ **9.50**
El mismo, más fino... $ **15.—**
En oro 18 kilates, garantido, con 15 rubíes, a $ **40.—**

COLLAR y medalla de oro 18 kilates, macizo, variedad de santos., a. $ **28.—**

COLLAR y medalla de oro 18 kilates «Fix», garantido, con variedad de santos, a.. $ **10—**

Soliciten nuestro catálogo ilustrado que remitimos gratis.

AROS de plata fina, con piedra de color al centro, y marquesitas, el par a.... $ **6.—**

AROS de plata fina, con pidras de color al centro, y marquesitas, el par a.... $ **5.—**

AROS etruscos imitación plata vieja, con o sin piedras; cualquier modelo a elección; el par, a......... $ **4.—**

AROS etruscos imitación plata vieja, y galalit en colores surtidos, el par, a $ **6.—**

JOYERIA Y RELOJERIA
A. Samada

Casa Central
Corrientes. 928

Sucursales
B. Mitre. 927 C. Pellegrini 485



Si Señor! es indispensable usar

LA CREMA DE AFEITAR

MENNEN

Si desea afeitarse cómoda, perfectamente y sin la menor irritación, solamente la palabra "MENNEN" da fe de su superioridad, y es una garantía de la bondad del producto. En venta en todas partes, a $ **1.50** m/n el tubo.

Envíenos **40** centavos y le remitiremos una muestra.

Si no puede conseguirla, escriba inmediatamente a los

Unicos introductores: **DONNELL & PALMER** 554, MORENO, 572 Buenos Aires.

CRIA DE ABEJAS

Colmenas, Extractores de Miel y demás Accesorios.
Catálogo ilustrado, $ 1. — Pida lista de precios.
A. REINHOLD - Belgrano, 499 - Buenos Aires



INDUSTRIA LECHERA

Desnatadoras, Aparatos y Utiles, Cuajo, Colorante, etc. Catálogo ilustrado, $ 1.— Pida lista de precios.
A. REINHOLD - Belgrano, 499. Bs. Aires





AVES Y HUEVOS DE RAZA
INCUBADORAS E IMPLEMENTOS

Catálogo ilustrado, $ 1. Pida lista de precios.
CRIADERO "EXCELSIOR". Belgrano, 499
Buenos Aires



FRUTICULTURA

Secadoras, Esterilizadoras, Máquinas de pelar y cortar.-Catálogo ilustrado, $ 1. Pida lista de precios
A. REINHOLD - Belgrano, 499 - Buenos Aires

EL BASTON

¿Porqué ha caído en desuso el bastón?

Antes de la gran guerra lo llevaba todo el mundo: los ancianos, los hombres maduros, los jóvenes, los adolescentes. Y se veía, por esas calles, desde el garrote contundente hasta el flexible e inofensivo junquillo. En Europa, según informaban algunas revistas de moda, ya lo lucían algunas damas excéntricas. De pronto desapareció, sin causa justificada. Sólo quedaron en uso dos bastones tradicionales. En España, el de los alcaldes. En la Argentina, el presidencial. Don Elpidio no usa el bastón que desea. Se ha comprado uno de ocasión. La ocasión para usar el otro, el codiciado, no se le presenta.

El bastón complementaba el traje nuevo. Un elegante, sin bastón, era un elegante a medias. Los psicólogos callejeros perdieron así un elemento de inducción y de comprobación. Por los movimientos del bastón se podía estudiar el estado de alma de cada ciudadano. «Aquél, podían decirse, acaba de realizar un buen negocio. Aquél otro acude a una cita amorosa. El de más allá, el que marcha adelante, de prisa, lleva un propósito belicoso. Acaso va a dirimir alguna áspera cuestión de honor». Se veían bastones de movimientos pausados, bastones graves, austeros, reflexivos; bastones nerviosos, pendencieros, que giraban rápidamente, en molinillo, como buscando una cabeza donde descargar su ira reconcentrada; bastones flexibles, ondulantes, que exteriorizaban molicie; bastones viriles, recios; bastones tímidos, que se escurrían cobardemente, temerosos de tropezar con las piernas de los transeuntes y provocar un incidente. Con tantos bastones en entrevero, rara era la vez que había bastonazos. Es que el bastón es un elemento de cultura, un estimulador del respeto mutuo. Un hombre con un bastón, es siempre una amenaza discreta. Y donde existe una amenaza existe el respeto. Se me objetará que ahora, en cambio, se lleva revólver. Pero éste permanece oculto en un bolsillo. Tan bien oculto que no se advierte jamás. Y si se oculta es, con seguridad, un tímido. ¿Y dónde se ha visto que los tímidos se impongan? Además, es un enemigo de la ley. Esta le persigue, lo castiga, lo recluye. Es un delincuente. Se le aplican penas aunque no haya delinquido. En esto se parece a esos ladrones, ladrones por fatalidad, que quieren regenerarse y a los que la policía de investigaciones se lo impide.

El bastón está con la ley. El juez lleva bastón y también lo llevan los representantes de la policía... de tráfico. Este es un bastoncito minúsculo, blanco, inmaculado. No castiga. No amenaza siquiera. Es, dentro las calles turbulentas, ensordecedoras, la estrella de Belén. Sirve de guía a «chauffeurs», «motormen» y aurigas. A veces sirve para complicar el tráfico, para amontonar en las bocacalles tranvías, coches, carros, camiones, automóviles, para regocijo de los desocupados, que asisten a un espectáculo grato y entretenido. Ahí los sainteteros recogen las frases más pintorescas. Ahí tienen su mejor diccionario, el más rico en expresiones. ¡Cuántos sainetes han nacido ahí, en el arroyo! ¡Ah! Pero ellos, y sus autores, al arroyo volverán. Así cumplirán la sentencia bíblica: «Puesto que de polvo eres a ser polvo tornarás». Huyamos de estas escabrosidades.

El bastón, como el abanico, tiene su lenguaje. En las manos de un gomoso su elocuencia es inagotable. Si en las manos del agente es Cicerón o cicerone, en las del mequetrefe barbilindo es Castelar, es Sánchez Sorondo. Es frondoso en expresiones, es galante, es artista, es poeta. En dos movimientos, en un giro, vierte un madrigal. Pero tiene sus desfallecimientos, sus caídas. Es cuando el gomoso se lleva la empuñadura a la boca. Dentro de la oratoria... muda, representa ese detalle un «lapsus-linguae».

El bastón, con frecuencia, suele ser la rama de olivo. Entre dos personas que se hallan distanciadas por cualquier motivo futil, suele ser el bastón, con empuñadura de oro, gentilmente obsequiado, motivo de acercamiento. De un tronco de olivo nuevo debió fabricarse el primer bastón. Su primera misión fué, sin duda, la de bastón de mando. Todo aquél que manda debe tener alguna superioridad. Si no la tuviera, no mandaría. El primer gorila que empuñó un bastón mandó a toda la tropa de monos. De ahí surgió el director de orquesta. ¿Qué es la batuta sino un pequeño bastón? Los alcaldes de antaño imitaron al director de orquesta. Y luego nació el grande, el olímpico bastón, el bastón presidencial, rama de olivo que une a las naciones y tea de la discordia entre el primer mandatario y el segundo. Tea... simbólica. Queremos decir con esto, que es una tea apagada.

¡Cuántos sueños, cuántas esperanzas, cuántas decepciones vuelan y revuelan en derredor del grande, del único, del codiciado bastón! El agita, tortura, desvela a millares de ciudadanos. Sin él estarían de más los comités políticos. No se realizarían elecciones. No oiríamos discursos. No existirían las Cámaras y nos veríamos privados del grato espectáculo de las tumultuosas manifestaciones de la Avenida, donde los soldados del escuadrón de seguridad lucen su arrogancia. No veríamos las calles de la ciudad, en sus frentes habitualmente grises, engalanados con chillona policromía y el fragor de las imprentas cedería a una inercia absoluta.

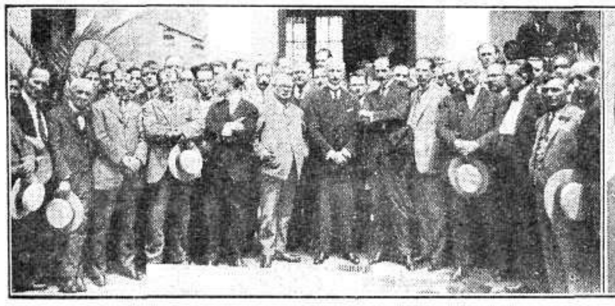
Que vuelvan a su uso los bastones. Que se lancen otra vez a la calle; que suban, que bajen, que giren como vertiginosas aspas de molino y... que tomen parte activa en la política. Ahí está su misión: derrocar o defender al gran bastón que está arriba, el gran bastón de gran bonete.

LEONARDO F. BAZZANO

GALLETITAS CUBIERTAS CON CHOCOLATE



De Tucumán



El nuevo Intendente Municipal, señor Manuel Martínez, rodeado por un grupo de caracterizados comerciantes que le hicieron objeto de una demostración de aprecio, por su reciente designación a dicho cargo.



El boxeador Luis A. Firpo rodeado por los redactores del diario "El Norte Argentino", durante la visita efectuada por el popular campeón, a los talleres del prestigioso periódico tucumano.

PENSAMIENTOS

Los sabios no se detienen jamás en los jardines de recreo de los sentidos.

La gota de rocío celeste que, acariciada por el primer rayo de sol matutino, brilla en el seno del loto, una vez caída al suelo, conviértese en barro inmundo· mirad: la perla es ahora partícula de cieno.

Lucha con tus pensamientos impuros antes que ellos te dominen. Trátalos como pretenden ellos tratarte a ti, porque si, usando de tolerancia con ellos, arraigan y crecen, sábelo bien, estos pensamientos te subyugarán y te matarán.

Haz que tu alma preste oído a todo grito de dolor, de igual modo que descubre su corazón el loto para recibir los rayos del sol matinal.

Ayuda a la Naturaleza y con ella trabaja, y la Naturaleza te considerará como uno de sus colaboradores, y te prestará obediencia, y ante ti abrirá de par en par las puertas de sus secretos recintos, y pondrá de manifiesto ante tus ojos los tesoros ocultos en las profundidades mismas de su seno puro y virginal.

Alimentando el vicio es como se desarrolla y adquiere fuerza, a la manera del gusano que se ceba en el corazón de la flor.

La rosa tiene que convertirse nuevamente en capullo nacido de su tallo generador antes que el parásito haya roído su entraña y chupado su savia vital.

Muchas personas se lamentan de no poseer bastantes bienes; más debieran lamentarse de no saber contenerse con lo necesario. — Pensamiento Chino.

No debe juzgarse a ninguna mujer por informes de otra, porque casi todas tienen la debilidad de creer que se dan a sí mismas la gloria que quitan a las demás.

¡No Siga Vd. Sufriendo, Señora!

Lea lo que dice la señora Clementina R. de Aón.—**Dolores, F.C.S.**

«Muy señor mío: La presente es para dejar constancia del buen resultado que he obtenido con su afamado **Específico Scheid's** y para agradecerle al mismo tiempo, pues, con sólo nueve frasquitos de este remedio, he quedado completamente curada de los fuertes dolores de matriz y ovarios y de la hemorragia que padecí desde muchos años y autorízole de hacer uso de mi carta en bien de otras enfermas.

«Saluda a Ud. atte, S. S. S.

Clementina Aón».

"Específico Scheid's"

eficacísimo contra **dolores en el período, metritis, hemorragias y flujos,** pero cuando hay suspensión, **atraso** o **falta** del período, pídase **"AMENORROL"** de gran resultado e inofensivo, recetado por los médicos, frasco $ **4.—**

Venta: en todas las Droguerías y buenas Farmacias de la Capital e Interior.

Depósito General: C. PELLEGRINI, 644 - Bs. As.

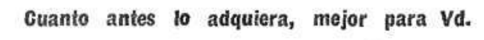
(Folletos manda gratis en sobre cerrado Dr. A. Bouquet, C. Pellegrini, 644).

Aire fresco cuando se quiera.

Cuando Vd. siente calor, abre todas las puertas y ventanas de la habitación donde se halla, para tener un poco de fresco. Pero generalmente las brisas nunca corren cuando Vd. las desea.

Por eso si Vd. tiene un VENTILADOR METROPOLITAN-VICKERS, éste le proporcionará esas brisas con sólo mover la llave.

Silenciosamente producirá un exquisito aire fresco y suave, eliminando las molestias de los días calurosos.





SILENCIOSOS, DURABLES y ECONOMICOS





De Tucumán



El ex gobernador Dr. Juan B. Bascary rodeado por un grupo de correligionarios, que acudieron a saludarlo a su llegada a ésta.

El interventor Municipal señor Manuel Martínez, acompañado por un destacado núcleo de amigos al tomar posesión del cargo.


DE FOREST
El aparato "DE FOREST", modelo D-10, no precisa conexión exterior y es completamente portátil.
Con un receptor "DE FOREST" puede usted y su familia, en su propio hogar, escuchar los Conciertos, Conferencias, Teatros Colón, Coliseo, Cotizaciones de Bolsa, etc. que se realizan en Buenos Aires, Montevideo u otras ciudades, y toda la gran variedad artística y popular de transmisiones.
Invitamos a usted a visitar nuestros saloncitos de audiciones, y se convencerá de que el receptor "DE FOREST" (sin antena exterior) es la última palabra científica en radiotelefonía.
Solicítenos folletos explicativos que enviamos gratis.
AGENTES EXCLUSIVOS:
Pratt & Cia.
626 - SARMIENTO - 636. BUENOS AIRES
Rosario y Córdoba.
DELCO-LUZ
El equipo eléctrico que por sus resultados se ha impuesto en la Argentina y en el mundo entero.
EN TODA CASA DE CAMPO,
estancia, chalet, negocio, etc. es de imprescindible necesidad la instalación de un equipo DELCO-LUZ, pues él representa COMODIDAD, SEGURIDAD y ECONOMIA.
Envíenos HOY MISMO la orden para que le instalemos en su casa de campo un DELCO-LUZ, para disfrutar de sus ventajas en el presente verano. Más de 2.000 funcionan actualmente en este país desde hace seis años.
Solicítenos folletos explicativos y la nómina de poseedores, que enviamos gratis.
(Agentes en todas las principales localidades del interior).
DELCO-LUZ

PRIMERA AMARGURA.



ONÓ un fósforo. Tímida claridad oscilante iluminó la sencilla y elegante alcoba.

Encendida una vela, María saltó del lecho, ágil, sin ruido.

Posó los pies en una blanda piel blanquísima.

Habíase acostado medio vestida.

Con la precaución de quien teme ser oído, extendió, sutil, el brazo y trajo hacia sí, con cuidado, la bata azul muy suave, que descansaba en postura lánguida en el respaldo de una silla antigua.

Una vez vestida, tomó en la mano izquierda los zapatos de lazo... ¡cuán pequeña alabanza sería llamarlos microscópicos!

En la mano derecha llevaba la palmatoria de plata.

Leve como la brisa, pasó a la estancia vecina.

Era el dormitorio de sus padres; muy severo a aquella hora, con sus anchos y pesados cortinones; destacándose además dos grandes espejos... al ver en los cuales su propia imagen estremecióse y pasó creyendo que alguien venía a su encuentro.

Tranquilizada, apretó los zapatos bajo el brazo derecho. Con la mano libre, imprimió a la puerta un movimiento rápido y bien medido, que no produjo rumor.

Encontrábase ahora en la alcoba de esos dos seres igualmente queridos; cuarto a donde tantas veces, alegre alondra, llevaba los primeros saludos de la mañana, en una ingenua indecisión de ternura, que la hacía dirigirse ya a uno ya a otro.

María entró. Su mano rosada y trasparente servía de pantalla a la luz, amortiguándola.

Veíase entonces desocupado uno de los lechos. En el otro, sobre las sábanas, dormitaba un sueño poco tranquilo una mujer hermosa aún, de rostro mate, extremamente pálido.

— ¡Mamá querida! — dijo para sí María, envolviendo aquella figura en una mirada que era una profunda caricia. — ¡Qué mal acostada!... ¡Si pudiese, al menos, abrigarte las rodillas!

No se atrevió, temiendo despertarla.

Por una puerta completamente abierta descubríase un ancho corredor. En el fondo, mal alumbrado, un aposento grande. María salió por allí, cerrando cautelosamente la primera puerta; después, al extremo del corredor, la segunda.

Llegó a la sala del piano.

Apagó la vela y fué a avivar la luz mortecina del quinqué. Calzóse entonces los zapatos y sentóse junto a la mesa, enviando a todos los objetos de la sala una infantil sonrisa de triunfo.

¡Por fin! — era la íntima significación de aquella sonrisa. — ¡Ah, pues creían que había de ser eternamente niña!... Tenía ya catorce años y era más alta que mamá... Que no la llevasen todavía a bailes ni a *soirées*, lo comprendía. Que su mamá no apreciara el torbellino de la vida mundana y prefiriese las palestras amenas e instructivas con que ambas entretenían las noches, pase. Ahora que se la obligara siempre a recogerse a las once, apenas tomaba el te, sin esperar a su padre, a pretexto de su poca edad, es lo que no podía llevar con paciencia... ¡Pues valiente razón! ¡Como si no fuese un deber de buena hija acompañar a su madre en las vigilias!... ¿Para qué servía ella entonces? Para dormir, domir, y allá por la noche adelante, al escuchar un rumor confuso, decirse a sí misma, rebujándose en las sábanas: —*¡Ya llegó! Qué tarde debe ser!* — Pero también... ¡qué sociedad tan fastidiosa que no se harta de bailes y de partidas de juego!... ¡Todas!... ¡todas las noches!... ¡Ah!... pero si al menos se quedase ella levantada... ¡Y qué capricho el de la mamá! Hasta a las criadas, madrugadoras por obligación, las hacía recogerse temprano... Nada, estaba resuelta. Por su parte, esto iba a acabar de una vez... Se estremecía de júbilo ante la idea de la sorpresa que iba a causar a ambos...

Daba la una. Abrió uno de los libros que tenía a mano. A los pocos momentos se sumergía profundamente en la lectura.

¿Qué libro sería aquél? Novela, no.

Era volúminoso, de gran tamaño: *Las grandes invenciones antiguas y modernas*, de Luis Figuier.

Había, además, otros volúmenes sobre la mesa.

María había tenido por única educadora a su madre, y, a los catorce años, era ya más instruída de lo que en este país suelen ser generalmente las señoras.

¡Feliz la hija que así aprendió! ¡Bendita la madre que de la luz de su espíritu recibe inspiración con que, al contrario de lo que algunos creen, consigue entretener y prolongar en la discípula querida, por el influjo de las buenas letras, el imperio de la inocencia y de las gracias ingenuas!

Y era justamente en aquella mesa donde, durante años, se había desarrollado la más estrecha convivencia de hija y madre. Sin previo programa, brotó allí un curso, hermoso como pocos, y esencialmente asimilable. Y — ¡oh fuerza prodigiosa de los lazos de la inteligencia!— las dos habían sentido constantemente que cada velada se amaban más, procurando con avidez un fin en que el interés era común, y sólo en oposición cuando la torre de San Roque, monótona y doliente, daba, en el silencio de la noche, las once campanadas importunas.

Entonces, Manuela Valladares, la mujer esbelta y distinguida que, en años sin preocupaciones, brillara en los salones de la sociedad elegante, y que parecía ahora del todo recogida dentro de su grande amor de madre, tornábase inexorable.

En balde suplicaba María. — *No*, irrevocablemente *no*... Los jóvenes necesitan dormir mucho. Y lo mismo la gente de servicio, que trabaja desde las primeras horas del día. Era como un ansia de que entrase en sosiego la casa toda.

Manuela Valladares quedábase sola en la sala del piano aguardando a su marido, delante de un libro abierto.

La sonrisa de indefinida ex-

presión, a un tiempo suave e inflexible, dulce y fuerte, con que cada noche respondía a las últimas instancias de la hija, desarmaba completamente a la voluntariosa niña despechada.

¡Ah! pero ahora iba a acabarse todo — pensaba ella, a intervalos alternados con la lectura. — Tenían que convencerse de que no siempre había de ser niña.

Lo peor era el frío que hacía y no tener allí ningún abrigo... Estaba realmente helada... ¡Ya lo creo!... ¡si era diciembre y tan tarde!

¡También papá!... ¡Qué rabia tan grande tenía ella a esos convites sin fin! Ya no se acordaba de la última noche que él pasó en casa... ¡Y qué tarde!... ¡Realmente!... Por eso la pobre mamá andaba agobiada... ¡Hace tanto mal no dormir!

Dedicidamente no podía con aquel frío. Dolíanle las manos, tan inchadas y rojas estaban.

Tuvo una idea. Todo era mejor que exponerse a despertar a la mamá.

Tomó súbitamente el paño de la mesa, doblólo en forma de chal y se lo echó sobre hombros.

No se sentía ahora tan mal, tan asustada... Pero, sin saber por qué, tenía miedo.

Dieron las dos.

¡Y, en verdad, qué tarde venía! Ella deseaba mucho entretenerse; ¡mas cómo, si la había invadido aquel susto, pueril pero dominante, que tantas veces subyuga a los espíritus fuertes! Leer érale imposible.

De repente le pareció oir rumor en la escalera. ¡Santo Dios, qué alegría!... Quitóse con rapidez el chal improvisado. Necesitaba tener bien libres los brazos para arrojarse al cuello y acallar con besos y caricias la reprensión inminente.

Pero... Los pasos que oía eran... no sabía cómo... No le parecía nada el andar de su padre; e inclinábase ansiosa hacia la puerta.

Y, seguramente, Antonio Sequeira, un elegante, un hombre fino, no podía andar así.

Sonaban ahora más cerca los pasos torpes, irregulares...

¿Ladrones? No sería posible — decía muy bajo, para tranquilizarse. Y, en seguida: — ¿Y si fuesen?

Sintiendo, sin embargo, girar la llave en la cerradura, reconoció — no sabría decir por qué — la mano experimentada que la dirigía.

Realmente, ¿cómo podría haber confundido así?... ¡Lo que hace el sueño! — pensaba.

Apenas tuvo tiempo de esconderse detrás del repostero. Deseaba mucho saborear la sorpresa de su padre.

¡Qué interesante debía estar ella! En sus movimientos de la cabeza tenía inconscientemente gracias de paloma. En la virgínea esbeltez del busto se descubrían, mal expresadas aún, risueñas promesas del más seductor perfil de mujer.

* * *

Antonio Sequeira entró, cerró la puerta y metió la llave en el bolsillo.

Como perrita festera, escondida, prepara el salto con que irá a lamer y acariciar las manos del dueño, así María descorrió el repostero levemente y acechó.

¡Santo cielo! No dió un grito porque el terror exagerado quita la voz.

Su padre estaba allí; pero tambaleándose, cayéndose... tal vez con un ataque.

Corrió hacia él con los brazos abiertos. — Papá... ¿Qué es?... ¿Pero qué es lo que tiene?... — Y bajaba la voz ahogada, temerosa de despertar a su madre.

Hizola retroceder un empujón brutal.

Con un movimiento brusco, María levantó la cabeza y miró.

Lo que vió era horrible. Sólo en ese instante dejó de ser niña. Nerviosamente, llevó ambas manos al corazón. ¡Pobre corazón, iniciado ya ahora en el camino del sufrimiento!

¡Horrible! Ese padre de quien ella sólo conocía la nobleza y la elegancia del porte, la inteligencia brillante y cultivada, el corazón benévolo y tierno, ese padre que era para ella ídolo, religión Dios... estaba allí con los párpados caídos, la faz lívida, las piernas oscilantes... ¡borracho!

¡Y era aquella la realidad y no moría!

Antonio Sequeira sonreía estúpidamente intentando encaminarse hacia la alcoba.

María creyó que enloquecía.

Sin saber lo que hacía: — Papá... — suplicó con lágrimas, sosteniéndole por un brazo.

— Dé-ja-me... — El habla, cortada y ronca, no era del él.

— Papá... — repitió María, anhelante.

— Dé-ja-me... te he di-cho. — María no podía tenerse en pie. Inclinóse, abrazándole las rodillas.

Lo que ocurrió entonces es inenarrable.

Una fuerte bofetada sonó en el aposento, seguida de un

grito sofocado. Antonio Sequeira, en el ímpetu nefando, perdió el aquilibrio, cayendo extendido en la alfombra.

María, casi desfallecida, se cubrió el rostro con ambas manos, como procurando púdicamente esconder una gran vergüenza. Y se ahogaba en sollozos.

Con un impulso febril abrióse la puerta.

Manuela Valladares corrió hacia el marido, como leona ofendida en su delicada susceptibilidad de madre.

— ¡Desgraciado!... ¡Desgraciado!... — repitió muchas veces, sacudiéndole el brazo inerte.

Respondióle un gruñido siniestro.

Entonces, levantando a la hija, casi en brazos la llevó al sofá, donde ambas se dedejaron caer.

Y lloraron... lloraron mucho sin que ninguna sintiese deseos de hablar.

¡Palabras! ¡Qué tienen que ver con el dolor supremo!...

Sólo mucho después Manuela Valladares se acordó de hablar, si era habla lo que ella dejaba escapar entre las convulsiones del llanto.

— ¡Pero tú... hija mía... venir aquí!... ¡Válgame Dios!... ¡Niña imprudente!... ¡Oh! pero no creas que él es... un vicioso... No, eso no... Algún exceso... Son los amigos... los amigos falsos, que le arrastran... Es muy desgraciado...

María había cesado en su llanto.

—Pero, mamá... Entonces... ¿todas las noches?...

— ¡Oh! no, hija... Todas, no.

Entretanto, Antonio Sequeira roncaba.

Muy instada por la madre, María accedió a recogerse en su cuarto. Iba a volverse hacia el padre, cuando aquélla se interpuso.

— No, María, no mires... No le veas así.

Y la hija cedió, sin resistencia, con un ligero estremecimiento.

Apenas se quedó sola, Manuela Valladares, con el esmero con que las mujeres saben cuidar a los enfermos, tomó entre sus manos aquella pobre cabeza alcoholizada y la colocó sobre una almohada. Con la misma delicadeza le desabrochó el traje.

Después recostóse en el sofá, cerró los párpados y quedó inmóvil. ¿Dormiría?... No duerme quien tiene tales penas.

Como turbada, veía pasar por su imaginación, en extraño contraste, escenas del presente y del pasado.

Volvía a ver—¡y qué dolorosa *saudade!*—la felicidad desvanecida tan de prisa. Cómo en las ruidosas fiestas de los salones fuera aplaudida, reina de la elegancia y del ingenio. ¡Mal sabían entonces aquellos aduladores insulsos con qué desprecio se reía de sus rastreras cortesías! ¡Es tan fácil ser amable y tener gracejo cuando se es feliz!...

¿Y ahora?... Gracia, belleza, vivacidad, todo hecho pedazos por la mano casi inconsciente de un marido adorado que nunca había dejado de amarla mucho.

Extraña situación!

¡Oh qué *amigos!*... ¡qué infames!

ALICIA PESTANA

DIBUJOS DE BONOMI.

Carta de París:

LA UVOTERAPIA

UNA OPERACION DE POLICIA SANITARIA

Desde tiempo inmemorial — la cuestión se halla ya tratada en los Santos Libros, — la cura de uvas frescas fué utilizada con éxito para la depuración de la sangre viciada, la limpieza del tubo digestivo, el tratamiento de los trastornos gastrointestinales y de las enfermedades de la piel, provocadas por la subida de la espuma o escoria del fuero interno.

Esta medicación, que ha hecho ya sus pruebas, no tiene más que un defecto: no estar al alcance de todos los que tienen necesidad de ella: 1.º) porque no dura más que una estación; 2.º) porque no siempre se dispone de una viña; 3.º) porque todos los estómagos no pueden soportar una carga tan grande, *de la cual sólo una pequeñísima parte es útil.*

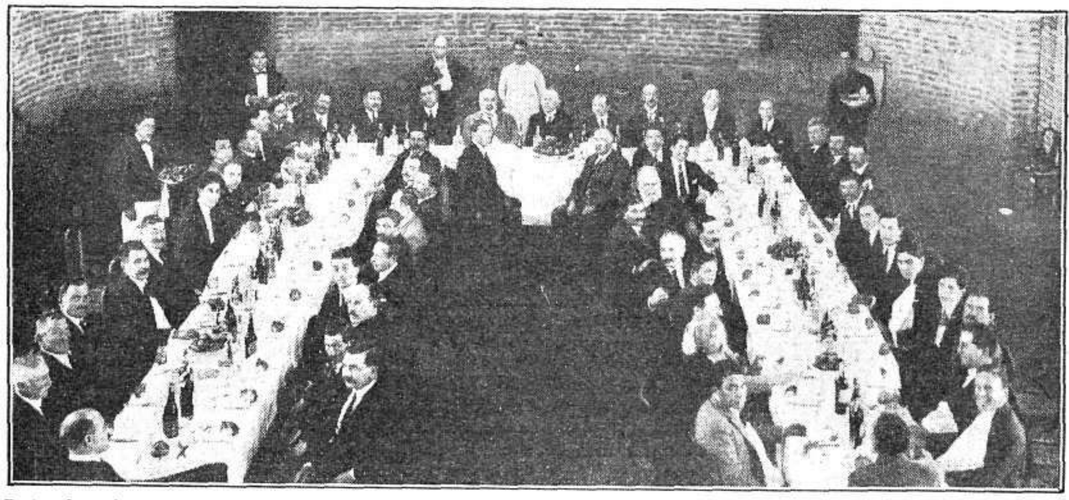
Pero un gran sabio francés, Mr. Jacquemin (de Malzéville, cerca de Nancy), cuyo nombre es ya conocido y bendecido en el mundo entero, tuvo la feliz inspiración de extraer del zumo de las uvas, precisamente esta parte útil, es decir «el fermento» (*saccharomyces ellipsoideus*) que, después de una selección rigurosa, sometió a una especie de reeducación con objeto de aclimatarlo a la vida intraestomacal. Tuvo, por otra parte, buen cuidado dè no emplear más que *uvas de países cálidos*, cuyos fermentos están habituados a temperaturas aproximadas a la del cuerpo humano.

De este modo ha instituído una medicación tan eficaz como la cura tradicional de uvas frescas, sin tener los inconvenientes de esta última. Nada puede igualar al *fermento puro de uvas Jacquemin*, tanto desde el punto de vista preventivo, como desde el punto de vista curativo, para combatir las afecciones provenientes de la impureza de la sangre o de la disminución de la nutrición: dispepsia, embarazo gástrico, enteritis, estreñimiento, obesidad, diabetes, infarto del hígado o de la vejiga, anemia, neurastenia, trastornos cutáneos, tales como la urticaria, barros, eczema, etc...

Hacer una cura con el *fermento de uvas*, es ejecutar positivamente, en la economía, una operación de policía sanitaria.

EMILE GAUTIER.

Pueden hallarse todos los informes complementarios y detalles completos sobre el tratamiento, así como la opinión autorizada de eminentes facultativos, en el interesante folleto ilustrado: **"La Medicina de los Fermentos"**, que se enviará gratuitamente a los que lo soliciten, con sólo mandar su nombre y dirección al Depósito General: 684, San Martín, Bs. Aires.



Destacados miembros de la colectividad italiana que concurrieron al banquete ofrecido por la Sociedad "La Patriottica" conmemorando el aniversario del triunfo obtenido por los ejércitos italianos en el "Vittorio Veneto".

LO QUE COME UN COCODRILO

¿Qué comerá hoy en el almuerzo el cocodrilo del río Limpopo?, le pregunta un elefantito a su padre en un gracioso cuento de Rudyard Kipling. Y poco después, lo sabe a expensas suyas el curioso, porque comete la imprudencia de ponerse al alcance de las voraces mandíbulas del suario. El cual tiene un apetito verdaderamente formidable. Un cazador, refiere el «Daily Mail», encontró en el estómago de un cocodrilo muerto en el territorio del lago Tanganyka, la siguiente macabra colección: once brazaletes; doce grandes piedras y una larga cuerda de fibra vegetal. Tal vez la cuerda era lo único que no había podido digerir, de algún indígena portador de algún bulto, a quien había devorado y asimilado con su carga. En el estómago de otro cocodrilo se encontró una bolsa con 50 monedas de oro; probablemente las economías hechas por un negro, y por él conservadas consigo celosamente hasta en los espasmos de la agonía. Esta bolsa dió lugar a un curioso incidente. El jefe de la tribu a que pertenecía el indígena devorado, reclamó una parte de las monedas como derecho del fisco sobre los tesoros recobrados.

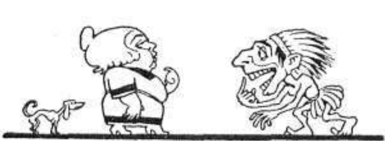
Es mejor decir: «Esta única cosa la hago admirablemente», y no «Estas cincuenta cosas las hago de manera pésima».

Comentarios

Alvear pregunta
— ¡Cómo! ¿se va?
Me dejan solo. ¿Por qué será?
¡Pobre de mí!
Usted, sin duda, lo ha de saber.
Y Elpidio, ingenuo, contesta así:
— ¿Que yo responda? No puede ser.
* * *



Iba un hombre sencillo, cierto día,
con su sombrero nuevo. La alegría
de aquel hombre sencillo era estremada.
Porque ¿estrenar, no es nada?
En esto, cuando alegre sonreía,
desde un piso tercero,
cayó un ladrillo y le rompió el sombrero.
Se ve que, entre sombreros y ladrillos,
no hay relación posible, hombres sencillos.
* * *



— ¡Qué gorda está Concepción!
¡Si parece un monumento!
— Dicen, con toda razón,
que sería la ilusión
de un antropófago hambriento.
* * *

Con este solemne fallo
alude a Gallo un babieca.
— La situación está clueca
y no le hace falta Gallo.
* * *

— ¿Cómo ha medrado? ¿Cómo?
— Es un adulador de tomo y lomo.
— A mí se me figura
que no tiene talento ni cultura.
— Pues seguirá medrando,
Es un genio adulando.
* * *

Cierto insignificante
que jamás hizo nada ni hará nada
y que es, a pesar de eso, un petulante,
ésto afirma, con voz emocionada:
— Todos se van. ¡Muchachos, adelante!
Abundan los ministros quisquillosos
que alguien suele llamar pundonorosos.

Renuncian al momento
y, es claro, yo estoy loco de contento.
Más tarde o más temprano, este verano
será ministro todo ciudadano;
Y yo, como cualquiera,
me podría encargar de una cartera.
Todavía es temprano.
pero, aun cuando es temprano todavía,
yo voy a ser ministro cualquier día.
* * *



— ¿Qué es lo que nos cuenta? Generalidades
y vulgaridades.
Todo el que no dice cosas de substancia
debe ser lacónico.
— No le dé importancia.
Eso es un discurso radiotelefónico.
* * *

Al decir de mucha gente
Federico es un buen chico;
aunque, añade alguno, es rico
de una manera indecente.
Y a cuántos, en competencia,
solicitan su amistad,
mucho más que la bondad,
les admira la indecencia.
* * *



Un comerciante viejo
le da a un muchacho pobre este consejo:
— A ver, ¿de qué se trata?
¿Quieres ser rico? Bueno. Lo serás,
si no gastas tu plata
y le sacas la suya a los demás.
* * *

Loza, asustado, exclamó:
— Les aseguro que no.
Yo no imito a mis colegas.
Yo no imito a Herrera Vegas
ni a Matienzo ni a Marcó.
Ni estoy triste, ni estoy harto
ni de Marcelo me aparto.
¡Que se marchen el primero
y el segundo y el tercero!
Yo no aspiro a ser el cuarto.

MONOS DE REDONDO

Correo sin estampilla.

Maloya. — Buenos Aires. —
Se recibió «El Fardo».

N. G. R. — Buenos Aires. —
Mira el vulgo con desprecio
tan ñoña literatura,
porque el vulgo no es tan necio
como a usted se le figura.

Le Hussad. — Buenos Aires. —
La historieta, vulgar y aburrida,
no nos puede llamar la atención.
Crea usted que era ya conocida
en los tiempos de Mari Marrón.

D. V. I., Murciélago, R. R. — Buenos Aires. —
Quienes ven que rechazan con justicia,
su prosa eternamente,
dicen que aquí vivimos en Fenicia,
dicen que no hay ambiente.

Y. — Buenos Aires. —
Su artículo nos parece
que es un puro macaneo.
Crea usted que no merece
ni el honor del vapuleo.

C. L. H. — Buenos Aires. —
Esas pavadas, aderezadas
con mucho ingenio,
algunas veces en el proscenio
no son pavadas.

C. I. S. — Buenos Aires. —
Diga, señor: escribir,
cuando se tiene talento,
¿es un modo de vivir
o es un entretenimiento?

E. T. — Buenos Aires. —
Al resignado lector
le dan ganas de llorar,
cuando un versificador
no sabe versificar.

Th. — Buenos Aires. —
Primero, el «novilunio»
después, traidoramente,
asoma el «infortunio»
y luego, fatalmente,
se impone el «mes de Junio».

Xilones. — Buenos Aires. —
Pues, bien: los lapones,
los cafres, los moros, los persas, los galos,
leyendo los versos que escribe «Xilones»,
dirían: — ¡Qué malos!

J. M. D. A. — Buenos Aires. —
No nos llaman la atención
las cosas que usted aplaude.
Ni nos entusiasma el fraude
ni lafalsificación.



El encanto de un niño sano y robusto

puede destruirse, si durante la lactancia no se tonifica el organismo de la madre.

No es ésta solamente la opinión de un célebre médico de niños, sino también la enseñanza de la experiencia.

En esta época de fuertes calores, el delicioso AFRICANA EXTRACTO DOBLE es el mejor y más eficaz tónico, porque es al mismo tiempo un excelente refrescante, benéfico para Vd., señora, y su niño.

En las comidas y a cualquier hora del día.

AFRICANA EXTRACTO DOBLE

ELABORADA POR LA Cía. Cervecería Bieckert Ltda.

SAN JUAN, 3334. BUENOS AIRES


Señor Mario Buscaglia.—Capital.


Señor Enrique F. Radaelli. — Capital.


Señorita Urbana Bos. — Capital.


Señora Clementina Rosa de Castelli. — Capital.


Señor Jorge E. Glenny — Capital.


Señor Antonio Pelorosso. — Ramos Mejía.

NO LLOREMOS A LOS MUERTOS

¿Quién tiene razón, los que creen que los muertos desaparecen para siempre, o los que creen que sus muertos no han cesado de vivir y los ven, los oyen, los sienten?

Cualquiera que sea nuestra religión, siempre hay un lugar donde no pueden morir nuestros muertos; y este lugar está dentro de nosotros.

Debemos vivir con ellos sin tristeza y sin terror.

Hay quienes llaman a sus muertos, mientras que nosotros arrojamos y ahuyentamos los muertos, les tenemos miedo: ellos lo comprenden y se van y nos dejan para siempre.

Mueren, no en el instante en que se hunden en el sepulcro, sino lentamente, al hundirse en el olvido.

Este es quien los mata definitivamente.

No hay sepulcro, por más profundo que sea, cuya losa no pueda ser levantada y cuya ceniza no pueda ser removida por un pensamiento.

No habría diferencia entre los vivos y los muertos si supiésemos recordar.

Lo mejor que tenían aquellos que desaparecieron, viven con nosotros después que el destino los llevó de nuestro lado. Todo su pasado nos pertenece y es más grande que el presente, más cierto que el futuro.

La presencia material no es todo en este mundo, y podemos dispensarnos de ella sin desesperar.

En lugar de creer que han desaparecido nuestros muertos para no volver nunca, pensemos que se hallan en un país que no está tan lejos y al que todos iremos un día.

El recuerdo de los muertos es más fuerte que el de los vivos; es como si estuvieran tratando por su parte, en un esfuerzo misterioso, de unir sus manos con las nuestras.

Llamad a los que se fueron, antes que sea muy tarde, antes que estén muy lejos. Vendrán y se acercarán a vuestro corazón: os pertenecerán como antes, pero ahora serán más bellos y más puros. — MAURICIO MAETERLINCK.

La esperanza es dulce, pero se agría como la miel. — *Montaigne.*

Jamás el amor ha pretendido una cosa en vano. — *Millon.*



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL

Trimestre...	$ 2.50
Semestre...	» 5.00
Año...	» 9.00
Número suelto....	20 ctvs.
Número atrasado del cte. año...	40 »

EN EL INTERIOR:

Trimestre...	$ 3.00
Semestre...	» 6.00
Año...	» 11.00
Número suelto...	25 ctvs.
Número atrasado del cte. año....	50 »

EN EL EXTERIOR

Trimestre...	$ oro 2.00
Semestre...	» » 4.00
Año...	» » 8.00

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

De Catamarca

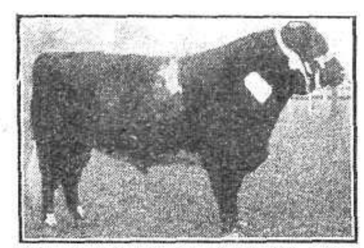
ANDALGALA.— Núcleo de caracterizados vecinos que integra la Comisión Directiva de la "Biblioteca Popular Sarmiento", cuya reciente creación ha sido únanimamente celebrada.



Parte del público que concurrió al acto de la colocación de la piedra fundamental donde se construirá el edificio destinado a la Biblioteca anteriormente citada.

LA ULTIMA EXPOSICION DE GANADERIA GENERAL DE ESTE AÑO.

Gran Exito del 55.º Concurso organizado por la Sociedad Rural de Tres Arroyos.

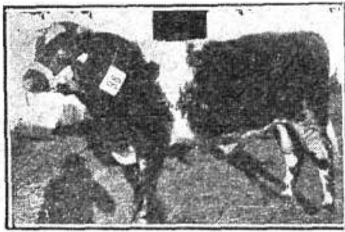


"San Ramón's Pershing Florist 2", primer premio y campeón Shorthorn de pedigree. Criado y expuesto por Suc. de Ramón A. López Lecube.

Es bueno y oportuno hacer constar, porque es de justicia, que Tres Arroyos es, por sí mismo, el centro de una extensa área de fértiles y ricas tierras, donde existe un buen número de hacendados que tienen por práctica comprar los toros y carneros que necesitan en este anual Concurso, y en ello consiste sin duda alguna la mayor parte del éxito excelente que alcanzan las subastas que siguen a la Exposición. Y los buenos precios a que se realizan tales ventas, así como el número de animales que allí se adquieren, naturalmente son un incentivo para que los criadores acudan, siendo los resultados, igual este año que en otros anteriores, magníficos en cuanto se refieren a registros para las categorías de bovinos Shorthorn, carneros Lincoln y también para otras clases de equinos pesados.

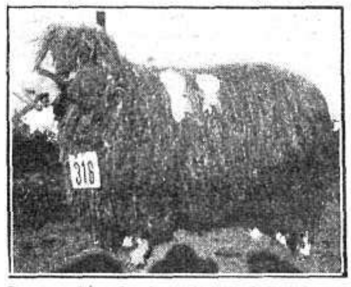
Shorthorns a galpón. — Once toros se presentaron en la categoría de 6 dientes, adjudicándose el primer premio al señor Juan B. Yraizoz con un colorado y poco blanco de mucha profundidad, costillas bien arqueadas, costado lleno y gran peso, ejemplar al que se le concedió después el reservado de campeón de la Exposición y la Copa Serafín E. Allievi. Los señores Oroquieta ganaron el segundo honor con un colorado de muchas carnes y lomo ancho y derecho, al que posteriormente se le adjudicó el reservado de campeón regional; y el tercer premio fué dado a un rosillo de buenas formas y de gran calidad, de la cabaña «Los Pinos», de J. B. Yraizoz. Ganaron menciones honoríficas tres machos del partido de Tandil.

En la categoría para machos de 4 dientes, hubo trece ejemplares compitiendo, y la cabaña «San Ramón» de la Suc. de Ramón López Lecube, se llevó el primer premio con un colorado de mucha calidad y carnes de buen toque, siendo el segundo lugar para un toro blanco de la estancia «Dos Marías», llevándose el cuarto premio otro ejemplar de este mismo rebaño. La cabaña «San Juan» ganó el tercer premio y «San Ramón» se llevó dos menciones honoríficas con buenos toros.



Campeón Regional de la raza Shorthorn.

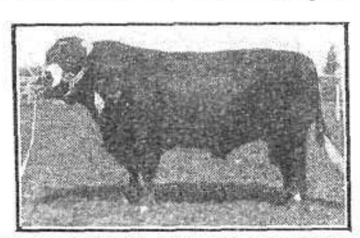
La categoría para machos de dos dientes fué bien competida. 52 toros concurrieron a esta pista, y después de una cuidadosa selección, el Jurado hizo retirar a sus pesebres 23, y luego procedió a escoger la mejor media docena de los restantes. A la cabecera de la línea formada al efecto fué colocado un rosillo colorado de la cabaña «San Ramón» de la Suc. de Ramón A. Lecube, excelente toro, poseyendo gran carácter racial y masculino, mucha profundidad, hermosas líneas, buen costillar y grandes carnes, al que correspondió el primer premio, el campeonato de la Exposición y cinco premios particulares. El segundo honor en esta categoría lo ganó otro toro de gran calidad, de la cabaña «San Ramón», ejemplar que en el remate alcanzó el buen precio de $ 3.100, y el tercer lugar fué para un rosillo de la cabaña «Los Pinos», del señor Yraizoz, siendo este último toro de



Carnero Lincoln de pedigree, lana entera, campeón y primer premio y ganador de premios particulares. Criado y expuesto por el señor Juan B. Yraizoz.

muy buenas líneas, lomo ancho, remos cortos, con muchas carnes de buen toque y bien repartidas. Fué vendido en subasta pública por pesos 2.500. Las cuartas menciones honoríficas fueron distribuídas entre animales de las cabañas «Los Pinos», «San Ramón» y «Dos Marías».

Veintisiete toros comparecieron en la categoría de dientes de leche, y entre ellos había varios de muy buen porvenir. La competencia entablada para conquistarse el primer premio resultó muy reñida entre un rosillo de gran calidad y hermosas líneas, de la cabaña «Dos Marías», de López, y un colorado de muy buenas formas y de bastante profundidad de la cabaña «San Ramón», de la Suc. de López Lecube. Después de una concienzuda deliberación, el Jurado dió su veredicto a favor del último, animal que fué luego rematado en $ 2.500. El segundo premio y el campeonato regional se lo llevó un rosillo de buena calidad pero alto de remos, de la propiedad de Oroquieta.



"Los Pinos 408", Reservado campeón toro Shorthorn de pedigree. Criador y expositor, señor Juan B. Yraizoz.

Dos menciones honoríficas fueron para ejemplares de «Dos Marías» y otra para un toro de «Cura Malal».

El premio para toros de raza Shorthorn de 2 dientes de leche hasta 6, en grupos de tres a galpón, fué ganado por la cabaña «San Ramón», de la Suc. de Ramón López Lecube, y el reservado se lo llevó un grupo de «Los Pinos», del señor Juan B. Yraizoz. La cabaña «San Ramón» ganó el primer premio y el campeonato para hembras Shorthorn y además la copa Mazzuchi Telayna y Cía. con una rosilla de gran calidad y carácter racial y femenino.

El reservado de campeón regional y el premio conjunto regional, fueron criados y expuestos por los señores C. y M. Oroquieta.

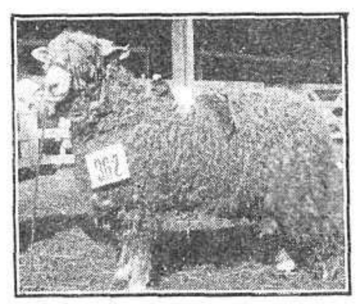
Toros Shorthorn non pedigree a campo. — Se registraron buenas entradas en esta sección, y la calidad varió de muy buena a inferior, siendo ésta de escasa proporción. En la categoría para machos de dos dientes hubo 27 competidores, y el primero, segundo y tercer premios se le adjudicaron al señor Manuel Hurtado por grupos de toros de muy buen tipo y calidad.

Sobre una docena de grupos compitieron en la categoría para machos de 4 dientes, y el juez concedió el primer premio al señor José Goyenaga por sus toros de mucho carácter masculino y buena calidad. Los señores Zumarraga y Carrizo ganaron el segundo honor, y el tercero correspondió a un grupo de muy buenos toros de la estancia «La Constancia», del señor Tornquist.

Aberdeen-Angus — No se registraron entradas en la la sección de pedigree, y en la categoría de no pedigree únicamente se presentaron tres toros del señor Juan B. Larrabura, quien ganó dos primeros premios, un segundo y el campeonato con sus toros de buen tipo y calidad.



Vaquillona Shorthorn de pedigree, ganadora de primer premio y campeona. Criada y expuesta por Suc. de Ramón A. López Lecube.



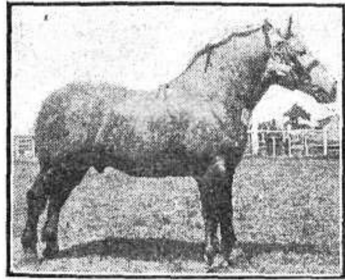
Campeón Lincoln de media lana, de Miguel Y. Aizpurua.

Ovinos a galpón. — Digamos que en todas las anteriores Exposiciones de Tres Arroyos atendidas por el que subscribe, registráronse magníficas exhibiciones de carneros de la raza Lincoln, y este año hemos podido comprobar que no se alteró tan excelente costumbre, además de que los ejemplares de la raza Rambouillet, de muy alta calidad, estuvieron representados en un lote magnífico.

En la categoría para carneros Lincoln de lana entera, había varios grupos que indudablemente hubieran ganado primeros honores en Palermo o en los mejores concursos provinciales. Los lotes de tres, en general, fueron más parejos que los del año pasado. El primer premio y el campeonato lo ganó un grupo del señor Juan B. Yraizoz, ejemplares de excepcional calidad, llenos de carácter racial, buenos tipos de padres, con grandes lomos, amplios costillares y con grandes vellones de buena lana de hebra gruesa y de espléndido color. Estos carneros ganaron también las Copas Méndez Hermanos y Pedro C. Hasquet.

El grupo de la estancia «La Concepción», del señor Sarasola, que ganaron los segundos honores, fueron también muy buenos ejemplares de la raza, con excelentes armazones y vellones, y los tres que se llevaron el tercer lugar resultaron típicos especímenes de la raza, siendo de la estancia «La Esperanza», del señor José María López. El jurado se mostró muy satisfecho al examinar otros excelentes grupos a los que correspondieron seis menciones honoríficas, criados en las cabañas «Los Pinos», «La Esperanza», «Miramonte», «La Clavelina», «La Bernarda» y «La Segunda Esperanza».

La primera categoría para carneros de media lana, de 2 dientes, vióse muy competida por numerosos grupos, y el Jurado tuvo bastante labor antes de decidirse a otorgar el primer premio a los señores Luciano López e hijos por bien emparejados carneros de buena lana y armazones, pero un grupo presentado por el señor Miguel Aizpurua más parejos aún de tipo y de lana, debió dar a éste el primer premio en vez del segundo. El señor Nicolás Larreategui ganó el tercer premio con animales de buena calidad que podían tener mejores armazones. Las estancias «La Unión», «Santa Catalina» y «La Concepción», se llevaron menciones honoríficas con muy buenos carneros.



Padrillo Percheron, primer premio y campeón.

La segunda categoría para machos Lincoln de media lana y 4 dientes también, se vió bien concurrida así en número como en calidad, y el primer premio se lo llevó un grupo de espléndido tipo y bien desarrollados carneros de «La Armonía», de J. B. Oroquieta, y el segundo lo ganó un lote de hermosa calidad de «La Bernarda», del señor Mendiberry. El tercer lugar correspondió a carneros del señor M. Aizpurua, ejemplares de mucho carácter racial; y otros honores fueron otorgados a grupos de las cabañas «La Unión» y «La Delfina».

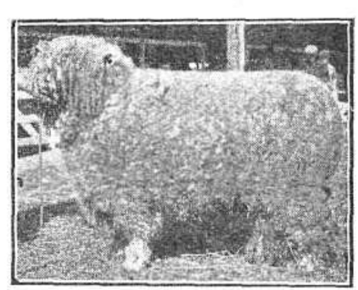
Constituyó un galardón para los criadores contemplar la parada para los honores del campeonato. El Jurado hubo de poner a contribución todos sus conocimientos en la materia para otorgar con justicia el codiciado honor, ya que las diferencias en tamaño, tipo, lana y piel eran bastante variable y requerían una buena selección. Sin embargo, no hubo error en dar el campeonato a un carnero del grupo N.º 362 del señor Aizpurua, grupo que se llevó la Copa Juan B. Yraizoz. El reservado de campeón correspondió a un animal de un grupo expuesto por el señor José María López.



Primer premio y campeon carnero Rambouillet. Criado y expuesto por Suc. de Ramón A. López Lecube.

La primera categoría para Rambouillets la ganó un grupo de muy buena calidad de carneros de la estancia «La Unión», y el mismo rebaño se aseguró un tercer honor en otro lote. El segundo premio se adjudicó a un grupo de carneros de bastante escaso tamaño pero de espléndidos huesos y lana, de la cabaña «San Ramón», de Ramón A. López Lecube.

Los competidores en la segunda categoría fueron mejores todavía en calidad, tipo, armazones y vellones, entablándose reñida competencia entre dos grupos de «San Ramón», de Lecube, y «Tres de Febrero», de Roberto Urquiza. La calidad y el espléndidamente tupido vellón, de gran finura y color, del grupo de López Lecube, se llevó el primer premio, y a uno de estos carneros correspondió después la cinta del campeonato, mientras que el segundo honor y el reservado de campeón fué para el señor Urquiza.



Reservado campeón Lincoln de media lana, de J. M. López.

Solamente hubo una categoría para hembras Lincoln a galpón y se vió representada por cuatro muy buenos grupos. El primer premio lo ganó el señor Martín de Alzaga con ovejas de magnífico tipo; Mac Lean y Winks se llevó el segundo, y el tercero fué otorgado a un grupo de la cabaña «San Miguel» del señor M. Aizpurua.

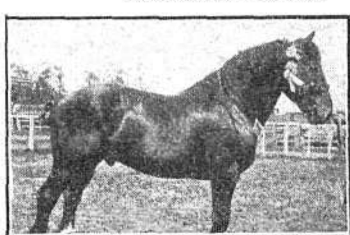
Carneros Lincoln a campo. — Esta sección estuvo bien concurrida y la competencia fuerte. El primero y segundo premios fueron para carneros de 2 dientes, del señor José M. López, machos de gran tipo y calidad; y el tercer honor lo ganó un grupo de buenos padres de la cabaña «La Bernarda», del señor Mendiberry. La categoría para machos de 4 dientes estuvo concurrida por espléndidos machos, y otra vez el primero y el segundo premios fueron para el señor López, en tanto que el señor M. I. Aizpurua se ganaba el tercero con un grupo de mérito.

Porcinos. — Estuvieron represenlas razas Berkshire, Large Black y Duroc Jersey, pero ningún ejemplar resultó de excepcional calidad. Los señores Pedro Ulthurralt, P. Ayerra y Darío Anasagasti se repartieron los premios con Berkshires; los señores M. Sáenz Peña y Rosas, con Duroc Jersey, y con Large Black, el señor M. R. Althurrut.

Equinos. — Esta sección se vió muy concurrida, siendo la raza Percherón la mejor representada. Los expositores de mayor éxito aquí fueron los señores M. Sáenz Peña y Rosas y Cía., que se llevaron el campeonato y las Copas La Pampa y el Banco Comercial de Tres Arroyos, con un padrillo de excelente tipo y característica racial y de padre. Otros ganadores con Percherones lo fueron los señores Adolfo A. Roo y Manuel Hurtado.

Con excepción de dos animales, los Clydesdales, un lote muy mezclado, escasos de tipo y de carácter. Los señores Rosas y Cía. se llevaron el campeonato y los principales premios.

GMO. ST. J. PETERS.



Padrillo Clydesdale, primer premio y campeón.

De Santiago del Estero



PADRINAZGO PRESIDENCIAL. — El señor Jacobo Miguel y su esposa señora María Elías, con su hijito Marcelo Torcuato, en cuyo bautismo actuó de padrino el Jefe de Policía provincial, quien representó en esta ceremonia al presidente de la República.

ENCIENDE TU LÁMPARA

En cuanto caiga la noche, enciende tu lámpara. No permanezcas en la obscuridad.

Enciende cuidadosamente tu lámpara.

El viajero que pase, dirá: «Cuánto reposo debe haber cerca de esa luz y cuánta paz».

La mujer solitaria que la distinga de lejos, pensará: «Allí debe anidar el amor; dos que se quieren son bañados por el mismo fulgor blando...

El niño que la contemple — exclamará: «Tal vez hay niños en rededor de la mesa y leen bellos cuentos y miran maravillosas estampas».

El ladrón furtivo murmurará con recelo: «Allí vive un hombre prevenido a quien no se puede atacar a mansalva».

Muchos, al internarse en la selva, se sentirán confortados por tu luz.

En verdad te digo que es misericordioso, a las primeras sombras, encender nuestra lámpara: la buena lámpara de que el Padre ha provisto a los caminantes de la vida. — AMADO NERVO.

La riqueza de cada espíritu es proporcional al número y a la precisión de sus categorías y de sus puntos de vista.

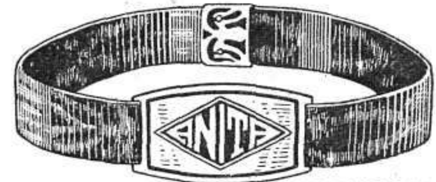
Nada se parece al orgullo como el desaliento.

Tratemos de asir el espíritu exacto de las cosas, de ver justo, de hablar a propósito, de aconsejar lo conveniente, de obrar en situación, de llegar a punto, de detenernos a tiempo. Cultivemos el Tacto, respetemos la Medida y la Ocasión.

AMIEL.



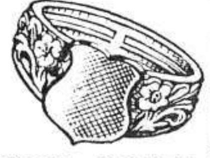
N.º 136. — **ESTE HERMOSO ANILLO** de plata 900 sellada, macizo con las iniciales en esmalte, precio nunca visto .... $ **5.00**



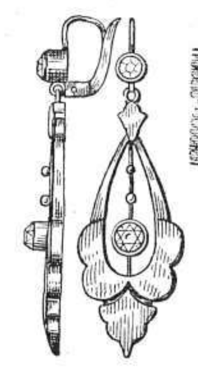
¡UN REGALO MUY APRECIABLE PARA LAS PROXIMAS FIESTAS!

PULSERA de moaré fino con placa de plata 900 con cualquier nombre en esmalte por solo .... $ **5.00**

La misma con placa maciza de oro 18 kilates sellado .... $ **15.—**



N.º 503. — **RIQUISIMO ANILLO** de oro 18 fix, cincelado a mano con su monograma grabado, precio increíble, a ..... $ **10.50**





¡Muy pocas veces se presentan oportunidades como esta!

PULSERA de gamuza fina, con reloj de plata 925, máquina áncora, con 15 rubíes, garantida la marcha por 3 años, para caballero, a .... $ **22.00**

LA MISMA *enchapada en oro 18 k. inalterable, garantido por 10 años*... $ **24.—**

Con cada reloj pulsera de éstas regalamos un vidrio de repuesto.



527 522

N.º 522. — **AROS** etruscos, imitación plata u oro viejo, el par pesos **4.00**

N.º 527. — **AROS** de alta fantasía plata vieja, piedra colgante de color, el par, por sólo........ $ **3.00**

N.º 526. — **ELEGANTES** aros de oro 14 kilates con piedras químicas, modelo de última creación, precio de costo pesos...... **12.00**

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno y enviamos los pedidos a cualquier punto de la República.

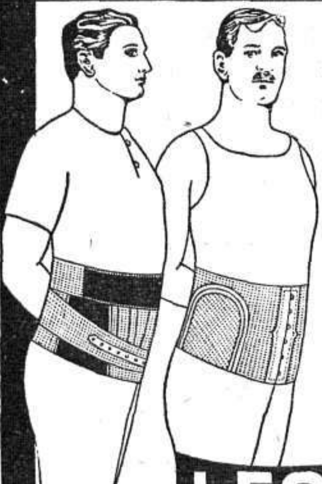
Los giros postales dirigirlos a nombre de P. SEITLER

La Suiza Americana

RELOJERIA - P. SEITLER - JOYERIA

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES

FAJAS "Dr. DIVAI"



Estas nuevas Fajas, en sus distintos modelos, del *Dr. Divai*, de la Facultad de Medicina de París, para *Señoras* y *Caballeros*, dan una elegante conformación al talle, reduciendo las líneas prominentes del cuerpo, siendo al mismo tiempo las más eficaces para combatir la OBESIDAD, VIENTRE CAIDO, DILATACION DEL ESTOMAGO, RIÑON MOVIL, HERNIA UMBILICAL, EVENTRACION, y modelos especiales para el *embarazo* y *operados*, etc., etc.

Especialidad en fajas de caucho (goma) desde $ 20.

Pídase personalmente o por carta el *catálogo ilustrado* con *sesenta fotograbados*, que remitimos GRATIS, por retorno de Correo.

Dirigirse a Leonard Prodel, Avenida de Mayo, 1172, Buenos Aires.



LEONARD PRODEL

AVENIDA DE MAYO 1172 - Bs. As. ♦ CASA MATRIZ 11 rue SAINT LAZARE Paris.

TIRANTES CH. GUYOT

REHUSAR LAS IMITACIONES

De Territorios



GENERAL PICO (Pampa). — Grupo de jugadores que tomaron parte en el torneo combinado de tennis realizado bajo los auspicios del "Pico Lawn Tennis" e "Independiente Tennis Club".



Núcleo de distinguidas jugadoras comentando los resultados parciales.



Socias del "Independiente" esperando el momento de defender la bandera de su club.



Señoritas de Riera y señores Quiroga y Monteagudo que se destacaron por sus brillantes jugadas.



Discos Victor de Sello Rojo.

Los artistas que llegan a grabar en discos Victor de sello rojo, consideran este hecho como una coronación a su arte.

El disco Victor de sello rojo, que lleva la palabra Victrola como distintivo de su procedencia, ha llegado a ser para los grandes cantantes del mundo la verdadera coronación de su arte.

No es cualquier artista que puede grabar para el disco Victor de sello rojo; en la Scala de Milán, el Metropolitan de Nueva York y otros templos de la música, sólo se admiten artistas de reconocido mérito y fama. Más todavía, para el disco Victor de sello rojo, solamente los grandes instrumentistas y cantantes del mundo, que se destacan entre los más reconocidos, pueden grabar su arte que es reproducido en toda su belleza original.

Caruso, Titta Ruffo, Galli-Curci, Paderewski y otros grandes artistas son ejemplo de lo que el disco Victor significa.



"LA VOZ DEL AMO" BEG. U.S. PAT. OFF. MoEF. MARCA INDUSTRIAL REGISTRADA

Importante: Busque siempre estas marcas de fabrica debajo de la tapa y en las etiquetas

Victor Talking Machine Company, Camden, N.J. E.U. de A.

Revendedores Victor en todas las ciudades y poblaciones importantes de la Argentina y el Uruguay.

UNICOS MAYORISTAS:

PRATT & Cía.
626, Sarmiento, 636. — Buenos Aires.

DELLAZOPA & MORIXE
Plaza Independencia, 733. — Montevideo.



PRESIDENTE ROQUE SAENZ PEÑA (Chaco). — La mesa escrutadora, realizando el recuento de los votos emitidos en la primera elección municipal que se efectúa en esta localidad, la cual se desarrolló dentro del mayor orden.

EL DISCÍPULO

Cuando Narciso murió, el río de sus delicias se transformó de una copa de agua dulce en una copa de lágrimas saladas, y las Oreades vinieron llorando por los bosques a cantar junto al río y a consolarle.

Y cuando vieron que el río habíase convertido de copa de agua dulce en copa de lágrimas saladas, deshicieron los bucles verdes de sus cabelleras. Y gritaron al río y le decían:

— No nos extraña que le llores así. ¿Cómo no ibas a amar a Narciso con lo bello que era?

— ¿Pero Narciso era bello?

— ¿Quién mejor que tú puede saberlo? — respondieron las Oreades. Nos despreciaba a nosotras, pero te cortejaba a ti, e inclinado sobre tus orillas, dejaba reposar sus ojos sobre ti, y contemplaba su belleza en el espejo de tus aguas.

Y el río contestó:

— Si amaba yo a Narciso, era porque cuando inclinado en mis orillas dejaba reposar sus ojos sobre mí, en el espejo de sus ojos veía reflejada yo mi propia belleza.

Nunca te encargues de dar una mala noticia. — *Mad. Paisieux.*

PERSONAS DESCONOCIDAS

NOVELA POLICIAL DE EXTRAORDINARIAS COMPLICACIONES

POR

ARTHUR SOMERS ROCHE

TRADUCIDA EXPRESAMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"

(CONTINUACIÓN)

CAPITULO IX

EL DETECTIVE DOYLE ROBA UN ORIGINAL Y DEJA UNA COPIA. — REGRESO DE MR. BENET

Si no fueran tantas y tan agudas sus preocupaciones, en las que el temor y la ansiedad, en horrible confusión, martirizaban su cerebro, Ruth, aquella mañana, le hubiera sido muy difícil reprimir una acentuada sonrisa o acaso una cristalina carcajada al contemplar la facha del estrafalario detective Pat Doyle.

El traje de la víspera habíalo reemplazado el original tipo por una especie de «jacket» de un azul tan «prusiano» y de un corte tan especial como jamás lo contemplara ella en persona alguna, excepto durante los alocados días de carnaval que presenciara últimamente en Boston.

Unos zapatos de corte bajo y de color pardo, salpicados, por decirlo así, con unos dibujos blancos superpuestos, establecían un contraste fuerte con el resto del atavío. En la cabeza, un flexible perla claro, que tapaba y contenía el gran mechón de negros cabellos rebeldes que, durante las conversaciones, solía agitarse en todas direcciones, terminando por aplanarse sobre su frente, llegando hasta taparle los ojos, lo que él evitaba con una sacudida peculiar de su cabezota.

En realidad, la primera impresión pudiera traducirse así: he aquí un actor dramático vestido para desempeñar algún papel de época, que, no habiendo tenido tiempo, entre ensayo y función, para mudarse de ropa a la hora del almuerzo, es lo bastante despreocupado para salir así a la calle y visitar a sus amigos.

Completaban su vestimenta una camisa de franela rayada con cuello postizo planchado y una corbata tan colorada como un tomate maduro.

En el anular de la mano izquierda seguía luciendo el estupendo diamante amarillo del tamaño de un guisante.

Y lo que, indudablemente, resultaba en tal personaje más original, menos risible en cierto sentido, era su carencia absoluta de pedantería «consciente», es decir, su naturalísima manera de ser, ajeno por completo a los sentimientos que su aparición despertaba y sin duda embebido en problemas de orden mental fuera de los cuales todo parecíale accesorio.

Por otra parte, su aire de complacencia social era tan ofensivo — casi diríamos tan agresivo — que cuando se presentó ante la señora Reverly, rígido y apurado como siempre, ésta perdió al instante el sentimiento ridículo que le inspiraba para ser reemplazado por otro de antagonismo y recelo, muy justificable en apariencia dada la ruda franqueza con que Doyle afrontaba los casos.

Sin embargo, Ruth, después de haber reflexionado lo bastante para rehacerse de las sucesivas y desagradables sorpresas que venían sobresaltándola, comprendía que sus vagos temores ante tal hombre no tenían razón de ser, por fútiles, y ahora se extrañaba de sus pasadas aprensiones.

¿Cómo era posible que se alarmara ante tal figura; de un hombre de tan estrambótico pergeño?

— Muy bien. ¿Qué ha sucedido la noche pasada? — preguntó, apenas saludando, el detective Doyle.

La voz de Ruth semejábase a un murmullo, carente de firmeza.

— La carta ha sido robada — dijo de bastante mala gana, como molesta de tal confesión ante tal tipo.

— Señora Reverly — contestó fríamente Doyle: — Siento mucho verme obligado a repetirle que las palabras inútiles me cansan. Yo me veo forzado con frecuencia a desgastes verbales con personas no inteligentes, y entonces me aguanto; pero me resulta en extremo cargoso que personas inteligentes hagan trabajar «extra» a mi cerebro. En vez de decirme que la carta ha sido robada, tenga la bondad de contarme todos los detalles del suceso desde el principio al fin. Olvídese de que es usted mujer y no se deje tentar por efectos dramáticos.

Ruth, habiendo escuchado con calma este pequeño sermón, se contentó con perforarle el cráneo con los ojos. Luego se encogió de hombros. Habíase prometido, la noche anterior, obedecer al amigo de su primo hasta tanto regresaba su marido, y estaba dispuesta a cumplirse a sí misma su palabra.

Sin embargo, queriendo devolverle, en cierto modo, con un alfilerazo, los rudos golpes que le asestara él con su verbosa contundencia, replicóle:

— Yo hice lo que usted me ordenó por teléfono... aunque pensé en lo absurdo que resultaba obedecerle, y...

Doyle la interrumpió con brusquedad.

— El hecho de que la gente juzgue mis cosas absurdas no me preocupa en lo más mínimo — ex-



Ruth no dudaba de la honradez de su marido, pero... ¿quién había tomado las dos partes del gemelo de oro de la cajita?

clamó el hombre con profundo desprecio. — Absolutamente nada, señora Reverly. Siempre, cuando el tiempo va poniendo los asuntos en claro, todo el mundo me concede la razón, lamentando haberse equivocado. Tenga la bondad de continuar, señora.

Los ojos de Ruth fulguraron de mal contenida rabia, mas supo reprimirse y cerrar sus labios para no soltar una respuesta rajante. Y haciendo un esfuerzo se explicó de esta manera después de relatar el acontecimiento desde el principio:

— La señora Overholt quiso telefonear el caso al sheriff, pero yo no se lo permití. Por otra parte, tampoco me pareció conveniente darle explicaciones acerca de la singular naturaleza de la carta robada. Y en seguida me arrepentí de haberle mencionado la existencia del anónimo debajo de la alfombra. Unos instantes comentamos el robo, y luego, apagando las luces de la sala, de nuevo volvimos a nuestros respectivos lechos.

«Esta mañana, al poco tiempo de haber tomado el desayuno, la señora Overholt regresó a su hogar no sin expresarme sus agradecimientos por la hospitalidad de la noche y si pesar por el incidente de la carta.

«Desde entonces yo he estado esperando por Vd.

— Muy comprensible, muy claro, señora Reverly — aprobó el detective meneando afirmativamente su cabeza. — La felicito por la facilidad y la sencillez con que se ha conducido.

— Yo también desearía felicitarle a usted si me fuera posible — replicó ella con una sonrisa de reserva.

Los ojos de Doyle, desde lo profundo de sus cuevas, brillaron como dos carbones encendidos.

— Cuando yo haya descubierto al asesino de James Armstrong, entonces me felicitará usted — dijo con profética calma.

— *Cuando* — silabeó ella con retintín de burla. — Si todas las evidencias que se vayan presentando y que, como la de la carta, han sido adquiridas por otros, se pierden debido a sus instrucciones, mucho me temo que su anunciado descubrimiento se halle todavía muy remoto.

— Mi estimada señora Reverly — casi gritó Doyle: — haga el favor de ejercitar ese sentido común que usted posee en tan abundante medida. Piense. Analice. Moleste un poco su facultad discursiva. Yo, Patrick H. Doyle, le di a usted instrucciones telefónicas las cuales eran patentemente absurdas, tan absurdas, que así lo hubieran parecido a la inteligencia de un niño. Ahora bien; ¿porqué yo la di... yo, Patrick H. Doyle, una persona conceptuada como el más grande investigador de América... yo, dando tan absurda orden? ¡Míreme, contémpleme! ¿Encuentra algo absurdo en mí?

En la misma punta de la lengua tuvo Ruth las palabras para contestarle, hormigueándole por salir; palabras que significaban: «¡Oh! Es usted, sin género de duda, el más ridículo hombre que yo he visto en mi vida, Mr. Doyle».

Sin embargo, hubo de tragarse las palabras. Su nativa astucia y además la educación y cortesía, acudieron en su socorro y la salvaron de un ex abrupto.

Se limitó, pues, a callar, aguardando nuevas explanaciones y un tanto sobrecogida ante las maneras terminantes de su interlocutor.

— Yo le dije ayer — continuó éste — que tres personas han tenido la oportunidad de asesinar a Mr. Armstrong; yo le dije también que dos de esos nombres serían letra muerta para usted. Ross, Buchanan Ross, es el nombre de uno de ellos. El del otro es Mark Hárrington. Las investigaciones que yo hice ayer me condujeron a Southfield, y en este pueblo me entrevisté con el segundo, un importador. En apariencia, procedí con él con bastante franqueza. Le hablé del caso y de las sospechas contra él mismo. Bueno, señora Reverly: no tardé en convencerme de la inocencia del hombre en este asunto. Convencido, ¿comprende? pero no de que él no conociera algo relacionado con el crimen que no había cometido. Fué desde su oficina desde donde le telefoneó a usted su primo Dick, y luego de ponerme yo al aparato, ya sabe lo que le dije, y la orden que le impartí y que le pareció a usted tan ridícula. Acto seguido le comuniqué a Ross el contenido de la carta anónima recibida por la señora Lesoeur a nombre de su marido y en poder de usted a las pocas horas. Mr. Buchanan conoce a Lesoeur y yo le hice varias preguntas concernientes a su conducta, pero el hombre me aseguró ignorar quién o quiénes pudieran ser los autores de la amenazante carta anónima dirigida al desaparecido.

«Nos despedimos del comerciante y nos fuimos directamente a las oficinas centrales del Teléfono en Southfield, donde tropecé con algunas pequeñas dificultades que resolví sobre la marcha. El nombre de Patrick H. Doyle era conocido por el jefe de la Compañía, y entonces, con toda atención, se me permitió revisar lo que quisiera, incluso darme cuenta de todas las llamadas del día. En efecto; pude comprobar que a los dos minutos de mi salida del escritorio de Mr. Buchanan, éste se había apresurado a telefonear a Beaulieu, siendo comunicado con la casa de Mr. Overholt.

Doyle, al llegar a esta conclusión, sonrió con tal complacencia que parecía tonto.

— ¿Sam Overholt? — inquirió ella con manifiesta ansiedad; — pero qué tiene... si él es... si él no es... no se llama Hárrington — tartamudeó asombrada.

— ¿No es... no se llama? — replicó el detective. — Bueno; ése es precisamente el punto; eso es lo que con exactitud necesitamos nosotros poner en claro. Y usted no tendrá más remedio que admitir que la señora Overholt llegó a su casa, en demanda de hospitalidad por una noche, poco después de Ross haber telefoneado al marido de ella.

— Pero la señora Overholt me dijo que su marido partiera para Nueva York — exclamó Ruth.

Doyle se encogió de hombros.

— Acaso sea cierto. Lo que será muy interesante averiguar consiste si se fué antes o después del telefonazo de Ross.

— ¿Usted quiere decir que la señora Overholt vino a mi casa con el propósito de apoderarse de la carta escondida debajo de la alfombra? — preguntó la mujer.

— Debemos de considerarlo así — dijo Doyle con una sonrisa especial.

— Pero ella me dijo que un hombre... que había visto a un hombre aquí, saltando por la ventana.

— El asesinato es una seria ofensa a la sociedad — se contentó con decir el detective. Es frecuente proseguir falsas investigaciones en casos de homicidio como éstos — agregó con el ceño de hombre que reflexiona.

La señora Reverly lo contempló con una curiosidad que iba tornándose en admiración. A sus mejillas afluyó ese carmín inconfundible, revelador de todo un estado de alma: el nacimiento de una de esas nuevas ideas que, por fin y después de luchar con otras en vano, acaban por prevalecer y triunfar, imponiéndose. Así, la «idea» de que se hallaba ante una poderosa inteligencia, ante un cerebro de primera clase por ordinario y extravagante que le pareciera su aspecto, hirióla el corazón hasta «sentir» inconfundiblemente la influencia del original investigador.

— Mr. Doyle — dijo con una sinceridad algo embarazosa por la rectificación mental que implicaba: — Mr. Doyle; yo creo que sus razonamientos son brillantes. Creo en su talento.

— ¿Lo cree de veras? Usted lo creerá cada vez más a medida que los acontecimientos se desarrollen, señora Reverly.

Resultaba, después de todo, tan oportuna su contestación orgullosa después de haber demostrado un rasgo de su sagacidad detectivesca, que no lastimaba a nadie. Semejábase a un muchachote lleno de precocidades y de sorpresas y era innegable que poseía ciertos particulares encantos. Al menos no podía negársele que despertaba un interés extremo.

Ruth, de repente, en medio del plano admirativo desde el cual le miraba, sintióse acometida por una duda.

— ¡Pero la carta! — exclamó. — debe de ser de gran valor cuando la señora Overholt... ahora que la tiene ella en su poder. Nosotros hemos perdido un documento de gran evidencia.

La mueca sonriente que caracterizaba el agrado de Doyle acentúose ahora casi hasta la risa.

— Señora Reverly — explicó con notoria satisfacción el hombre: — es perfectamente inútil lo que usted me asegure acerca del valor de la carta anónima, y yo pensaba que, habiéndole ya comenzado a darle pruebas de la seriedad de mis métodos, usted debiera comprender que yo no soy persona capaz de desprenderme de cosas de importancia. La señora Overholt sustrajo «una» carta de debajo de la alfombra.

Los ojos de Ruth claváronse incrédulos sobre el rostro anguloso del detective.

— Usted quiere decir que...

Una expresión de fastidio, de aburrimiento por tener que mostrar sus pensamientos como si fueran espejos, descubriendo así el animado mundo de su interior, invadió el rostro de Doyle.

— Naturalmente, mientras me hallaba ansioso de que Ross traicionara a Hárrington y de que éste se traicionara a sí mismo — un bonito juego — mi ansiedad no me permitió confiarme en mis ordinarios métodos, sino que pensé en tomar determinaciones de carácter extraordinario. Señora Reverly; usted me cansa con sus preguntas. Usted me fuerza a repetirle lo que debiera ser obvio para cualquiera. Yo odio las charlas; cuanto menos se hable mejor. Yo soy un hombre taciturno hasta el extremo. Por supuesto, yo hube de venir aquí, entré en su casa, cogí la carta dirigida a Lesoeur y dejé en su lugar una copia a máquina. Ahora haga el favor de no obligarme a decir cosas tan simples.

— ¡Oh! No lo haré más — prometió con humildad Ruth, realmente fascinada por tal golpe de

audacia. Ya no era ante su mirada el gárrulo y vanidoso bravucón de la primera entrevista; ahora lo admiraba como a un modesto hombre silencioso cuyo trabajo mental suple con creces a los derroches verbales.

— Entonces ya se explica que la señora Overholt haya visto una figura desaparecer de la sala — dijo ella.

— Usted me encocora y molesta seriamente — respondió, con tono de bajo profundo, el pintoresco investigador. Acaba de afirmar que la señora Overholt me ha oído y visto. No hay persona viva que me puede sentir a mí si yo me lo propongo. Y la noche anterior eso fué lo que me propuse, que nadie me sintiera. Y si usted guarda alguna duda, haga el favor de tomar nota de que me apoderé del documento mientras usted y la señora Overholt charlaban animadamente en el piso de arriba.

— Bueno; pero supongamos, lo que no es difícil, que mi vecina tomó la carta mientras esperó en el piso de abajo a que yo la recibiera cuando vino a esta casa. ¿No es muy probable? — argumentó Ruth.

— ¿Y de ese modo levantar sospechas que recayeran sobre ella inevitablemente? — preguntó, a su vez, con manifiesto tonillo de burla, el investigador. Yo sabía perfectamente que ella o su marido arreglarían las cosas de tal manera que no resultaran sospechosos; esto es, que las personas comunes y corrientes no pudieran maliciar lo más mínimo de su conducta. Yo, por supuesto, estoy a cien mil leguas de pensar como el común de las gentes.

— Ciertamente que está usted muy lejos — dijo la señora Reverly, mostrándose de acuerdo con el hombre.

Una ancha sonrisa partió los finos labios de Doyle; una sonrisa que le iluminó toda la dura faz, dándole un ingenuo aire de muchacho despreocupado de veinte años.

— Gracias por el concepto que le merezco — díjole.

A la sincera admiración que la invadiera ante el sorprendente ingenio que iba desplegando en el misterioso asunto el amigo de su primo Dick, sucedió en el alma de Ruth un agudo terror al enfrentarse su mente con una nueva complicación, con la posibilidad de otros culpables.

— Pero qué habrá tenido que ver... ¿qué tiene que ver la señora de Overholt o su marido en el asesinato? — inquirió còn creciente inquietud.

— Otra vez buscando motivos — murmuró, torciendo el gesto, Doyle. — Cuando vaya yo poniendo las cosas en claro, entonces se lo podré explicar. Ahora carece de importancia tal detalle. Todavía no estoy cierto de la segura intervención del señor Overholt, ni tampoco respondo que él sea el Mark Hárrington que me fué mencionado por el agente Sanderson y que éste no ha logrado localizar a pesar de todas sus diligencias. Yo solo sé que el ladrón de la carta anónima, o sea de la copia dejada por mí, es una clara indicación de que Overholt está comprometido en una vasta intriga que no se limita a la muerte trágica de Mr. Arsmtrong, sino que guarda relación íntima con otros asuntos.

Hizo una pausa Doyle y luego, como si realizara un esfuerzo, continuó:

— Cuando Ross, de quien sabía yo que se hallaba mezclado en otros asuntos, telefoneó al señor Overholt, ello no significaba para mí la certeza de que este último hallárase inmiscuido con el primero en los mismos. Después de la llamada, era sencillo deducir que Overholt mantenía relaciones criminales con Ross aunque esto no prueba que en tales relaciones cupiera la del asesinato de Mr. Armstrong. Pero conociendo yo que Overholt era la persona mencionada como Mark Hárrington, claro está que mis suposiciones avanzaban sobre seguro. Si hubiera sorprendido yo el mensaje telefónico entre ambos, serían mayores mis conocimientos en la materia. Y gracias a usted — yo debo concederle su ayuda, señora Reverly — el señor Overholt es estrechamente vigilado.

— ¿Sabrá él que usted ha dispuesto que sea vigilado desde el momento en que quizá supo en seguida que su señora se apoderó de un duplicado del anónimo? — preguntó Ruth.

Doyle se encogió de hombros con movimiento displicente.

— Me tiene absolutamente sin cuidado que mis circunstanciales enemigos desplieguen sus rencores contra mí. Tales incidentes hacen más entretenido el problema — exclamó.

Ruth marcó un gesto de extrañeza para decir:

— Pensar que Sadie Overholt...

— ¿Pudo cometer semejante delito? — completó él, adivinando su pensamiento vacilante. — ¿Hasta qué punto está usted dispuesta a proteger a su marido, señora Reverly? — inquirió con su acostumbrada brusquedad Doyle.

Sintió ella la impresión física de que se tornaba pálida hasta la intensidad. Otra vez tuvo miedo de que el detective penetrara en lo más recóndito de su corazón. ¿Existía alguna complicación nebulosa que la afectara en su familia? Pero era absurdo suponer tal cosa. Nadie conocía una palabra acerca de la mitad del gemelo de oro que ella encontrara en el precipicio y que tan perfectamente se unía con la otra mitad perteneciente a su marido. Nadie lo sabría excepto Bent.

— Usted quiere conocer todos los detalles que se sucedieron la noche del...

No acabó la frase. La palabra asesinato se le atragantaba; cada vez le causaba más fuerte y angustiosa sacudida. La intromisión culpable de Sadie Overholt parecíale que localizaba el misterio más cerca de su hogar, haciendo sospechoso a su marido y también el hallazgo del trozo de botón. Pero Bent lo aclararía todo en seguida.

¿Podría hacer otro tanto Overholt?

— Yo no quiero preguntarle nada; únicamente que me relate con claridad todos los particulares que usted recuerde — explicó el detective.

Obedeció ella, contándole, con orden y minuciosidad, desde el principio al fin, cuanto sabía; y fué visible su fatiga al terminar su narración.

Entre tanto que la escuchaba, los labios de Doyle no se despegaron, pero sus verdes y brillantes ojos, clavados en ella, parecían los de un hipnotizador. Daban la impresión de ayudarla, revolviendo en su cerebro para facilitarle la emisión de su relato.

— Excelente, señora Reverly; la felicito por sus claras explanaciones — habló él en cuanto ella acabó. — Ahora, si usted se encuentra con buenos ánimos, yo deseo que se dirija en su automóvil hasta Southfield para entrevistarse con la señora Lesoeur. Es muy posible que ella haya tenido noticias de su marido. Por mi parte, tengo otras muchas cosas que resolver inmediatamente y no podré verla hoy.

Ruth acogió el mandato con manifiesta satisfacción; tenía ganas de tomar el aire puro y de verse sola. Además, su pasado desprecio por Doyle se le había evaporado de la mente y ahora invadíala cierto orgullo en ayudarle en sus pesquisas, siendo consultada por él con tanta precisión, con lo que, en su fuero interno, significaba un cumplimiento para el detective.

(CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO)

BIBLIOGRAFIA

LIBROS:

Del jardín de mis recuerdos, poesías por Irene Barthalot. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

La divina inquietud, prosa por Amado Nervo. Lecturas selectas. Editorial Tor. Volumen XIX. Buenos Aires.

Elogio de la vida provinciana, versos por Sara Solá de Castellanos (Violeta del Valle). Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso y Cía. Buenos Aires.

Manual de Taquigrafía (sistema Pitman), por A. Taullard. Librería de A. García Santos. Buenos Aires.

Orfeó Catalá de Buenos Aires. Seis años de vida orfeónica. Historia gráfico-literaria de la mencionada institución regional, recopilada por Francisco Colomer, portada artística de Macaya y preciosas ilustraciones. Compañía General de Fósforos. Talleres Gráficos. Buenos Aires.

El Indice Divino, artículos por Bartolomé Galíndez. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

La Fuente envenenada, novela de costumbres cosmopolitas, por Alberto Nin Frías. Edición Los Novelistas. Volumen V. Buenos Aires.

Por el camino, poesías por Arsenio Mármol. E. J. Sánchez e hijos. Buenos Aires.

Versos de una mujer, poesías por María Luisa Cornelli, E. Menéndez. Buenos Aires.

Perfiles en la niebla, versos de Margarita Abella Caprile. Agencia General de Libros y Publicaciones. Buenos Aires.

El Dilema, comedia dramática en 3 actos, por Cupertino del Campo. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

La trova perpleja, poesías por Alfredo Goldsack Guiñazú. Imprenta Mercatali. Buenos Aires.

En el umbral de la conciencia, novela por Elvira Reusmann Smith de Battolla. Balder Mohen. Buenos Aires.

El Significado de la Educación, por Nicholas Murray Bútler. Biblioteca Internacional. Doubleday, Page and Company. New York.

La Perdida, novela por Edmundo Montagne. Edición del autor. Buenos Aires.

De Stendhal a Gourmont. Colección de artículos de Ricardo Sáenz Hayes. Editorial Babel. Buenos Aires.

Brumas, narraciones por Lorenzo Stanchina. Modesto H. Alvarez y Cía. Libreros editores. Buenos Aires.

Las naves azules y otros poemas, por Eduardo María de Ocampo, prólogo de Evar Méndez. — Talleres gráficos «Bayardo». — Buenos Aires.

La gota de agua, versos por José B. Pedroni. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

Humanas, prosas por Sixto C. Martelli. Imprenta Mercatali. Buenos Aires.

Alma Nueva, novela por Segundo Huarpe. L. J. Rosso y Cía. Impresores. Buenos Aires.

La tierra natal, novela por Julio Aramburu. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

Los fuertes, novela histórica por J. Cobos Daract. Editorial Gath & Chaves. Buenos Aires.

Peltoruti. Futurismo. Cubismo. Expresionismo. Sintetismo. Dadaismo, por Alberto M. Candioti. Editorial Internacional. Berlín - Buenos Aires.

Poemas póstumos, por Claudio G. Amoroso. Reunidos en este libro por sus amigos. Buenos Aires.

Almanaque Bailly Bailliére, o sea pequeña enciclopedia popular de la vida práctica. Casa Editorial Bailly Bailliére. Madrid.

De la España Vieja, versos por Juan Millé y Giménez. Talleres gráficos de Antonio Mercatali. Buenos Aires.

El Grillo, poesías por Conrado Nalé Roxlo. Talleres gráficos Porter Hermanos. Buenos Aires.

Retoños, versos de Luis Mallol, prólogo de Julián Cárdenas. Edición de «La Verdad». Buenos Aires.

Obras de Ricardo Rojas. — Poesías. Librería La Facultad. Buenos Aires.

Lámpara del Recuerdo, poesías por Alfredo Fernández García. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

Almanaque Rural Argentino para 1924. Pequeña enciclopedia práctica que trata de varias materias. J. Lajouane y Cía. Editores. Buenos Aires.

La tensión arterial y viscosidad sanguínea en obstetricia, por el doctor Francisco A. Deluca. Imprenta Mercatali. Buenos Aires.

El carácter nacional. La verdadera manera de robustecerle, por Manuel J. de Visconti, con prólogo de don Juan Francisco Jáuregui. Editores: Olivieri y Domínguez. La Plata (R. A.).

Los humildes, cuentos por Alberto Prando. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

Mujeres de amor. Las mujeres que se venden, por Juan José de Soiza Reilly. Volumen II, extraordinario. Biblioteca Floreal. Buenos Aires.

El jardín secreto, colección de artículos por Evar Méndez. Editorial Babel. Buenos Aires.

Benito Pérez Galdós. Libro-homenaje. Obras inéditas, ordenadas y prologadas por Alberto Ghiraldo. Opiniones de ilustres escritores. Renacimiento. Madrid.

Política española. Volúmenes 3.º y 4.º, tomos I y II pertenecientes a las obras completas de D. Benito Pérez Galdós. Biblioteca Renacimiento. Madrid.

Llama viva, novela por César Carrizo. Editorial Gath & Chaves. Buenos Aires.

Ensayos literarios, por Héctor Olivera Lavié. Editorial Argentina, «Renacimiento». Buenos Aires.

La copa de David, poesías por Fernán Félix de Amador. Ornamentado por Rodolfo Franco e impreso por Rodríguez Giles. Buenos Aires.

Los hijos del Sol, por Arturo Capdevila. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

Canciones a Tonita, poesías por Carlos Delle Ville. Imprenta Arias. Buenos Aires.

En pos de maravillas. Colección de artículos descriptivos, por Agenor Albornoz. Imprenta «La Argentina». Tucumán.

Alrededor de las huérfanas, ensayo sobre la Sociedad de Beneficencia, por Alberto Meyer Arana. Imprenta de Gerónimo Pesce. Buenos Aires.

Horas de guerra y horas de paz, por Elvira Aldao de Díaz. Balder Moen. editor. Buenos Aires.

El tema de nuestro tiempo. El ocaso de las revoluciones. El sentido histórico de la teoría de Einstein, por José Ortega y Gasset. Editorial Calpe. Madrid.

FOLLETOS:

Barco Ebrio, versos por Salvador Reyes. Imprenta Hispano-Chilena. Santiago. Chile.

Homenaje al doctor Estanislao S. Zeballos, oda fúnebre, versos del doctor Leopoldo Longhi, música de Felipe Boero. Buenos Aires.

La Storia dell'Ospedale Italiano. Buenos Aires, 14 Septiembre 1853 — 8 Diciembre 1922. Commemorando il primo cincuantenario di esercizio. Società Italiana di Beneficenza in Buenos Aires.

Ospedale italiano. Rendiconto administrativo. Dati Statistici. Buenos Aires.

El hambre y el amor, conferencia dada en la Escuela Normal Nacional (Mixta) de Profesores de Córdoba. Imprenta Argentina. Córdoba.

REVISTAS:

Iberia, revista científica, números 492, 493, 494 y 495 que trata, respectivamente, del ferrocarril eléctrico de Guadalajara (España), de la semana internacional de nubes (asuntos fotográficos), de la aerostación militar en España y del ensayo de materiales metálicos de construcción, todos ellos trabajos muy interesantes y modernos. Tortosa. España.

Revista de Filosofía, Cultura — Ciencia — Educación. Publicación bimestral dirigida por José Ingenieros y Aníbal Ponce. «La Cultura Argentina». Buenos Aires.

Inicial, revista de la nueva generación. Año I, N.º 2. Buenos Aires.

Iberia. Nos. 496-97-98 y 99 que tratan de la radiotelefonía en los trenes, la III Conferencia Internacional de la lepra y la Exposición de muebles de Barcelona, etc. Tortosa. España.

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Fortuna, por **Enrique González Martínez.** Omar Khayyam, por **Héctor Pedro Blomberg.** Bostezos, por **Pablo Suero.** El ruego, por **Félix Visillac.** El ambiente, por **Juan Rómulo Fernández.** Tipos provincianos, por **Gregorio Guzmán Saavedra.** El derrotero, por **José Goñi.** La Huaca de Guairañañuy, por **Ernesto Morales.** La vida de cuartel, por **Luis L. Branco.** Un orgulloso, por **PedroH eredia.** Ionith, por **Antón Tchejo V.** Una venganza, por **E. Delbourquet.** Encuentro, por **Manuel Puga y Acal.** Hasta el fin, por **H. M. Hámilton.** El brindis del cadáver, por **Pierre L'Ermite.** El abuelo, por **Mariano Moretti.** La esposa de John Challoner, por **Marge y Laurence.** Personas desconocidas, novela de extraordinarias complicaciones, por **Arthur Somers Roche.** Hombres célebres: Hernán Cortés, por **Eduardo del Saz.**